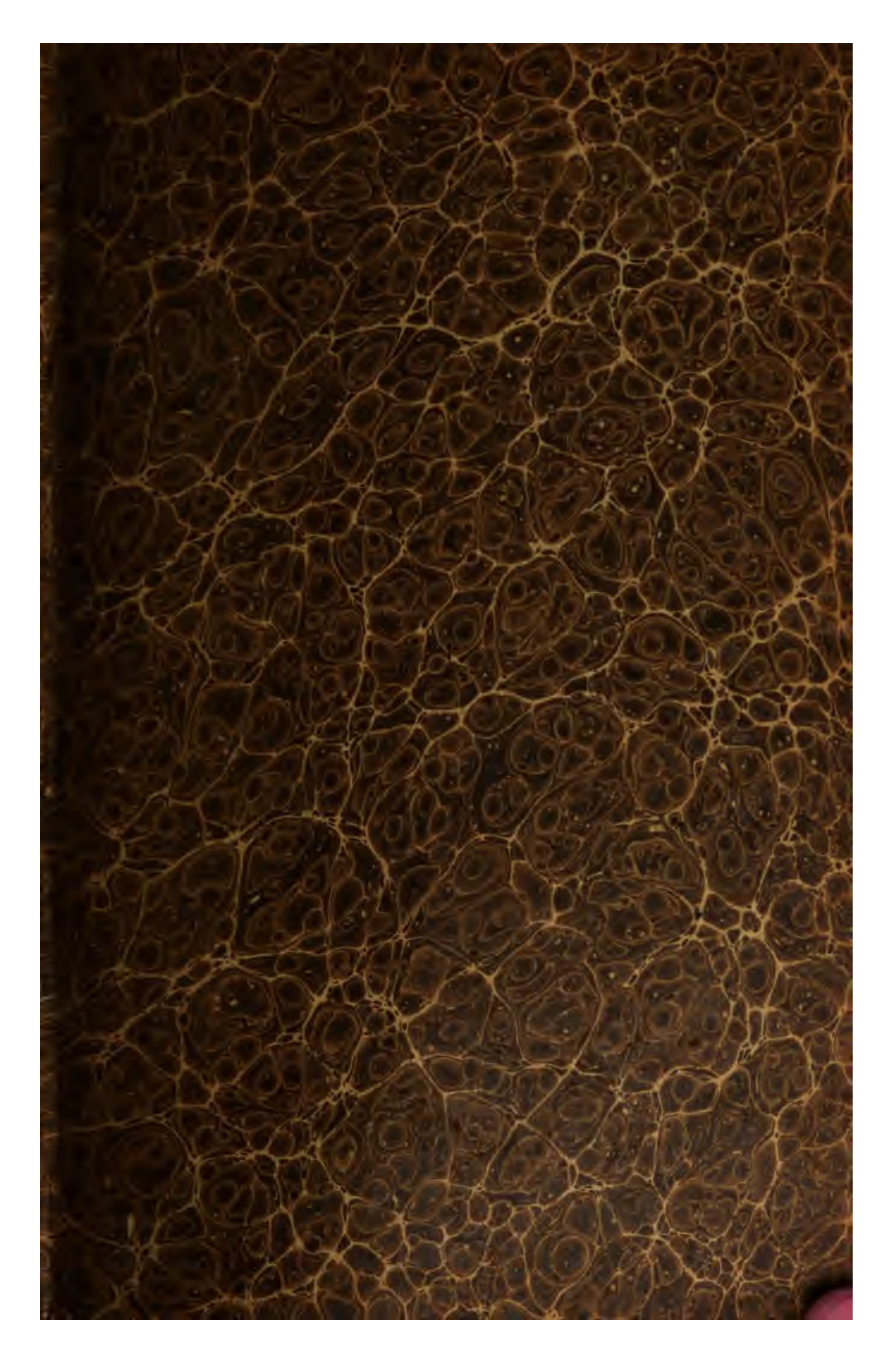


CONSTITUCIÓN Y VIDA DEL PUEBLO ESPAÑOL



* PUBLICACIONES DE V. GAY *

Relaciones de la Metrópoli con las colonias. — El concepto de la Autonomía (Monografía).

La enseñanza en España (Monografía).

La decadencia de las naciones latinas.
(Versión castellana de la obra de G. Sergi, en colaboración con S. Valentí.)

BIBLIOTECA INTERNACIONAL

DE

CIENCIAS SOCIALES

V. GAY

(Catedrático de Economía política)

Constitución y vida

del

Pueblo español

Estudio sobre la etnografía y psicología de las razas de la España contemporánea

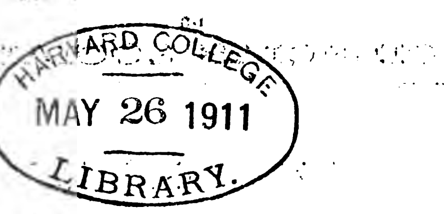
ILÚSTRADA CON GRABADOS

TOMO I

MADRID

ADMINISTRACIÓN: SAN ROQUE, 18

1905



Imprenta de P. Apalategui.—Pozas, 12.—Madrid.

Al Profesor

Antonio Flores de Lemus

DESPUÉS DE ESCRITA

He querido reunir en esta obra de contribución á la sociología del pueblo español las notas más salientes que constituyen en los grupos que le componen una característica, un índice netamente diferenciado. La sistematización completa de un estudio de la naturaleza del presente ofrece dificultades insuperables por ahora, puesto que á la dificultad propia de todo estudio sociológico, como lo han confesado mentalidades de tanto vigor como Spencer y como Simmel, se une en el presente la que significa el tener que hacer una ponderación integral de todos los factores que determinan la contitución y vida del pueblo español, sobre el cual se acumula, de una parte, la narración histórica, no siempre fidedigna, y en otra falta las fuentes de investigación á la manera que la forman los institutos funcionales de los Estados modernos, de los que fluyen abundantes y perfectas.

He prescindido de opiniones recibidas y sólo he adoptado aquellas que en el contraste real han revelado la

solidez necesaria. Yo bien sé que es el tema de esta obra ocasión propicia para que en la crítica intervenga más la pasión que el juicio sereno y puritano; por esto, siempre que en el análisis de cualquier grupo social español se me ha revelado algún mal, he dejado que fuesen las opiniones de algún individuo á él perteneciente las que diesen el calificativo, que hablasen por sí mismos, que la pintura fuese hecha por los mismos interesados, á los cuales, todo menos suspicacia se les puede atribuir: así, cuando de los andaluces, asturianos ó gallegos hablo, busco la confirmación de mis juicios en las autobiografías de ellos existentes. Todo menos parcialidad podrá verse en esto. Este estudio no tiene el amparo de ninguna tendencia política ni le anima espíritu sectario alguno; por esto estará más solo. Pretendí juntar en él las notas que recogí en mis viajes, las impresiones que en mí despertaron tierras y gentes españolas, las sensaciones más agudas y opuestas que las obras de sus almas provocaron en mí; y junto á estos sentimientos personales que al contacto de la realidad se despertaron, uno la precisión científica, impersonal, esquemática, del laboratorio.

El producto de este estudio es ante todo una obra realista. Como no se trata de creaciones fantásticas, se ofrece con toda la variedad y distinciones con que la realidad se presenta, y ha inspirado unas veces páginas melancólicas que estrechan plúmbeos horizontes, y otras, rientes exaltaciones de fe y de esperanza. Sus páginas, en lo que tienen de heterogéneas, no son más que un reflejo de la constitución polimorfa de la materia de es-

tudio: lo inconexo no está en la representación imaginativa, sino en la realidad que se proyecta desde afuera.

Lejos de mí he dejado la ruta de los que creen curar los males de los pueblos que pasan por una fase de decadencia, hablando sólo de las pasadas glorias y cubriendo con mantos de flores el cuerpo dolorido de la patria: hablar ante la realidad que demanda imperiosa el conocimiento y la resolución de cuestiones actuales, de las pasadas glorias, abriendo el relicario histórico para hipnotizarse con los pasados fastos, es lo mismo que morir como el patricio romano, con la copa de oro en la mano sobre el triclinio de marfil y oro.

En nombre del sentimiento patrio sólo verdades deben decirse por duras que éstas sean. El haber tomado por patria y por pueblo español una endeble superestructura, llamada por unos burocracia, por otros oligarquías, directores por los más, sin raíz alguna en las entrañas de la masa social que debajo de ella se agita multiforme siempre y casi siempre aislada por hondas divisiones, ha producido la mayor parte de las desventuras nacionales; se han apoyado más los directores de nuestra vida sobre fantasmas que sobre realidades. Hora es ya de que se diga claramente cómo somos y cómo pensamos, y que se forme esa conciencia nacional todavía incipiente en España y en la cual está el receptáculo de la fuerza expansiva y de progreso de todos los pueblos.

El resumen de mis estudios los simbolizó en el mito griego Anteo: para ser fuertes hay que apoyarse en la realidad; el cuerpo flaquea y es vencido cuando de ella

nos alejamos, y no pueden nada las fuerzas hercúleas en el combate cuando el contrario palpa con los pies la madre tierra.

VICENTE GAY.

Monasterio del Paular, Abril de 1905.

* * *

Se estampan en estas páginas los nombres de los que facilitaron al autor el estudio de etnografía española. El profesor Antón y Ferrándiz, que puso el Museo Antropológico en disposición de hacer este estudio; el profesor D. Luis de Hoyos Sáinz, que ayudó al autor de este libro en la clasificación de los cráneos típicos regionales existentes en el Museo, y D. Manuel M. Pedroso, que secundó la labor común. Á todos ellos agradece el autor su desinteresada cooperación, y se complace en unir sus nombres á las primeras páginas de esta obra en grato recuerdo del apoyo prestado.

«Toda buena descripción económico-social de países, de industrias, de condiciones agrícolas, toma hoy las bases de una descripción psicológico-etnográfica concreta, imagen armónica de los hombres que en ella actúan. Todo juicio económico-social, para ser seguro debe, no considerar al hombre abstracto ó su instinto adquisitivo, sino atender á cada una de las variedades de los tipos de raza, como ya lo vemos hecho en todos los viejos tratados, los cuales, al tratar de la fuerza de trabajo, hablaban de las razas, de los caracteres étnicos, de las costumbres nacionales acerca del trabajo, del diverso concepto que de la dignidad del trabajo se hacían varios pueblos. Toda conclusión en torno á las instituciones económico-sociales y á su transformación, en torno á la difusión de pueblo á pueblo de artes técnicas y de instituciones sociales, se apoya sobre un terreno más firme cuando se conocen los varios tipos de raza, su parentesco y su diversidad, cuando se tiene en cuenta la acción que sobre determinadas razas y sobre su mescolanza ejercitó el advenimiento de individuos superiores. Para todas estas empresas científicas se encontrará mejor preparado aquel que de la etnología conozca, al menos, los resultados generales.»

GUSTAVO SCHMOLLER, *Grundriss der Allgemeinen Volkswirts chaftslehre.*

ÍNDICE

CAPÍTULO III

ETNOGENIA ESPAÑOLA

CAPÍTULO IV

ETNOGRAFÍA DE ESPAÑA

CAPÍTULO V

LA EXPANSIÓN DE LA RAZA

CAPÍTULO VI

CRÍTICA ETNOGRÁFICA

PARTE SEGUNDA

PSICOLOGÍA DE LAS RAZAS

CAPÍTULO PRIMERO

ESPIRITUALISTAS Y MATERIALISTAS

CAPÍTULO II

LA FORMACIÓN DE LA PSICOLOGÍA INDIVIDUAL Y SOCIAL Y SU DETERMINACIÓN EN EL PUEBLO ESPAÑOL

CAPÍTULO III

LA RAZA ESPIRITUAL

CAPÍTULO IV

LA VIDA SOCIAL

CAPÍTULO V

LA PSICOLOGÍA DE LOS PUEBLOS DE ESPAÑA ANTE LAS FÓRMULAS DEL PROGRESO

INTRODUCCIÓN

La constitución jurídica y la constitución natural de los pueblos. — *La imagen jurídica.* — La lucha del idealismo y del realismo. — *De la herencia griega.* — El pensamiento científico. *El triunfo de los sofistas.* — Los pueblos de España.

La constitución jurídica y la constitución natural de los pueblos

LA IMAGEN JURÍDICA

La constitución jurídico-política de España revela la existencia de una unidad nacional; desde la formación de la unidad política conseguida por los Reyes Católicos, se la ha considerado como una unidad política uniforme, cuya simetría no era alterada por los vestigios del viejo derecho foral. Y, sin embargo, debajo de esa unidad política ha vivido y sigue viviendo una masa de pueblo multiforme, como si Proteo hubiese sido el genio creador del pueblo español; razas llegadas de todos los rumbos de la rosa de los vientos, civilizaciones de tipo distinto, psico logías colectivas variadas, se desenvuelven debajo de la aparente unidad que revela la constitución de derecho. En muchos pueblos del Continente ocurre lo mismo (Ita-

lia, Alemania, etc.), y es que la constitución natural de los pueblos no ha guardado siempre una concordancia normal con la vida de su derecho. La vida jurídica, que debiera ser como término de una ecuación perfecta correspondiente al desarrollo de la vida natural, de la vida social espontánea de la colectividad, ha enfilado á veces rumbos distintos, de tal suerte, que la imagen jurídica de un pueblo no responde á la constitución natural y total de la colectividad social.

La génesis jurídica, concebida por la escuela histórica como emanación directa é inmediata de la conciencia social, como una proyección del idearium que forma la vida interna de un pueblo, no se ha dado siempre así, sino que unas veces ha sido la fuerza de la maza de guerra lo que ha determinado un nuevo estado de derecho, y, otras, un fantasma producido por aberraciones de la conciencia lo que trajo la nueva ley. De todos modos, resulta que el conjunto de leyes instituídas para regir á un pueblo, por regla general no son más que direcciones unilaterales, hechas por una casta que domina á las demás, ó bien por ficciones que, engendradas por la fantasía, dominan en el pensamiento de la casta prepotente. La imagen jurídica comprensiva de la vida natural y espontánea del mismo, no suele presentarse. Ha sido como un estrecho cauce que arrastra una corriente escasa, mientras se deslizan inagotables en él las venas subterráneas.

Unas veces es la banda de guerreros nómadas que, acaudillados por el más fuerte, invaden las tierras de otras gentes y proclaman sobre el campo de triunfo el nuevo derecho. Su razón, y no la de los vencidos, es la mejor porque fué mejor su espada. Las instituciones públicas y privadas del dominado, quedan desmoronadas como sus murallas, y sobre ellas aparece la nueva ley, el nuevo de-

recho al que se le debe prestar acatamiento religioso. El derecho prescriptorio de los romanos, reemplazado por los bárbaros vencedores con leyes en las que se reflejaba el ansia de apoderarse pronto de las nuevas tierras; la troncalidad y las nuevas combinaciones del derecho público germánico, desterrando la tradición romana, evidencian uno de los aspectos de la génesis jurídica; la imagen jurídica se confunde con la imagen del bárbaro guerrero, y fué su mejor razón la espada. En otras partes, después de una larga vida sedentaria, la ley sale del templo; la casta sacerdotal emplea la fuerza del misterio para dar la nueva razón de las cosas y en sus manos juega como un bilboquete el concepto de lo bueno y de lo malo, de la misma suerte que en otras ocasiones están á merced de la espada victoriosa. La imagen jurídica entonces, no es más que el reflejo de una tiara.

En el desarrollo del derecho privado se ve claramente la realidad de la lucha precursora del nuevo derecho, como afirmaba Spinoza. Menger, al analizar la tradición jurídica en su aspecto público y privado (1), y presentir como los iluminados utopistas el nuevo estado social, confirma el aserto del filósofo judío y aclara la terrible verdad histórica. El derecho penal, que parece el menos influído por el privilegio de clase, tiene hondas influencias históricas que le convierten, en parte, en una legislación de castas. «.....La función de las leyes penales no ha sido hasta ahora defender la sociedad á todas las clases que la componen: principalmente los intereses de aquellos en favor de los cuales está constituído el poder político, esto es, de la minoría» (2), dice un claro ingenio italiano, re-

(1) *Neue Staatslehre* y *El derecho civil y los pobres*, Menger.
(2) *Genesi e funzione delle leggi penali*, Vaccaro.

pite nuestro Dorado (1). Y á estas fuerzas se une en forma de ola de oro la fuerza plutocrática moderna (2), que hace depender la metafísica jurídica de la omnipotencia del capital.

Pero esta trinidad guerrero, sacerdote y capitalista, que crean el Derecho como en las teogonías de Oriente la trina deidad crea, conserva y destruye las cosas, no ha sido la fuerza única que ha trazado la imagen jurídica de los pueblos. Los guerreros, los sacerdotes y los ricos hombres, no han sido dominadores y libres, sino que ellos á su vez, dominando á los demás de carne y hueso, han sido esclavos á veces de un fantasma, y han seguido su marcha llevándole como ideal, á semejanza de aquellos pueblos que, en los primitivos movimientos migratorios, seguían la marcha del sol con el afán de alcanzarle en su retiro.

El idealismo, en la génesis del derecho, se entrecruza con la fuerza y contribuyo á formar esas imágenes jurídicas que representan una constitución distinta de la constitución natural de los pueblos.

---

(1) *Bases de un nuevo derecho penal*, Dorado.
En el mismo sentido se expresan Stein y Ihering, llegando al pesimismo esta idea en Gumplowicz (*Principios de Sociologia*, Gumplowicz; *El fin en Derecho*, Ihering; *Die Gesellschaftslehre*, Stein).

(2) *Les bases economiques de la constitution sociale*, Loria. La doctrina marxista de la lucha de clases, el determinismo económico, es el espíritu condensado en esta obra, que viene á convertir la Filosofía del Derecho en una especie de Economía social.

La lucha del idealismo y del realismo

DE LA HERENCIA GRIEGA

Tal vez antes de formarse el pensamiento helénico comenzó la lucha entre los fantasmas del idealismo metafísico y el realismo; pero en la Península clásica fué en donde adquirieron esa cristalización cuyos reflejos aún alumbran al mundo moderno. A semejanza de las fuerzas religiosas y guerreras que construían á su arbitrio los sistemas de Moral y de Derecho, estos ideales arrastraban también el pensamiento para hacerle dictar á su arbitrio leyes. La lucha iniciada entre el sensualista Epicuro y el idealista Platón ha llegado hasta nuestros tiempos sin punto de reposo; cuando en la época medioeval parecía arrancada por fin la planta de los sofistas y de Epicuro, del tronco, al parecer muerto, brotaban nuevas flores dando lugar á aquel germinal que se llamó Renacimiento, y, por otra parte, el idealismo platónico resurgía con más fuerza cuando se escuchó el grito de muerte del dios Pan; tomó el hábito de monje y se llamó San Agustín y Santo Tomás, y al divorciarse la Teología del Derecho, se divide tambien en dos ramas y aparece boyante en los filósofos del Derecho natural, y se llama luego Leibnitz, Kant, Schelling, Hegel.....

Pero el neoplatonismo, que es el *alma mater* de los sistemas metafísico idealistas que imperaron en el pensamiento al tramontar la Edad Antigua, ha sido la fuerza moral, el empuje fantástico que con mayor intensidad se ha dejado sentir para formar la imagen jurídica de un pueblo. Parece un ensueño por lo ilógico, pero tiene su

realidad: una mentira forma la verdad jurídica de un pueblo. Y ella subyuga con tanta fuerza como esas dolientes melodías que construye un sentimiento enfermo, cuyas bellezas no tienen más origen que el desequilibrio del artista. Una mentira formando verdades, es como una enfermedad despertando placeres.

Merced á estas abstracciones idealistas el individuo se sacrificaba al hombre filosófico, al hombre del idealismo, lo real, fuente de vida como genialmente aprecia Stirner, á lo ideal fantasmagórico. Los glosadores simbolizan una de las más claras representaciones históricas de este espíritu fantástico, al exhumar aquellas mentiras convencionales del Derecho romano que se llaman *ficciones* y construir sobre el plano de su pensamiento la constitución de los grandes Estados de Europa. La espada de los reyes y el poder de la Iglesia formaban los Estados y trazaban la imagen jurídica: como señor feudal, el rey dictaba el derecho privado; como soberano, según la conceptuación romana, establecía el derecho público, y como católico, directamente recibía el poder de Dios. La nación territorial ó geociática del Renacimiento recuerda las antiguas monarquías de la Mesopotamia; por esto se puede comparar á Felipe II con Ramsés II, á Luis XIV con Nabucodonosor. Pero el gran sacerdote, el legislador supremo, el primer capitán, simbolizados en el rey, eran dependientes de aquella concepción abstracta y absoluta que subyugaba también la mente de los glosadores; un solo soberano, una sola ley. Y esta ley respondiendo á las abstracciones de la glosa romana.

En el siglo XVIII un neoplatonismo que se llamó Derecho natural, dió en construir un Estado y un pueblo ideal á semejanza de la República y de los hombres ideales de Platón. La idea motriz de esta escuela transcendió

á todos los campos; para ella el hombre es considerado como algo abstracto, como un número, sin necesidades específicas; la naturaleza humana igual y armónica en todas partes, y por lo tanto podía ser uniformemente gobernada (1). Este neoplatonismo político dió la fórmula política á la Revolución francesa, y el derrumbamiento de las antiguas organizaciones comenzó. Burke advirtió que se desgarraban cuerpos vivos al dividir caprichosamente el territorio de Francia; pero el liberalismo abstracto así lo exigía, y la obra continuaba abatiendo todo lo que significaba un obstáculo para la realización de su idea. A semejanza de aquellos religiosos que se degollaban sin piedad por creer unos que la luz del Tabor era creada y los otros increada, los políticos perseguían á sangre y fuego á todos los que osaban rebelarse contra la fórmula del liberalismo abstracto que proclamaba el *uniformismo*.

El idealismo, en su constante pelea, no ha cesado de intentar la subordinación del mundo real al mundo ideal, esto es, de plasmar la vida en el molde ideal de sus concepciones.

El pensamiento científico

EL TRIUNFO DE LOS SOFISTAS

Cuando el cristiano del año 1000 creía que iba á terminar el mundo, mortificaba su carne, despreciaba los bienes terrenos, donaba sus bienes á las casas de religión y con la mente fija en la idea de la muerte preparaba en

(1) Beccaria en el Derecho penal, Tocqueville en el Derecho público, Treilhard en el Derecho civil, representan estas influencias, así como Smith en la Economía.

vida sus propios funerales como el monje emperador de Yuste. Mientras el misticismo y las prácticas ascéticas de la época medioeval trastornaban el espíritu de las gentes de Europa provocando las pandemias religiosas con sus visiones macabras, el antiguo espíritu helénico de los sofistas se había refugiado entre los cultos árabes y bizantinos: era el alma de aquellos sistemas de moral y religión sensualistas que significaban la revolución en el mundo antiguo, los sistemas que disolvieron las viejas religiones y con ellas las civilizaciones de su tipo, las que iniciaron victoriosamente la lucha por la exaltación de la individualidad. Al buscar la felicidad se dirigían al seno de la Naturaleza y no caminaban en pos de vanas abstracciones, y mientras el delirio religioso producía en las conciencias de los tiempos medios el reinado de los fantasmas, se presentían transubstanciaciones infernales y la magia se elevaba á la categoría de ciencia; aquel realismo de los sofistas griegos cultivado por árabes y bizantinos, iba lentamente, pero con firmeza, echando las bases de la ciencia positiva, hasta llegar á la época contemporánea, en la cual, pensadores como Gassendi, Hobbes, Locke, los enciclopedistas Bentham, J. S. Mill, Benecke, Feurbach....., arrojan sus semillas en todos los rumbos y crean la disciplina positiva moderna, que libra al pensamiento de los espejismos que le hacen caminar errante cuando se abstrae de la realidad.

Este espíritu no ha matado el ideal; también hace soñar, pero en el mundo y no en otros mundos. Camina á ras de tierra para conocerla mejor y no se aleja para descubrirla. Su moral está en la felicidad, en lo útil, y la felicidad tiene su centro de gravedad en la Naturaleza, la que castiga con el error y el dolor cuando el hombre se aleja de ella como hijo pródigo, y le enseña, cuando á ella

se restituye, el placer y la verdad, como decía el doliente Leopardi.

El hombre es el hijo de la tierra y conforme en ella se encuentra habrá de vivir, dejando afuera del pensamiento y de la acción en la vida esas dulces embriagueces que, como en la teogonía hindus, le consideran como obra de un artífice divino. Aquel idealismo abstracto que en el siglo XVIII construía sobre sus bases apriorísticas un hombre teórico, fantástico, igual en todas partes, y de él hacía derivar leyes é instituciones sociales (1), combatido por el espíritu sofista del realismo, se desvaneció como un fantasma cuando Cook, el intrépido navegante, presentó ante el hombre imaginado por los idealistas el hombre salvaje recogido en sus viajes (1776-1779). No eran todos los hombres iguales como afirmaba la mentirosa leyenda religiosa; Blumenbach, el benedictino de la ciencia, fijaba matemáticamente las diferencias y la geometría desmentía la revelación; legiones de psicólogos comparaban el pensamiento de las distintas razas, su lenguaje, su escritura, y de la base firme del hombre real, y no del imaginario, comienza á construirse la nueva vida (2).

Aquella imagen jurídica que el guerrero, el sacerdote ó el fantasma, fabricaban á su antojo, divorciada del mundo real, de la constitución natural de los pueblos, va ya transformándose en todos sentidos. La savia del Derecho no es ni la fuerza, ni la ilusión, sino el pensamien-

---

(1) Stahl, *Geschichte der Rechtsphilosophie*, 1878.

Hiurichs, *Geschichte der Natur und Völkerrechts*, 1848.

(2) Courtet de Lisle, *La science politique fondée sur la science de l'homme ou études des races humaines*, 1838.

Darwin, *Descente of man*, 1871.

Gobineau, *Essai sur l'inegalité des races humaines*, 1894.

Löher, *Land und Leute inder alten und der neurend-Welt*, 1866.

to científico, el que revela cómo es la vida y cómo es el hombre, apartando ese daltanismo que falsifica el tono de las cosas cuando á través de la leyenda la vida se contempla. La comparación hace resaltar profundamente esta diferencia. Hay códigos que son el resumen de las visiones de una mente enferma. Las *suras* del Korán eran escritas por un iluminado que necesitaba, para poder escribirlas, provocar un ataque de histeria muscular; entonces aparecía el arcángel Gabriel y le dictaba á Mahoma, á semejanza de la tradición mosáica, el libro civil, político y religioso que constituye la Biblia del musulmán. Hoy, la mirada busca la realidad y no el fuego del delirio. «.....Va haciéndose camino entre nuestros jóvenes juristas, dice Cimbali (1), la tendencia de aplicar la teoría de la evolución darwinista al derecho privado..... Esta doble tendencia moderna de aplicación del método sistemático al estudio del Derecho civil y á no dejarle cerrado á los influjos de la teoría darwiniana (2) sobre la evolución, ó, mejor dicho, de la teoría evolucionista, de la cual aquélla representa una parte integrante, es un hecho digno de ser notado y una buena promesa de fausto porvenir. Comienza así á postergarse gradualmente la base metafísica y atomista del Derecho civil, para atraer paulatinamente esta rebelde institución á la órbita regeneradora de la orientación positiva y orgánica moderna. Nos encontramos en el exordio de una vasta revolución, en el campo del Derecho civil, en la cuestión del método..... Estamos, por consiguiente, en el buen camino» (3). Y el tratadista añade: «Se trata de emprender una reforma y

(1) Cimbali, *La nuova fase del Diritto civile*, 1895.
(2) Darwin, *Descente of man*.
(3) Cimbali, obra citada, págs. 8 y 9.

una mutación profundamente radical en todo el organismo y en la estructura del Código civil imperante: *instauratio facienda ab imis fundamentis»* (1).

La ley humana va abriéndose paso y consolidándose cuando más camina sobre el suelo. En el derecho punitivo descarta el concepto ético de justicia retributiva para analizar al delincuente real y no al imaginativo de los clásicos (2), y al llegar á la amplia esfera del Derecho público, adopta éste ese concepto orgánico que demanda antes de promulgar una ley administrativa el conocimiento de los diversos factores que integran la sociología del pueblo administrado (3).

Comparando las páginas de los códigos tradicionales con las doctrinas modernas, ¡qué abismo les separa! En los primeros hay esplendores de fantasía, profesiones de fe, prosa llena de aforismos rígidos, leyes á menudo rimadas que dejan por la poesía y el compás de la métrica la exigencia de la realidad, principios de dogmática jurídica, Teología y Derecho fundidos en un mismo molde; algo indiferenciado que confundía la vida verdadera, natural, multiforme y expansiva: en los segundos la precisión científica buscada con el amor del hombre que sabe que la humanidad ha caminado largo tiempo arrastrada por los espejismos de la fantasía, que sabedor de la falacia de nuestros sentidos que un día nos hacían ver en el rayo la ira de un dios colérico, busca el auxilio del medio científico y es en el proceso criminal el pletismógrafo, el que investiga y aclara el secreto en vez de la prue-

(1) Obra citada, pág. 10.

(2) Compárense las dos concepciones: la clásica y la positiva. Ferri, *Sociologia criminale*, cuarta edición.

(3) Véase el sentido de la obra de L. Stein, *La scienza dell'administrazione*. Biblioteca Brunialti.

ba del agua y del fuego ó del agua amarga de los judíos.

El hombre así parece reproducir el mito de Anteo: pierde su fuerza cuando del contacto del suelo se libra y es vencido, pero se levanta con más fuerza siempre que con sus pies palpa la superficie de la madre tierra.

El sentido realista de los antiguos sofistas ha engendrado, pues, el pensamiento científico, que es el que enseña cómo son los pueblos, cómo es el hombre y cómo es la vida, guiado por la observación para poder saber qué es lo que de todo esto podemos esperar,

Tal es el triunfo de los sofistas.

Los pueblos de España

España, por largo tiempo, viene siendo un país oculto. Su riqueza en hombres no aparece fielmente en los censos, y sus hombres ocultan sus riquezas. Y con el hombre, con el español, está oculta también su alma. Hay una caparazón que la envuelve como un disfraz perpetuo. Los historiadores, al juzgar la población hispánica, hablan de un pueblo guerrero por naturaleza, olvidando los largos siglos de servidumbre sufrida y cruentas derrotas; pero su genio artístico, el que constituye su vena espiritual y fué en la escena, por ejemplo, un luminar inextinguible en el cual la Europa entera fijó su mirada (1), ese permanece olvidado, y en lugar del pueblo que supo manejar como gran maestro los pinceles y la pluma, nos presentan un imaginario pueblo guerrero. Los hombres de la política han creído ver, en su mayor parte, un pueblo de composición homogénea, compenetrado en un mismo sentimiento,

(1) Schlegel, *Spanische Theater*, cap. I.

y la unidad de raza y la unidad de pensamiento no aparece, y aún, recientemente, se podría decir de los españoles de hoy la observación que se hacía de los españoles del reinado de Felipe IV, en cuyos días los castellanos, aragoneses y catalanes se miraban como extranjeros. Se busca la filiación de nuestras leyes políticas y la encontramos en Francia; la filosofía que en forma de teoría aquí aún priva, ó la engendró Alemania ó nos la impuso Roma. De suerte que la realidad nuestra está oculta, y sólo aparece en la superficie ó el pueblo falsificado de torpes historiadores que envenenan, como dice Costa, á la juventud con el relato mentiroso de glorias guerreras, ó un cuerpo producido por la superfetación que han engendrado los exotismos en España.

Nuestra constitución natural, verdadera, está oculta: el Guadiana, que después de recorrer extensos territorios se oculta para seguir corriendo por el subsuelo, es el símbolo nacional.

El espíritu que forma la personalidad de los españoles es como el famoso río, que, después de regar la superficie, se oculta en el subsuelo y en él guarda aún enterradas y en estado latente sus energías.

Hubo un tiempo en que conmovidos por ansias de grandezas, en pos de descubrimientos y conquistas corrían los españoles, y después de haber contribuído poderosamente á integrar el planeta, nos encontramos ignorados y sin poseernos. A la par que labor científica es obra nacional el esfuerzo por descubrirnos y conquistarnos, y para esta empresa hay que poner en práctica el sentido puritano que aparta preocupaciones y quimeras para exponer lealmente el resultado de las investigaciones. El prejuicio hace vivir en el engaño y repite el caso del navegante genovés que, habiendo descubierto el Continente america-

no, murió creyendo que era el soñado Cipango de las montañas de oro de que hablaban las caravanas de Oriente.

En este libro expongo los resultados de mis investigaciones y acopios, de los que resultan una variedad etnográfica y psicológica, en cierto sentido, en el pueblo español. Esta contribución al estudio de lo que es el pueblo español nos puede conducir á las consecuencias de lo que debe ser y lo que de él se puede esperar. No preside esta labor un sentimentalismo que podría, aun sin quererlo, torcer el examen científico, sino un método científico que busca el argumento en el hecho y la deducción en la comparación. En ella se intenta la aplicación del sentido realista, el que ha triunfado en larga lucha con quiméricos idealismos, que son los que forman sobre los españoles esa costra dura que aprisiona su cuerpo é impide la manifestación de su espíritu.

No hay pueblo español en el sentido de la concepción tradicional, esto es, como una unidad étnica y psicológica, como una misma raza y un mismo pensamiento; sino pueblos, grupos de población peninsular con características diferenciales y hondamente señaladas, notadas aun por los extranjeros (1), ni la vida circula con igual fuerza por toda la Península.

El hecho de la unidad política y de la variedad interna de un pueblo, no es privativo de España; se repite en muchos países de Europa y América y, por regla general, allá en donde aparece un Estado calcado en la política tradicional. Italia no existe más que como unidad política, dice A. Nicéforo (2), y encierra en la unidad Estado

(1) Véase el estudio más reciente de A. Nicéforo, *In Spagna durante la guerra. Nuova Antologia*, Junio 1898.
(2) Nicéforo, *Italiani del Nord e Italiani del Sud*, 1901.

una Italia progresiva y una Italia bárbara (1); la Gran Bretaña tiene un desnivel en civilización y raza que pone como términos opuestos á Inglaterra é Irlanda; Alemania tiene parte de su cuerpo caracterizado por una civilización á base de aristocracia histórica y militar y parte modernísima; Austria repite el caso, y en el Continente americano el Este y el Oeste de los Estados Unidos son un nuevo ejemplo del hecho europeo.

Volver los ojos á nosotros mismos es buscarnos para tener conciencia de nuestra personalidad y de la manera de ser de nuestra vida, que difícilmente podrá encauzarse si nuestra guía no arranca del conocimiento de la realidad y no de las inspiraciones de la fantasía.

Conocer cómo son y cómo viven los pueblos de España: este es mi intento.

(1) Nicéforo, *L'Italia barbara contemporanea*, 1898.

PRIMERA PARTE

ETNOGRAFÍA

CAPÍTULO PRIMERO

Sistemática

1. Las razas.—*Aparición, evolución y categorías.*—2. La clasificación de las razas.—*La raza y el lenguaje.—Los métodos de clasificación.—Bases de la clasificación.—Caracteres externos.—Caracteres internos.—La determinación de las formas.—El método Sergi aplicado á la etnografía de España.*

I.—Las razas

APARICIÓN, EVOLUCIÓN Y CATEGORÍAS

La interpretación que se hace de los distintos caracteres de las razas humanas, para deducir su grado de superioridad ó inferioridad, demanda un estudio previo de la génesis de las razas. El campo naturalista está dividido en dos bandos: en uno figuran los que afirman la unidad de origen de las distintas razas humanas y se inspiran en las ideas de Darwin; en el contrario, hay también naturalistas famosos que explican de distinta manera la formación de las razas. Darwin afirma la unidad de origen (1) explicando la diferenciación étnica que presentan

(1) Darwin, *Descente of man*, 1871.

los 1.500 millones de hombres—cifra á que asciende el cálculo de la población total del globo—merced á la acción de dos hechos: la lucha por la existencia y la selección sexual. Esta explicación no ha satisfecho del todo por cuanto se ha demostrado que las familias ó clases vencedoras en la selección sexual no han podido afirmarse luego porque su proliferación ha sido escasa. El mismo Darwin tenía poca confianza en esta explicación, pues no se atrevió á insistir en ella mucho.

Como las hipótesis sobre la filiación de los indígenas americanos, relativas á un probable origen mongólico, daban visos de certidumbre á la unidad de origen de las razas afirmada por Darwin, los estudios continuaron, siendo de entre ellos los más notables los de Mauricio Wagner.

Este autor, investigador en el gabinete y en los grandes viajes, atribuye la formación de las razas á los movimientos migratorios producidos por las grandes revoluciones geológicas de los fines de la época terciaria, en la cual fija la aparición del hombre. Esta desbandada del primitivo y único grupo humano condujo á diversas partes del globo á las fracciones en que se dividió, y luego un largo aislamiento y una relación sexual puramente endogámica, crearon y fijaron los distintos caracteres morfológicos que son las notas distintivas de las razas conocidas. Así aparecieron las razas; los pueblos aparecieron en épocas más cortas é históricas. Esta explicación es más verosímil que la de Darwin, pues da á conocer por qué en los tiempos presentes no aparecen nuevas razas y sí pueden formarse pueblos: hoy no se producen aquellos grandes cataclismos que dispersaron al primer grupo humano.

Las razas no permanecen estacionarias. Se transfor-

man paulatinamente merced á la acción de muchas concausas, respecto de las cuales se discute la medida de su acción, no su influencia. Galton explica esta transformación por la disminución gradual que los descendientes sufren en la herencia (1), representándolo así: si uno tiene de sus padres 9/10 de su ser, y 1/10 representa su variación individual, sus padres tendrán de sus abuelos 9/10 de 9/10 = 81/100 de su ser, y de sus bisabuelos sólo 729/1.000, y llegando más atrás en la serie genealógica, resultará que el individuo del ejemplo no tendrá de sus progenitores del grado 50 más que 1/5.000.

Pero estas cifras son hipotéticas conforme lo ha demostrado la crítica de Rümelin.

Como cofactores de la transformación se señalan las influencias del clima, el mestizaje, la clase de vida, la educación; un complejo de causas que los alemanes comprenden en dos acepciones genéricas: causas endógenas y causas exógenas.

Merced á todos estos hechos la aparición de las razas y su evolución se ha cumplido, dejando dividida la especie en dos grandes categorías por lo que se refiere á su grado de progreso: razas inferiores y razas superiores. Las primeras son aquellas que se han estancado en su evolución y representan los tipos étnicos más viejos y menos desarrollados; las segundas juntan á una evolución orgánica otra mayor evolución mental, y en los choques entre estas razas las inferiores acaban por desaparecer.

Estas razas inferiores no representan en el mundo otra influencia que no sea la científica. En ellas se comprende

(1) Galton, *Hereditary genius or inquiry into its laws and consequences*, 1892. *Natural inheritance*, 1889.

á los Hotentotes, Australianos, Polinesios, Indios salvajes y Bosquimanos.

Su constitución orgánica y mental delata su inferioridad (1). Son de baja estatura; su excesivo desarrollo de los brazos, comparado con el de las piernas, anuncia una vida primitiva; los órganos de nutrición presentan gran desarrollo, también merced á su nutrición desigual que no les permite nutrir el cerebro y disminuir el vientre, lo que según Mac-Lenan constituye el paso de la barbarie á la civilización; su escaso desarrollo nervioso no les permite hacer grandes esfuerzos; el nervio es poco sensible, y, merced á esta analgesia, permanecen impasibles ante el dolor. Su mundo psicológico es igualmente inferior. No tienen fuerza inhibitiva que les detenga en sus impulsos, y les es imposible constituir vastas comunidades, porque no regularizan las relaciones sociales. Su intelecto no acierta á representar ideas generales, sino reducidas asociaciones. Imitan, pero no producen. La previsión no se les revela sino raras veces, y sus ideas religiosas tienen la expresión grosera del fetiquismo y del animismo (2); para ellos el alma es independiente del cuerpo; de él se ausenta y vuelve. La sombra de su cuerpo creen que es su alma, y también el aliento que se evapora. Su estado es de lucha constante, y en estas manifestaciones que tanto concuerdan con la antropología del delincuente, se ha fundado Lombroso para creer que el delito tiene en muchos casos un origen atávico (3).

Hay entre las razas inferiores y las superiores unos grupos intermedios, á los cuales pertenecen los mestizos

(1) H. Spencer, *Principes of Biology*, 1865.
(2) Tylor, *Antropología*.
(3) Lombroso, *L'uomo delinquente*, quinta edición.

de cruzamiento de razas superiores é inferiores, los cuales heredan en mayor proporción, según Darwin, las cualidades del tipo inferior que del superior.

A la categoría de razas superiores pertenecen los pueblos mongoles, de piel amarilla, cabellos negros y cabeza redonda; los pueblos de extirpe mediterránea, entre los cuales se encuentran los inteligentes semitas; las grandes masas indo-germánicas que componen la población rusa, alemana, inglesa, en proporciones distintas en medio de la mezcla étnica, y también gran parte de la población francesa, española, italiana y norteamericana.

Estas son las razas.

2.—La clasificación de las razas

LA RAZA Y EL LENGUAJE

Deducir la diferencia de raza por la diferencia de lenguaje ha sido un método de investigación etnológica muy extendido, un error demostrado y una arma de combate para los mestizos de la ciencia, para los que ponen á ésta como servidora de sus pasiones políticas. El naturalista Prichard fué el ardoroso defensor de este procedimiento; Broca su sepulturero, y algunos nacionalistas de Cataluña y Bilbao, sus exhumadores.

Prichard (1) decía que los caracteres filológicos eran más eficaces para la determinación de las razas que sus caracteres anatómicos y psicológicos. Las raíces verbales tomábalas como hilo que puede guiar al explorador por el laberinto de las razas, como si el lenguaje fuese algo consustancial, inseparable, como la sangre y los

(1) Prichard, *Researches into the Physical History of Mankind, Natural History of man.*

huesos en el organismo. Los que siguieron el camino marcado por las palabras toparon con pueblos de razas heterogéneas que hablaban la misma lengua, y pueblos de la misma raza que hablaban distintas lenguas. Broca dió un golpe de gracia á los orientalistas (1) deslindando los campos de la Filología en el estudio de las razas, y demostrando que los Bascos eran dolicocéfalos y no hablaban lenguaje aryo, sino una lengua aglutinante que no había llegado á la flexión del aryo.

El idioma como medio psico-físico de comunicación es adaptable á distintas razas, como el barro que se arroja en distintos moldes.

En España hay varios lenguajes cuya distribución geográfica no corresponde del todo á la distribución geográfica de las razas.

El idioma arcáico de los Bascos comprende á Bascos y á elementos exóticos también; el bajo latín que formó las lenguas romanceadas en la Península sufre igual suerte; el castellano le hablan elementos étnicos distintos como son los asturianos y los castellanos; el provenzal y sus distintos matices comprende á catalanes, valencianos y mallorquines..... el lenguaje no es, pues, guía segura para fijar la etnogenia de un pueblo.

Romano es nuestro idioma y nuestra religión, y nosotros distamos mucho del genio romano.

Para fijar la etnogenia española hay que acudir á los caracteres anatómicos que son los de mayor persistencia, y no á las postizas vestiduras del lenguaje que en muchos casos no son más que el rastro de una dominación política ó de una influencia moral.

(1) Broca, *La linguistique et l'Antropologie*. Boletín de la Sociedad de Antropología de París.

Los métodos de clasificación.—Bases de la clasificación.—Caracteres externos

La necesidad de no dejar lo relativo á las diferencias étnicas en el terreno de las afirmaciones escuetas y de contribuir al esclarecimiento de la historia de los pueblos y á la fijación de sus evoluciones y valores biológicos, ha determinado la aparición de los procedimientos para la apreciación de las diferencias morfológicas y cualitativas que existen entre las distintas razas conocidas.

Los procedimientos se refieren, pues, unos al orden somático, material, y otros al psíquico ó espiritual. Las diferencias existen, y de ello dan clara prueba los resultados de las investigaciones antropométricas que nos revelan cómo es el cuerpo, y las psicométricas, que ponen de manifiesto ciertas cualidades del espíritu. Las principales, porque más dicen, son las diferencias psicológicas; pero antes de llegar á ellas precisa conocer las diferencias de naturaleza somática.

En la ponderación orgánica de la raza se han encontrado notables diferencias, las cuales tienen el valor de demostrar que los pueblos de órganos inferiores no pueden realizar funciones superiores. Ribot ha calculado que la masa nerviosa del hombre civilizado supera á la masa nerviosa del salvaje en un 30 por 100; el cerebro de un bosquimano pesa, término medio, 900 gramos; el de un negro africano, 1.300, y el de un europeo, 1.400 gramos. En las razas superiores calcula que las capacidades craneanas mayores llegan hasta 1.900 centímetros cúbicos, y en las inferiores, sólo hasta 1.500.

Aparte de estas medidas, el dinamómetro acusa tam-

bién sensibles diferencias en la fuerza muscular, la algometría en la sensibilidad y otros procedimientos encaminados á especificar el área del campo de visión, el gusto, capacidad pulmonar, ideación, etc. (1).

Pero todas estas investigaciones resultan difíciles de aplicar cuando se trata de clasificar grandes masas. Por esto se adoptan métodos de clasificación menos complicados y más rápidos á fin de realizar la clasificación de miles de casos.

Ha sido esta cuestión una de las más debatidas entre los antropólogos. El hombre tiene ciertos caracteres distintivos, y en su cuerpo aparecen en número variado; pero el problema no estriba, como se ve, en la falta de ellos, sino en encontrar los caracteres que fuesen más persistentes.

De las dos clases de caracteres, externos—el color de la piel, el color de los cabellos, su forma y estructura, el color de los ojos—é internos—la constitución esquelética que da la forma á las cubiertas blandas—, han tomado base de clasificación los antropólogos.

Algunos han tomado como base la coloración de la piel por ser esta característica la que más resalta á primera vista. De aquí la antigua clasificación que pudiéramos llamar *cromática*, que dividía las razas según el color de la piel: raza negra, raza blanca, raza amarilla..... Pero esta base de clasificación ha decaído como base principal, pues aun dentro de tal criterio cromático, es difícil precisar los colores, porque éstos no aparecen siempre puros, sino que guardan tonalidades y esfumados distintos; así se ven el negro claro en la piel, el negro obscuro, el blanco, el moreno, etc. Pero lo que ha motivado el abandono

(1) Véase el *Manual de Antropología*, de Broca.

de esta base como criterio principal, es el haberse demostrado que la coloración del tegumento humano depende de muchas condiciones, principalmente del suelo, del sol y de la alimentación (1); por esto, bajo una diferente coloración, se pueden encontrar los caracteres físicos internos más homogéneos cuando se estudia una variedad, una especie humana, en su distribución geográfica (2). Los estudios del Dr. Ranke (3) sobre el influjo de la luz y el aire en el color de la piel de los indios americanos, confirman este aserto. Es cierto que el color no se pierde á veces en el transcurso de algunas generaciones; pero no por esto deja de tener el carácter de nota adquirida, como lo demuestra el hecho de haber comprendidas en un mismo color distintas formas craneanas; así vemos, por ejemplo, dolicocéfalos rubios y braquicéfalos rubios.

El color, pues, debe considerarse como base secundaria de clasificación que sirva para dividir, como lo hace Sergi (4), una especie en variedades.

En la rebusca de base de clasificación se señaló otro carácter externo: la forma de los cabellos. Los cabellos humanos pueden ser lisos, lanosos, planos ó redondos, según las razas. Pero estos caracteres, si bien no hay que desecharlos, no tienen, sin embargo, la persistencia y claridad que los caracteres internos. Hay quien sigue esta clasificación, pero no es universalmente aceptada sino como base de clasificación secundaria.

Se ha señalado también como base la serie de características que llama Sergi caracteres intermedios, ó sean

(1) Sergi, *Specie e Varietá umane*, 1900.

(2) Sergi, Africa, *Antropologia della stirpc camítica*, 1807.

(3) Ranke, *Ueber die Hautfarbe der südamericaniscken indianer*, «Zeitschrift f. Ethnologie», vol. XXX, 1898.

(4) Sergi, *Specie e Varietá umane*.

las partes blandas que revisten la cara, como los labios y la nariz. Pero se ha observado que estos caracteres intermedios son una correlación de la estructura ósea, ó sea de los caracteres internos, esqueléticos, y que, por lo tanto, era necesario llegar á la raíz determinante de tales formas, por lo que quedaron los caracteres intermedios relegados á la condición de bases secundarias.

Es necesario tener presente que los caracteres externos—color de la piel, forma y color de los cabellos—se asocian á veces á caracteres internos—los esqueléticos—, pero no se funden. Hay sólo una especie de yuxtaposición que permite separarlos por medio del análisis y especificarlos. Este hibridismo, como dice Sergi (1), es un sincretismo de caracteres propios de muchas variedades que no modifican las formas esqueléticas ó caracteres internos. Por esto, estos criterios antiguos, seguidos desde Linneo hasta Quatrefages, hay que reducirlos á bases de clasificación secundaria.

CARACTERES INTERNOS

Advertida por algunos antropólogos la persistencia de los caracteres internos, se les atribuyó la posibilidad de poder constituir base segura de clasificación fundamental. Sergi (2) los adopta por los siguientes motivos:

1.º Porque presentan estabilidad y persistencia á pesar de las mezclas y á través del espacio y del tiempo, esto es, á pesar de haberse realizado una amplia distribución geográfica y haber transcurrido muchos milenios.

(1) *Specie e Varietá umane.*
(2) *Specie*, etc.

2.° Porque pueden ser tomados como puntos fijos á los cuales se asocian otros caracteres, como los externos, que se toman como secundarios y como medios de subdivisión de grupos especiales.

3.° Porque en la gran mezcla y en la gran confusión de los elementos étnicos se puede hacer un análisis y separar estos elementos componentes de un pueblo ó un grupo humano.

De todos los caracteres esqueléticos, ¿cuáles serán los más á propósito para constituir una sólida base de clasificación? Se han señalado como tales la estatura, el rostro y el cráneo, pero no tienen todos el mismo valor.

La estatura se reserva como carácter de clasificación secundaria, porque sólo da diferencias lineales, y si bien tiene la ventaja de ser hereditaria y persistente, presenta, sin embargo, muchas variaciones individuales.

El rostro presenta importantes caracteres de clasificación, y por esto debe concernir á formar con el cráneo una base de clasificación.

El cráneo es la más excelente base de clasificación, merced á la persistencia de sus formas típicas, en que aparece dividido desde tiempo inmemorial.

Se puede decir que las líneas del cráneo son el hilo que puede guiar á través del Dédalo que presentan las agrupaciones confundidas por el hibridismo, pues quedando inalterado el cráneo en su tipo, puede ir unido á otros caracteres por hibridismo. Por esto, á pesar de la mezcla étnica que haya sufrido un pueblo que parezca más ó menos homogéneo, se pueden averiguar los elementos étnicos que le componen conociendo los tipos craneanos.

De esta suerte se puede hacer la etnografía de un pueblo, fijando su distribución geográfica de los tipos, su respectiva relación numérica, su movimiento migratorio, su

origen histórico. Así, con más seguridad que las historias más ó menos dudosas, con mayor certidumbre que las tradiciones y crónicas fijadas en incunables y borrosos palymsestos, se averigua el pasado de un pueblo, cuyas páginas quedan atestiguadas en la configuración de su mismo cuerpo, por la marca indeleble que la naturaleza les fijó al nacer.

Las observaciones hechas por notables antropólogos demuestran el mérito de este dato antropológico, porque confirma la persistencia de la forma del cráneo á través de civilizaciones distintas y de largas épocas históricas. Hay un testimonio concluyente presentado por Sergi. «Después de una larga serie de observaciones—dice (1)—afirmo que en el tiempo y en el espacio las formas del cráneo se conservan inalterables. Las regiones por mí estudiadas particularmente, son Europa y gran parte de Africa; de la especie eurafricana he examinado las formas antiquísimas encontradas en Italia, en Grecia, en España, en el África Septentrional, en las islas Canarias, en el Centro y en el Septentrión de Europa, así como también en el Occidente; las he comparado con las recientes de los mismos lugares en donde aún reside la especie, y en ellas he encontrado la persistencia.

»Lo mismo he hecho con la otra especie, ó sea la eurásica, de la cual he podido examinar los cráneos más antiguos en Italia y compararlos después con los más recientes en Italia y en el centro de Europa, y he obtenido el mismo resultado. Idénticos resultados se deben tener en otras regiones y en otras extirpes ó especies humanas; no es posible que suceda diversamente si no queremos creer que la naturaleza haga una excepción para el hombre,

(1) *Specie e Varietá umane*, pág. 18.

mientras que para los demás animales no hay duda de que tienen la persistencia de las formas tipicas» (1).

El americano Meigs atribuye igual valor á los caracteres craneanos, porque los recuerdos históricos y monumentales y lo encontrado en los osarios y *mounds*, etc., indican la gran persistencia de tales formas (2). Junto á estos testimonios podrían citarse los de Hatman y Hamy, por los habitantes del valle del Nilo; Virchow, Lund y Kollman, por los americanos, etc. Aparte de la aceptación hecha por Darwin, respecto de la persistencia de los tipos humanos.

LA DETERMINACIÓN DE LAS FORMAS

Comprobado el dato de la persistencia morfológica del cráneo, falta encontrar el método á propósito para su determinación.

El procedimiento craneométrico del índice cefálico—expresión de la relación entre la longitud y la anchura del cráneo, que se obtiene multiplicando la anchura del cráneo por ciento y dividiendo el producto por la longitud: la cifra del cociente es el índice cefálico (3)—no tiene la cualidad de especificar las formas craneanas. Según este medio, aplicado por Retzius y difundido por Broca, sólo hay dos formas de cráneos, largos y cortos, y otra intermedia, siendo así que la variedad es mucho mayor. El compás no puede dar la especificación que necesita la etnografía; da pocos datos, expresiones numéricas que mu-

(1) Véanse, de Sergi, *Africa, Arii e Italici; Veber die sogenannten Reihengräbertypus.*

(2) Meigs, *The cranial Characteristics of the Races of Man, Indigenous Races of the Eart.* Filadelfia, 1857.

(3) $\frac{100 \times \text{anchura}}{\text{longitud}}$ Fórmula fijada por la convención de Francfort.

chas veces resultan, por su multiplicación cabalística, verdaderas combinaciones pitagóricas de dudoso valor. Claramente lo demuestra el hecho de haber comprendido en un mismo índice diversas variedades craneanas. Así se ve en la clasificación de Welcker por medio de los índices cefálicos (1), comprendidos los romanos junto á los australianos y á los negros de Africa. Lo mismo ocurre con las clasificaciones de Kollman y de Török por medio del índice cefálico (2). Y es que el índice cefálico no da más que la extensión de dos diámetros, uno transversal y otro longitudinal; pero no da la forma exacta, es decir, la marcha que sigue la circunferencia craneana. Esto sólo lo da de una manera grosera, pues merced á este procedimiento craneométrico sólo se distinguen dos formas: la llamada dolicocéfala, de cráneo largo y estrecho; la braquicéfala, de cráneo corto y relativamente ancho, y una forma intermedia ó sea la mesocéfala. Pero esto no es bastante, porque dentro del grupo de los dòlicocéfalos hay muchas variedades, y esto el compás no lo especifica. En España, por ejemplo, hay tres variedades dentro del grupo dolicocéfalo: la semita, la camita y la nórdica, de cuya existencia no se tendría cuenta si sólo se guiase el investigador por los datos del índice cefálico simplemente.

Al italiano Sergi le corresponde la gloria de haber reintegrado el método de clasificación (3) dentro de las vías que había iniciado Blumenbach (4) al describir la norma vertical, y haberle desenvuelto.

(1) Welcker, *Craniologische Mittheilungen*, «Archiv. f. Authr», 1866.

(2) Kollman, *Beiträge zu einer Kraniologie der europäischen Voelker*, «Archiv. f. Authr», 1881 y 1882. Török, *Grundzüge einer systematischen kraniometric*, 18[illegible]0.

(3) Sergi, *Specie e Varietá umane.*

(4) Blumenbach, *De generis humani varietate nativa*, tercera edición. Gotinga, 1895, primera en 1797.

Que el índice no puede precisar la forma, se demuestra deduciendo de tres figuras geométricas distintas un índice igual. Deduciendo la relación de los dos diámetros, dan un índice igual. ¿Es igual su forma? Evidentemente que no.

Resulta, pues, que un mismo índice cefálico puede comprender distintas formas, y, por lo tanto, su valor queda reducido á intepretarlo en este sentido: *que no da las formas específicas necesarias para hacer una acertada clasificación étnica,* y *que sólo puede indicar tres formas dado, en general, que los altos índices corresponden á la braquicefalia, los más bajos á la dolicocefalia* y *los intermedios á la mesocefalia.*

Sergi toma como base de clasificación la forma del cráneo, y esta forma la deduce por comparación con figuras geométricas, sin mensuraciones. Estas formas que él ha encontrado, como persistentes y típicas, les llama *variedades,* y son:

I. *Elipsoidales.*
II. *Ovoidales.*
III. *Pentagonales.*
IV. *Romboidales.*
V. *Beloides.*
VI. *Cuboides.*
VII. *Esfenoidales.*
VIII. *Esferoidales.*
IX. *Platicéfalos.*

Como se ve, estas formas asocian un significado geométrico. Además, estas *variedades* tienen, ó les corresponden á cada una, algunas *subvariedades* que no son variaciones individuales y transitorias, sino hereditarias y persistentes y que llevan el carácter primario de la *variedad* á que pertenecen. Así, por ejemplo, la variedad *pentagonal* tiene como subvariedad el *pentagonoide agudo* y el *obtuso.*

EL MÉTODO SERGI APLICADO Á LA ETNOGRAFÍA DE ESPAÑA

Este método morfológico ha sido aceptado merced á la precisión que determina por la mayor parte de los jóvenes antropólogos de Italia. Entre los ya famosos antropólogos ha sido aceptada la innovación por Lombroso; Hölder, que significa una gran autoridad entre los alemanes, lo ha aceptado igualmente; Ranke de Mónaco ha seguido las mismas huellas; Martín en Suiza, Lissaner y Näcke también en Alemania, etc.

Tal aceptación es seguida también por mí para fijar la etnografía del pueblo español.

Junto á este método reuniré también todos los datos encontrados respecto de aquellos caracteres que pueden constituir una base de clasificación secundaria, como son el color, los cabellos, caracteres intermedios, etc.

CAPITULO II

Etnogenia europea

HISTORIA DE LAS RAZAS DE EUROPA.—*Leyendas y narraciones.—La investigación científica.—La arquitectura anatómica.*

Historia de las razas de Europa

LEYENDAS Y NARRACIONES

De leyendas y narraciones antiguas arranca la historia de las razas de Europa. En forma fragmentaria, á semejanza de las máximas científicas y jurídicas que se ven mezcladas con los libros religiosos de los primeros tiempos, aparecen desparramadas las descripciones étnicas en los antiguos escritos.

En la épica escandinava aparecen los personajes de los cantos de los Nibelungos, descritos poéticamente, fijando ciertos caracteres que el antropólogo estudia en la actualidad dándoles los nombres propios de la precisión científica. El monstruo Fafnir, el guardador del oro, pregunta á su vencedor, Siegfried, quién es, cómo se llama el mancebo de los ojos azules. Los historiadores romanos nos refieren que cuando el desequilibrado Calígula simuló un triunfo sobre los germanos, pintó el cabello de algunos

galos con afeites dorados para hacer creer á los romanos que eran prisioneros germanos. Tácito, el paciente historiador, habla de las grandes masas de gentes de disposición uniforme y blondos matices que se extendían más allá del Rhin (Tácito, *Germania); César*, en párrafos de latinidad purísima, describe la antigua Galia *«in partes tres: quarum incolunt Belgæ, alliam Aquitani tertiam qui ipsorum lingua Celta nostra Gallo apellantur. Hi omnes lingua, institutis, legibus inter se differunt. Gallos ab Aquitanis Garumna flumen, a Belgis Matrona et sequana dividit» (Julii Cesaris commentariorum*, de Bello Gallico); el historiador siciliano Diodoro intenta una distribución geográfica de las gentes de la Galia (Diodori Siculi, *Bibliothecæ historicæ)*, y habla de los Γαλαταί, hombres de elevada estatura, blanca piel y cabellos blondos; Tito Livio, Anniano Marcelino, Plutarco, relatan que de un lejano país, junto á un mar hiperbóreo, vinieron unos invasores de Roma..... Y así, desparramadas en pergaminos cubiertos por el moho de la pátina se encuentran las primeras noticias de rudimentarios antropólogos que comenzaron á distinguir las razas por las notas más elementales y que corresponden á la infancia de la observación: la estatura y el color de las gentes.

Después de esta época de incoherencia y empirismo (1) comienzan los intentos de sistematización y con ellos la gran labor de constitución de la etnogenia europea.

---

(1) Véanse con los autores citados á Dion Casio, *Fragmenta historicorum Græcorum;* Pausanias, *Fragmenta historiorum græcorum, Plutarchi operum;* Timeo de Tauromenia, *Bibliothecæ historicæ;* Herodoto, *Historia;* Homero, *Iliada, Odisea;* Tito Livio, *Década.*

LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

Pero ¿qué guía se había de tomar para clasificar las razas?

El criterio elemental de los historiadores y poetas era insuficiente y poco científico; no bastaban á los investigadores ni las manchas de color ni la arrogancia del cuerpo, que cautivaba á los antiguos.

Por esto, se ha buscado un criterio algo más sólido que ha dado origen á dos grandes corrientes de investigación etnológica: la segunda por los filólogos y la mantenida con más fortuna por los antropólogos; los primeros buscando el hilo conductor en el lenguaje; los segundos en la persistencia de los caracteres anatómicos.

LA ARQUITECTURA ANATÓMICA

Abandonada la guía fugitiva del lenguaje se desenvolvió la investigación para fijar la etnogenia europea, en el campo exclusivamente antropológico; investigaciones que constituyen en libros verdaderas pirámides de bibliografía. Hasta ahora se han descubierto muchos errores, lo cual ha contribuído á trillar el camino: la fijación de las verdades básicas en la historia de las razas de Europa aún no se ha terminado.

Los intentos más bizarros en esta empresa comienzan con Quatrefages, al establecer una clasificación de razas á partir de la época cuaternaria (Canstadt, Cro-Magnon, mesaticéfala de Furfooz, subraquicéfala de Furfooz, Grenelle y Truchière), admitiendo un precursor en la época

terciaria (1). Más ó menos influídos por esta corriente fueron Hamy, De Mortillet, Herví, Salmon, etc. Y en Alemania los antropólogos también han aportado su esfuerzo si bien exento de peligrosas generalizaciones: Virchow, Ecker, Hölder, etc. Todos han hecho grandes esfuerzos para fijar la historia de las razas de Europa, pero sin llegar á una síntesis que reuniese los necesarios visos de realidad para que fuese aceptada como cierta.

A los italianos pertenece la gloria de haber reintegrado la investigación etnogénica dentro de la primitiva orientación que trazara Blumenbach (2). Giuseppe Sergi adopta como guía los caracteres osteológicos y entre ellos las formas craneanas con arreglo á la sistemática citada (cap. I) (3).

La exposición de la etnogenia europea, según Sergi, es precedente necesario para poder fijar la filiación étnica de las razas de España y su distribución geográfica.

Desde las descripciones legendarias ó puramente históricas que nos hablan de las antiguas razas de Europa sin pasar de la superficie deteniendo la atención tan sólo, en el color ó en la palabra, á la actualidad, se ha recorrido mucho camino hasta penetrar en las entrañas de los pobladores cuya acta de bautismo se busca.

En ésta, que pudiéramos llamar excavación en la masa de población europea, deduce Sergi las siguientes conclusiones (4):

El suelo de Europa estaba ocupado en la época prehis-

(1) Quatrefages, *Hommes fossiles et hommes sauvages; L'espèce humaine*. Quatrefages y Hammy, *Crania Ethnica*.

(2) Blumenbach, *De generis humani varietate nativa*, 1797.

(3) G. Sergi, *Specie e Varietà umane*, 1900.

(4) Véanse: *Specie e Varietà umane* y *La decadencia de las naciones latinas*, Sergi.

tórica, correspondiente á la Madelaine de los franceses, por el tipo arcáico llamado de Neanderthal, el hombre de cráneo tosco y duro y arcos superficiales de fiera. Los europeos de entonces componían una gran masa de gran inferioridad étnica porque estaban, según los evolucionistas, en el *hiatus* que establece la seriación entre el hombre actual y el *Pithecanthropus*. En esta época una gran oleada de gentes africanas invadió el Continente europeo abatiendo al hombre de Neanderthal, del cual sólo quedan escasas supervivencias. La oleada se extendió hasta el Septentrión europeo dominándolo todo y dejando huellas de su paso y grandes supervivencias aún, pues las formas craneanas correspondientes á la extirpe invasora que por venir de Africa y distribuirse en Europa, Sergi la llama *euroafricana,* se encuentran en Alemania. A Italia, Francia y España les correspondieron fracciones de esta especie invasora. Se podría decir que era la misma raza la que había ocupado las tres regiones, las cuales, ni en aquella época hubieran constituído naciones como ahora hubieran podido considerarse como hermanas antropológicamente ó por caracteres físicos. La homogeneidad étnica no era absoluta, pero los elementos heterogéneos habían de ser escasos.

En esta homogeneidad física se encuentra también la homogeneidad de cultura, la neolítica, y la eneolítica luego, con alguna diferencia de grados según las influencias á que estaba sometido, por su posición geográfica. Estas influencias, dice Sergi, venían principalmente desde el Oriente del Mediterráneo; sea que esta parte hubiese tenido una civilización autóctona ó una civilización africana por las vías de Egipto, ó asiática por medio del Asia Menor, cuya acción más tarde, en la época de los metales, fué grandísima y se difundió en el Mediterráneo Occi-

dental extendiéndose hasta el Norte por la Europa Central y Septentrional (1). En esta antiquísima época prehistórica se sucedieron las civilizaciones afromediterránea primero, afroeuropea después, á las cuales siguió la asiomediterránea con aquella civilización llamada micenea y su difusión en Europa con el bronce.

Pocas mescolanzas hubo al principio en el Mediterráneo y en la Europa Occidental y Central de elementos antropológicos de origen asiático, que no se han comprobado hasta la aparición del cobre en Sicilia, lo mismo que en la Península italiana, en España y otras partes de Europa. Pero las grandes mezclas son de la época del bronce.

Los caracteres antropológicos de esta especie eurafricana son bien definidos. Las formas craneanas son alargadas, finas y elegantes, afectando conformaciones que por su valor geométrico pueden llamarse *ovoidales, elipsoidales* y *pentagonales,* dolicocéfalas ó mesaticéfalas.

Las formas faciales son igualmente *elipsoidales, ovoidales, pentagonales* y *triangulares.*

Alrededor de estas formas craneanas y faciales, típicas ó principales, de la extirpe eurafricana, hay algunas formas accesorias (2).

La extirpe eurafricana comprende *tres razas* si se la clasifica por sus caracteres externos, lo cual se explica recordando la influencia del medio sobre los caracteres externos del hombre.

La *raza africana* tiene el color de la piel y los apéndices negros, rojos y morenos ó rojos y negros (distintos de los negros africanos que tienen otros caracteres esque-

(1) Sergi, *Origine e diffusione della stirpe Mediterranea.*

(2) Véase *Africa Antropologia della stirpe camitica,* Sergi, 1897.

léticos) y comprende á los Begia, Abisinios, Gallas, Somalis, Marsais, Wahuma, Fulbis y algunos otros grupos.

La *raza mediterránea* (1) es aquella que habitó, y aún habita en crecido número, en la cuenca del Mediterráneo y comprende á la parte de Europa bañada por este mar y una parte del Asia Occidental, el Norte de Africa desde el Egipto hasta Marruecos, con algunas regiones del Sahara, y las islas Canarias. El color de su piel es moreno y el de los ojos y los cabellos oscuro, prevaleciendo el castaño. La tercera raza es la *nórdica,* que ocupa parte de la Europa Septentrional y Central, de piel blanca, cabellos rubios y ojos cerúleos, llamada germánica y también de Reihengräber (2).

Esta divergencia que presenta la especie eurafricana en sus caracteres externos y su coincidencia en los externos se explica teniendo presente su distribución geográfica distinta que la sometió á distintos influjos del medio (3). El movimiento migratorio de esta especie africana á Europa se remonta al cuaternario, y de esta época milenaria hasta la actualidad, expuesta en sus distintas masas emigradas á designarles influencias de los rayos solares, había de dar, necesariamente, una decoloración en algunos y acentuación en otros. La raza mediterránea distribuída en distintos puntos de Europa y por esto se han encontrado sus formas eraucanas y faciales en la Francia Occidental y Meridional, en los Long Barrows de la Gran Bretaña, en las sepulturas de Suiza, en los más antiguos kurganes de Rusia, etc. Comparados por Sergi y el Dr. V. Hölder en el Museo de Anatomía de Mónaco

(1) Véase *Africa,* citada.
(2) Sergi, *Arii e Italici.*
(3) Véase el cap. I.

cráneos egipcios antiguos con verdaderas formas típicas del del germánico ó Reihengräber se encontró igual conformación, demostrándose la persistencia de las formas á pesar de la variación de los colores.

Así se comprende el por qué de ser clasificados antropológicamente en la misma raza el *fellah* de Egipto actual y el dolicocéfalo rubio, el superhombre de las razas de Europa, según se desprende de la clasificación caprichosa de Lapouge.

Los que dejando aparte la historia adjudican títulos de superioridad, actualmente, á algunas razas y rebajan la consideración de otras, incluyendo entre las inferiores á la llamada latina, compuesta en gran parte por elementos eurafricanos, olvidan que éstos fueron los creadores de una gran civilización en la época del cobre, que estuvo á punto de ser destruída por la inmensa avalancha de gentes feroces (los considerados hoy por algunos superiores) que vino rodando á Europa desde el Continente asiático. Primero es Africa la invasora de Europa con sus eurafricanos que absorben al hombre fiera de Neanderthal; luego es el Asia la que desprende el turbión sobre Europa.

Esta inmensa y terrible invasión asiática, sigue Sergi (1), arrojada sobre las primitivas poblaciones europeas recorrió Europa de uno á otro ámbito. Nada detenía su paso; encontraba un mar y la oleada de gentes le cruzaba; así fueron invadidas las islas británicas; las cordilleras que presentaban un muro de defensa, eran escaladas y los países ultramontanos invadidos; los agrestes Pirineos, los Alpes enmascarados de nieve, los quebrados Balkanes, no fueron bastante para librar de la irrupción

(1) *Decadencia de las naciones latinas* y *Specie e Varietá umane*, Sergi.

asiática á las tres grandes penínsulas clásicas del Mediterráneo: España, Italia y Grecia. Aquella dolorosa infusión de sangre nueva trajo también con ella costumbres é ideas nuevas. Con las masas empujadas de sus hogares fueron desalojadas instituciones y formas sociales: mezcladas con bárbaras servidumbres se impusieron también nuevas lenguas. La antigua religión de los muertos y el rito fúnebre de la inhumación, fué destruída y sustituída por otra religión y el rito fúnebre de la incineración; todo iba desapareciendo destruído por la ráfaga de barbarie asiática que no respetaba ni las más delicadas manifestaciones de las civilizaciones neolítica y eneolítica: arte de la escritura, la fabricación de fina cerámica, los huesos, maderas y marfiles esculpidos con el singular realismo que fascina la mirada en nuestros museos que lo guardan, iba siendo sepultado por la marcha del invasor. La dureza del conquistador pareció templarse después de tan loca carrera por el Continente europeo al llegar al dulce cielo del Mediterráneo septentrional. La civilización mediterránea se salvó merced á haber llegado ya muy amenguado al mar azul el furor que concitara á los asiáticos en su correría por la Europa central y occidental, contribuyendo en gran parte la situación geográfica. De esta desvastación se puede formar una idea recordando las desvastaciones que la barbarie turca hizo en Grecia.

Esta especie llegada del Asia no trajo, como han creído muchos, desconocedores de la historia primitiva, una gran civilización, sino un nivel muy inferior de cultura á la de los pueblos que por entonces ocupaban el Continente europeo. Creen que los invasores, antes llamados indoeuropeos y ahora asiáticos, trajeron una lengua tronco de las llamadas indoeuropeas y que crearon la maravillo-

sa civilización griega y latina, emanación del mismo manantial de donde brotaron las civilizaciones india y persa. Peligrosas generalizaciones compelieron á algunos filólogos á sentar tales afirmaciones, al ver cierta convergencia entre las lenguas asias del Asia y las de Europa, siendo llevados por el mismo camino los historiadores y arqueólogos que, faltos de la base antropológica, siguieron el curso de la generalización (1). ¿Cómo podían ser creadores de la civilización grecolatina los pueblos que dejaron el grueso de la invasión en el centro de Europa, siendo así que se encontraban en estado semisalvaje al llegar hasta ellos las legiones romanas? Los historiadores romanos que al amparo de las águilas militares visitaron los países de Europa haciendo las primeras descripciones antropológicas, no veían nada que se pareciese á la gran civilización greco-latina. Fueron portadores de una barbarie los asiáticos, pero no de una gran civilización. Los dioses del Olimpo y las leyendas de Grecia, dulces y sensuales, no pueden ser creaciones hechas por la misma gente que compuso los cuadros salvajes de los Nibelungos.

A la terminación, pues, de la época prehistórica, la Europa contó con dos diferentes extirpes humanas: la eurafricana y la que por venir de Asia y establecerse en Europa se le da el nombre de *eurásica*. Una completa determinación histórica no se ha hecho aún de las luchas y prepotencia que alcanzaron las dos razas en los distintos países europeos, pero los estudios parciales la van resolviendo (Sergi, *Arii e Italici*). En algunos países absorbió el elemento eurásico al elemento eurafricano, como, por ejemplo, en el Norte de Italia, en el Norte de España,

(1) Véase la pág. 23: «La raza y el lenguaje».

etcétera; en otros quedó mezclado, como en algunos lugares de Francia, y en otras partes casi absorbido por los elementos primitivos eurafricanos, como el Sur de Italia y de España. La gran masa de eurásicos constituyó la masa braquicéfala de la Europa central, la occidental y otras fracciones; hoy se conocen con el nombre de Celtas, Germanos y Eslavos.

Los caracteres esqueléticos de los eurásicos son, como los de los eurafricanos, bien definidos. Afectan las formas craneanas conformaciones que por su valor geométrico corresponden á las formas *esferoidales, esfenoidales* y *platicéfalas*, con sus derivados ó subvariedades.

Las formas faciales tienden á constituir conformaciones anchas y aplanadas.



La masa de población de Europa está constituída por estas dos grandes especies que quedan descritas, en su mayor número, sin que esto se oponga ó niegue la existencia de pequeños grupos no comprendidos en esta clasificación bipartita de la etnogenia europea.

Resta, pues, conocido lo que pudiéramos llamar sistemática antropológica de la etnogenia europea, esto es, adoptado un módulo ó término de comparación, contrastar los tipos étnicos que la investigación directa me ha hecho descubir en España, con los anteriormente descritos, para poder fijar la filiación étnica de las razas de España, á ver cuáles procedieron del Continente africano y cuáles otras llegaron con esa oleada asiática que se ha bautizado con el nombre de especie eurásica.

CAPITULO III

Etnogenia española

1. Los españoles modernos y las clasificaciones etnográficas sobre España.—2. La España naciente y los primeros españoles en la Historia y en la Poesía.—*Los sabios de Egipto y los sabios de Grecia.—Los atlantes.*

I.—Los españoles modernos y las clasificaciones etnográficas sobre España

La mayor parte de los estudios etnográficos hechos sobre España presentan cierta inseguridad y manifiestas contradicciones entre sí. Apoyados la mayor parte en los procedimientos de investigación exclusivamente franceses, encadenados por los procedimientos estrechos de Broca, en los cuales todo se reduce á índices, esto es, á números que no pueden establecer una rigorosa clasificación, la incertidumbre ha reinado y ha dado por resultado cierta duda en los lectores parecida á la que queda en el ánimo cada vez que se leen esas descripciones de los geógrafos antiguos que presentaban siempre con velos misteriosos, como si fueran de fábula, los países que pretendían describir. No puede resultar más que contradicción cuando, empleando el procedimiento exclusivo del compás, los

antropólogos han considerado como razas diferentes á los individuos que estaban separados por una sola unidad en su índice cefálico. Si un individuo presentaba como índice cefálico 74,5 y otro 75,5, ya eran clasificados como pertenecientes á razas distintas, sin más barrera que el límite inconsistente de una sola unidad, siendo así que basta un simple aumento de las partes blandas de la cabeza en un individuo respecto de otro de la misma raza para el compás de los números que luego acusan la unidad de diferencia.

Ha habido entre los extranjeros algunos antropólogos que han trazado con cierta inconsistencia algo así como un esfumado la hipótesis sobre las razas de España, y todos ellos, á pesar de errores y contradicciones, han afirmado la variedad étnica de la población española.

De la distribución que hace Topinard de las razas de Europa, señala tres razas: una braquicéfala, otra dolicocéfala rubia y otra morena que se asocia á las descripciones de los atlantes. Prichard afirma la variedad étnica; pero la distribuye erróneamente suponiendo grandes masas dolicocéfalas en donde hay elementos más variados. El honorable H. S. C. Beavan clasifica en cuatro grupos la población, en curiosa nomenclatura, hablando de españoles, vascos, moriscos y gitanos, sobre todo gitanos, como si asemejanza de los literatos *touristas* que vienen á estudiar á España á través de las cañas de manzanilla no hubiese salido de los cafés cantantes. Lagneau, con escasa antropología y mucha nomenclatura histórica, establece como elementos componentes de la población hispánica á once, entre originarios y mestizos. M. W. Boyd Dawkins no ve más que iberos y celtas en España. Y por este desfile general pasan Quatrefages, Broca, Cartailhac, etcétera. Esta indeterminación general, debida á las cau-

sas señaladas, se ha acentuado más cuando el estudio se ha circunscrito á un grupo étnico peninsular como los bascos que han sido considerados como braquicéfalos por unos antropólogos y dolicocéfalos por otros.

La historia y clasificación hecha por los españoles se acerca mucho más á la realidad. Aranzadi y Hoyos (*Un avance á la antropología de España,* cap. VII) exponen, al hacer la distribución del índice nasal y del cefálico, la influencia de elementos celtas, germanos, bereberes y árabes, fijando como lugares de máxima influencia de los celtas los del Noroeste de España; á los germanos, influyendo á lo largo de algunas serranías castellanas, y en parte entre los bascos, y camitas y semitas en el resto de la Península. Aranzadi (*El pueblo Euskalduna,* pág. 37) designa en sus conclusiones como elementos étnicos componentes del pueblo basco á un pueblo ibero ó afine al berberisco y un boreal que tiene algo del finés ó del lapón con mezcla posterior de un pueblo kimri ó germano. El Dr. Antón y Ferrándiz (*Razas y naciones de Europa*) confirma los estudios de los autores citados y los del doctor Olóriz (1), haciendo una descripción étnica en la cual se ve una apreciación de los elementos celtas ó eurasicos y de otros eurafricanos, si bien no aplica esta nomenclatura de Sergi, patentizando, con el resto de los antropólogos españoles mencionados, que no hay contraposición entre sus estudios y consideraciones y las de Sergi que yo adopto; antes al contrario, la avaloran más al hacer la descripción de alguna raza.

«La que llamo raza libio-ibera vive con ejemplares de pura sangre en la cordillera cantábrica toda desde el Pirineo hasta Galicia; en la Kabilia, donde yo mismo la he

(1) *Distribución geográfica del índice cefálico en España,* F. Olóriz.

visto; en Egipto, donde la reproducen las esfinges y los monumentos más antiguos y con frecuencia los coptos modernos, y más ó menos mezclada en toda nuestra Península, la Italia y Grecia antigua. Más allá, en el Asia menor y en los desiertos circunvecinos, se pierde para ser reemplazada por sangre Syro-árabe, que la penetra y la inunda además en toda la región mediterránea..... No es una novedad afirmar el parecido de los españoles y berberiscos. Broca, Mr. Hamy y el español Tubino la advirtieron ya con datos modernos; pero no se han distinguido hasta ahora con precisión bastante los dos elementos étnicos distintos, libio-ibérico y syro-árabe, de estos pueblos..... Sobran datos para suponer que la civilización egipciaca como la helénica, surgieron del choque y del concurso de las razas libio ibérica y syro-árabe; la helénica, vigorizada por elementos célticos y teutónicos que avivaron su genio propio y libre, y la faraónica amortiguada por elementos nigríticos que le infundieron su natural pereza y superstición». Dr. Antón y Ferrándiz *(Razas y naciones de Europa*, pág. 39). Esto confirma de antemano la descripción que hace Sergi de la étnica española en su obra *Decadenza delle Nazione latine* (1).

2.—La España naciente y los primeros españoles en la Historia y en la Poesía

LOS SABIOS DE EGIPTO Y LOS SABIOS DE GRECIA

De los pueblos que más allá de las columnas de Hércules había, hablaron á los griegos los sacerdotes de Egipto como de un país fastuoso parecido á los que brotan de

(1) Versión castellana de S. Valenti y Vicente Gay.

una imaginación flamígera. Cuando Solón, el más sabio de los siete sabios de Grecia, fué á recoger la ciencia que guardaban como patrimonio de casta los sacerdotes egipcios, habláronle de una historia que la tradición egipcia guardaba hacía nueve mil años junto á las aras sagradas de los templos, en la cual se rezaba que una tierra inmensa se extendió más allá de las columnas de Hércules, llamada Atlántida, y sus reyes habían tenido un poder inmenso; pretendieron subyugar Europa y Asia. Una noche el Continente de los atlantes se sumergió.....

Los griegos recogieron esta tradición y la combinaron con la referencia que de la Atlántida hacía un geógrafo etiope designado con el nombre de Marcellus..... La tradición encantadora fué trabajada por la fantasía potente del gran idealista griego y de ella surgió el cuadro grandioso de la Atlántida, que aún fascina al mundo moderno. Platón, en sus diálogos sobre *Timeo ó de la Naturaleza, Critias ó la Atlántida,* describe (1) el país de los atlantes, de maravillosos esplendores y fuertes gentes. ¿Soñaba Platón? ¿Era realidad? ¿Colaboraron en este cuadro historia y fantasía? Lo cierto es que de un hecho tan renombrado por el mundo antiguo puede dudarse de su autenticidad en parte, mas no en absoluto, porque no es fácil que se invente toda una larga historia; lo verosímil es que, como suele suceder en la historia antigua, el hecho histórico real y verdadero sea arropado con los oropeles de la leyenda, como sucede, por ejemplo, con la expedición de los Argonautas, obrando así una desfiguración externa, pero conservando un fondo de indudable realidad histórica. Al bandido se le eleva á la categoría de héroe legendario, y al verdadero héroe, legendario por

(1) *Œuvres de Platón,* traducidas por V. Cousin, tomo XII, pág. 3.

su grandeza, se le considera como un dios ó descendiente de dioses; en ambos casos la descripción histórica es exagerada: ni heroísmo épico hay en el primero ni divinidad en el segundo; pero lo cierto es que hubo dos personajes de carne y hueso que dieron el *leit motive* de sus cantos á los músicos y poetas de la Historia. Poco importa saber si el Cid, el castellano de hierro, fué el caballero duro y audaz del Romancero, el dulce amador de Guillén de Castro, el declamador personaje de Pierre Corneille, ó el aventurero que reprodujo en Castilla la figura de los *condottieri* italianos; lo cierto es que como águila de la meseta española, descendió al vergel valentino y conquistó una rica ciudad mora.

Así comprendo yo la Atlántida, como una verdad histórica adornada con todos los oropeles que el genio estético deposita sobre las tradiciones milenarias.

Despojando, pues, la tradición de los sueños platónicos que hacen fundador del reino famoso á Neptuno y rey del país de *Gadira* á uno de sus descendientes, aparece que España formaba parte del reino de los atlantes, y en Cádiz, la celebrada *Gadira* (1) atlántica, moraba un rey atlante. Los poetas, inspirados en las descripciones de Platón, no han cesado de cantar al reino fabuloso, soterrado en el fondo del mar, que heredó su nombre. Bacon, Fracastor, Lemercier, Pimodan, Verdaguer....., todos han historiado la Atlántida en ritmos, ya de suaves cadencias, ya de vuelos épicos (2). Los geógrafos y geólogos han investigado

(1) *Œuvres de Platón*, por Cousin, págs. 260-261. *Gadira* es la alteración de *Gades*, la moderna Cádiz. Las columnas de Hércules han sido llamadas *Puertas Gadiricas*.

(2) Bacon, *La Nouvelle Atlantide*; Fracastor, *Calcon, sive de cura canum, venaticorum;* Lemercier, *L'Atlantide;* Pimodan, *La découvert d'Atlantide*; Verdaguer, *La Atlántida*.

con ardor para aclarar qué fué de esas tierras y de esas gentes cantadas por grandes poetas, ateniéndose unos más á lo que les dicen las estratificaciones del suelo, otros á lo que la estratificación de la memoria en la tradición de los pueblos ha dejado (1). Los antropólogos, al rehacer la Historia, han encontrado, al estudiar la seriación de los pueblos de España, una raza perfectamente caracterizada con ramificaciones en la Península y en las islas Canarias, fragmentos de la celebrada Atlántida. ¿Son los hombres de esta raza los terribles atlantes de la tradición?

LOS ATLANTES

En la seriación de las razas de España hay que considerarles en primer lugar (descartando de la serie el primitivo tipo de Neanderthal), y como restos de una raza eurafricana, por sus caracteres, que ha tenido una distribución geográfica extensa demostrada por la existencia de los guanches de las Canarias, los restos esqueléticos de algunas sepulturas megalíticas de Argel, de las grutas sepulcrales de la edad de piedra en España y Portugal, y en el Mediodía de Francia por otros restos. El antropológo, al describir el tipo llamado de Cro-Magnon que se supone ser el atlante primitivo, señala unos caracteres en los cuales la fuerza y la dureza es la nota distintiva: cráneo dolicocéfalo y voluminoso, vértice convexo, arcos superciliares abultados, órbitas angulosas, dura consistencia ósea, estatura elevada..... el cuerpo robusto, en

(1) M. Bory de Saint-Vincent, *Essai sur les iles Fortunées de l'antique Atlantide, ou Precis de l'histoire générale des Canaries;* Berlioux, *Les Atlantes, histoire des l'Atlantes et de l' Atlas primitif,* etc.

fin, que había encerrado la audaz pretensión que describen los diálogos platónicos de sojuzgar Europa y Asia. Es el hombre de arrestos fieros que aparece en las estrofas de Verdaguer invocando á la Fuerza en el templo de Neptuno:

De roques sobre roques son les parets gegantes
del temple, hont los Atlans enrotllan á Neptú
parescuts á vells roures y alzines brassejantes,
que semblan dir al cingle:—Som tan ferrenys com tú—(1).

El poeta, con la potencia intuitiva de la inspiración, les compara á los duros robles y encinas, coincidiendo con la descripción que con precisiones científicas hace el antropólogo, uniendo así con anillo de oro la conclusión científica y las tradiciones legendarias.



Figura 1.ª—CRÁNEO DE CRO-MAGNON
La Solana, Riaza (Segovia).

En las figuras siguientes se ven claramente los caracteres que se describen del tipo atlante ó Cro-Magnon.

Parecen reproducir la visión del poeta por su aspecto que presenta en la norma facial (fig. 1.ª) una frente dere cha y ancha, unas

(1) Jacinto Verdaguer, *La Atlántida*, canto tercero, «Los atlants».

órbitas que patentizan la fuerza con la dureza angular de su contorno, y en el resto del rostro la nariz larga y estrecha y los arcos cigomáticos de anchura felina. Su norma lateral (figura 2.ª) revela una considerable altura craneana, gran volumen y depresión frontonasal sensible. La norma vertical acusa una perfecta dolicocefalia de líneas que suavemente se estrechan á partir del occipital y llegar á la frente (fig. 3.ª). Hay algo duro y suave, de terrible y sugestivo, mezcla extraña de bestialidad y humanismo en estos restos del antiguo atlante que hace recordar el tipo del superhombre de Nietzche, que por una parte recuerda la figura del salvaje que sólo expresa animali-



Figura 2.ª—CRÁNEO DE CRO-MAGNON
La Solana, Riaza (Segovia).



Fig. 3.ª-CRÁNEO DE CRO-MAGNON, moderno
Sepúlveda (Segovia).



Fig. 4.ª—Cráneo de Cro-Magnon, actual. Sepúlveda (Segovia).

dad y por otra la grandeza moral del dominador.

Y este tipo atlante no es un caso aislado, encontrado en la Península española como resto extraño del naufragio de la Atlántida, sino que ha aparecido de uno á otro ámbito de España, entre las gentes bascas, en las altas mesetas de Castilla, en las cuevas de Granada, en el Levante, demostrando que es el primer estrato étnico que ha constituído la población de España (figuras 4.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª).

Esta raza no ha desaparecido aún. Sobre ella han pasado muchas oleadas de sangre extraña, mas no por eso ha perecido. En España viven en Sepúlveda, el pueblo segoviano perdido en la estepa de Castilla la Vieja, los descendientes de los



Fig. 5.ª—Cráneo de Cro-Magnon, actual. Sepúlveda (Segovia).

atlantes, constituyendo la agrupación más antigua del pueblo español. El relato que me hicieron algunos naturales de las Canarias del viejo guanche, como ellos decían, me indujo á mirar de cerca al viejo atlante de Sepúlveda, y en este pueblo, enclavado en la terrible estepa de la vieja Castilla, le vi reproduciendo el tipo del pacífico labriego que me relataron los de Canarias: cubiertos por la pobre zamarra y remendados zahones, con su sombrero parduzco de cónica factura, que recuerda las corazas con que se cubren en Viernes Santo los pueblos de la vieja España, pobre y resignado, creyendo que no hay hombre superior al cacique y que el mundo termina en el nevado Guadarrama. Pocas veces he sentido una emoción tan intensa como la que me ganó ante aque-



Fig. 6.ª-Cráneo de Cro-Magnon, neolítico
Cuevas de los Letreros (Granada).



ig. 7.ª-Cráneo de Cro-Magnon, neolítico
Les Llometes (Alicante).

llos retoños del grandioso atlante, hijo de dioses según Platón, y que aspiraba un día á conquistar el mundo. ¡Cuán lejos de esta historia y sus grandezas estaba su pensamiento! Sepultado el recuerdo en las bajas capas de su espíritu, obraba como un mísero vulgar sin ese admirable orgullo del romano pobre que describe Zola en *Roma,* familiarizado con los nombres de los grandes emperadores romanos y sabedor de la grandeza que significaba el ser romano de Roma; nadie había removido con la enseñanza el dormido espíritu de aquellos atlantes del siglo XX por la ignorancia y la pobreza encadenados. Hace pensar este cuadro que hay algo superior á la sangre de una raza: la grandeza moral que allí faltaba, lo que hizo grandes á los atlantes de la tradición y convirtió en pigmeos, al ausentarse, á los atlantes del siglo XX.

CAPITULO IV

Etnografía de España

1. Los índices estadísticos.—*El índice cefálico.—El índice nasal. Su distribución geográfica.—Interpretación de estos datos antropológicos.*—2. Los caracteres cromáticos.—*Causas de su formación.—El color en las razas.—El pueblo vasco.—La distribución del color en la Península.*—3. Crania hispánica.—*Las normas antropológicas y su valoración.—Las razas de España.—La distribución geográfica de las razas.—Las regiones étnicas.—Los degenerados.—División política y distribución étnica.—Resumen y conclusiones.*

I.—Los índices estadísticos

Para hacer el estudio del índice cefálico en un país, basta aplicar un método semejante al que sigue el agrónomo para analizar la tierra de un campo; recogiendo de todas las direcciones del suelo y de varias profundidades algunas cantidades de tierra, se puede determinar la composición media de un campo; de la misma suerte, pues, el antropólogo, recogiendo datos en las ciudades y en los campos, en los valles y en las montañas, y en los varios puntos cardinales de un país, puede realizar el análisis étnico con bastante exactitud. Así, pues, como no se examina la tierra toda de un campo, tampoco llega á estudiarse toda la población de un país, sino parte de ella.

Después de muchas prácticas Broca ha aconsejado que, en las observaciones sobre índices cefálicos, basta fijarse en cincuenta casos para poder determinar la media, pues aumentar algo más el número de observaciones no añade gran cosa á las deducciones que se pueden hacer de los cincuenta casos aconsejados. Por lo que se refiere á la distinción de sexos, Broca aconseja que basta con veinte individuos para cada sexo. Así, pues, cuando se examina un osario ó bien un pueblo, las cincuenta observaciones bastarán para fijar el índice cefálico de las gentes que constituyan la circunscripción local que se desee estudiar.

Cuando se trata de un país extenso se viene aplicando esta preceptiva de Broca, dividiendo en series locales y provinciales las observaciones. Este procedimiento han seguido bastantes antropólogos, como Olóriz (1), en España; Collignon (2), en Francia; Livi (3), en Italia, etc.

Por esto, el número de las observaciones es bastante inferior á la población total del país estudiado; así por ejemplo Houzé, al estudiar el índice cefálico en Bélgica, sólo ha observado 679 casos—113 por cada millón de habitantes—; Livi, en su primer estudio de 1886 sobre Italia, analizó 12.127 casos—404 por 1.000.000—; Collignon, en Francia, 8.707—229 por 1.000.000—; Olóriz, en España, 8.368—492 por 1.000.000—.

En conjunto, el número de casos estudiados para fijar la distribución geográfica del índice cefálico en España es de cerca de 10.000, comprendiendo las observaciones de Olóriz, Aranzadi, Hoyos y las de los citados autores

(1) Olóriz, *Distribución geográfica del índice cefálico en España*, 1894.
(2) Collignon, *L'indice cephalique des populations francaises.—L'anthropologie*, 1890.
(3) R. Livi, *Antropologia Militare*, 1896.

extranjeros (1). Estas 10.000 observaciones son del índice cefálico.

El número de las observaciones relativas á las bases de clasificación secundaria, color de los ojos, forma y color de los cabellos, color de la piel, caracteres intermedios, etcétera (veánse las *Bases de la clasificación* descritas), son en menor número, pero cuidadosamente observadas, para poder fijar su distribución geográfica.

Aparte de estos datos, están los aportados por mí, en su mayor parte relativos á la morfología craneana, conforme á la preceptiva del método Sergi.

Todo lo cual permitirá especificar la etnografía de la población española que no quedaría bien determinada con la singular apreciación de los índices cefálicos.

EL ÍNDICE CEFÁLICO

El índice cefálico, si bien no especifica las formas del cráneo, es, sin embargo, útil aprovechar el conjunto de sus datos, porque, en general, los altos índices corresponden á las formas braquicéfalas—gruesas, pesadas y redondas—, y los bajos índices á las formas dolicocéfalas—largas, estrechas y finas—, y aunque un índice puede comprender varias formas (2), una forma no puede comprender varios índices; por lo tanto, siendo varios los índices de la población de España, forzosamente hay que reconocer su constitución multiforme revelada por el índice cefálico completado después en otra sección por la

(1) Olóriz, *Distribución*, etc; Aranzadi, *El pueblo Euskalduna*, 1889; Aranzadi y Hoyos, *Un avance á la Antropología de España*, «Anales de la Sociedad Española de Historia Natural», 1892; Hoyos, *Los campurrianos*, «Anales de la Sociedad Española de Historia Natural», 1893.

(2) Véase el § *La determinación de las formas*.

especificación morfológica conforme al método Sergi.

El índice cefálico revela la existencia en España de tres formas creanas: la dolicocéfala, la mesaticéfala y la braquicéfala, cuyas formas tienen representación en todas las regiones españolas. No puede menos de suceder, dadas las antiguas irrupciones que acercando unas razas á otras las hizo convivir y perturbar la pureza primitiva en que hacía vivir á los pueblos el régimen endogámico; y si, por otra parte, se tiene en cuenta la intensificación de la vida moderna que pone en migración constante á grandes grupos de población—sobre todo por obra del desenvolvimiento industrial—, se comprenderá que las tres razas—si bien son más, como se verá más adelante—que acusa el índice cefálico en España tengan su representación en todas las regiones. Pero esta relación no se encuentra nivelada, sino que mantiene cierto desequilibrio, debido sin duda á la persistencia de las primitivas masas invasoras.

Los siguientes datos, tomados del estudio del Sr. Olóriz, lo demuestran. La proporción de dolicocéfalos, mesaticéfalos y braquicéfalos en cada región es ésta (proporción por 100):

REGIONES	Dolicocéfalos (— de 75)	Mesaticéfalos (75-80)	Braquicéfalos (+ de 80)
Galáica	8,78	55,18	36,04
Cantábrica	6,04	42,56	51,40
Vasco-navarra	8,58	57,72	33,70
Catalana	11,84	63,77	24,39
Castellana superior	14,84	64,71	20,45
Aragonesa	18,14	63,98	17,88
Valenciana	20,30	68,35	11,35
Castellana inferior	10,29	59,79	29,92
Alta Andalucía	15,62	62,63	21,75
Baja Andalucía	8,26	54,85	36,89
Baleares	17,22	63,11	19,67
Madrid (capital)	11,76	64,57	23,67
España (total)	12,73	60,80	26,47

La representación de los dos tipos opuestos, el dolicocéfalo y el braquicéfalo, y el intermedio mesaticéfalo, es evidente; apareciendo el predominio grande del dolicocéfalo en la región valenciana, y el braquicéfalo en la zona cantábrica; por cuyo motivo dice el Sr. Olóriz que se podría justificar alguna aspiración regionalista, dada la diferencia extrema de estas dos regiones, por sus gentes. En el mapa de España resaltan, pues, la zona mediterránea correspondiente á la región valenciana, como representativa de la dolicocefalia, y la zona cantábrica, siguiendo el curso de las montañas, como representativa de la braquicefalia, y luego unos ligeros esfumados lindantes con la braquicefalia, que parecen desprenderse como anillos de una cadena rota, desde el Norte de la Península bajando por Galicia, interrumpiéndose Castilla la Vieja, apareciendo en el Sur de esta región y al Oeste de Castilla la Nueva, para extenderse por Toledo y volver á aparecer en las zonas del Estrecho. En el resto de la Península se repite el predominio del tipo intermedio, ó sea el mesocéfalo.

EL ÍNDICE NASAL.—SU DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA.—INTERPRETACIÓN DE ESTOS DATOS ANTROPOLÓGICOS

El estudio de los caracteres ó bases de clasificación secundaria, denotan que no existe la uniformidad étnica en la Península. Puede repetirse ante este cuadro que ofrece la población española, la pregunta de Fouillée ante el conglomerado de razas que componen las naciones latinas. «¿Pero en dónde está la sangre latina?», para hacer su paráfrasis respecto de España.

Si por medio de manchas de color se señala la distribu-

ción del índice cefálico en la Península, se nota al primer golpe de vista la diferencia, y si se sigue el mismo procedimiento para distinguir la distribución geográfica de los caracteres secundarios, sucede lo mismo.

Aparecen, según los datos recogidos (1), separadas algunas regiones españolas, de la siguiente manera, por la distribución del índice nasal. Un grupo dolico-leptorrino y otro dolico-platirrino; en la forma opuesta, ó sea la braquicéfala, se da la misma combinación: un grupo braqui-leptorrino y otro braqui-platirrino. Estos grupos, referidos á las distintas regiones del territorio español, dan esta distribución:

		Regiones.	Provincias.
Dolicocéfalos...	Leptorrinos.....	Carpetana........	5
		Celtibérica........	4
	Platirrinos......	Leonesa..........	2
		Bético-Turdetana..	4
Braquicéfalos..	Leptorrinos.....	Galáica...........	2
		Vasca.............	4 (?)
	Platirrinos......	Cantábrica........	5
		Oretana...........	3

A pesar de no comprender los datos todas las provincias con suficiente número de observaciones, la observación del conjunto acusa la misma heterogeneidad que el índice cefálico.

El indice nasal es un dato que contribuye á especificar la etnografía española; el índice cefálico hace la primera separación de tipos dolicocéfalos, braquicéfalos y mesa-

(1) Aranzadi y Hoyos, *Un avance á la Antropología de España*, «Anales de Historia Natural», 1892.

ticéfalos, y el nasal ha determinado las características de algunas razas, como sucede en los dolicocéfalos españoles: por el dato del índice cefálico fijamos la existencia de un tipo dolicocéfalo, y por el índice nasal se revela la existencia de dos razas dolicocéfalas: la semita, de nariz leptorrina, y la camita, de índice platirrino. El estudio de los caracteres cromáticos revelará una tercera raza dentro de los dolicocéfalos: la raza dolicocéfalo-rubia.

De los estudios de Aranzadi y Hoyos (1) se desprende que los braquicéfalos platirrinos representan los elementos de las invasiones celtas y ocupan ocho provincias, cinco de la región Cantábrica (coincidiendo exactamente con las estadísticas del índice cefálico), que comprende las provincias nórdicas Oviedo, Santander, Lugo, Palencia y Vizcaya, y tres de la región Oretana, que comprende á Toledo, Ciudad Real y Cáceres, también confirmadas por las estadísticas del índice cefálico en igual sentido que las anteriores. Pero en otras regiones, como la Galáica—que comprende á Coruña y Pontevedra—, y parte de las Vascas, aún no bien determinadas, la braquicefalia ha sufrido influencias germánicas, como lo demuestra la leptorrina que acusa su índice nasal, hecho que confirma el aserto de Sergi (2) respecto de la posibilidad de combinarse los caracteres de clasificación secundaria con los principales. (Véase el cap. I.)

La raza camita está representada por los dolicocéfalos platirrinos; dos provincias de la región Leonesa—Orense y León—y cuatro de la Bético-Turdetana—Sevilla, Cádiz, Granada y Murcia—están ocupadas por esta raza, que viene á significar en la etnogenia europea el extremo

(1) Aranzadi y Hoyos, obra citada.
(2) Sergi, *Specie e Varietá umane.*

opuesto al tipo celta. Los de elementos semitas y germánicos, están acusados por el índice nasal en dos regiones: la Carpetana, que comprende cinco provincias—Valladolid, Salamanca, Avila, Segovia y Madrid, sin la capital—y la Celtibérica, que comprende cuatro provincias—Cuenca, Albacete, Alicante y Jaen—:

La apreciación del índice nasal acusa, pues, en conjunto, que en España los elementos celtas ó eurásicos tienen mayor representación en las zonas del Norte que en el Centro y Sur, exceptuando el manchón de la cuenca del Tajo; los elementos camitas ó eurafricanos en el Sur de la Península predominan, y los semitas (eurafricanos también) en el Centro y parte del Este que aún no ha sido estudiado por completo.

* * *

La forma de la nariz, revelada en el índice nasal, tiene especial importancia desde el punto de vista antropológico, porque acusa influencias étnicas. Es cierto que la forma nasal no tiene la persistencia de la craneana, pero aunque varíe no es en un día, sino que necesita de mucho tiempo para ello.

Una vez fijados los caracteres y forma nasales, precisa tener en cuenta las formas morbosas y no confundirlas con los caracteres de raza, y viceversa. Por no hacerlo así, A. Nicéforo (1) interpreta como forma degenerativa la nariz de los elementos camito-semitas de la Italia del Sur. En conjunto, las formas morbosas de la desnutrición orgánica hacen adoptar conformaciones nasales, chatas y arrufadas, y rara vez la nariz aguileña, elegante y fina.

(1) Nicéforo, *Italiani del Nord é Italiani del Sud.*

2.—Los caracteres cromáticos

CAUSAS DE SU FORMACIÓN.—EL COLOR EN LAS RAZAS

El color en el hombre es un dato importante en los estudios de sociología, tanto en su aspecto normal como lo que pudiéramos llamar anormal. Para la criminología es un dato de gran estima que contribuye á investigar y especificar la calidad del delincuente; para la antropología es un caracter de raza; para la economía social, signo de clase. Por esto, cuando de fijar una separación de razas se trata, precisa tener presente estas tres principales interpretaciones de los caracteres cromáticos del hombre á fin de no caer en erróneas conclusiones. Cuando se trata de fijar la etnografía de un país, la interpretación criminológica (Lombroso, *L'uomo delinquente*, quinta edición) no tiene gran aplicación, porque la palidez del cutis, que es un signo de la antropología criminal, obedece en las grandes masas de población á la acción combinada del medio telúrico y cósmico. En su lugar es necesario tener presente la interpretación étnica y social.

Dentro de una masa de población, el color cambia según las clases sociales; en las clases altas los colores suelen ser claros y delicados porque su condición de vida les coloca lejos de las influencias que reciben las clases bajas; la *sangre azul* de la nobleza es una frase de evidente valor antropológico; pero las clases obreras, en general, son más propensas á adquirir los colores obscuros y bronceados. Es algo difícil apreciar la proporción de estos colores en la población por el minucioso trabajo estadístico que requiere, y por esto hay que fijarse, principalmente, en el carácter étnico-descriptivo.

La coloración del pigmento cutáneo y de sus apéndices, depende de las condiciones del suelo y del clima (1). En los países cálidos se desarrolla el tipo moreno merced á la mayor pigmentación de la piel que estos climas favorecen; una vez que bajo estas influencias constantes se establece un tipo de coloración, asume una estabilidad como si fuese nativo, y para desaparecer necesita de larga acción, que no se puede reducir á la vida entera de un hombre. Merced á altas influencias las razas nórdicas presentan los colores claros y las meridionales los tonos obscuros en la piel, los ojos y los cabellos. La presencia de tales colores es, pues, apreciable para fijar una distribución etnográfica. Las estadísticas sobre la población italiana acusan una desigual distribución cromática entre la Italia del Norte y la del Sur, lo cual ha servido para revelar la existencia de dos razas (véase Livi, *Antropometría militare;* Marina, *Ricerche antropologiche ed etnográfiche sui ragazzi;* Nicéforo, *Italiani del Nord e Italiani del Sud).* Así lo demuestran las siguientes cifras:

	Ojos celestes. — *Por 100.*
Italianos del Norte	12,5
» Centro	10,1
» Mediodía	7,3

	Ojos castaños y negros. — *Por 100.*
Italianos del Norte	64,0
» Centro	69,5
» Mediodía	75,3

(1) Véase Ranke, *L'uomo;* Sergi, *Africa*, cap. XX.

	Cabellos rubios. — Por 100.
Italianos del Norte	10,7
» Centro	8,0
» Sur	4,8

	Cabellos negros. — Por 100.
Italianos del Norte	26,1
» Centro	29,5
» Sur	38,9

Como claramente se ve, el esfumado del color sigue las gradaciones del clima y acusa, por otra parte, la composición étnica de la población, predominantemente mediterránea, en el Sur de Italia, y en el Norte aria. De color obscuro la primera, de ojos y cabellos claros la segunda.

Los antropólogos han hecho distintos módulos para la apreciación y fijación de los colores en la raza (véanse las nomenclaturas y escalas de Virchow, Kolmann, Gould, Broca, Topinard, Beddœ, Collignon, etc.), con sujeción á los cuales se suelen hacer las estadísticas.

Dentro de los tonos claros hay que tener presente, para fijar la característica de las razas, según las escalas, el color rojizo de los cabellos que, según algunos, es el residuo de una raza desaparecida ya, si bien otros antropólogos lo consideran como una subvariedad de los colores rubios. De esta última opinión son Topinard (Topinard, *Memoire n. IV. Sur la repartition de la coleur de yeux et des cheveux en France. Carte des cheveux roux. L'Antropologie,* 1893, tomo IV, pág. 579), que demuestra con referencia á Francia que la distribución geográfica

de los cabellos rojos sigue la misma distribución que la de los rubios, y Beddœ que demuestra igual tesis en la distribución de los colores en Escocia.

Por último, en los casos particulares hay que tener en cuenta que ciertas influencias morbosas pueden detener la evolución de la coloración en los individuos, evolución que comienza de los tintes claros á los obscuros, como puede observarse en los niños (1).

* * *

Grandes estadísticas, como la hecha en Italia por Livi, no las hay en España para fijar los caracteres cromáticos y su distribución geográfica en la población española. Los estudios son monográficos y las estadísticas no están completas. Las observaciones son fidedignas, pero falta sistematizarlas y completarlas; no obstante, tienen un positivo valor para la etnografía española, por ser sus expositores observadores penetrantes y capacitados en la labor antropológica.

EL PUEBLO VASCO

Aranzadi (2) distingue los siguientes elementos, tomando como guía los caracteres cromáticos en el pueblo vasco. Un elemento de ojos verdes ó pardo-verdes, cabeza ancha, nariz estrecha, bajos de talla, pelo castaño con tendencia á rubio, mandíbula estrecha, cara más bien corta que larga en la parte superior á la boca, ángulo fa-

(1) Ranke, obra citada.
(2) *El pueblo Euskalduna*, Aranzadi.

cial medio ó superior al medio, espacio interorbitario grande con relación á la latitud palpebral. Otro elemento de ojos pardos, cabeza algo estrecha, nariz ancha y remangada, talla próxima á la media, pelo obscuro, mandíbula ancha, cara medianamente larga en su parte superior, ángulo facial medio ó inferior al medio, exceso del espacio interorbitario (con relación al papebral), pequeño. El tercer elemento tiene ojos azules, cabeza estrecha, nariz estrecha y recta, altos, pelo rubio, mandíbula algo estrecha (quizás no tan marcadamente como el primer elemento, por una menor latitud bizigomática), cara bien larga (influyendo en esto quizás, principalmente, la mencionada latitud), ángulo facial pequeño, exceso del espacio interorbitario no grande, ojos pequeños.

El color de la piel, que presenta dos tipos, uno blanco y sonrosado y otro moreno, sigue también una distribución geográfica en las Vascongadas, predominando en unas poblaciones más que en otras.

Es debida la coexistencia de estos colores, distintos de los ojos y de la piel en el pueblo euskalduna, á su composición étnica. Está formado de elementos ibéricos y de elementos germánicos; los primeros trajeron el color moreno en sus ojos y en su piel, y los segundos los colores azules y rubios, propios de los pueblos del Norte ó de los que se adaptaron en el Norte al medio telúrico y cósmico, el cual, como Ranke ha demostrado (1), influye sobremanera en la coloración orgánica.

Estos distintos colores que describe Aranzadi (2), no son, á mi juicio, demostración de la existencia de dos especies, sino de un mismo elemento eurafricano que se

(1) Ranke, *L'uomo*. Turín, 1892, vol. II, pág. 167.
(2) Obra citada.

quedó al invadir Europa, parte en las montañas de Vasconia, y recibiendo las influencias de un país meridional como España, el cual, como todas las zonas meridionales, favorece la conservación ó formación de los colores obscuros, y parte del mismo elemento étnico en la Europa central, cuyos tonos apagados favorecieron la formación de los coloros claros; al regresar otra vez, tal vez después de largos siglos de sedentarismo en el Norte, y unirse con sus primitivos hermanos iberos, los dolicocéfalos rubios, presentan, en este caso, el ejemplo de un pueblo cuyos caracteres craneanos han persistido á través de mucho tiempo; pero no así en los secundarios. En el fondo, pues, existe cierta homogeneidad étnica, sólo alterada por los caracteres de clasificación secundaria más variables, como son el color de los ojos, de la piel y de los cabellos.

LA DISTRIBUCIÓN DEL COLOR EN LA PENÍNSULA

Aparte del pueblo vasco, el color parece seguir en la población española la misma distribución geográfica que algunos grupos señalados en las estadísticas del índice nasal (1) como leptorrinos. Las serranías castellanas se señalan como uno de los lugares de distribución de los ojos claros; pero yo creo que es algún tanto aventurado atribuirlo á influencias germánicas, porque más que á influencias de razas nórdicas, se debe al color claro en las montañas, á las condiciones de la vida en tales emplazamientos. En ellos la civilización, y por lo tanto la riqueza, está poco difundida y no es propenso tal medio á un perfecto desarrollo del organismo; unida esta causa al hecho

(1) Aranzadi y Hoyos, *Un avance á la Antropología de España.*

de que la acción de la atmósfera libre se hace sentir con más fuerza, se comprenderá por qué los montañeses son más rubios que los que viven en las llanuras. Las estadísticas italianas demuestran qne en 32 provincias, los montañeses tienen colores más claros que los que no lo son, y sólo en siete sucede lo contrario (Livi, *Antropometría militare,* pág. 66). Esta acción de la atmósfera libre en la decoloración la ha demostrado también Virchow en sus estudios sobre los niños alemanes.

En las regiones de Levante y Cataluña he visto presentarse, si bien siempre en minoría, el tipo de cabellos rubios y ojos claros, con mucha más frecuencia que en el centro de la Península. Y estos tipos, por regla general, les he encontrado en la llanura; lo que me induce á creer que esto es debido exclusivamente á influencias nórdicas; tanto más me hace afirmar en esta creencia, el hecho de seguir á esta distribución la del romance catalán y lemosín que registran muchas voces de las lenguas germánicas.

La presencia en España del tipo de cabellos rojos y ojos verdes (1) que en Rusia llega á formar pueblos enteros, en el Noroeste de Rusia, ha sido comprobado, si bien las proporciones estadísticas no han sido aún fijadas.

En los Pirineos, é influenciando algo á los vascos, aparece la raza llamada *cascarotac* ó *agotac* (agotes), de tez blanca y caloreada, de cabello rubio y ojos azules (2), objeto de interesantes estudios desde hace tiempo.

Las regiones menos notadas por el color claro son las andaluzas. Esta nota suele, con preferencia, aparecer en-

(1) Antón y Ferrándiz, *Razas y Naciones de Europa*, pág. 38.
(2) Guyon, *Compts rendues* de l'Academie des Sciences, 1842, tomo XV, página 515.

tre las provincias que han sufrido ciertas influencias nórdicas, como son algunas fronterizas á Portugal. Hay ciertos grupos aislados en donde el color del Norte toma cierta compacidad; pero esto es debido á la inmigración alemana que fundó, en tiempos de Carlos III, algunas colonias en el Sur de España.

Este es el cuadro general, del cual puede sospecharse que en la distribución del color, el correspondiente á los elementos nórdicos tiene mayor representación en las zonas septentrionales de la Península y á los lados que en el resto.

El estudio de los caracteres cromáticos en la población española demuestra la variedad de su composición étnica. En ella tienen su participación los elementos eurafricanos de colores obscuros y los eurásicos de colores claros. Esta coexistencia atestigua la falta de homogeneidad étnica, á pesar de ser la condición del suelo y del clima español muy propenso á fundir en el color obscuro los tonos claros que se forman en los nubusos cielos del Septentrión de Europa.

3.—Crania hispánica

LAS NORMAS ANTROPOLÓGICAS Y SU VALORACIÓN
LAS RAZAS DE ESPAÑA

Al establecer la serie lineal de las razas de España, se encuentra entre la raza de Cro-Magnon y la semita un eslabón roto, porque de los llamados atlantes, de proporciones y configuración dura, á los semitas de finas y armónicas líneas, no se ha podido pasar sin dejar un tipo intermedio. Este tipo intermedio creo haberle hallado en los

restos encontrados en Visús (Segovia) pertenecientes al neolítico (fig. 8.ª). A diferencia del Cro-Magnon, este tipo no presenta esa dureza que caracteriza á aquél, pero parece haber heredado la angulosidad de las órbitas; del tipo semita le separa cierto aspecto de robustez y tosquedad.

Las normas revelan que su origen es africano, y confirman que el sedimento étnico y prehistórico de España está formado por elementos africanos (fig. 9.ª).



Figura 8.ª—CRÁNEO DE VISÚS (Segovia). Especie eurafricana.

La forma de este cráneo es dolicocéfala como la de los elementos étnicos que constituyen la base primera de la población de España; lo que demuestra que al principio el territorio de la Península la fué hogar exclusivo de elementos eurafricanos sin mezcla alguna de razas eurásicas, las cuales forman una edición posterior en la población primitiva. He aquí, pues, cómo el estudio de la crania hispánica demuestra á los primeros pasos que es una realidad la descripción de que se ha hecho mérito en los capítulos II y III relativa á la etnogenia general europea y á la especial española, confirmadas ambas por estos ejemplos, á pesar de la vaguedad que suele rodear á todas aquellas descripciones cuyas bases se pierden en la



Fig. 9.ª—CRÁNEO OVOIDE (neolítico) DE VISÚS (Segovia). Especie eurafricana.

noche prehistórica. La figura 9.ª muestra esa armonía craneana, esas líneas finas y elegantes de los cráneos ovoidales, característicos de las razas mediterráneas; es uno de los ejemplares de configuración, en la norma vertical, más hermosa y perfectas, que contrasta notablemente con el aspecto algo duro de la norma facial que recuerda las imponentes líneas del tipo atlante.

Si bien se diferencia del Cro-Magnon y de los semitas, tiene puntos de afinidad con unos y con otros; sólo falta que nuevos casos vengan á confirmar esta opinión. La norma lateral (fig. 10) deja ver el escaso desarrollo de la frente, comparada con el semita, y la norma facial sus afinidades con el Cro-Magnon.



Figura 10.—CRÁNEO DE VISÚS (Segovia). Forma elipsoidal. Especie eurafricana.

Este carácter le constituye, y con-

firma la creencia, en tipo intermedio en el eslabón de la rota cadena de la sucesión histórica de las razas de España. La norma lateral muestra claramente la forma eripsoidal característica de las razas eurafricanas, con cierta altura que da á conocer de manera bien evidente su parentesco estrecho con la raza de Cro-Magnon ó tipo atlante.

La falta de mandíbulas completas en estos cráneos ha impedido, como sucede en la mayor parte de los Museos de Antropología, hacer un estudio acabado de la forma del rostro, dato muy interesante y que hubiese ilustrado sobremanera la descripción etnográfica de este importante anillo de las razas de España.

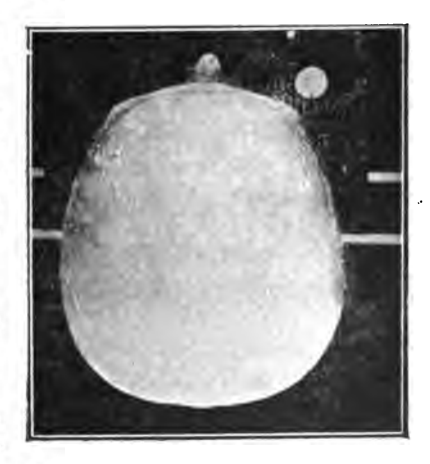


Fig. 11.—Cráneo de Santander (Región Cantábrica). Forma esfenoidal. Especie eurásica.

A partir de este punto de encadenamiento de la serie étnica española, se encuentra en la Península la existencia de una raza braquicéfala, otra dolicocéfala y una intermedia, producida, á juicio mío, por influencias eurásicas.

Dentro del material de investigación antropológica de que he podido disponer, sólo he encontrado una raza braquicéfala en España, perfectamente caracterizada por su forma esfenoidal propia de la especie eurásica (fig. 11).

Este dato demuestra claramente la variedad de razas en España tan combatida por aquellos uniformistas ignorantes de los principios más elementales de las ciencias naturales. Este tipo braquicéfalo constituye una región compacta, la Cantábrica, y tiene su representación en otras partes de España, del Oeste, Centro y Sur, aunque con menor intensidad.

El cráneo eurásico, como claramente aparece en la figura 11, no puede confundirse en manera alguna con ninguno de los tipos descritos por las anteriores figuras, pues al paso que las primeras tienen la característica dolicocéfala, es decir, una prolongación elipsoidal ú ovoidal de líneas ligeras y elegantes, este cráneo eurásico, de indudable procedencia celta, muestra cierta robustez y pesadez, cierta anchura de configuración esfenoidal que le distingue perfectamente de los anteriores, aun antes de hacer su clasificación antropológica conforme á los cánones de la precisión científica.

En vivo puede ser también apreciado este cráneo en las masas de población que constituyen la faja cantábrica y la gallega en gran parte, y en el centro de España junto á la cuenca del Tajo. Esta raza invasora dió lugar á las primeras luchas por el suelo con los primitivos eurafricanos.

Comparado este cráneo con otro de raza dolicocéfala (fig. 9.ª) resalta el contraste inmediatamente merced á su distinta morfología.

Los elementos dolicocéfalos tienen mayor riqueza de representación en España. Mientras por la crania solamente encontramos hasta ahora una raza braquicéfala de origen celta, entre los dolicocéfalos hay que distinguir el tipo camita del semita, y estos dos del germánico.

La raza germánica de los dolicocéfalos rubios se ha

observado en parte de Levante y Cataluña, y para distinguirla hay que hacer el estudio en el tipo vivo. La raza semita se distingue de la camita, no por la norma vertical que viene casi á ser la misma, sino por la lateral y la mensuración del índice nasal. El semita tiene la nariz pronunciada (fig. 12), mientras que el camita tiene menos saliente esta parte facial, ofreciendo por consiguiente mayor contingente de platirrinos. El contraste que presentan el cráneo semita en la hendidura nasofrontal con el camita es bien evidente: saliente en el primero y hundida en el segundo, lo que determina en el primer caso la nariz de formas aguileñas y en el segundo las formas chatas ó arrufadas (fig. 13). El estudio que sobre el índice nasal se ha hecho de España (1) queda palpablemente confirmado por estos casos.



Fig. 12.—Cráneo judío de Iñiguez. Tipo semita. Especie eurafricana.

La raza camita y la raza semita componían, como elementos principales, el pueblo árabe que invadió el imperio visigótico español; son dos ramas del robusto tronco eurafricano que se distinguen por su configuración fa-

(1) Aranzadi y Hoyos, *Avance á la Antropología de España.*

cial, como puede verse estableciendo la comparación antes expuesta.

Estas razas pueden estudiarse hoy en vivo como elementos que componen importantes masas de población peninsular. En la región levantina se da una distribución sensible de estas razas entre el campo y la ciudad; en la ciudad, predomina el tipo semita y en el campo el tipo camita.



Fig. 13.—Cráneo de Albacete (Región Celtibérica). Tipo camita. Especie eurafricana.

Esta distribución ha sido determinada probablemente por la superioridad intelectual del semita, el cual, como representante del elemento aristocrático en el pueblo árabe, se emplazó, por consiguiente, en la ciudad. Esta superioridad se hace patente en la distribución de las profesiones, según las razas, en algunos pueblos de Africa, en donde se nota que el elemento sacerdotal director, los curanderos ó fetichistas, pertenecen á tipos mestizos influídos por la sangre semita, como ocurre, por ejemplo, entre los cafres.

Es importante el estudio detenido de estas dos razas por el tipo mestizo que han producido. En Grecia, la fusión de estas dos corrientes de sangre dió el tipo clásico griego, y en la región Levantina de España ha producido también el mismo tipo que patentemente se manifiesta

hermano del tipo clásico griego, con las exuberantes manifestaciones del genio artístico que caracteriza á este singular caso de mestizaje.

Dentro de las razas dolicocéfalas de España se encuentran nuevas diferencias dignas de ser notadas y que demuestran la influencia de distintos elementos étnicos. Los levantinos y los andalucos presentan este caso: los andaluces, ó, mejor dicho, la dolicocefalia andaluza, presenta una frente estrecha (figura 14); la dolicocefalia levantina tiene una frente ancha (figura 15). El dolicocéfalo andaluz tiende en la frente á formar el ángulo del pentágono estrechando las paredes del cráneo, y el dolicocéfalo levantino presenta los lados con cierto paralelismo que es lo que le da el nombre morfológico.



Fig. 14.-CRÁNEO DE CÁDIZ (Región Turdetana) Forma pentagonoide. Especie eurafricana.

Esta diferencia morfológica entre los dolicocéfalos andaluces y los valencianos, evidencia bien á las claras influencias diversas de sangre. Andalucía, por su posición, venía á ser el camino obligado del elemento eurafricano que pasaba el Estrecho para invadir el Continente europeo, constituyéndose así en factor geográfico determinante de la orientación de las migraciones. A diferencia de

esto, la región levantina debió atraer por su situación geográfica á los pueblos de Oriente, que en su expansión recorrieron la cuenca del Mediterráneo, sufriendo desde épocas bastante lejanas la influencia directa de los pueblos clásicos, situación que determinó en el siglo XVI también la influencia intensa de Italia sobre el pueblo valenciano, he hizo florecer los más jugosos gérmenes del Renacimiento en la escuela de literatura valenciana de esa época.



Figura 15.—Cráneo de Alicante. Forma paralelipipedoidal. Extirpe mediterránea.

Estos ejemplos repetidos confirman y aclaran las precedentes reflexiones sobre las migraciones étnicas.

La masa dolicocéfala, pues, no tiene la homogeneidad que revela el índice cefálico; se subdivide en tres razas, las cuales presentan, como en el caso sobredicho, diferencias muy apreciables.

Las influencias eurásicas que se han notado en el Oeste y Centro de la Península (región Oretana), debidas á elementos germánicos, y las del Sur, tienen su confirmación en la crania española. Su representación no es tan intensa como la de los celtas del Norte de la Península pertenecientes á la región Cantábrica. Viven, si bien en mayoría, mezclados con elementos eurafricanos, consti-

tuyendo un nucleo importante en la región Oretana. La coexistencia de las razas eurafricanas y eurásicas la evidencia, aparte del índice cefálico que las revela en este caso (1), la crania de esta región que ofrece ejemplares del tipo dolicocéfalo paralelipipedoide (fig. 16), llamado así por el paralelismo de sus lados; su longitud contrasta notablemente con las proporciones cortas y elevada altura de los cráneos pertenecientes á la otra raza que afectan formas esfenoidales con sus correspondientes variedades (figs. 17, 18 y 19), y alturas de cubo, formas que se repiten constantemente en las razas braquicéfalas y mesocéfalas. La norma facial presenta la anchura de las bolsas parietales como característica (fig. 20).



Figura 16.—CRÁNEO DE TOLEDO (Región Oretana). Dolicocéfalo paralelipipedoide. Especie eurafricana

Estas razas son, á mi juicio, resto de las germánicas que vinieron á España con la invasión visigoda, y que patentizaron su influencia á lo largo de la cuenca del Tajo.

Dentro de la región Turdetana el tipo mesocéfalo tiene

(1) Olóriz, *Distribución geográfica del índice cefálico en España.*

también su representación (fig. 21), muy mezclado con elementos berberiscos.

Después de haber hecho esta identificación antropológica, claramente se puede deducir la consecuencia de la coexistencia de distintas razas en varias zonas del territorio español, razas que se encuentran en distinta relación de proporción. No hay que confundir la coexistencia de las distintas razas á que venimos haciendo referencia con la adulteración de los tipos étnicos; el hecho de convivir en el mismo territorio no indica, precisamente, una fusión, porque puede darse, y se dà actualmente, una vida común permaneciendo inalterados los tipos étnicos, hecho evidenciado por los judíos que se han mantenido como pueblo en medio del torrente humano, de las grandes masas de población que han tenido que atravesar y en la actualidad les rodean.



Figura 17.—CRÁNEO DE TOLEDO. Mesocéfalo esfenoidal.

Así, pues, cuando se dice que no existen razas puras no debe entenderse que todos los tipos étnicos se han transformado perdiendo sus caracteres diferenciales fundidos en una gran masa de población, sino que en un determinado territorio es difícil encontrar un grupo de población uniforme, absolutamente puro; grupos así cons-

tituídos solamente podían encontrarse durante la época terciaria que describe Mauricio Wagner (1), cuando el aislamiento de los grupos y una relación sexual puramente endogámica preservaban á las agrupaciones humanas de mutuos contactos de sangre. Pero á medida que los grupos humanos comenzaron los grandes movimientos migratorios, fué alterándose también la pristina pureza de los pueblos llegando hasta el extremo de afirmarse cada día más la variedad traída por la intensificación migratoria. Este hecho se ha observado en casi todos los órdenes de la vida, en la cual se afirma una más íntima interdependencia cada día; así se ve cómo han ido destruyéndose los tipos de constitución económica de la antigua familia para dar vida á otras unidades menos cerradas y más superiores, hasta llegar en la actualidad á la constitución del orden económico mondial tras la larga evolución que tiene su punto de partida en la economía cerrada de los grupos gentilicios.



Figura 18.—CRÁNEO DE CÁCERES. Mesocéfalo esfenoidal.

Ha contribuído poderosamente á esta mutua intromisión de las razas, el desarrollo potentísimo de la técnica en

(1) Véase el cap. I.

todos los órdenes y especialmente en lo que se refiere á los medios de comunicación y de transporte, los cuales no solamente han realizado esas revoluciones en la producción y en el consumo que nos describen Sax y Thünen (1), revoluciones que han hecho el cultivo y el consumo independiente de las antes insalvables distancias, sino que también han esparcido la semilla humana por todos los rumbos, dando origen á un nuevo nomadismo del cual las grandes conexias de los pueblos mogoles no son más que movimientos insignificantes.

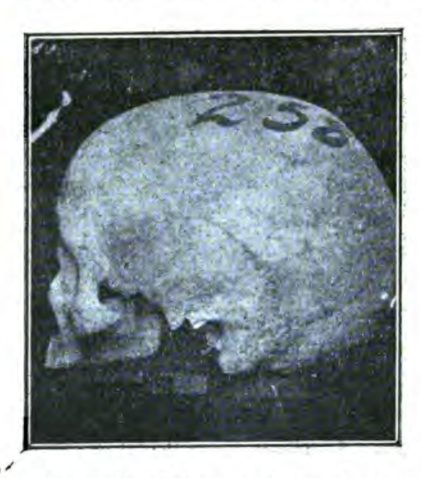


Figura 19.—Cráneo de Ciudad Real
Mesocéfalo esfenoidal.

Esta intensificación ha conducido, pues, á alterar la primitiva pureza de los grupos étnicos, llegando hasta colocar casi en el mismo suelo al perfecto *gentleman* y al salvaje australiano, y, por otra parte, la persistencia de las formas craneanas (2) y las proporciones desmesuradas en que se suelen encontrar unas razas con otras en un mismo territorio, han contribuído á hacer persistir la variedad étnica.

(1) Sax, *Die Verkehrsmittel in Volk und Staatswirtschaft.*
Thünen, *Der isolirte Staat.*
(2) Véase en el cap. I «La determinación de las formas».

Esto explica la coexistencia étnica precitada en España é ilustrada por los datos antropológicos que quedan expuestos, los cuales confirman la teoría de las migraciones humanas.

Un estudio interesante y de transcendencia inmensa para la vida nacional queda aún por hacer en este respecto, y es el relativo á la selección que resulta de la concurrencia de estas razas distintas que hemos señalado en España dentro de una demarcación; merced á este estudio se podría medir la fuerza avasalladora de los distintos tipos de raza. Dentro de las demarcaciones á que aludimos, ó, si se quiere más concretamente, dentro de las regiones étnicas descritas, se dará, según los tipos de razas, un desenvolvimiento distinto, á semejanza del distinto desenvolvimiento que dentro de las ciudades tienen los varios estratos sociales cuya acción es distinta según pertenezcan á la *city* ó al *ring*. A la manera que en el choque de unas razas con otras sobreviven con mayores probabilidades de triunfo las que poseen gran capacidad y medios técnicos ó aquellas otras cuya defensa está en poseer un bajo tenor de vida *(Standard of Life)*, en el choque también de unos tipos con



Figura 20.—CRÁNEO DE CÁCERES. Mesocéfalo esfenoidal.

otros, dentro de una misma región, se da una selección que pudiera hacerse apreciable por medio de un procedimiento que, si bien se presenta complicado, está largamente compensado por la eficacia de sus resultados, y que puede consistir en el empleo simultáneo de estadísticas antropométricas, hechas periódicamente para fijar el movimiento proporcional, dentro de distintos períodos, de los distintos grupos étnicos que revelaría la estadística antropométrica, y, por otra parte, las monografías familiares hechas cuidadosamente á semejanza de las usadas por los alienistas y el empleo de la *enquête*: el hilo conductor, formado por estos distintos procedimientos, podría aclarar este punto importante de la sociología.



Figura 21.—Cráneo de Sevilla. Tipo mesocéfalo.

* * *

Después de haber hecho esta descripción, nadie podrá negar la variedad étnica de España, so pena de permanecer en el error, llevados por la lógica de la fe que proclama *credo quiad absurdum*.

Los críticos, que graciosamente llama Ferri *di:taccolini*,

teoristas, amantes de lo abstracto é ignorantes de lo real, podrán afirmar y reafirmar el uniformismo étnico en España; pero los hechos están ahí: la raza española no se encuentra sino artificialmente; haciendo con todos los tipos de cráneo peninsular una superposición galtoniana.

Un examen más detenido da á conocer la influencia de unas razas en otras; es lo que podríase llamar la especificación de la crania española.

Como queda demostrado anteriormente, en la población española aparecen los tipos representativos de las dos grandes especies europeas que ocupan la Europa: la especie eurásica y la especie eurafricana, teniendo esta última mayor representación de razas (en lo que se ha podido averiguar hasta ahora), y dentro de estas razas los ejemplares más característicos, habiéndose encontrado también, no solamente los tipos representativos de las razas puras, sino también los tipos mestizos que provienen del cruce de unas con otras.

Pero aquí no termina el análisis. Hay suficiente material antropológico que permite continuar la descripción etnográfica de la población española, y ver de qué manera han aparecido junto á los grandes troncos, que significan las especies, de la genealogía humana, no solamente las grandes ramas del tronco que representan las razas sino también las ramificaciones secundarias representadas por las subvariedades, que son una muestra de la derivación sufrida por el tipo étnico.

Para conseguir esta especificación, bastará fijarse en las características principales, en los rasgos más salientes y sensibles de la morfología osteológica de los tipos étnicos. Examinando por grupos lo población de España, se encuentran claramente marcadas las diferencias y subvariedades á que aludimos.

Los primitivos atlantes ó raza de Cro-Magnon, no solamente ocuparon la Península y formaron una vasta masa sobre ella, como queda demostrado anteriormente, sino que, después de haber dejado algún nucleo de atlantes modernos, patentiza su influencia en grandes nucleos regionales: no lo dejaron todo, pero sí la suficiente sangre para perpetuar el recuerdo de su paso.



Figura 22.—CRÁNEO VASCO (Guipúzcoa). Especie eurafricana.

Hay pueblos, como el vasco, que reciben su característica de la gran influencia que en ellos ha ejercido la raza de Cro-Magnon. Los cráneos vascos presentan claramente esta influencia en la norma facial (figs. 22 y 23); sus órbitas angulosas, arcos superciliares fuertes y duros zigomas lo evidencian, haciendo de este pueblo un grupo étnico bastante diferenciado.

Puede afirmarse que la angulosidad de las órbitas y su constitución baja son influencias de Cro-Magnon y de Canstadt, influencias que se han perpetuado en España, en la región vasca sobre todo.

Indudablemente ha favorecido la persistencia de estos caracteres en los vascos el aislamiento secular en que han vivido. A semejanza de esos nucleos de Castilla la Vieja, en donde se encuentran los vestigios más antiguos de la población primitiva, los monumentos del arte más

antiguo también, como si á las altas mesetas hubiesen tardado en llegar toda clase de influencias sociales, en el pueblo vasco las altas montañas y su cielo plomizo parecen haberle preservado de muchos contactos con elementos extraños. La mayor parte de las manifestaciones sociales, de los vascos acusan el hecho del primitivo aislamiento, y vienen á confirmar, por otra parte, la certeza de la interpretación etnogénica que exponemos. Hay en este pueblo bastantes notas que recuerdan las distintivas de la infancia de los pueblos. Por una parte, su idioma natal está bien lejos del que se habla en el resto de España; ese lenguaje aglutinante, expresión simplicista del pensamiento infantil propio de la época en que el espíritu de análisis y el progreso estaban aún embrionarios y no descubrían en las cosas más que relaciones superficiales, que para ser expresadas no requerían las complicaciones, la diferenciación orgánica de las lenguas modernas, en las que la mentalidad moderna expresa su complicado pensamiento también. No es éste el solo aspecto que nos conduce de inducción en inducción; el mundo moral del vasco ofrece también una proyección de lo viejo de su sangre; hay en él un amor intenso al sentimiento religioso que



Figura 23.—CRÁNEO VASCO (Guipúzcoa). Especie eurafricana.

contrasta notablemente con el descreimiento y la amoralidad propia de los pueblos más jóvenes ó modernizados; junto á estas cualidades están el concepto rígido que profesa del deber y que le ponen por encima, en este sentido, de los demás pueblos de España; el amor tradicionalista que hizo de él un aguerrido defensor de las instituciones de la vieja España, y, por último, una audacia tranquila y una entereza que le hace acometer los más arduos empeños, como si se tratase de las cosas más sencillas: así se comprende que fueran vascos aquellos gigantes de la voluntad que, como Loyola, pretendieron destruir el imponente movimiento de la Reforma religiosa, en el que figuraban los pueblos más potentes de Europa, y vascos también los navegantes y guerreros que aspiraron á dominar el Océano y desfloraron sus aguas antes que ningún otro europeo.



Figura 24.—Cráneo de Cáceres (Región Oretana).

Estos hechos, que aparecen en el examen de la psicología del pueblo vasco, son una demostración del espíritu que duerme en el fondo de cada raza, de la estratificación mental, y constituyen un elemento de interpretación en la etnogenia y etnografía de los vascos. Estas características á que aludimos no son privativas del grupo vasco; se

dan en él con gran claridad y persistencia, pero se han difundido también en otros grupos.

Compárense para mayor claridad los cráneos vascos (figs. 22 y 23) con los del tipo atlante (figs. 1.ª, 4.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª) y las que se incluyen á continuación (figs. 24, 25, 26, 27 y 28).

En el resto, estas características las encontramos en gran parte de la Península, de uno á otro ámbito (figs. 24, 25, 26, 27 y 28), y constituyen un documento precioso para fijar la etnogenia española.



Figura 25.—Cráneo de Sevilla (Región Turdetana).

En la provincia de Cáceres, que pertenece á la región Oretana, se ve de una manera bien manifiesta esta influencia (figura 24), y hay que tener presente que en esta región existe un grupo influído por elementos eurásicos muy importante. Desde el Oeste de la Península, si se pasa á su parte Oriental, se ve también esta influencia: en la provincia de Albacete, que pertenece á la región Celtibérica, los ejemplares de la crania presentan idéntica influencia á que nos venimos refiriendo, como puede verse en las figuras 27 y 28, si bien en esta última se nota cierta transición en la forma de las órbitas.

Desde estas dos regiones extremas, si se pasa á otras

dos de Norte y Sur, se encuentra también igual influencia, como puede verse en el cráneo de Lugo (fig. 26), que pertenece á la región Cantábrica, y en el cráneo de Sevilla, que corresponde á la región Turdetana.

Estos vestigios los confirma la lingüística comparada en algunas regiones de España, en las cuales hay nombres geográficos de origen antiquísimo, restos del aglutinante eúscaro, precisamente en sitios no ocupados por los vascos, como sucede, por ejemplo, con el nombre del río que baña á Valencia, cuyo nombre primitivo *Turia* es de origen eúscaro y significa blanco, nombre que fué sustituído por los árabes por el de *Guadalaviar*, que significa «río blanco»; los árabes no hicieron más que traducir á su idioma la palabra *Turia*. Esto denota que con algunas de sus voces dejaron los primitivos atlantes por toda España también algunas gotas de su sangre.



Figura 26.—CRÁNEO DE LUGO (Región Cantábrica).

Los recientes estudios hechos por el P. Cejador sobre la embriogenia del lenguaje vienen en sus conclusiones á coincidir en cierto modo con este examen antropológico, pues considera este ilustre filólogo como lengua madre el eúscaro, como la primera palabra pronunciada en la Península; del estudio de la crania deduzco yo también que

fué el tipo atlante el primero que la pronunció de uno á otro ámbito de la Península de España.

A diferencia de estas características, las razas protosemitas presentan las órbitas altas y circulares, excepto el ángulo superior que suele marcarse algo. Un cráneo semita de Iñiguez ofrece la confirmación de esta afirmación de una manera bien clara (fig. 29), tanto más si se le compara con el Cro-Magnon (fig. 1.ª).



Figura 27.—CRÁNEO DE ALBACETE (Región Celtibérica).

Las órbitas son altas y de líneas armónicas que se repiten en todos los elementos proto-semitas (figs. 30, 31 y 32) desparramados por España.

El ángulo superior es el que generalmente prevalece mientras que el resto de la cuenca orbital se redondea.

Las influencias de este tipo se ven en muchos ejemplares de la crania española. El cráneo de Toledo (figura 30) la reproduce de una manera bien clara en medio del grupo germánico que influye notablemente en dicha región.



Figura 28.—CRÁNEO DE ALBACETE

En la cranía de la región Celtibérica muéstrase también el mismo caso. El cráneo de Albacete (fig. 31), que corresponde á la sobredicha región, lo manifiesta de una manera más acentuada que el caso anteriormente expuesto.

Igualmente aparece confirmado el mismo caso en la misma región Cantábrica. El cráneo de Aradillos (Santander) ofrece las características protosemitas á pesar de pertenecer á una región que, como la Cantábrica, es predominantemente eurásica.



Figura 29. — Cráneo judío de Iñiguez. Especie eurafricana. Raza mediterránea. Tipo semita.

El estudio sociológico en sus comparaciones extensas aclara este hecho á semejanza de las al parecer obscuras influencias que relatábamos refiriéndonos á la raza de Cro-Magnon. La influencia semita ha dejado vestigios hasta en los últimos rincones del territorio español; en Andalucía quedó la parte principal de sus vestigios; pero esto no quiere decir que no influyen también en el resto de España, que quedó bien rebuscada por ellos; recuerdo elocuente de esto son los pequeños claustros, las naves reducidas de los templos visigóticos del Norte de España, los de arcos de herradura cuyo tema arquitectónico apropiado por el ára-

be fué desenvuelto desde la modesta cuna del Septentrión de España hasta la fastuosa Córdoba y la refinada Alhambra granadina.

* * *

Las formas generales confirman esta multiplicidad que en sus trazos fundamentales (eurásicos y eurafricanos) expusimos al principio de la crania española.



Figura 30.—Cráneo de Toledo (Región Oretana).

Dentro de las razas eurafricanas he podido encontrar mayor variedad morfológica que en los ejemplares eurásicos de que he podido disponer.

Identificadas, conforme al método de Sergi, las normas verticales y laterales de las razas eurafricanas de la Península, resultan en crecido número, sobre todas, las formas elipsoidales y ovoidales (figs. 33, 34, 35, 36, 37 y 38).

Estas formas presentan en algunos casos, como puede verse en los que se exhiben, las subformas ó derivaciones de las formas típicas ó genéricas.

La distribución geográfica abarca puntos muy separados de la Península, lo cual demuestra, ó al menos hace presumir lógicamente, lo entrecruzado de muchas ramas étnicas que, á semejanza de las ramificaciones de la

7

araucaria, se irradian y prolongan en todos sentidos.

Los ejemplares que se someten á la observación, están recogidos en la región Levantina, en la Turdetana, en la Celtibérica, en la Leonesa y en la Oretana.

El cráneo de León (región Leonesa) presenta (fig. 33) la forma elipsoidal, característica y típica de la especie eurafricana (1). Este nucleo de la población española es uno de los que mayor influjo africano ha sufrido, de los que, á semejanza del resto de las dos Castillas, ha sido nutrido por el tronco viejo de la especie venida del Africa, sin que en él se advierta esa influencia marcadamente mediterránea, que hace distinguir á la región Levantina del resto de las razas hermanas de la Península.



Figura 31.—Cráneo de Albacete (Región Celtibérica).

En el Centro se encuentra también la misma forma, si bien con alguna mayor amplitud. El cráneo de Toledo (región Oretana), ofrece la confirmación (fig. 34). Tal vez la influencia eurásica que ha sufrido esta región, ha determinado cierto mestizaje ó mescolanza, que ha influído en la morfología de muchos ejemplares del nucleo á que nos

(1) Véase Sergi, *Specie*, etc.

referimos. El cráneo expuesto ofrece cierta regularidad y armonía en el contorno, que le distingue de otros de su misma clase.

En la región Celtibérica se encuentran muy repetidas las formas craneanas ovoidales y elipsoidales. El cráneo de Lietor (Albacete) que se exhibe, es de forma elipsoidal (fig. 35); los parietales, como claramente se ve en la norma vertical, tienen una prolongación distinta de los ovoidales, los cuales siguen el contorno en constante curva afectando la forma de un huevo.



Fig. 32.—Cráneo de Aradillo (Santander) (Región Cantábrica).

Otro ejemplar de Albacete (fig. 36) reproduce la forma ovoidal con perfecta exactitud, haciendo de él un ejemplar de perfecta armonía, suavidad y belleza.

Estos ejemplares que vamos citando y examinando tienen la nota común de los dolicocéfalos andaluces, que es la frente estrecha, á diferencia de la dolicocefalia levantina que presenta la frente ancha y, en la mayor parte de los casos, el paralelismo de los lados.

El cráneo de Granada (región Turdetana), reproduce la forma ovoidal de la especie eurafricana con entera exactitud, como se ve en la norma facial del adjunto ejemplar (fig. 37).

Los levantinos, como queda dicho ya en páginas anteriores, ofrecen la forma paralelipipedoide con mucha frecuencia. El paralelismo de los lados del cráneo, al no presentar la bolsas ó gibas parietales de los andaluces, da en el indice cefálico una dolicocefalia más marcada (figura 38) que la andaluza (fig. 39), lo que hizo decir al doctor Olóriz que, por la diferenciación que ofrecían en el índice cefálico del pueblo español, podían tener alguna aspiración regionalista. En realidad, esta morfología de la crania levantina, que la distingue de la manera antedicha, será debida indudablemente á influencias camitosemitas, es cierto; pero el influjo directo de los pueblos que recorrían directamente la cuenca del Mediterráneo, dejaron en el nucleo levantino ciertas características, que bien pueden marcarle y distinguirle como extirpe propiamente mediterránea. Su filiación étnica está bien aclarada, lo que no sucede con los nucleos dolicocéfalos del Centro y Sur de España, los cuales, aun fijada su procedencia eurafricana, es decir, fijados como especie, no lo están tan bien como raza, lo que ha motivado justas reservas en el profesor de Antropología de Madrid, Dr. Antón y Ferrándiz (1).



Fig. 38.-Cráneo de León (Región Leonesa) Forma elipsoidal. Especie eurafricana.

(1) Véase su obra citada.

De entre todos los tipos referidos, ninguno ofrece en la norma vertical una armonía tan perfecta como el cráneo judío de Iñiguez (fig. 40). La finura, proporción, suavidad de líneas y belleza general, da una idea del tipo moral del inteligente semita, el aristócrata por naturaleza entre todas las razas de la especie eurafricana.



Fig. 34.-CRÁNEO DE TOLEDO (Región Oretana) Forma elipsoidal. Especie eurafricana.

Las normas laterales acusan esta variedad demostrada por las normas verticales (figs. 41, 42, 43, 44, 45 y 46).

En la citada obra de Sergi, *Specie e Varietà umane*, cuya sistemática hemos adoptado para la determinación y clasificación de la etnogenia general y española y para la crania hispánica, se concede cierto valor á la morfología de la norma lateral. Esta norma, que consiste en la configuración que representan los cráneos vistos de lado, reproduce las formas típicas y las variedades características de las especies enunciadas.

Las figuras 41, 42, 43, 44, 45 y 46 ofrecen, como puede verse con entera claridad, las formas elipsoidal, elipsoidal larga, elipsoide cuneal y trapezoide, aparte de otras variedades del tipo eurafricano que sería prolijo enumerar.

El cráneo de Albacete (región Celtibérica) presenta

(fig. 41) la forma perfecta de la elipse, lo mismo que el otro ejemplar adjunto (fig. 42); la diferencia entre los dos está en el ángulo facial. Las curvas de estos cráneos se prolongan de una manera suave, sin brusquedades ni quebraderos que alteren la armonía de la forma madre.

A diferencia de estos dos casos se ofrecen otros derivados de la forma elipsoidal, como es el elipsoidal largo ó deprimido (fig. 43); la frente es pequeña, huída, característica de la dolicocefalia andaluza, como anteriormente queda dicho. Este cráneo es de Jaén (región Celtibérica); por su forma, que se repite constantemente en las provincias andaluzas, tiene un valor casi de cráneo típico.



Figura 35.—Cráneo de Lietor (Albacete). Región Celtibérica. Forma elipsoidal. Especie eurafricana.

Se acentúa más el tronco eurafricano por las nuevas subvariedades que presenta. La figura 44, que reproduce un cráneo de Cádiz (región Turdetana), pertenece al tipo del elipsoide africano cuneal *(Ellipsoide africus cuneatus,* de Sergi), el cual tiene ejemplares de singular paridad en otras provincias andaluzas.

En otras provincias he encontrado un tipo de cráneo parecido al sobredicho, si bien no tan pronunciada la curva saliente del occipital. El cráneo de Cáceres (figu-

ra 45) reproduce el tipo á que se alude, si bien no con tanta fuerza gráfica.

En toda la parte meridional de la Península el tipo africano se da constantemente con la mayor parte de las variedades y subvariedades ya fijadas por los antropólogos. El tipo de trapezoide africano (*Trapezoides africus*), de Sergi, se ve netamente en la figura 46; este cráneo, de Granada (región Turdetana), es una confirmación más de las afirmaciones sentadas respecto de la composición étnica de la población andaluza.



Figura 36.—CRÁNEO DE ALBACETE. Forma ovoidal. Especie eurafricana.

Los sociólogos que han hecho el estudio de esta vasta región tienen en estos casos una base firme que confirma la nota moruna que todos ven en el Meridión español.

Se ve, pues, que el examen de las normas laterales confirma plenamente y concuerda con la exposición y análisis de las normas verticales de este importante grupo de la crania hispánica. He visto otras formas de subvariedades que no reproduzco por no recargar la exposición etnográfica.

* * *

La determinación de las formas faciales se puede hacer en vivo fácilmente; pero en las colecciones craneanas

es difícil porque casi siempre los cráneos están separados de las mandíbulas que rematan la forma. No obstante, la norma facial de los cráneos sin mandíbula inferior puede dar una idea aproximada de la forma.

En la crania hispánica se ven las formas faciales propias de los elementos protosemitas, como lo demuestra la fig. 47.



Figura 37.—Cráneo de Granada (Región Turdetana). Forma ovoidal. Especie eurafricana.

El paralelismo de sus lados y su longitud son propios de las razas eurafricanas.

Cuando se nota sobre el vivo la determinación, se hace con igual facilidad porque la forma del contorno la facilitan las partes blandas.

Si considerásemos suavizadas las apófesis por los tejidos blandos, aparecería el rostro envuelto por una curva que al adaptarse al armazón de los huesos reproduciría, *transparentaría,* la forma osteológica de la cara. No obstante, esta constitución simplemente osteológica puede dar el testimonio suficiente para fijar la procedencia.

El ejemplar semita antes citado (fig. 29) reproduce el tipo de la faz elipsoidal propia de la especie eurafricana.

Entre los elementos eurásicos abunda la forma esferoidal del cráneo (fig. 47).

Con efecto; una curva casi esférica recorre y envuelve

el contorno del cráneo que se expone. Este cráneo de Aradillos (Santander) patentiza la influencia de los elementos eurásicos en la región Cantábrica por las formas platicéfalas esfenoidales y esferoidales que se ven en la crania del Norte.

Esta figura, por sus proporciones anchas, características de las razas eurásicas, pertenecía, indudablemente, á un rostro de forma orbicular.

* * *

El espíritu positivo del P. Mariana sintetizó bien en una frase el fundamento de la lógica realista: la historia no da quitanza sin que venga probanza. La prueba terminante que ofrecen los hechos presentados, no puede ser destruída por las declamaciones de aquellos que confunden en una sola idea el patriotismo y el uniformismo. Políticamente, España constituye una unidad; étnicamente, no la constituye. Podrán muchos políticos negar esta realidad y aun los escritores que ven en el reconocimiento de la hetereogeneidad étnica el primer paso para establecer categorías de raza entre los distintos grupos que constituyen la población española; se interpretará con mala fe el dato antropológico que patentiza la falta de unidad de



Fig. 38.-CRÁNEO DE CÁDIZ (Región Turdetana) Forma pentagonoide. Especie eurafricana.

raza en España, como lo han hecho ya algunos publicistas..... *E pur si muove* podremos nosotros decir, recordando al gran genio latino, que sentía mover bajo su planta el globo, que los ignorantes astrólogos de la tradición bíblica querían que estuviese inmóvil.



Figura 39.—Cráneo de Alicante. Forma paralelipipedoidal. Extirpe mediterránea.

La superposición galtoniana de los cráneos españoles no daría un tipo, sino una monstruosidad. Lo que los antropólogos de la criminología (1) consiguen con este procedimiento, es de tanto punto inaplicable, porque en nuestro caso se trata de fijación clara de tipos y características de conjunto, no de estigmas y datos accesorios como se persigue en criminología.

LA DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA DE LAS RAZAS
LAS REGIONES ÉTNICAS

La separación por grandos grupos que establece el índice cefálico tiene su expresión geográfica en España. Cierto es que las razas no viven aisladas y que los más

(1) Véase el *Atlas* de Lombroso y *L'uomo delinquente*, quinta edición.

distintos tipos de la crania hispánica encuentran su representación en todas las regiones del territorio peninsular; pero las proporciones de los distintos elementos entre sí son distintas y pueden apreciarse hasta el extremo de determinar la formación de regiones étnicas, ó sean zonas de territorio caracterizadas por el predominio de una raza determinada sobre las demás.



Figura 40.—CRÁNEO JUDÍO DE IÑIGUEZ Forma ovoidal. Especie eurafricana.

Esta coexistencia de las razas no siempre conduce á la mesticidad; pueden mantenerse dos grupos con sus características diferenciales en esta clase de vida, apreciación que puede demostrarse gráficamente aplicando el procedimiento que determina la conocida curva de Quetelet. En España la coexistencia de varias razas en el mismo lugar es un hecho, presentando según las regiones distinto predominio. Santander, por ejemplo, tiene una proporción de dolicocéfalos y braquicéfalos que se dan en la siguiente proporción tomada de los cuadros numéricos del Sr. Olóriz *(Distribución geográfica del índice cefálico en España)*:

	Dolicocéfalos de menos de 75 — Proporción por 100 de los casos observados.	Braquicéfalos de más de 80. — Proporción por 100 de los casos observados.
Santander.....	6,64	47,66
Guipúzcoa.....	7,28	35,45
Orense.........	11,22	33,64

La crania de estas provincias confirma la coexistencia que anuncia el índice cefálico aunque las proporciones no sean rigurosamente matemáticas, dado el escaso número absoluto que sirvió de base al cálculo.

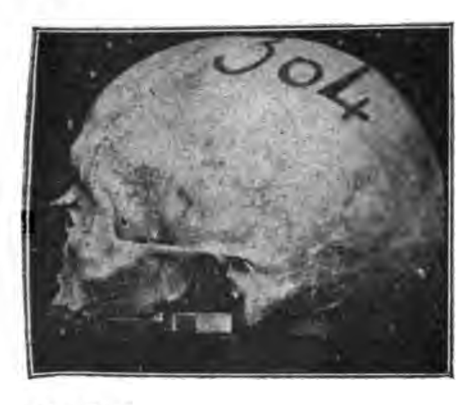


Fig. 41.—Cráneo de Albacete (Región Celtibérica). Forma elipsoidal. Especie eurafricana.

Junto al cráneo braquicéfalo de Santander (fig. 48), perfectamente determinado por la norma vertical, y á otros ejemplares de la misma especie (fig. 49), se encuentran ejemplares dolicocéfalos (fig. 50) de marcada procedencia eurafricana, estrechos y largos; con los contornos característicos de esta especie (véase la pág. 33). Esto confirma la afirmación del profesor español Sr. Antón y Ferrándiz sobre la existencia de la por él llamada raza libio-ibera en la cordillera cantábrica toda desde el Pirineo hasta Galicia (1).

(1) Antón, *Razas y naciones de Europa.*

En la crania de esta región se encuentran, junto á elementos celtas, los libio-iberos del citado profesor de Antropología. En Guipúzcoa el ejemplar de tipo berberisco (fig. 51) coexiste con otros tiposdistintos, como aparece en la figura 52, que recuerda el esfenoide esferoidal de la clasificación de Sergi *(Specie e Varietá umane)*. Como contribución á estas observaciones, hechas en vivo por el señor Antón, aducimos los anteriores casos y otros que pueden aclarar más esta distribución de las razas (figs. 53, 54 y 55).



Figura 42.—CRÁNEO DE ALBACETE. Forma elipsoidal. Especie eurafricana.



Fig. 43.—CRÁNEO DE JAÉN (Región Celtibérica) Forma elipsoidal larga. Especie eurafricana.

Como conclusión puede decirse que hay razas puras; pero en su distribución geográfica no forman nucleos cerrados, aislados de todo contacto

con razas distintas, sino comunidades, en las cuales, salvo pocas excepciones, una raza imprime el carácter á la región en que vive con las demás por su predominio numérico.



La apreciación del índice cefálico en la distribución de las razas da como resultado la siguiente descomposición del territorio nacional en regiones étnicas (1):



Fig. 44.—Cráneo de Cádiz (Región Turdetana). Forma elipsoide cuneal. Especie eurafricana.

Región Vasca. Comprende las provincias de Guipúzcoa, Navarra, Burgos y Alava, cuyo índice cefálico medio es de 77,1.

Región Cantábrica.--Comprende las provincias de Vizcaya, Santander, Palencia, Oviedo y Lugo. Su índice cefálico medio es de 78,0.

Región Galáica.—Comprende las provincias de Coruña y Pontevedra. Su índice cefálico medio es de 77,1.

Región Leonesa.—Comprende las provincias de Orense y León. Su índice cefálico medio es de 75,2.

Región Carpetana.—Comprende las provincias de Valla-

(1) Aranzadi y Hoyos, *Un avance á la Antropologia de España.*

dolid, Salamanca, Avila, Segovia y Madrid (sin la capital). Su índice cefálico medio es de 76,1.

Región Celtibérica.—Comprende las provincias de Cuenca, Albacete, Alicante y Jaén. Su índice cefálico medio es de 74,0.

Región Oretana.—Comprende las provincias de Toledo, Ciudad Real y Cáceres. Su índice cefálico medio es de 76,9.



Figura 45.—CRÁNEO DE CÁCERES (Región Oretana). Forma elipsoide cuneal. Especie eurafricana.

Región Turdetana. Comprende las provincias de Sevilla, Cádiz, Granada y Murcia. Su índice cefálico medio es de 74,5.

Región Catalana (1). Comprende las provincias de la región. Su índice cefálico medio es de 78,068.

Región Aragonesa. Comprende las provincias de la región. Su índice cefálico medio es de 77,403.

Región Balear.—Su índice cefálico es de 77,726.

Para el estudio de las regiones étnicas precisa adoptar un procedimiento más seguro que el de las distinciones deducidas de los valores numéricos del índice cefálico. Las diferencias observadas en el índice conducen á esta-

(1) Esta región y las que siguen están determinadas conforme al índice cefálico examinado por J. Olóriz *(Distribución geográfica del índice cefálico en España).*

blecer muchas separaciones que no siempre se dan en la realidad. Por esto, adoptando el método morfológico de Sergi (1), establezco una nueva división de regiones étnicas en España, no por los índices, sino por las formas craneanas; la resultante no es tan variada como en las divisiones sobredichas, pero da una idea más clara de estos fenómenos de masa.

En el Mapa etnográfico de España se ve claramente la distribución en grandes regiones de las razas de la Península; los elementos eurásicos están indicados en él, y lo mismo la participación de la especie eurafricana con sus razas ó variedades.



Fig. 46 —Cráneo de Granada (Región Turdetana). Forma trapezoide. Especie eurafricana.

LOS DEGENERADOS

Desde la Peña de Francia, entre las provincias de Salamanca y Cáceres, se columbran unas montañas altas en las cuales vive un nucleo de población que ha sido el tema de fabulosas narraciones. Se dice que la hija de un poderoso duque castellano dejó la casa solariega para gozar en vida libre los amores de un plebeyo; fugitivos, llegaron á estas montañas, y al en-

(1) Sergi, *Specie e Varietá umane*. Véase pág. 29 de esta obra.

contrarse rodeados de extrañas gentes y frente á las rocosas cumbres que cerraban el horizonte, creyeron que habían llegado al fin del mundo. Aquellas gentes, aisladas entre agrestes montes, apenas hablaban; su aspecto era repugnante; sus caras chafadas como los barros del escultor bárbaro..... De entonces acá la investigación ha ido reuniendo datos y determinando la naturaleza de aquellas gentes. Las narraciones de los viajeros, las descripciones de los científicos, la fama de estos lugares que se conocen con el nombre de las Hurdes, pueden explicar el carácter étnico de este grupo de la población española.



Fig. 47.—CRÁNEO DE ARADILLOS (Santander) Forma esferoidal. Especie eurásica.

Examinando en el Museo Antropológico de Madrid varios cráneos, un compañero mío, al sacar de una vitrina un cráneo, lo miró diciendo:

—He aquí á los bárbaros de España.

El cráneo examinado era el de un hurdano; en él aparecía la factura del cráneo berberisco, pero alterada por la degeneración. Un pueblo de cretinos era lo único que podía dar aquellos ejemplares, en los cuales se resumía una larga vida de embrutecimiento.

Dentro de la etnografía española, es necesario hacer la distinción entre lo normal y lo patológico ante estos ca-

sos. No se trata de una nueva raza cuando se presenta el examen etnográfico de los hurdanos, sino de una raza eurafricana, en la cual el hambre, la falta de higiene, el trabajo rudo, el aislamiento y la altitud, la han hecho degenerar hasta el extremo de hacer de una población un caso de patología colectiva.

El cráneo hurdano (fig. 56) presenta claros los rasgos de la especie eurafricana con las necesarias alteraciones que acarrea la degeneración. La morbosidad más saliente de este ejemplar, y en general de la población hurdana, es la microcefalia.

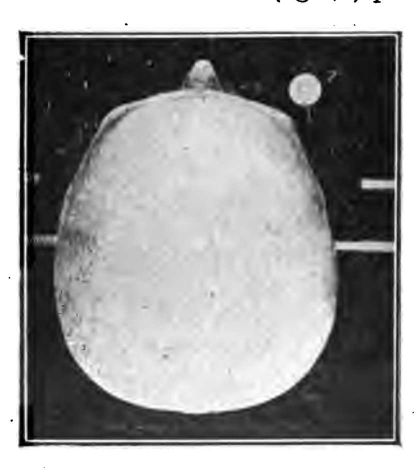


Fig. 48.—Cráneo de Santander (Región Cantábrica). Forma esfenoidal. Especie eurásica.

Su degeneración es tan honda, que ha dejado sus huellas en la constitución osteológica.

No hay en toda España unos degenerados como éstos. Se ve en algunas provincias del Centro y del Sur al tipo que presenta los signos de la desnutrición, transformando en parte los caracteres de raza, convirtiendo, por ejemplo, el tipo delgado en gracilidad morbosa; la nariz aguileña en nariz arrufada; pero de esto al estado de los pobladores de las Hurdes, la distancia es inmensa.

En el corazón, en la entraña de la Península, está enclavada esta población de degenerados que trae á la me-

moria el recuerdo de loshabitantes de Cerdeña que describen los criminalistas de la escuela antropológica italiana.



Fig. 49. —CRÁNEO DE TRUCIUS (Santander).

El territorio hurdano está formado «por altas montañas, dice el viajero Leopoldo Alonso, de imponente aspecto, que en ondulaciones se suceden unas á otras, produciendo en el espectador la ilusión de que contempla las enormes olas de un mar alborotado que en el supremo instante de la borrasca fueron petrificadas, quedando inmóviles y en actitud de avanzar y estrellarse unas contra otras. Es un cuadro, una de esas marinas pintadas por mano maestra en que el artista ha sorprendido el movimiento de las aguas con tal perfección, que parece que realmente se mueven.

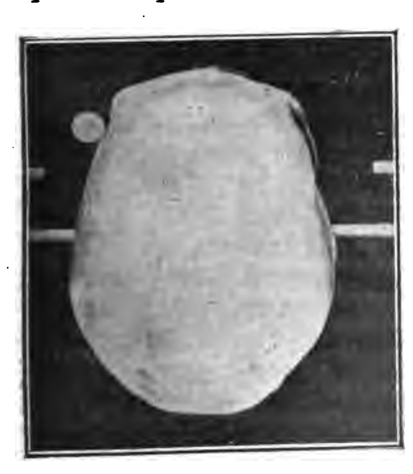


Fig. 50.—CRÁNEO DE ARADILLOS (Santander).



Figura 51.—Cráneo de Guipúzcoa

»A esta ilusión contribuyen, no sólo la forma, sino el color de los montes y valles: verde obscuro en éstos, más claro en las crestas de aquéllos, azulándose los de segundo término hasta convertirse en el tono moradizo de las lejanías que se confunden en el firmamento.

»La primera impresión del que visita aquellos parajes es de asombro y tristeza; asombro al contemplar la grandiosidad con que se muestra la Naturaleza, y al mismo tiempo tristeza porque la mirada no puede recrearse con una nota alegre.



Figura 52.—Cráneo de Guipúzcoa

»Camínase por sendas tan estrechas que el encuentro de dos caminantes en contraria dirección equivale ó al suicidio de uno ó á la pérdida de una hora que tiene que emplear en retro-

ceder hasta hallar sitio holgado por donde el otro pase.

»Sobre el azul del cielo dibújanse las sinuosidades y los agudos picachos de los montes que corren casi paralelos; en las faldas de éstos crece el brezo, llenándolo todo á excepción de algunas calvicies que marca el blanco sucio de los peñascos; abajo algunos raquíticos olivos, tierrucas escalonadas, y el pueblo de un color solo, gris de pizarra, y en la misma garganta el río oculto entre jarales.



Figura 53.—Cráneo de Navarra

»Y entre todo ello no hay nada que contraste, que excite siquiera la atención. Todo es obscuro, triste; ni un tejado bermellón, ni una fachada blanca, ni siquiera una casa pintada con el rojo ó azul rabiosos con que las pintan en algunos



Figura 54.—Cráneo de Lugo



Figura 55.—Cráneo de Orense

pueblos de Castilla. Todo, las montañas, el brezo, los canchales, las casas, todo absorbe la luz y el sol que brilla en el espacio llevando la alegría á todas partes; allí parece que se le recibe de mala gana, y como si su luz se escondiera entre los matorrales ó en las covachas de los hurdanos, aparece frío, sin destellos ni durezas, y el rumor de los arroyos, que en otros sitios imita la armonía de niños que juegan y ríen, allí parece un coro de frailes entonando fúnebres cantos; y aquel gris general y aquel triste rumor de los ríos se va infiltrando en el alma, produciendo en ella un estado de infinita melancolía. Cuando se llega al pueblo ó, mejor dicho, majada, á las anteriores impresio-



Fig. 56.—Cráneo de las Hurdes (Cáceres).

nes se une otra: la repugnancia. En la calle, cuyo pavimento es el que la Naturaleza ha querido que sea, se revuelcan y juegan chiquillos casi desnudos, descubriendo por entre los andrajos una carne del color de la pizarra, con la que desde lejos se confunden; sus cabellos crecen en el cráneo tan al descuido como crece el brezo en el monte. Causa verdadera lástima ver aquellas caritas delicadas, algunas simpáticas, envueltas en una capa de suciedad bajo la cual asoma el color del hambre.

»Haciendo un supremo esfuerzo para vencer la repugnancia, se penetra en las habitaciones de aquellos miserables. Son éstas de planta baja, construídas todas de pizarra, incluso el tejado; no tienen chimenea ni ventanas, ni hueco por donde entren la luz y el aire puro. El humo de la cocina sale por donde puede; los miasmas y el hedor no salen, y la luz no entra. Total: un calabozo *donde* toda incomodidad tiene *su asiento* y donde toda suciedad tiene cabida.

»Suelen estar divididas estas casas en dos habitaciones: la primera, dedicada al cordo, inseparable compañero del hurdano, y sobre todo de la hurdana, á quien halaga como los perros, que allí no hay, y al burro (si lo hay, que no todos pueden gastar ese lujo). Separada por un medianil de metro ó metro y medio de altura está la habitación destinada á la familia, donde los individuos que la constituyen guisan, comen, duermen y..... no mueren de asco porque esa sensación por allí es desconocida.

»A veces la separación es casi perfecta, y otras nula, siendo unos personas y animales. La cama es el santo suelo, ablandada su natural dureza con helechos; otros se acuestan en un madero hueco que en tiempo de la fabricación del aceite les sirve para pisar la aceituna, lo cual no será muy limpio, pero es bastante cómodo.

»De luces no hay más que la de la razón (y es bien débil) y la de las llamas del hogar (que no es mucho más fuerte); en algunas casas se emplea para el alumbrado un arbusto, al que dan el nombre de gamona, que arde con buena luz.

»La única construcción algo decente es la iglesia, pero generalmente tan descuidada, que al entrar en ella tuve el mal pensamiento de que allí no bajaba Dios, y si bajaba no permanecería mucho tiempo porque tiene que estar muy á disgusto.

....

»Se ha dicho que el hurdano no come porque no trabaja, y no trabaja porque no come, y yo opino que si dejó de trabajar fué porque ese trabajo no le producía para comer.

»Y que haya dejado de trabajar no es completamente cierto, pues considerando divididos á los habitantes de las Hurdes en dos clases, como puede hacerse, no es difícil demostrar que ambas trabajan. Agricultores y mendigos: esta es la separación que existe entre unos y otros.

»Nacidos los hurdanos en un terreno estéril donde hasta el andar cuesta trabajo; luchando siempre contra la infecundidad de la naturaleza que no les produce en sus montañas otra cosa que brezo, jara, olivos y pocas patatas, no es de extrañar que en tan ruda y continua lucha algunos hayan, no sucumbido, sino abandonado el campo para buscar de otra manera lo necesario para su alimentación.

»El hurdano agricultor trabaja, y trabaja más y en peores condiciones que los agricultores castellanos. Tiene que empezar por construir el terreno que ha de cultivar, haciendo escalones en la montaña, operación que representa inauditos esfuerzos, hecha con los simplicísimos

aparatos de que dispone, y con mucha frecuencia sucede que después del ímprobo trabajo que le ha costado preparar la fajita de terreno, y después de los muchos cuidados para cultivarla, los arroyos, que descienden de la cumbre engrosados por la lluvia, rompen los malecones y arrastran la tierra, y cuando no sufren este percance, cuando todo va bien y la recolección se acerca y se espera una abundante cosecha, los javalíes se encargan de destruirla.

»..... La ignorancia es grandísima, debida, no tanto á la enfermedad endémica que existe, el cretinismo, cuanto á la negligencia de las personas encargadas de proporcionar los medios para aprender. En Cabero me dijeron que hacía más de un año que no tenían maestro y que no lo esperaban en mucho tiempo.

»..... El tamboril, que en ningún pueblo de Castilla falta, no existe en las Hurdes.»

Esta narración es una de las más suaves muestras de las Hurdes. En la mayor parte de las descripciones (que ahora no menciono porque una exigencia de la sistemática de esta obra obliga á examinar el grupo de población hurdana en otra parte, puesto que hasta ahora no se ha examinado la psicología de los demás pueblos de España que han de servir de comparación) se emplean los colores más obscuros, como lo hacen Madoz y Velasco al hablar de ese escorial hurdano.

Para terminar provisionalmente este cuadro, sólo añadiré que la regulación de las relaciones sexuales que señala, según muchos sociólogos, el paso del salvajismo á la barbarie falta en la mayor parte de las majadas hurdanas, en las que los mendigos constituídos en familia (como en el concejo de Nuñomoral) semejan la imagen degenerada de Sodoma

Todos estos hechos bastan para explicar la microcefalia de este grupo de población, cuya crània hay que considerarla como producto patológico y no como propia del pigmeismo (1). A la microcefalia acompaña una pobreza orgánica general que los observadores han visto en los hurdanos. En otros países, donde las condiciones de vida son malas, esta degeneración se nota en la constitución física de los habitantes: en Cerdeña, por ejemplo, la raza que la ocupa tiene la misma filiación étnica que la que habita en el Sur de Italia; comparados algunos datos antropológicos, se ve que los sardos que tienen un nivel de vida verdaderamente bárbaro (como han descrito de mano maestra Ferrero, A. Nicéforo, Calvia, Sechi, Todde, Aymerich, Sighele, Bresciani y otros escritores italianos) no alcanzan las mismas proporciones antropométricas que los italianos del Sur. El índice cefálico medio de los italianos del Sur es 79,6; el de los sardos, 77,5; la circunferencia del cráneo es en los primeros de 542; en los segundos, 540; la estatura de aquéllos es de 163; la de los sardos, 161.

En España las Hurdes representan el nucleo de los degenerados, y rodeando las Hurdes una extensa zona, recuerda á la bárbara Cerdeña.

DIVISIÓN POLÍTICA Y DISTRIBUCIÓN ÉTNICA

La división política de España no responde á la distribución de las razas de la Península. La división administrativa separa en provincias á masas de población perte-

(1) El pigmeismo, como se nota en los estudios de Flower, Dalton, Miani, De Quatrefages, Stanley, Schweinfurth, Sergi, Kollman, etc., tiene su característica de raza que le distingue de la microcefalia patológica.

necientes á la misma raza. Quien quiera, pues, formarse una idea de la población española por la división política, caerá en un error, porque bajo la uniforme división política se agita la realidad multiforme que constituyen las razas.

Ha sido una consecuencia de las abstracciones jurídicas este contraste que ofrece la uniformidad política y la variedad étnica española. Los maestros de la escuela del Derecho natural encendieron un luminar que ha servido de norte á los cultivadores de las Ciencias históricas, los cuales, al formar los cuerpos de legislación pública, proyectaron en ellos las enseñanzas de aquellos famosos maestros filósofos. Como éstos creían que la realidad se daba con la misma uniformidad que en su pensamiento el mundo y el hombre, no hicieron en sus abtracciones ninguna distinción; los políticos condensaron en la política del liberalismo abstracto (1) estas ideas, y conforme á ellas hicieron los códigos fundamentales y las leyes orgánicas, y al establecer la división administrativa del territorio nacional no tuvieron presente que en la demarcación provincial precisa no olvidar los dos elementos esenciales de la provincia como finamente nota Lorenzo von Stein (2): el *territorio* (Land) y la *extirpe* (Stamm). Por esto, las líneas administrativas establecidas para España en 1833 siguen rumbos distintos de los trazados naturalmente por las extirpes que componen la población española: los autores de nuestras leyes orgánicas tuvieron como inspiración el liberalismo francés con todas sus creaciones, aquel liberalismo que al establecer en Francia la división administrativa, centralizadora, uniformis-

(1) Santamaría de Paredes, *El concepto de organismo social*.
(2) L. von Stein, *Verwaltungvissenchaft*.

ta, absorbente y arbitraria, en vez de hacer departamentos nuevos, desgarró, como dijo Burke, cuerpos vivos.

Más adelante, por exigencia sistemática, hay que tratar esta cuestión que aquí en sencilla referencia se expone por la conexión que guarda la constitución política con la constitución natural de los pueblos. Por de pronto, basta dejar expuesto el contraste que ofrece el mapa de la división política de España y de la distribución étnica.

Las fronteras étnicas no corresponden á las fronteras regionales, y las fronteras provinciales no están delimitadas por las fronteras naturales históricas. Así aparece del adjunto esquema, y puede notarse sobre el vivo recorriendo el rincón de Ademuz, por ejemplo, en la provincia de Valencia, comprendido *administrativamente* en la provincia valenciana, y *étnicamente, filológicamente* y *geográficamente*, en la región aragonesa.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

Del conjunto de observaciones hechas en los precedentes estudios, puede hacerse un resumen que dé la síntesis de todo lo dicho y facilite la comprensión de esta parte de la obra referente á la etnografía general y española, como base de las investigaciones sucesivas. Esto no es más que un procedimiento para agrupar claramente los distintos factores que constituyen la vida actual del pueblo español en sus manifestaciones cardinales.

Comenzando por la constitución de sangre, que pudiéramos llamar la *materia prima* de la vida, tomando la gráfica expresión del vocabulario escolástico, se ha visto:

1.º Que la población española está constituída por razas diversas, afines unas y distantes otras, apreciadas

sin oposición por los dos procedimientos principales de la investigación antropológica: el de mensuración y el morfológico, tanto en los caracteres etnográficos principales (forma del cráneo), como en los secundarios (índices cefálico, nasal, caracteres cromáticos, etc.);

2.° La filiación étnica de las razas de España tiene su partida, en gran parte de la población, del viejo tronco africano que forma la llamada *especie eurafricana*, y la restante en la rama de las razas nórdicas que constituyen la llamada *especie eurásica*, siendo más multiforme la representación de las razas eurafricanas que las eurásicas;

3.° Las razas no viven puras y aisladas, sino en grupos, en los cuales siempre se acusa el predominio de una de ellas sobre las otras é imprime su carácter á la región en que vive, acusando la distribución geográfica, el predominio de los elementos eurásicos en el Norte de la Península y el de los eurafricanos en el resto;

4.° Las razas más típicamente diferenciadas y que presentan mayor homegeneidad en la distribución geográfica, son la mediterránea (eurafricana), que ocupa la región de Levante y comprende á los valencianos, y la celta (eurásica), que ocupa la región Cantábrica y comprende á los asturianos;

5.° Las razas de España han tenido un período de fuerte expansión que las perpetúa fuera del Continente europeo;

6.° Políticamente España constituye una unidad; étnicamente, no.

Después de estas conclusiones, determinadas por hechos científicamente contrastados, será lícito preguntar: ¿Dónde está la raza española?

CAPITULO V

La expansión de la raza

1. España en América.—*Crania americana.—Los mestizajes.—¿Regresión ó progreso?*.—2. España en Filipinas.—*Crania filipina.*

I.—España en América

La etnografía de España no termina en las fronteras peninsulares; se extiende hasta los sitios en donde la fuerza expansiva de sus razas dejó huellas profundas de su paso. Encerrar la historia y descripción de las razas españolas en la Península, sería tan erróneo como circunscribir la historia de Roma al recinto de sus murallas ó hacer de la vida de Atenas el muestrario de la vida griega. La historia de una raza ha de seguir constantemente la marcha de sus hombres á semejanza de la sombra que sigue al cuerpo. Por esto, después de conocer la constitución de los pueblos españoles en la Metrópoli europea, América es la primera tierra que aparece ofreciéndose al estudio del científico, porque ella guarda boyantes retoños de España, desde California al brumoso Magallanes.

La intensa compenetración á que llegó España en América ha hecho que por cada pedazo del suelo americano, ocupado por los latinos, aparezca un recuerdo de la an-

tigua Metrópoli, y que en ésta igualmente se evoque la imagen de aquellas tierras. Vino el descubrimiento de América, que el soñador marino genovés tomó por las Indias de dorado suelo; el monte Cibao lo confundía con el legendario Cipango, la montaña preñada de oro de que hablaban á los venecianos las caravanas de Oriente; los marinos de las carabelas del descubrimiento hicieron á sus paisanos seductoras narraciones de las fastuosas tierras vírgenes en las que el oro se mezclaba con la arena de los arroyos, en donde habían aprendido á saborear el humo de la nueva planta, el tabaco, que producía una ligera embriaguez muy dulce parecida á la compañía de unas vírgenes de la selvas que semejaban estatuas bronceadas..... Castellanos, andaluces y extremeños abandonaban sus hogares en busca del país de los encantos; Isabel la Católica, la reina histérica, progenitora de locos, genios, impotentes é imbéciles, aceleró la emigración de estas regiones reservando el comercio de América para los suyos y prohibiéndolo á los catalanes, y mientras se poblaban los nuevos países, las ciudades de la España central quedaban abandonadas y tristes como grandes claustros, tal como hoy se levantan en las estepas castellanas.

A semejanza de aquellos griegos que llevaban á las nuevas colonias el fuego del Prytáneo, símbolo del amor patrio, los colonizadores españoles al llegar á América tomaban los nombres de la madre patria para distinguir las nuevas tierras, y los nombres de Granada, Galicia, Santiago y Córdoba, servían de agua bautismal de las ciudades nuevas, las mismas que hoy despiertan en el emigrado español las tristes dulzuras de las patrias añoranzas. Al romperse la unidad política con la Metrópoli, fueron los nombres españoles de Bolívar, Páez y Córdoba, los que se unieron y enaltecieron la causa de la indepen-

dencia. Y aquí, en la antigua Metrópoli, no hay pueblo de la ribera del mar que no guarde el recuerdo de los indianos, de aquellos emigrados que volvían á sus antiguos lares luciendo el traje de dorados flecos y entonando la triste canturia de los *yarabíes* peruanos.

Por mucho tiempo, la corriente emigratoria de España á América ha sido tan intensa, que parecía unida la Península al Continente colombiano por una gruesa arteria que llevaba á aquellas vírgenes tierras la sangre de la población española. Una constelación de futuras repúblicas, una pléyade de nacionalidades, se iba formando en el Nuevo Mundo mientras decaía la madre patria. España enviaba su sangre y América nos devolvía galeones cargados de oro; de aquí iba la fuerza que fecunda, y de allá venía el metal estéril de que habla la fábula del rey Midas. Crónicas y estadísticas muestran con la claridad de sus esquemas este movimiento emigratorio, que había de dar por resultado el injerto de las razas españolas en las razas americanas, y la aparición de nuevas extirpes encargadas de continuar la historia de sus progenitores.

El funesto testamento de Isabel la Católica, prescribiendo los privilegios del comercio con América en daño de los catalanes, acentuó la emigración de castellanos, andaluces y extremeños al Nuevo Mundo. Felipe II, al informarse de las causas que motivaban la despoblación de ciudades enteras de las dos Castillas, encontró que era la emigración á América lo que ocasionaba el abandono casi completo de pueblos enteros. Los primeros ensayos estadísticos acusaron en 1626 una emigración anual á América de 30.000 españoles, dice el economista español Navarrete (1). Esta avalancha de gentes que se despren-

(1) *Diccionario de Hacienda*, Canga Argüelles, tomo I, págs. 225 y 388.

día de la Península y que determinó la prescripción de medidas encaminadas á contener la emigración—aun en los mismos días de los Reyes Católicos—, ha sido constante durante varias generaciones, llegando á superar en mucho á la cifra que calcula Navarrete, sin que la inmigración haya bastado á reintegrar á España de la pérdida de gentes que ha sufrido. Las Repúblicas sud-americanas, principalmente la Argentina, recibieron sólo en el año 1889 cerca de 125.000 españoles emigrados (1). De entonces acá la emigración ha disminuído; pero apreciando el contingente por países que da la emigración española, se ve que sólo América viene á absorber casi la mitad de la cifra total, como lo demuestran las siguientes estadísticas (*Estadística de la emigración é inmigración de España,* citada):

Emigración española en 1902.

PAÍSES DE DESTINO	Número de emigrados.
Europa..........................	3.064
Asia............................	235
Africa..........................	22.597
América.........................	24.863
Oceanía.........................	834
TOTAL..........	51.593

Estas cifras no comprenden la emigración total merced á la deficiencia estadística, por lo que hay que suponer que aún es mucho mayor la emigración, sobre todo á América.

(1) *Estadística de la emigración é inmigración de España en los años 1901 y 1902.* Instituto Geográfico y Estadístico.

Ante estas demostraciones que claramente patentizan con el número la influencia étnica de España en América, se comprenderá la importancia de la acción secular de la población española sobre la americana, sobre todo en aquellos días en que los reyes españoles contemplaban despavoridos la despoblación de la Metrópoli, cuyas gentes emigraban en masas que recuerdan las irrupciones de la Historia antigua.

Después de la apreciación estadística de la emigración española en América, hay que tener presente la característica de la colonización española. Hay colonizadores, los ingléses, por ejemplo, que repugnan el mezclarse con las razas coloniales, á las cuales consideran inferiores. El sentimiento de la dignidad de raza, lo que llevaba al egipcio á despreciar al griego, unido á otras concausas, apartan al colonizador inglés á mezclarse con la población indígena; adonde llega, ó se establece la separación de castas, ó se realiza el exterminio de la raza dominada. El *Godman*, como se apellida el inglés, el hombre superior elegido por Dios, no mezcla su sangre. El español no se aisla en la colonización; se une rápidamente á los elementos indígenas, y hasta en medio de legendarias conquistas entre la sangre y el fuego gusta formar idilios, como el que es fama tuvo el duro extremeño que conquistó á Méjico, el tipo nietzcheano, que tan pronto consumía en una pira á un rey azteca, como se entregaba á los amores de una hija del pueblo conquistado. Sea falta de propia estima de raza en los colonizadores españoles, sea debido al temperamento sensual que guarda constantemente un rescoldo en las entrañas, que se aviva al menor soplo, lo cierto es que los indígenas de las colonias españolas amalgamaron su sangre con la del conquistador, produciéndose así un mestizaje producto del cruzamiento de las

razas peninsulares, la del Centro y Sur, principalmente, con las indígenas americanas.

CRANIA AMERICANA.—LOS MESTIZAJES

El examen antropológico de los elementos étnicos americanos que se reunieron á los peninsulares, distingue los tipos artificiales de los naturales á fin de fijar bien la descripción.



Figura 57.—CRÁNEO DEL PERÚ. Deformación artificial alta. Raza americana.

La deformación artificial del cráneo, como signo de lujo y distinción de casta, la practicaban los indígenas americanos, ofreciendo así un aspecto monstruoso por su desproporción. El cráneo americano, que de por sí no guarda la armonía de las razas de Europa, aparece, merced á las deformaciones, como restos de una raza fantástica. Los ejemplares de deformación alta claramente lo patentizan por sus líneas irregulares, que recuerdan los casos más curiosos de la teratología del tipo humano (figs. 57 y 58).

Este hecho, que se explica por la fuerza de las costumbres en los pueblos, como la mutilación, según Tylor, per-

sistió entre los americanos dando variados ejemplares de tal aberración.

A pesar del gran dolor que tales deformaciones causaban, las prácticas se sucedían de generación en generación: entre estas sociedades se ha dado el caso de responder un indígena á un explorador que le preguntaba la razón de las mutilaciones que operaba el indígena en su cuerpo, y contestó éste que lo hacía sólo porque lo había visto hacer á sus congéneres. Esta propensión á la imitación conduce, como claramente se ve en las dos figuras citadas, á producir y perpetuar verdaderas monstruosidades en el cuerpo: es la misma fuerza y tal vez la razón única que determina la perpetuación de los mitos, de los cultos, liturgias y oraciones en boca de los hombres, como genialmente describe Tarde *(Les lois de l'imitation et de la repetition)*.



Figura 53.—CRÁNEO DEL PERÚ. Deformación artificial alta. Raza americana.

La finalidad que perseguían los deformados americanos era distinguirse como clase social ó como ejemplares de belleza, es decir, que las mutilaciones y deformaciones no tenían otro fin distinto, en muchos casos, del que persiguen las europeas al agujerearse las orejas. Aunque sólo sea de pasada, conviene notar, por su importancia socio-

lógica, de qué manera tan distinta la idea de la belleza se les revela á los hombres: lo que á los nobles peruanos se los antojaba la elegancia suprema, á nosotros nos parece una monstruosidad repugnante, una presentación animalesca. ¿Dónde está la objetividad del sentimiento de lo bello? ¿En qué parte encontraremos el canon, invariable y absoluto?

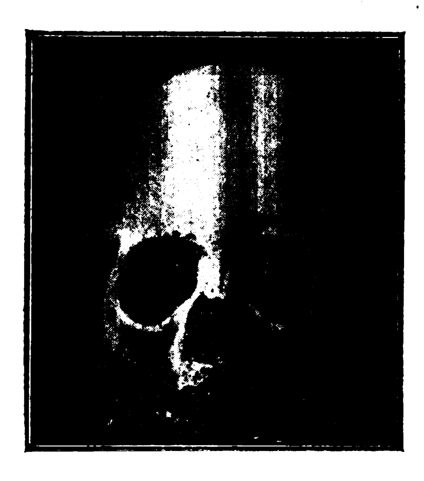


Figura 59.—Cráneo del Perú. Deformación artificial alta.

Si la norma lateral de la deformación alta aparece monstruosa, no lo es menos la norma facial de los mismos cráneos (figuras 59 y 60).

Los grandes cigomas se exageran aún más, y las bolsas parietales adquieren proporciones verdaderamente raras.

En estos ejemplares se ven claramente las características del tipo americano.

Las órbitas son extremadamente circulares. Difícilmente se encontrará en los ejemplares de la crania americana la angulosidad ó el círculo suave y proporcionado de las razas de España.

A esta desproporción, que da formas animalescas á estos cráneos, se une el extraordinario desarrollo de los arcos cigomáticos, cuya anchura es verdaderamente felina.

Si se quisiera formar una idea completa de estos tipos

mediante el procedimiento antropométrico, sería poco menos que imposible, dada la exageración y caprichosas formas de estas deformaciones. Por esto hay que fijarse en su morfología antes que todo.

A las deformaciones altas siguen las deformaciones bajas ó depresiones que producen impresión parecida á las primeras (figs. 61 y 62).



Figura 60.—Cráneo del Perú. Deformación artificial alta.

Mientras las depresiones altas presentan formas que se acercan á las alturas del cilindro, estas segundas forman una elipse que se pronuncia marcadamente en la parte occipital. Su frente está tan unida, tan notablemente mermada, que apenas ofrece índice sensible. Los procedimientos de la deformación la han deprimido casi por completo.

A primera vista, esta clase de deformaciones hacen recordar los cráneos de los simios, de los que se diferencian (claro está que apreciándolos de una manera grosera) por la capacidad.

Insistimos sobre estos casos, porque no son solamente documentos preciosos para la crania americana, sino que también tienen, bajo distintos aspectos, un gran valor sociológico que da á conocer puntos, hasta ahora mal interpretados, referentes á la colonización española en Améri-

ca. Ha habido autores, como Leroy-Beaulieau *(La colonisation chez les peuples modernes)*, que han atribuído el escaso ó lento desenvolvimiento de nuestras colonias en América al deseo de formar una sociedad vieja en un país nuevo. Esto no es enteramente cierto. Es verdad que la política y modo de ser de los colonizadores no eran los recursos más propensos al rápido desenvolvimiento colonial; pero hay que tener presente que los españoles tuvieron que fundar una sociedad europea en medio de una sociedad americana, cuya civilización está revelada por lo que dicen las deformaciones que exponemos.



Figura 61.—CRÁNEO DEL PERÚ. Deformación artificial baja. Raza americana.

El economista francés no ha tenido presente esto; y algunos otros escritores han dado á la organización comunista agraria de los Incas un valor como índice de civilización que no tiene; cosa que ha puesto bien en claro Gustavo Schmoller en sus indagaciones histórico-económicas *(Grundriss.....)*

Tanto estas deformaciones en su norma lateral como en su norma facial (figs. 63 y 64), presentan una exageración de los carateres étnicos de los tipos Aymaras y Quichuas.

En estas figuras se advierte, como en las normas faciales de las anteriores, la persistencia, en medio de la de-

formación, de una característica muy resaltante del cráneo americano: la redondez y grandeza de las órbitas, á la que sigue como consecuencia una exagerada magnitud de los arcos cigomáticos, comparados con los que presentan las razas de España.

Hay que tener presente esta diferencia, á fin de marcar bien el tránsito de la población primitiva americana á la actual: el mestizaje, la intensidad de la colonización y el grado de fusión, etc., etc.



Figura 62.—Cráneo del Perú. Deformación artificial baja. Raza americana.

La norma vertical del cráneo peruano adjunto (figura 65) no se puede confundir con ninguna otra. Semeja un rectángulo enorme en la morfología craneana, y permite apreciar el desarrollo de los arcos cigomáticos.

Viendo aislada de las anteriores esta figura, no recuerda el cráneo humano; á lo más, los caprichosos dibujos japoneses que ilustran los cuentos fantásticos del imperio del Mikado, una extravagancia oriental ó un capricho de Goya.

Su norma vertical (fig. 65) da idea completa de esta deformación. Otras deformaciones menos sensibles presentan otros cráneos indígenas, como los de Chile (figs. 66, 67

y 68), que contribuyen á dar una idea de estos tipos artificiales en los cuales los caracteres de raza aparecen truncados.

Las deformaciones, pues, se manifiestan con bastante amplitud. No solamente es el Perú, sino Chile, el país que las registra en su crania. Y téngase en cuenta que Chile y el Perú representan una extensión importantísima en la América del Sur.



Figura 63.—Cráneo del Perú. Deformación artificial baja.

No es privativo de estos dos países americanos la deformación, sino que se extiende á gran parte del territorio continental.

El tipo normal del cráneo americano, presenta, por regla general, en su norma lateral, una forma esferoidal muy marcada, que en cierto modo confirma la hipótesis del origen mongólico de los americanos (figs. 69 y 70). Estos caracteres, junto á los citados anteriormente, completan la idea del cráneo americano.

Por ser ejemplares normales de la crania, tienen sumo interés. Véase cómo contrastan estas figuras con las anteriores.

Comparadas con la crania hispánica, se diferencian merced á la altura de estos cráneos americanos, los cua-

les no afectan las formas más comunes de la morfología cránica española. La forma esferoidal es casi perfecta en estos cráneos chilenos (figs. 68 y 69).

Esto confirma las hipótesis sobre el origen asiático de los americanos y de los eurásicos del Continente europeo: los dos afectan las formas pesadas y esferoidales, de las que tan distante se encuentra la especie eurafricana.



Figura 64.—Cráneo del Perú. Deformación artificial baja.

Del choque de estas razas con las españolas inmigradas, resultó un tipo mestizo, en el cual se observan reunidos los caracteres de los elementos progenitores. Estos tipos mestizos presentan en su norma lateral (figs. 71 y 72) la forma elipsoidal, característica de los elementos protosemistas españoles.

Las alturas de cubo de los cráneos americanos han desaparecido en ellos, combinándose por otra parte, como aparece en la norma facial que á continuación se expone, los elementos morfológicos americanos con los españoles.

Los ejemplares más claros los ofrece el Perú, por ser éste uno de los países americanos que sufrieron tempranamente la acción de la conquista española.

Esta combinación confirma el aserto de Sergi *(Specie e Varietá umane)*, el cual expone en su sistema que la com-

binación de elementos característicos del rostro y del cráneo pueden darse frecuentemente y son un hecho en los mestizajes. En la norma facial (figs. 73 y 74), se aprecia más claramente la conjunción de los elementos componentes del mestizaje: los enormes arcos cigomáticos del americano, las hinchadas bolsas parietales junto á la frente y órbitas del tipo español. La unión es clara, y da una idea de la composición étnica de la población hispano-americana, y un dato del tipo moral que pueden desarrollar aquellos pueblos.



Figura 65.—CRÁNEO DEL PERÚ. Deformación artificial baja. Raza americana.

¿REGRESIÓN Ó PROGRESO?

¿Ha ganado con este cruzamiento el tipo español en América ó ha perdido? ¿Ha sido la colonización americana un renuevo para la raza ó un atavismo?

A. Nicéforo, refiriéndose á este caso (1), dice: «La influencia del factor antropológico en el desenvolvimiento de la vida social, ha sido por muchos combatida; en gene-

(1) Nicéforo, *Italiani del Nord e Italiani del Sud*, pág. 128.

ral, estas personas no son naturalistas é ignoran hasta los principios más elementales de la antropología, como lo demuestran los deplorables errores que cometen cuando quieren hablar de tal ciencia.

»El factor antropológico es casi el substrato material de la vida social, y, por consiguiente, de una enorme importancia para la apreciación exacta de los hechos y sucesos de una sociedad. Por ejemplo: la vida tumultuosa, agitada y casi estancada en la barbarie, de las Repúblicas americanas del Sur, no se puede absolutamente comprender si no se recurre á la interpretación antropológica; es decir, al cruzamiento de los blancos con las razas de color inferiores, que determinó en la población de aquellas Repúblicas una psicología colectiva, en donde domina la psicología inferior é impulsiva del hombre de color. Darwin ha demostrado que en los cruzamientos demasiado opuestos domina la *ley de regresión,* la cual saca á flote las cualidades inferiores ya desaparecidas.



Figura 66.—Cráneo de Chile. Deformación artificial. Raza americana.

»También la decadencia del imperio romano—para dar otro ejemplo—no puede comprenderse si se olvida un factor antropológico importantísimo: el cruzamiento que

en los días del imperio los romanos hicieron en grande escala con razas, no inferiores completamente, pero bárbaras y semi-inferiores para poder producir la *ley de regresión* de Darwin.»

El juicio formulado por otros escritores sobre las Repúblicas sud-americanas, no va en zaga al sobredicho; para algunos, aquellas Repúblicas latinas no son más que campamentos militares desorganizados; para otros, como Sergi (1), masas agitadas que combaten sin más ideal que la conquista del poder.



Figura 67.—CRÁNEO DE UN CACIQUE CHILENO Deformación artificial. Raza americana.

Los hechos parecían confirmar el aserto de estos escritores al presentar como presidentes de república y caudillos á zambos como Bolívar, indios como Juárez, tiranos como Rosas, Melgarejo.....

Yo creo que la ley de regresión no puede aplicarse en este caso. Es cierto que las uniones muy opuestas la producen; los elementos negríticos, sin duda alguna, infundieron en la sangre egipcia la pereza y la superstición, produciendo así un regreso; pero no se puede comparar al indígena americano con razas inferiorísimas. Al llegar

(1) Sergi, *Decadencia de las naciones latinas.*

los españoles á América, encontraron civilizaciones tan desarrolladas como las de los Incas y Aztecas, que podían oponer al conquistador algo más que barbarie, como relata Pi y Margall en el fantástico diálogo que hace mantener á Guatemuz y Hernán Cortés (1). Y si esto no sirviera de prueba y se mantuviese que los indígenas americanos, de probable origen mongólico, eran tipos étnicos inferiores, bastaría ver, para convencerse de que no existió tal inferioridad, la rápida absorción de elementos civilizadores que han realizado los japoneses; la extrema permeabilidad que presenta para el progreso ese pueblo asiático, parecido al américano, con mucha sangre mogólica, y al que despreciativamente trataban hace medio siglo los diplomáticos europeos, considerándole como un pueblo de simios y que, sin embargo, han demostrado que pueden medirse con la gran raza eslava, y realizar la evolución desconocida en Europa, de pasar al régimen de producción capitalista desde el régimen de la economía feudal, sin intermedios ni lentitudes de ninguna clase.



Fig. 68.—Cráneo de Chile. Raza americana.

La antropología en esto no puede decir tanto como la

(1) Pi y Margall, *Diálogos: Historia de América.*

hacen decir algunos, porque los antropólogos no están tan de acuerdo. No siempre la unión de dos pueblos muy civilizados produce otro pueblo superior: la civilización agota las energías, hace grandes masas de abúlicos que perecen al empuje de cualquier pueblo bárbaro. A veces, la unión sexual de dos tipos civilizados, con toda la exquesitez de que es capaz la educación moderna, produce un degenerado, uno de esos ejemplares que con tanta frecuencia aparece en las clases altas, sobre todo en las familias regias. Y la explicación es clara: el tipo civilizado ha desenvuelto todo el potencial de progreso que tiene su base en las energías somáticas y psíquicas, y al engendrar, transmite un patrimonio orgánico, una herencia llena de deudas. A diferencia de estas uniones hay otras, en las cuales el cruzamiento de un tipo civilizado con otro de cierta dureza produce un tipo de excelentes condiciones para el progreso. La riqueza y desenvolvimiento de las Repúblicas italianas de la Edad Media, no ha tenido otra causa, según Pasquale Rossi (1), que la gran fuerza que recibió el Norte de Italia con la invasión de los elementos bárbaros que aca-



Figura 69. —**Cráneo de Atacama** (Chile). **Raza americana.**

(1) Rossi, *Psicologia collettiva morbosa.*

baron con Roma; á una causa análoga atribuye Guglielmo Ferrero (1) el desenvolvimiento de Alemania, Inglaterra y el porvenir de Rusia: la fresca barbarie de estos pueblos, que aparece apenas se raspa la superficie, les da un poder intensivo para la civilización, como no tiene el refinado tipo latino, y llega á afirmar que el porvenir pertenece á las razas de carácter desequilibrado.



Figura 70.—CRÁNEO DE ATACAMA (Chile).

¿Tiene el mestizo americano esta condición? De reunirla, indudablemente que, al lado del elemente hispano-americano, no constituiría un poder de arresto, sino de progreso. Yo creo que la población hispano-americana no ha de ver en el mestizaje una causa de regreso. El espíritu, á no tratarse de razas degradadas é inferiorísimas como los australes, triunfa de la raza y del suelo: así es como puede con propiedad hablarse de una raza latina, porque aunque los pueblos latinos sean un conglomerado de razas y se asienten en distintos suelos, el espíritu latino, el alma de Roma, les ha impreso el sello perdurable de su aliento. Hay en las razas unos caracteres que difícilmente pueden borrarse, que son los orgánicos; pero los espirituales, pueden cambiar merced á la acción trans-

(1) Ferrero, *L'Europa Giovane.*

formadora de la educación. Todos llevamos en el cerebro el pan de cera de que hablaba Horacio en la famosa epístola pisónica. Con él podemos repetir que la sangre joven es como la cera, plástica y pronta á doblarse en la dirección que se le imprime; así considero yo á los hispano-americanos en el tiempo presente: *ut cereus*.

Los que han aplicado la ley de regresión á los hispano-americanos no lo han hecho con los españoles, en los que no ven motivos para aplicarles la ley famosa de Darwin, y, sin embargo, ha ofrecido España un espectáculo análogo al de las nacionalidades latino-americanas, con sus guerras civiles, cuarteladas, caciquismos y oligarquías, no ciertamente debidos á influencia de sangre mogólica. Nuestros gobernantes del reinado de Isabel II no tenían nada que envidiar á cualquier tiranuelo americano: si el boliviano Melgarejo obligó á brindar al representante de Inglaterra haciéndole beber de la misma cerveza que daba á su caballo, el español Narváez no guardaba á otro embajador inglés menos respeto.



Figura 71.—CRÁNEO DE MESTIZO AMERICANO-ESPAÑOL.

No ha sido la sangre lo que ha determinado tal psicología en los hispano-americanos, sino más bien un determinado estado en su evolución mental. Se ha realizado en-

tre españoles y americanos el mismo fenómeno que notó Oliveira Martíns entre españoles y portugueses; los dos han seguido el mismo ritmo de grandeza y decadencia, determinado por la afinidad que les une.

No se puede olvidar que es natural la causa que ha impedido á los Estados hispano-americanos progresar. Cuando un pueblo civilizado—como el español—coloniza, al llegar á la colonia comienza á realizarse una rarefacción de los elementos inmigrantes, lo que trae como consecuencia un rebajamiento del primitivo nivel de civilización metropolítica. Este hecho demostrado por Loria (1) explica el motivo del progreso no muy rápido del mundo hispano-americano. Y bien lo confirma la observación que puede hacerse respecto de la población comparada de las Repúblicas sud-americanas, en las cuales se nota que las que han tenido una inmigración más intensa son las que más han progresado; la población relativa lo demuestra:


Figura 72.—CRÁNEO DE MESTIZO AMERICANO-ESPAÑOL.

(1) Loria, *Analisi della propietà capitalistica.*

	Habitantes por kilómetros cuadrados.
Méjico........................	6,3
Nicaragua...................	2,5
Chile..........................	4,1
Bolivia........................	1,7

Como se ve, estos datos (1) demuestran en las dos grandes zonas de Centro y Sud América el principio sentado anteriormente.



Desde el punto de vista de expansión de raza, ha sido el descubrimiento de América para España una gran condición. No creo que haya en el mundo otro pueblo cuyo potencial de progreso sea tan grande como el del hispano-americano. Su camino está sembrado de riquezas como la marcha de triunfo de los reyes orientales. Junto á las montañas preñadas de ricos metales se extienden inmensos bosques y ríos caudalosos que brotan fuerzas y riqueza. Las cansadas tierras de la vieja Europa no pueden



Figura 73.—Cráneo del Perú. Mestizo americano-español.

(1) Hübner, *Geographisch Statistiche Tabellen.*

compararse como sustentáculo á la gran base que ofrecen las del Continente colombiano. Condición determinante de la vida económica es la tierra que influye en las organizaciones sociales fatalmente como predestinación musulmana; y ella es en América una fuente pletórica que necesitará para agotarse todos los milenarios de la historia.

Pero estas venas auríferas no servirán para nada si los hispano-americanos no consiguen dos capitales empresas: conocer su carácter, su personalidad, y desenvolverla por medio de la educación. Así como un día de todos los ámbitos de la Europa civilizada los estudiosos aprendían el camino de la musulmana Córdoba ó de la Salamanca católica, hoy los hispano-americanos han de orientarse aún en la Europa científica para completar la formación de su pensamiento y hacer que la riqueza mental siga, como término de una ecuación perfecta, el desenvolvimiento de la riqueza de su suelo.



Figura 74.—CRÁNEO DEL PERÚ. Mestizo americano-español.

2.—España en Filipinas

CRANIA FILIPINA

Mucho menor ha sido la influencia, desde el punto de vista étnico, que han ejercido los españoles en Filipinas, comparada con la huella profunda que dejaron en América. No obstante, interesa conocer el influjo étnico porque, aunque menor, no deja de ser Filipinas un campo de colonización en el cual los elementos españoles han dejado señales evidentes de su paso. En el orden psicológico, sin duda alguna la huella ha sido grande; pero es de temer que la acción constante de los Estados Unidos llegue á sobreponerse por completo. En la crania filipina hay que distinguir, á semejanza de la americana, el tipo normal del anormal. Las deformaciones abundan en Filipinas, pero no tan marcadas como las americanas. Existe un tipo curioso de deformación alta perteneciente á las razas oceánicas (fig. 75), distrito de Villarreal, conforme á la antigua demarcación política española.



Figura 75.—CRÁNEO FILIPINO (Villarreal). Deformación artificial. Razas oceánicas.

Entre los tipos normales, existen cráneos hermosos, de líneas armónicas, en los cuales la característica es el gran desarrollo de los cigomas (fig. 76).

Junto á la raza de origen mogólico, que tanto abunda en Filipinas, hay otros elementos étnicos en los cuales la influencia negrítica es bastante notable (fig. 77). Estos tipos se distinguen del filipino, aparte de otras notas, sobre todo en los caracteres externos, por un menor desarrollo de los arcos cigomáticos.



Figura 76.—Cráneo filipino (Villarreal). Razas oceánicas.

El tipo filipino más abundante (fig. 78) tiene, como se ve, diferencias morfológicas que le distinguen claramente del español.

Los mestizajes son escasos comparados con la masa total de la población indígena, y su valoración antropológica y psicológica puede determinarse teniendo presente lo dicho respecto de los mestizajes hispano-americanos.

La corriente emigratoria no fué tan grande desde España á Filipinas como lo fué para América. El descubrimiento hecho más tarde que el de América, el tipo de colonización, que fué más bien religiosa que económica, ganó creyentes, pero no perpetuó la raza como en América. No obstante, la influencia en el orden espiritual ha sido grande: los seperatistas filipinos declararon como



Figura 77.—Cráneo de negrito filipino (Distrito del Príncipe). Razas oceánicas.

lengua oficial la castellana, y cuando se batían los cabecillas filipinos contra los soldados yanquis, lo hacían al grito de ¡Viva España! En la relación libre dejaron huella perdurable los españoles; pero no en la de soberanía, que allí significaba despotismo.

En la literatura filipina, más que los esquemas de una exposición científica, se puede ver claramente qué fué España en Filipinas. La novela *Noli me tangere*, de Rizal, no tiene gran valor estético, pero le tiene inmenso desde el punto de vista histórico.



Figura 78.—Cráneo filipino (Distrito de Isabela de Luzón). Razas oceánicas.

Dejo así escritas estas líneas por si alguien quiere orientarse algo más en la historia de nuestro pueblo en Filipinas. Pero no dejaré de notar que, así como el dogma es un muro in-

terpuesto en el camino del pensamiento, de la misma suerte cierto espíritu religioso, descentrado, llevado fuera del santuario para invadir el mundo político, es un obstáculo también para el progreso. El pueblo español no pudo desenvolverse en Filipinas, porque entre él y la masa indígena se interponía el poder absorbente de las Ordenes religiosas. El poder civil suplantado, como en esos pueblos hieráticos del Asia, tenía una fuerza mínima; el espíritu de casta, alentado por las Ordenes religiosas, alejaba á filipinos y peninsulares, llegando al extremo de no conocer muchos de los educados por los frailes el idioma castellano.

Así, el pueblo español, al cabo de algún tiempo de dominación yanqui en Filipinas, no tendrá más huella en el Archipiélago que el osario de los soldados españoles allí sepultados.

CAPÍTULO VI

Crítica etnográfica

CAUSAS DEL CARÁCTER TENDENCIOSO DE LOS ESTUDIOS DE ETNOGRAFÍA ESPAÑOLA.—*El uniformismo y el patriotismo.—La acentuación progresiva de la diferencia étnica en España.—Sus causas.*

Causas del carácter tendencioso de los estudios de etnografía española

EL UNIFORMISMO Y EL PATRIOTISMO

La coexistencia de las razas que pueblan á España ha sido torcidamente interpretada por los imbuídos en el prejuicio ó falsa idea de que el patriotismo es el uniformismo. Por esto, afirman que hay uniformidad étnica en la población española ante la representación que en todas las regiones tienen todas las razas de España, las cuales no se presentan tan separadas como en Italia se encuentran los eurásicos (braquicéfalos), que ocupan el Norte, y los eurafricanos (dolicocéfalos), que ocupan Centro y Sur.

No se puede decir que existe tal uniformidad étnica en la población española, puesto que el mestizaje no ha llegado á fundir los tipos de las distintas razas que la componen, ni aun á presentar equilibrada su proporción representativa en las regiones; al contrario, hay grupos clara-

mente diferenciados, como son los levantinos y los del Noroeste peninsular.

Antes de que la fiebre religiosa concitara á los reyes españoles á expulsar á judíos y moriscos, en España convivían muchas razas distintas también en leyes civiles y religiosas; en aquella España medioeval, los monarcas cristianos tutelaban el derecho de varios pueblos, y por esto se adjudicaban el nombre de *Emperadores y Señores de las dos leyes, Soberanos de los hombres de las dos religiones,* y entre los musulmanes, los emires y califas, á semejanza de los soberanos de Roma, consagraban el derecho á la vida de muchas razas y conciencias. En todos los rincones del territorio había representaciones de las distintas razas de entonces; la conquista musulmana y la reconquista cristiana no las separaban; el cristiano se sometía al musulmán y se llamaba *muzárabe*; el musulmán del reino cristiano reconquistado en él se quedaba, llamándose *mudéjar* y mezclando sin rubor en sus mezquitas el místico ojival de los cristianos con su estilo de ondulaciones femeninas. Entonces había, pues, igual coexistencia, idéntica proporción representativa que ahora, y, sin embargo, nadie ha creído que debiera decirse que entonces existía la uniformidad en la población de España por el mero hecho de la coexistencia de razas en el territorio. Una tradición de copiosos testimonios hubiese desmentido á quien tal afirmación hubiese hecho. ¿Por qué, pues, la afirmación que entonces no se podía hacer, hoy, en parecidas circunstancias, se hace?

No puede decirse que la expulsión de judíos y moriscos dió uniformidad á la población española. La investigación científica actual demuestra que la uniformidad no existe, ni tampoco la expulsión eliminó por completo á judíos y moriscos, sino que, razas de la misma rama,

moriscos y judíos fueron los que expulsaron más tarde á los rezagados en la invasión, los llegados tarde aquí y arrojados pronto, por desgracia.

Quedó todavía mucho moro y mucho judío dentro de España después de las famosas expulsiones, como quedó mucho fraile en la conciencia de los revolucionarios de Septiembre.

¿Qué motivo hace hablar de uniformidad, pues? Un error de antropólogos ligeros, como Lapouge, y una pedantería de regionalistas desequilibrados. La variedad en las razas trae aparejada ciertas categorías, cierta relación de superioridad; el braquicéfalo discurre mejor que el dolicocéfalo moreno, y el dolicocéfalo rubio más que el braquicéfalo..... Al saber esto algunos regionalistas (no todos), se palparon la cabeza, y al encontrar que encajaba bien en la clasificación de categorías de Lapouge, «¡aquí hay algo!», dijeron para sí; se creyeron en el caso de despreciar al castellano con ese fondo de orgullo oriental que empleaba el madrileño con el provinciano, y de acometer grandes obras mentales. Yo he visto á algunos de estos sujetos de cráneo dolicoidal y rubio luchar en vano por pulir la rima catalana, pugnando por hacer brotar de su alma gris un destello de poesía, y al mismo tiempo que el dogmatismo láico del antropólogo francés, declarado en bancarrota, se asociaba en mi mente la representación de un rostro alargado, que saliendo de unos negros hábitos avanzaba insolente la aguileña nariz, la imagen del viejo retrato tantas veces contemplado, en cuya cabecera se leía «LVPVS * DE * VEGA * CARPIO», porque aquella cabeza que encerró la mentalidad más fecunda de la literatura española no era ni braquicéfala ni rubia.

Ha sido, pues, un prejuicio erróneo lo que ha motivado la interpretación, en sentido uniformista, del resultado

que arroja el análisis de la etnografía española. No podrían establecerse diferencias en nada si buscásemos como razón de la diferencia una separación absoluta. Las plantas tienen su raíz y su tallo; pero nadie puede fijar por una línea la separación de la raíz y del tallo; hay una zona de unión en la cual el color y la estructura se esfuman, sin dejar ver el término de diferenciación.

La acentuación progresiva de la diferencia étnica en España.—Sus causas.

En el Mapa etnográfico de España se advierte á primera vista que predomina geográficamente una raza. Hay grandes extensiones del territorio peninsular que están ocupadas por la variedad mesaticéfala, cuyo índice cefálico es de 75 á 80, y la parte menor del territorio, ó sea la región Valenciana, la Asturiana y la Gallega, por otras razas dolicocéfalas y braquicéfalas. El predominio *geográfico* de la raza á que me refiero ha sido erróneamente interpretado por algunos antropólogos, los cuales, sin tener en cuenta las consideraciones demográficas relativas á la proliferación, densidad ó rarefacción, etc., han hecho una deducción tosca al afirmar que, por ocupar mayor extensión del suelo peninsular la raza mesaticéfela, había que afirmar su predominio y declarar que el pueblo español presentaba cierta uniformidad que conducía á afirmar su unidad étnica y la existencia de un tipo español perfectamente caracterizado.

El olvido de los datos estadísticos relativos á la composición y movimiento de la población ha ocasionado esta equivocada afirmación, porque no basta fijar las fronteras étnicas—como aparece, por ejemplo, en el estudio del Dr. Olóriz—y medir luego la extensión del terri-

torio conforme á la topografía étnica, sino ver la densidad y otros estados en que se encuentran dentro de sus respectivos territorios, grandes ó pequeños, los grupos étnicos diferenciados, porque puede ocurrir que una gran masa de gentes ocupen un territorio reducido—la región Valenciana, por ejemplo—, produciendo la densidad de población, y que un escaso número muy desparramado, conforme se presenta la población en rarefacción, ocupe un territorio dilatado, como sucede en las provincias centrales, que vienen á reunir unos seis millones de habitantes en 250.000 kilómetros cuadros de territorio. Claramente se ve, pues, que el predominio *geográfico* de una raza no equivale á predominio *numérico*.

¿Sucede esto en España? Sí. La demostración es patente si se nota la distinta densidad que presentan las regiones de distinta raza, y también su potencia prolífica, que ha ocasionado en la Península española un desplazamiento de la vida nacional. Con efecto, la rarefacción de la población peninsular se da en las 20 provincias centrales que comprenden la mitad del territorio nacional, 250.000 kilómetros cuadrados y seis millones de habitantes. Estas provincias son las ocupadas por la raza mesaticéfala. Las densidades máximas de población se dan en las provincias en las cuales aparecen, en casi todas ellas, las masas braquicéfalas y dolicocéfalas, que son:

	Habitantes por kilómetro cuadrado.
Vizcaya	143
Barcelona	137
Pontevedra	104
Guipúzcoa	103
Alicante	83
Coruña	82
Valencia	75

A estas provincias corresponden los índices distintos de la mesocefalia y las formas étnicas distintas también que no son apreciadas por los índices cefálicos.

Las densidades mínimas corresponden á las provincias en que predomina la mesocefalia, que son:

	Habitantes por kilómetro cuadrado.
Cuenca	14
Soria	14
Ciudad-Real	16
Guadalajara	16
Palencia	22
Badajoz	23
Burgos	25
Segovia	25
Salamanca	26
Zamora	26

(Del Censo de 31 de Diciembre de 1900.)

¿Puede afirmarse ante estos hechos que el grupo mesaticéfalo, por ocupar mayor extensión *geográfica,* sea el más numeroso? Indudablemente que no. El estudio de la densidad de la población hace resaltar más la diferencia étnica y destruye la ilusoria uniformidad que algunos han afirmado, juzgando al desgaire las cosas, con tanta superficialidad como el que dedujese que por ser Cáceres una de las mayores provincias de España habría de tener más habitantes que Pontevedra, una de las menores provincias. Cáceres, con un territorio de 19.863 kilómetros cuadrados, sólo tiene 362.164 habitantes, y Pontevedra, con un territorio de 4.391 kilómetros cuadrados, la sexta parte que la primera, comprenderá 457.262 habitantes *(Censo de 1900).*

Si esta distribución general, hecha *modo grosso,* se reemplaza por una especificación antropológica, teniendo en cuenta las razas que en la Península están comprendidas en el mismo índice—las tres variedades dolicocéfalas que hay en España, por ejemplo—, se comprenderá que no hay étnicamente un tipo español.

Los grupos de población mesaticéfala son los menos prolíficos, y esto contribuye á que cada día aumente más la diferencia étnica. El desarrollo de la población española, deducido de la comparación del movimiento desde 1887 á 1900, acusa que las mínimas de crecimiento y las disminuciones corresponden á estos grupos. Así se ve que han disminuído en población desde la fecha indicada:

	Por 100.
Burgos	0,82
Guadalajara	0,66
Soria	0,70

El aumento mínimo corresponde á las provincias centrales:

	Por 100.
Toledo	4,79
Logroño	4,30
Valladolid	3,27
Huesca	4,02
Albacete	3,82
Avila	3,81
Segovia	3,10
Cuenca	2,98
Zamora	2,02
Salamanca	2,00
Palencia	1,92
León	1,48
Ciudad Real	1,82

Las provincias en las cuales se asientan los grupos étnicos diferentes de la masa central, acusan una proliferación fortísima. La proporción por 100 en el crecimiento sigue esta distribución:

	Por 100.
Vizcaya	32,12
Murcia	17,61
Santander	12,98
Valencia	9,88
Alicante	8,56
Guipúzcoa	7,70
Lugo	7,78
Coruña	7,46

Hay que notar que la emigración interior lleva en España á los habitantes de una provincia á otra, y por lo tanto hay que detraer el contingente inmigratorio para fijar la proliferación local. Teniendo en cuenta este factor, sólo aparecen por él influídas Santander, Murcia y Vizcaya, á cuyas provincias acude bastante gente del centro de la Península; pero al mismo tiempo hay que tener presente que la emigración se lleva muchos naturales de estas provincias á América y costa Norte de Africa. Las provincias que no aparecen como importantes por su inmigración son las gallegas y valencianas, las cuales crecen rápidamente, á pesar de la sangría suelta que sufren con la emigración, las gallegas enviando á América un contingente enorme todos los años, y las valencianas poblando á Argelia de tal suerte, que son, entre todos los elementos exóticos allí, de los más fuertes; bajo la acción de la Administración francesa, se cubren de riqueza, escalan los puestos públicos y han llegado á engendrar el temor en los estadistas franceses de si en un día no lejano, en los *pas perdus* de la Cámara francesa, aparecerán diputados que piensen en lemosín.

Puede afirmarse, pues, que la tendencia á interpretar en sentido uniformista la diferencia étnica de la población española, ha tenido como causa, por una parte, el deseo generoso, pero no científico, de estrechar en afecto á los españoles ante el resquemor que se sentía merced á los choques del regionalismo belicoso de alguna provincia, Cataluña y Vasconia, por ejemplo, contra la resistencia impenitente del centro, y por otra parte, el no haber apreciado algunos antropólogos los datos estadísticos que acusan mayor densidad y proliferación en las provincias de raza claramente diferenciada, pero geográficamente más pequeñas, es decir, la falta de discernir la población del perímetro de su asiento.

La diferencia étnica acarrea á veces una diferencia de tipo moral, pero no establece categorías. Por esto no he vacilado en hacer resaltar la diferencia étnica conforme á las exigencias del criterio puritano y científico, aun á trueque de la crítica pasional que esta labor provoca, porque es divisa y escudo para mí, en este empeño, el consejo del inmortal cantor de Florencia:

¡Sergui il tuo corso, e lascia dir le genti!

SEGUNDA PARTE

PSICOLOGÍA DE LAS RAZAS

CAPÍTULO PRIMERO

Espiritualistas y materialistas

LA FORMA DEL CRÁNEO Y LA FORMA DEL PENSAMIENTO.—*Antropólogos y políticos.—Las contradicciones de la teoría y de los hechos.—La psiquis modeladora del cuerpo.*

La forma del cráneo y la forma del pensamiento

ANTROPÓLOGOS Y POLÍTICOS.—LAS CONTRADICCIONES DE LA TEORÍA Y DE LOS HECHOS

Ciertos antropólogos como Lapouge (1), al hacer la clasificación poco exacta de los tipos europeos en tres grupos: *Homo Europeus,* dolicocéfalo y rubio; *Homo Alpinus,* braquicéfalo, y *Homo Mediterraneus,* dolicéfalo moreno, atribuía al primero una superioridad sobre el segundo y de éste sobre el tercero. Esta diferencia de razas que se da en la Península, ha sido motivo para que algunos regionalistas catalanes estableciesen diferencias de mentalidad que aprovechaban en primer término á los catalanes (2). Nada más erróneo que esta creencia, porque la

(1) *Revue International de Sociologie*. Marzo y Junio, 1898.

(2) Véase el resumen de los trabajos sobre superioridad étnica en los trabajos de Colajanni, *Razze superiori e razze inferiori*, y en los de C. C. Closson, *La hiérarchie des races européens*. (Estos últimos publicados en la *Revue International de Sociologie*, Junio, 1898.)

raza por sí sola no implica superioridad, sino el grado de civilización, su educación, que puede venir por caminos distintos que los ofrecidos por su potencialidad natural. El mismo Sergi lo afirma en sus magníficos estudios antropológicos: «Ignoramos absolutamente qué caracteres funcionales, especialmente psicológicos, están unidos á las formas cerebrales que se revelan por las formas craneanas. Todo esto es obscuro para nosotros y también inexplorado» (1). Afirmar, pues, que un dolicocéfalo es inferior á un braquicéfalo, es negar toda la historia; un tipo antropológico es superior en cuanto la cultura obra en él un desenvolvimiento mental superior con relación á otro. Si los germanos son más civilizados ahora que la mayor parte de los latinos, no es debido á que en la raza germánica abunda más el tipo braquicéfalo, sino á otras circunstancias ajenas á este hecho. Un tiempo hubo en que los latinos, hoy decadentes, eran los representantes de la cultura, mientras las civilizaciones anglo-sajonas estaban en la cuna todavía. Si del tipo étnico hubiese dependido la civilización, las decadencias de los cultos no hubiesen acaecido, ni el emerger á la vida civilizada de los entonces bárbaros hubiese sido un hecho. Afirmaba en el siglo XVI Juan Huarte que los españoles tenían más disposición para la filosofía que los alemanes, y decía esto porque no había alcanzado Alemania grandes vuelos intelectuales. ¡Si hubiera podido sospechar el filósofo español que con el tiempo se había de obscurecer el vigoroso intelecto de los filósofos españoles y había de centellear en el cielo de la filosofía alemana esa constelación de pensadores que se llamaron Kant, Hegel, Schöpenhauer, Hartman, Nietzche!..... Mientras en las regiones del In-

(1) *Specie e Varietà umane*, parte segunda, § 1.°

dostán florecía un arte monumental, se forjaba una teogonía que había de engendrar numerosas religiones en el Oriente europeo, y la poesía adquiría vuelos épicos, en el Occidente de Europa apuntaba un pueblo de pensamiento aún virgen, sobre peñascos isleños cubiertos de hielo. Aquí quisiera yo ver cómo discurría el que trata de inferiores á los morenos y dolicocéfalos para explicar la superioridad entonces del hindus y la inferioridad de los primitivos ingleses, y, en virtud de qué causa, andando el tiempo, el bárbaro isleño del Atlántico europeo se convirtió en poderoso y culto y dominó al inspirado pueblo que supo concebir el *Mahabarata,* y por qué, después de haber caído en la barbarie, renace otra vez el pueblo de los grandes poemas, de la concepción panteista, mientras el potente inglés, ebrio de poder, comienza á presentar los primeros síntomas de decadencia. No, no es la raza lo que determina la superioridad, sino la cultura, que un día se detiene en el pueblo musulmán y aparece Córdoba, y otro día en las frías regiones de la Germania y da el pensativo Berlín que nos describe Guillermo Ferrero en su *Europa Giovane.* En España el elemento braquicéfalo se extendió á lo largo de los Pirineos y bajó por las regiones fronterizas á Portugal hasta el Sur de la Península, y en este elemento hay nucleos adelantados como Oviedo, por ejemplo, y los hay atrasados como Extremadura. Tienen, pues, que desengañarse y proceder con más cuidado los que creen, como los aludidos antropólogos, que es la filiación étnica motivo de superioridad.

Hay quien cree que la tonicidad que los climas fríos comunica á los nervios es un factor principal; el clima cálido comunica laxitud (1). Los pueblos meridionales,

(1) Véase el cap. II, parte segunda.

decía Nietzche, tienen la enfermedad de la voluntad: son incapaces de querer. Esto, que puede ser un factor coadyuvante, no es, sin embargo, el principal. La razón de la diferencia que existe en la población española no es ni el clima, ni la raza, ni el suelo; estos son simples factores qne sólo adquieren valor á la manera de los ceros: cuando van precedidos de la unidad, que es la civilización.

Los factores exógenos son meros coadyuvantes. Lazarus, el general creador de la «psicología de los pueblos», ha llegado á formular esta conclusión: el espíritu triunfa de la raza como de la tierra (1). Los turcos, habitando en el mismo territorio de Grecia, no son como los griegos, porque llevan otro espíritu; un chino educado en Europa tendrá más de europeo que de chino; los pueblos de las riberas del mar no son todos marineros. Los pueblos, pues, son *principalmente* espirituales, pero no indiferentes al medio, el cual puede favorecer ó no el desarrollo del individuo.

Es una España nueva la que se ve surgir desde el golfo de Valencia hasta las costas pirenáicas y que se extiende como un reguero de luz desde los abruptos Pirineos hasta Asturias y parte de Galicia. Y en estos países hay distintos elementos étnicos, desde el dolicocéfalo valenciano, hasta los mesaticéfalos de algunos grupos catalanes y los braquicéfalos asturianos y gallegos, sin olvidar el nucleo basco que se cree de pura procedencia eurafricana. Si tal mescolanza existe, ¿qué es lo que determina su nota distintiva? Es, sencillamente, su adaptación á la vida moderna. Han comenzado su proceso de adaptación en la esfera económica con el desenvolvimiento industrial. «La industria—dice Gustavo Schönberg—representa el nivel económico más alto que se ha desarrollado en la

(1) Lazarus, *Leben der Seele.*

Historia.....» Así se ve á Valencia transformar los productos de sus campos; á Cataluña reunir los propios y ajenos; las Vascongadas rompiendo las piedras de sus montañas para escarbar sus entrañas preñadas de minerales, y Asturias salir de su sueño ya apercibida para el trabajo. Junto á este progreso económico hay otro que se desenvuelve como término de una ecuación perfecta en el orden de las ideas. El pensamiento se agita y hace suyas las nuevas ideas. Su conciencia no ha sufrido la petrificación de los que miran atrás como simbólicamente presenta el pasaje bíblico. El partido popular predominante en Valencia y Cataluña, alcanza también fases radicales en Gijón y la Coruña. Parece que la riqueza hace á los pueblos más permeables para el progreso.

Radicalismo é industrialismo, que constituyen dos índices de progreso en la vida actual, los encontramos comprendiendo á grupos de población española de raza distinta. Si la forma del cráneo diese la modalidad á la psicología y fuesen como dos hechos correlativos, como concomitancia obligada, no sería posible que se diese cierta uniformidad en la vida social de grupos de diferencia étnica marcadísima como sucede en España, sino que la distribución del progreso en España seguiría el orden de distribución étnica, es decir, la civilización seguiría el curso de una misma raza. Pero leyes ignoradas aún enfocan el luminar de la civilización en los rumbos más caprichosos de la rosa de los vientos, y de estos caprichos del destino queda envuelto el testimonio en alguna página rimada que, como en España, nos habla de la gran nobleza castellana la de puñales dorados y de las bajas gentes llamadas á matar por el Cid

de las Asturias de Oviedo,
que no sean castellanos,

y hoy, el héroe del *Romancero*, si revivir pudiera, vería allá en Oviedo á las gentes de cuchillos cachicuernos convertidas en nobles devotos de su famosa Universidad. El fuego y el calor de la idea plasman la vida del espíritu: esto expresa el mito de Prometeo.

Junto á las pruebas históricas y de razonamiento que aducen en contra de la pretendida dependencia de la mentalidad, respecto de la forma craneana, aparecen también los datos de la antropología comparada y de la observación estadística.

El profesor Olóriz dice al hablar de las pretendidas relaciones entre la psiquis y la forma:

«No hay relación apreciable entre el índice cefálico y la jerarquía ó puesto en que se colocan las razas ordenadas desde las más inferiores hasta las que se reputan como más elevadas en la escala de nuestra especie. La forma general de la cabeza y las aptitudes individuales ó colectivas de los pueblos no se corresponden de manera que puedan presumirse éstas por el conocimiento de aquélla. Razas tan inteligentes como las semita y tan rudas como la negra del Sudán, tienen el mismo índice medio á 76, mientras que lo tienen á 84 (en vivo) pueblos de condiciones social y orgánica tan diferentes como los bávaros de Alemania y los negritos de Occeanía. Aun dentro de un mismo tronco humano aparecen á menudo en discordia la civilización y el índice: los bosquimanos no son los más dolicocéfalos entre los negros de Africa, y los anglo-sajones distan mucho de figurar como braquicéfalos entre los blancos de Europa» (1). Alguna vez, aun dentro de los grupos braquicéfalos, se dan casos en los que parece invertirse la categoría prestablecida por Lapouge, dando el

(1) Olóriz, *Distribución geográfica del índice cefálico en España*, pág. 221.

lugar preeminente á los dolicocéfalos en concurrencia con los broquicéfalos.

Otto Ammon (1) expone que en el gran ducado de Baden hay mayor proporción de dolicocéfalos entre los jóvenes que se dedican al cultivo de las ciencias que en las otras clases sociales. La demostración más palpable de la afirmación que se combate está en el ejemplo que ofrecen los inmigrados españoles en Argelia. En esta colonia francesa se realiza una concurrencia étnica constituída por las distintas razas que componen la población argelina, franceses, anglo-malteses, italianos, judíos, griegos, marroquíes y españoles, y en esta nueva Babel africana no vencen y se apoderan de la riqueza colonial los braquicéfalos, sino los españoles dolicocéfalos, los más pronunciadamente dolicocéfalos, como son los alicantinos, hasta el extremo de inspirar serios temores á los políticos de Francia que ven á una raza extraña apoderarse del suelo de la floreciente colonia africana. Y es, precisamente, el dolicocéfalo moreno quien vence al dolicéfalo rubio inglés y al braquicéfalo francés.

No es una redundancia inútil insistir sobre el tema de razas superiores y razas inferiores aplicado á los europeos, porque la consecuencia que se ha venido deduciendo por los que aceptaron la clasificación fantástica de Lapouge ha sido la decretación de muerte de los latinos. Se puede con certidumbre científica hablar de razas étnicamente superiores é inferiores cuando se ponen en parangón á ciertos pueblos con los europeos; pero dentro de éstos la diferencia de civilización es accidental. Se ha dado en ellos la persistencia en un mismo suelo de una

(1) Otto Ammon, *Selección natural en el hombre*, en *L'Antropologie*, 1892, página 780.

misma raza y la sucesión de distintas civilizaciones en estos dos elementos que han permanecido invariables. Como dice Fouillée (1): «Si apreciamos en su conjunto una raza que ha llegado á la superioridad, hallamos más cerebros susceptibles de grandes diferencias, con relación á la capacidad media, quiero decir, mayor fecundidad en genios y en talentos. M. Gustavo Le Bon ha observado perfectamente esto: entre 1.000 europeos tomados al azar, 995 no serán superiores intelectualmente al mismo número de indios elegidos de igual modo; pero lo que se encontrará entre los primeros y no entre los segundos, es uno ó muchos hombres de aptitudes excepcionales. La diferencia, pues, entre las razas superiores y las semicivilizadas no está en que haya una desigualdad intelectual media, sino en que la raza inferior no cuenta con individuos capaces de elevarse más allá de un cierto nivel..... En las sociedades civilizadas los cerebros capaces de ideas generales y de relaciones abstractas aumentan á medida que son más útiles y se les utiliza más». Es cierto; pero ábrase el libro de la historia de cada pueblo y hágase el balance de sus hombres para ver si, conforme á esta preceptiva, los pueblos que se comparan son inferiores ó superiores: los anglo-sajones podrán presentar esos tipos geniales símbolos de la superioridad de un pueblo: aparecerá un Newton que del hecho, innumerables veces acaecido ante muchos mortales, de ver caer una manzana del árbol, toma el camino que le conduce á descubrir la ley de la gravitación universal; en un pueblo inferior, los que la hubiesen visto caer no hubieran pensado otra cosa que saborear su pulpa; pero la genialidad surgida en un pueblo

(1) Fouillée, *Temperamento y carácter según los individuos, los sexos y las razas*, lib. IV, cap. II.

superior, del hecho más insignificante, al parecer, se orienta y va de inducción en inducción á descubrir las grandes leyes del Universo. ¿Pueden los latinos ofrecer casos semejantes que revelen igual nivel intelectual? Recúerdese que el movimiento de una lámpara suspendida en la catedral de Milán, fué el hecho que indujo á Galileo á formular las leyes del péndulo, á demostrar el movimiento de la tierra y á soportar la persecución de los ruines astrólogos que enlazaban la ciencia á los arcáicos dogmas religiosos. ¿Dónde está la inferioridad de los latinos?

El plasma germinativo que envuelve toda la herencia mental y perpetúa en las nuevas generaciones las cualidades de los progenitores, no es en los latinos un plasma inferior: él lleva el resumen de una civilización ancestral no superada por la actual en muchas cosas; no es de arcilla el bloque, sino de mármol puro. Esto les capacita á los latinos para poder seguir ventajosamente los trabajos científicos, cuando van á estudiar á las grandes Universidades de centro Europa, lo que demuestra que no es la carencia de mentalidad vigorosa lo que les tiene atrasados en el camino de la grande civilización que han formado alemanes y anglo-sajones, sino la carencia de medios, de organización y orientaciones nuevas. M. Mismer (1) presenta el caso práctico que demuestra la relación entre la capacidad de un individuo y la cultura general de sus antepasados, y las facultades peculiares á su raza. «El muchacho procedente—dice—de una raza inculta tiene necesidad de aprenderlo todo, aun aquellas cosas que el individuo de una raza civilizada no hace más que *recordar*.»

---

(1) *Le monde musulman; Souvenirs de la Martinique et du Mexique pendant l'intervention française.*

Estas consideraciones generales, relativas á los conceptos de superioridad é inferioridad en el sentido empleado por Lapouge y otros, pueden referirse perfectamente á las razas de España, entre las cuales, la categoría no producto de su filiación étnica, sino de su psicología que no depende fatalmente del tipo de raza, sino de otros factores que se expondrán después.

LA PSIQUIS MODELADORA DEL CUERPO

En cierto modo es la psicología el factor que determina algunas modificaciones, no en la *forma normal* de los órganos, sino en su función y, como consecuencia, en algunos caracteres somáticos. En este sentido se ha podido afirmar, como lo hace Colajanni, que la psicología hace la somatología, que la idea plasma el órgano. La criminología registra como hecho positivo, que aumenta el caudal de datos antropológicos criminales, que el individuo normal que cae en la vida criminal suele adquirir los caracteres específicos del grupo de delincuentes á que pertenezca, como sucede, según Ferri (1), en los vagabundos. De una manera gráfica se ve esto en los estudios de Lombroso, Barnardo, Brockway, Bosco, etc., sobre los menores delincuentes. Cuando el joven delincuente es recogido en Londres (2), es llevado á las tierras nuevas de Norte América, es retratado conforme se encuentra, y cuando la obra de reforma ha terminado, se le retrata otra vez, y las dos fotografías, haciendo pareja, ofrecen una notable diferencia: en la primera, que está hecha cuando el joven respira la atmósfera de las bajas capas

(1) *Sociologia criminale*, cuarta edición.

(2) *L'uomo delinquente*, quinta edición, Atlas.

sociales y en su conciencia comienzan á arraigar las ideas de la *moral insanity,* aparecen duros los contornos de la figura que revelan los principios de la degeneración; hay rostros que recuerdan, por sus quebradas líneas, las caras repulsivas de los lienzos del Bosco; y en el segundo, hecho después de recibir una educación sana y expurgar sus sentimientos pervertidos formando una psicología normal, los semblantes se presentan serenos, llenos de paz y dulzura, como si en los huesos y la carne de su cuerpo se transfigurasen las ideas de bondad.

Esto induce á creer que de existir la correlación entre lo somático y lo psíquico no se da esta relación como dependencia de lo segundo á la forma de lo primero, es decir, que la forma del cráneo no determina la forma del pensamiento.

Y estos hechos están además históricamente demostrados. En la actualidad, se está produciendo en todos los países civilizados un tipo nuevo desconocido antes: el tipo del intelectual. En él, los caracteres de raza están débilmente esfumados; parece que el tipo moral y uniforme del intelectual forma una mesticidad que deja su sello en las más distintas extirpes. De la misma suerte que la civilización va imponiendo un tipo de vestido uniforme en todas partes, borrando los pintorescos distintivos regionales cuya ausencia lamentaba Gauthier cuando veía vestidos de paños ingleses á los valencianos, también está produciendo cierto tipo moral que constituye lo que pudiera llamarse la raza de los intelectuales.



En el tema de la psicología de las razas se presentan, pues, dos afirmaciones completamente opuestas: la que hace depender la idea y la superioridad del órgano y de

su forma y la que invierte este principio. La glosa de estas dos tendencias pone de relieve muchos puntos flacos que las hacen inaceptables como verdades absolutas. A lo sumo constituiría la base de su afirmación un factor que contribuye á esclarecer el problema de la psicología de las razas, y como tales las considero en esta obra.

Lo importante estriba, á juicio mío, en buscar una nueva orientación para esclarecer el problema y resolverlo respecto de las razas de España, haciendo una ponderación general de los factores que intervienen en la formación de la psicología de un pueblo.

La categoría de razas se determinará conforme se forme su psicología.

¿Cómo se forma la psicología en las razas?

¿Cómo se ha formado en las razas de España?

Estas son las dos cuestiones que se intentará resolver en los siguientes párrafos.

CAPITULO II

La formación de la psicología individual y social y su determinación en el pueblo español

1. Los factores exógenos.—*Elementos cósmicos y telúricos.—Teorías y hechos.—El reino azul.—Nieblas gallegas.—La llanura.—La tierra de Tharsis.—Distribución geográfica del arte español. Influjos sociales.—La influencia ancestral.*—2. Los factores endógenos.—*El tipo moral de la raza.*—Alma del Norte.—*Asturias, Vascongadas y Galicia.*—Los eurafricanos.—*La raza en Andalucía y en Castilla.—La Grecia española.—El espiritualismo en las razas.—El pueblo catalán.*

I.—Los factores exógenos

Elementos cósmicos y telúricos.—Teorías y hechos

Es cierto que la raza no determina una psicología, pero es un factor que interviene en la formación del carácter de un pueblo; es una realidad que el suelo sobre el cual se mueve un pueblo no forma su arquitectura espiritual, pero es un elemento influyente en su constitución; el clima no plasmará el espíritu del hombre, pero no deja de ser menos cierto que éste siente modificado el tono de sus sentimientos por el ambiente y sus colores, por el mismo motivo que el día nuboso y frío nos entristece y derrama calma en nosotros y el día de calor siente inflamarse la

sangre y exalta el sentimiento hasta el nivel de la pasión; la herencia orgánica no es la única fuerza que determina nuestra conducta, se puede contrarrestar su influjo merced á nuevas adaptaciones, pero no se puede radicalmente echar su peso de nuestras espaldas por el simple *fiat* de la voluntad..... Esto induce á buscar en el conjunto de estos hechos la causa multiforme que produce una psicología y fijar la causa ó factòr predominante entre ellas. La población española está bien lejos de tener una unidad de medio para dejar de estudiar su medio telúrico y cósmico como factor que interviene en la formación de su psicología; el centro de España constituye altas mesetas en donde las temperaturas difieren en gran manera del resto de la Península y las presiones acusan idéntica disparidad; la llanura castellana es la imagen opuesta de los quebrados paisajes de Galicia; los riscos de la zona pirenáica no tienen punto de semejanza con las sensuales florestas del Levante; las ceñudas serranías de Castilla no se acercan en nada á los grandes mares interiores de la tierra andaluza. Sobre este suelo proteiforme se mueve una población de diversas razas, hablando idiomas distintos y sintiendo el peso de una herencia social secular que recuerda los días en que España, á semejanza de los conglomerados de cristal, presentaba el ejemplo de polimorfismo social más grande del mundo, con sus reinos árabes y cristianos. El contacto de alguas regiones como Cataluña y las Vascongadas con pueblos civilizados; la vecindad de otras, como Andalucía con el Continente negro; el aislamiento del Centro; la comunicación constante con influencias exóticas de las provincias marítimas, han determinado progreso en unas, estancamiento ó regreso en otras, aumentando así las diferencias regionales, que, por otra parte, adquieren cierto carácter de persistencia por

la desigual manera que la naturaleza ha repartido los elementos de vida en España dando á unas regiones blandas tierras en donde toda semilla germina, ricos yacimientos mineros á otras, y nieves y areniscas y yesos á otras en las cuales la raza más fuerte quedaría destinada á perecer ó vivir agonizando.

A pesar de que el tema está algo trillado en fuerza de ser discutido en su aspecto general y teórico, precisa, en este caso que al pueblo español se refiere, estudiarle, porque aun suponiendo que toda la población española proviniese de una misma matriz, el español, aun saliendo de este molde uniforme, colocado en tan distintos suelos y diferentes climas, habría de sentir algo influído su espíritu y, por lo mismo, ofrecer su psicología determinadas características que le diferenciarían de sus compatriotas y romperían la unidad psicológica nacional.

Vieja es la teoría que atribuye al clima la causa de los fenómenos sociales, como si en el aire y en la tierra, con sus variantes de calor, luces y formas, estuviese el motor supremo, el *primum mobile* del camino de la vida. Hipócrates y Varron en la antigüedad dieron algunos atisbos de este determinismo mecánico, repetido modernamente, en un sentido fatalista, por Montesquieu, que encontraba en el aire y en la tierra raíces del espíritu de las leyes; Buckle, que antes de mirar á un pueblo miraba el suelo que le sustentaba, y creía ver en un terremoto la causa de un carácter..... Filangieri, Bluntschli, Herder..... todos, en mayor ó menor grado, consideraban que el suelo y el cielo eran fuentes principales que formaban el estilo de la psicología individual y social.

Afirmaciones rotundas, absolutas, como hechas por espíritus metafísicos, deductivos y generalizadores, evidentenente que no pueden hacerse. No es una verdad absoluta

que la naturaleza sea—como dice Herder—la que con su clima, sus valles, sus ríos, condena á los pueblos á la barbarie ó crea la civilización; porque el hombre, según sus cualidades, reobra sobre el suelo ingrato y crea en él una civilización ó se adormece sobre suelos preñados de oro: del primer caso son buen ejemplo los ingleses; los peruanos podrían con su historia confirmar el segundo. ¡Cuántas veces al hacer la apreciación de la riqueza de una nación hay que hacer caso omiso de sus ríos navegables porque no está en el espíritu del pueblo su aprovechamiento, el espíritu económico, y en otros casos las regiones abruptas de otro pueblo no significan una pérdida ú obstáculo porque sus virtudes económicas le conducen á canalizar los lugares al parecer inaccesibles!

«Cuando el eje de la tierra recibió su inclinación—dice C. E. Baer (1)—; cuando la tierra firme se separó de las aguas; cuando surgieron las montañas y los territorios de los diversos países se delimitaron, entonces fué el destino del género humano prestablecido en sus líneas generales..... No hay ningún motivo para sostener que los diversos pueblos hayan originariamente salido ya distintos de las manos de la Naturaleza; hay más bien motivos para creer que han resultado diversos bajo la distinta influencia del clima, de la alimentación y de las condiciones sociales. Las condiciones sociales son determinadas especialmente de la constitución física de los asientos que tienen los pueblos». Esta tendencia unilateral, exagerada evidentemente, no puede hacerse recordando que sobre un mismo suelo han pasado distintas civilizaciones.

Pero ya que no se le puede conceder una importancia absoluta y decisiva, hay que considerarle como elementos

(1) **Baer**, *Veber den Einfluss der äusseren Natur auf die socialen Verhältnisse der einzelneu Völker und die Geschichte der Menschheit überhaupt.*

coadyuvantes de nuestra psicología. Los criminalistas de la tendencia positivista, aun los de las ramas más distanciadas del tronco de la escuela, convienen en reconocer al clima como factor importante en la producción del delito y en otras manifcstaciones de la actividad individual; es uno de los criterios explicativos de muchos fenómenos de la vida anormal sobre la prostitución, Tammeo ha demostrado ampliamente su influjo sobre las revoluciones; Lombroso y Laschi han patentizado que tienen tanta influencia los rayos del sol como la conciencia revolucionaria; Morselli encuentra igual influjo en el suicidio; Lacassagne y Maury sobre el instinto sexual; Zerboglio en el alcoholismo.....; inmenso acopio de literatura realista que demuestra la acción de este factor exógeno en las determinaciones humanas; basta leer someramente las síntesis hechas por Eurico Ferri (*Sociologia criminale,* cuarta edición) sobre los momentos del delito para traer al ánimo esta condición; y, si del campo de la vida anormal, se pasa á la vida regular y normal, el influjo del clima no pierde su consideración de cofactor de la psicología individual y social; el mismo Lombroso ha señalado su influencia en los fenómenos artísticos; Stanley Jevons, el matemático de la Economía política, en la producción de las crisis económicas; Schmoller, en los tipos de constitución económico-social, etc. (1).

(1) Lombroso, en su obra *Pensiero e Meteore,* en la que resume trabajos propios y los de los profesores A. Tamburini y G. Masinelli, hace un estudio de la tendencia materialista con sus conclusiones unilaterales, á las que contrapone otros hechos que demuestran evidentemente que á parte de la acción del medio en el individuo precisa tener en cuenta otros factores, como son las cualidades de raza, nutrición, etc. Por haber tenido como único criterio Jourdanet y Samper la altura y la presión en Méjico y Perú, dedujeron consecuencias desfavorables á los mejicanos y peruanos que están negadas por la historia de estas dos grandes civilizaciones americanas.

Y dentro de esta corriente general, el testimonio de mayor monta es el que dimana de los resultados de la psicología experimental, conforme á los cuales hay que considerar el clima, el sol, como uno de los elementos primarios que determinan los fenómenos fundamentales de la vida elemental.

El hombre es una célula diferenciada; la colectividad social un agregado de células, cualesquiera que sea su morfología; los fenómenos de la vida celular se irradian y complican en la masa social cuya vida es una prolongación de la vida celular. Observad los fenómenos celulares y se encontrará la explicación, la raíz de los fenómenos sociales.

Por esto, cuando el estudioso observa en los tropismos que la célula, vegetal ó animal, se siente excitada por la luz solar y se mueve buscando el haz de rayos luminosos, hay motivo para pensar que también los hombres se sientan guiados muchas veces por un rayo de sol. Esta opinión se confirma más cuando del laboratorio de psicología se pasa á otros campos de observación y se encuentra que los hombres primitivos colocaban en sus altares la imagen del sol, y el símbolo se perpetúa aun en las religiones modernas velado el mito solar por las nuevas liturgias (1); las grandes invasiones que son expresión de los movimientos migratorios de la humanidad se han dirigido desde Oriente á Occidente, como siguiendo el curso del sol, y la civilización, en su movimiento traslaticio, ha seguido idéntico derrotero: el paso de hombres y de ideas, desde el Asia á Europa y desde Europa á América, es

(1) El significado etimológico de la palabra *Dios* encuentra su origen en la representación lumínica. *Deva* en sanskrito quiere decir *brillante, divinidad*, y de esta palabra derivaron el *Deus* de los latinos y el *Zeus* de los griegos.

una confirmación clara de tal influencia. Y después, cuando la sociología examina costumbres y tradiciones, se encuentra en todos los pueblos los cuentos y narraciones que hablan del sol, de las auroras y de la noche encarnando en figuras simbólicas: el cuento de la Cenicienta, vestida con galas de aurora que aparece y huye en momentos dados; el príncipe, lleno de luz y majestad que la persigue, se encuentra en casi todos los pueblos y son representaciones del sol y de la aurora, y estos símbolos con que la fantasía de los pueblos primitivos rendía homenaje al sol, se repiten en la historia pasando á la categoría de reyes como sucede en los reinos del Oriente primitivo, en los cuales el mito solar está encarnado en esos reyes que, como niños abandonados, encuentran los pastores en noches de tinieblas y conquistan después grandes imperios.

Edipo matando á su padre, casándose con su madre y caminando luego á ciegas por el mundo con su hija Antígona, no es más que el sol matando otras luces, fundiéndose con el día y acompañado de las auroras. La crítica histórica, despojando de su ropaje legendario á las narraciones, encuentra este fondo de realidad en ellas: lo que les rodea son los fastuosos añadidos de la imaginación, la que en Grecia embelleció con sus incomparables mitos las supersticiones y prácticas que heredara de Egipto y Asia, llegando á hacer de los pequeños junquillos con que los antiguos conservaban el fuego que el rayo encendía en los bosques, el mito de suprema arrogancia que encierra Prometeo robando el fuego al cielo.

El poema de la luz invadiendo las teogonías, llenando de fantasmas la historia, y sirviendo de norte á la marcha de grandes masas de hombres, no es más que la extensión de ese fenómeno que con el nombre de tropismo

se aprende á conocer en los laboratorios de psicología experimental.

No hay que dudar, pues, de que el solar que transforma el tono de color en el hombre, también puede transformar el tono de sus sentimientos. En algunos casos el hombre orienta sus acciones como el girasol sus miradas hacia el astro del día.

Una acción también sensible, parecida á la que la tierra ejerce en muchas plantas y se conoce con el nombre de geotropismo, determina también el suelo en el hombre (1).

Determinadas condiciones telúricas y cósmicas son necesarias para ciertos desenvolvimientos sociales.

Schmoller, en su magnífica obra «Principios generales de Economía social» *(Grundriss der Allgemeinen Volkswirtschaftslehre)*, expone como principio determinante de la vida económico-social la tierra, la población y la técnica; pero al mismo tiempo que considera de suma importancia el factor telúrico y cósmico, tiene muy presente las condiciones espirituales é históricas del pueblo que la ocupa. Los materialistas de la historia, inútil es decir que al suelo le dan una importancia máxima ya que, según ellos, la manera de vivir, el medio económico, determina una manera de pensar.

Lo cierto es que, en mayor ó menor grado, la variedad de condiciones cósmico-telúricas actúan sobre los grupos sociales, ejemplo que vemos manifestado cerca de nosotros. En Italia, al estudiarse la psicología del pueblo italiano, se ha hecho especial mención de las condiciones climatológicas del suelo en que se mueve. Dice A. Nicéforo:

«El clima caliente y luminoso del Sur es un excitante

(1) Sergi, *La psiche nei fenomeni della vita.*

del *yo;* mientras el clima frío y gris del Norte es un deprimente; ahora bien, teniendo la raza que habita al Norte de Italia como nota psicológica suya la docilidad del *yo*, mientras que la raza que habita el Sur de Italia tiene, en vez de esto, como nota psicológica propia, la excitabilidad del *yo,* se comprende bien que los dos diversos climas, añadiendo su presión sobre dos diversas psicologias, las exageran entrambas, y contribuyen á fijar siempre más y á hacerlas resaltar aquellas dos notas psicológicas en las dos diversas razas de Italia. Es por esto por lo que el carácter del piamontés difiere del napolitano, precisamente como la niebla del rayo de sol; el italiano del Norte es frío, reposado, encerrado en sí mismo, dotes que provienen, aparte de la psicología de la raza, como hemos estudiado, también de la vida recogida y cerrada á los vientos de la falta de una continua excitación solar. El italiano del Sur, en su lugar, es locuaz, alegre, vivaz, expansivo, como conviene á quien no sólo tiene el *yo* excitabilísimo por la psicología de su raza, sino también á quien vive más en la calle que encerrado en casa, en donde ningún rigor de tiempo le constriñe. El italiano del Norte es reflexivo, mientras el italiano del Sur es inquieto porque el calor le excita los centros nerviosos como un alcohólico» (1).

Si de Italia se pasa á otro país, Alemania, por ejemplo, se nota que el alemán del Norte, el prusiano, es frío, reposado, atento, y el del Sur, el bávaro, es movido, expansivo é inquieto.

En Francia, idénticas causas operan el mismo fenómeno. ¿Quién no recuerda al alegre *Tartarin,* símbolo del meridión francés, alegre, fantasmagórico y embustero,

(1) A. Nicéforo, *Italiani del Nord e Italiani del Sud.*

ebrio por el sol de Provenza, que sólo dice la verdad cuando en los Alpes el aire de los ventisqueros le calma los nervios y le hace confesar que no ha muerto ningún león? La psicología de este símbolo la da Alfonso Daudet diciendo:

«El meridional está ebrio desde el nacimiento: el sol, el viento templado, le destilan un terrible alcohol natural, del cual sienten los efectos todos los que allá nacen..... Así tienen ese resquemor que suelta la lengua y los gestos, que redobla la audacia, lo hace ver todo azul y hace decir mentiras.»

En España, los ajenos han esbozado este hecho. «Cataluña—dice A. Nicéforo (1)—, es seria; Andalucía, alegre y festiva; Barcelona, es grave; Andalucía y Castilla, entusiastas, vivísimas, movidas. De una parte la pesadez del hombre reflexivo, de otra la fatuidad del niño. Barcelona es trabajadora, todas las industrias florecen, mil fábricas arrojan el humo al cielo; Andalucía es perezosa, muelle, ociosa. En el Norte se trabaja y se *produce;* en el Sur se *consume* en la holganza. Estos consumen el tiempo, los cigarrillos y la vida, engolfados en el gran calor del cielo y del aire, con los usos y costumbres que tienen del árabe: por esto todas las industrias están en el Norte, y en el Sur la pigricia, el enervamiento y la falta de vida trabajadora.»

¿Por qué ocurre esto en la psicología de los pueblos?

Los psicólogos modernos, examinando la influencia de las sensaciones en el individuo, han encontrado cierta concomitancia ó respuesta psíquica, que el sentimiento da según la clase de sensación que se experimenta, y que recibe el nombre de *tono sentimental* ó *sentimiento senso-*

(1) Nicéforo, *In Spagna durante la guerra,* «Nueva Antología», Junio, 1898.

rial. Porque se ha observado que la sensación sonora, constituída por notas graves, suele despertar en nosotros un sentimiento de tristeza y de obscuridad, y la constituída por notas altas, un sentimiento de alegría y de clarores de luz; y lo que pasa con tales sensaciones sonoras, ocurre también con las sensaciones cromáticas, que despiertan exaltación ó aplanamiento, según sus tonos.

Teniendo esto presente, fácil será comprender dos hechos que en último análisis resultan productos de una misma causa: primero, la cualidad de las impresiones suele producir cierta clase de determinados sentimientos; y segundo, la cualidad de ciertos sentimientos suele producir determinadas manifestaciones que constituyen el eco sentimental.

Trasladando esta concepción psicológica al campo de la psicología de los pueblos, se verá explicado el influjo de que se habla sobre la acción del cielo y del suelo en la formación del espíritu. Por esto, no hay que atribuir á desequilibrio el que Wagner, antes de escribir sus páginas musicales más grandiosas, desplegara ante su vista telas de variados colores y perfumara con esencias su ambiente; buscaba el gran músico una sinfonía de colores y de aromas que despertasen en su alma la tonalidad sentimental de ricos estados que hicieran más variados y ricos los ritmos de su lírica inmortal.

De la misma suerte, desigualmente se influye la psicología del pueblo español por estos factores.

El cielo español recuerda, por sus variados tonos, los octaedros multicolores de las cúpulas mudejares. En el Norte, son los tonos grises y las nieblas de las montañas los lienzos que matizan el paisaje; en el Sur y en el Levante, las cúpulas de rabioso azul parecen contener todo el firmamento.

Escójanse dos individuos, lo más iguales que se pueda, con la misma educación y con la misma herencia; llevad á uno de ellos á un medio como éste y al otro á una de esas inmensas llanuras castellanas cerradas por un eterno horizonte gris, y al cabo de no mucho tiempo, la huella de los medios tan distintos habrán trazado una nota en su carácter que los diferencie.

La variedad en las formas, en los colores y en el sonido, cuando recorre las gradaciones de extremo á extremo, despierta los sentidos y los afirma cada vez más hasta llegar á la hiperestesia, que equivale á abrir amplios caminos á las energías exteriores que se localizan después en el *yo*: en este caso, la vida interna se hace multiforme y de gran excitabilidad, hay un predominio de la representación y del sentimentalismo. La monotonía y unilateralidad, merced á la impotencia del medio, limita la mentalidad y su desarrollo es parcial (1).

Por virtud, pues, de este coeficiente poderoso, la masa de la población española, repartida en tan distintos medios, ha de sentirse influída necesariamente. En el tronco de cono que forma la Península, con las dos mesetas centrales y las vertientes periféricas, el fenómeno meteorológico se da en distinta persistencia é intensidad; se puede dividir la Península en distintas zonas, conforme á los resultados de las observaciones meteorológicas. La temperatura, la humedad y la presión atmosférica determinan en la formación de las líneas isóbaras é isotermas ciertas áreas que están en oposición, sin uniformidad en la Península (2). La temperatura media en la Península encuentra

(1) La homicromia y el mimetismo son productos de la adaptación al medio y la demostración de la acción de éste en la vida del ser.

(2) Véase Iranzo Benedito, *Ensayos de Meteorologia dinámica con relación á la Península ibérica.*

sus mínimos en el centro (Soria, 8,2; Burgos, 10,8; Valladolid, 12,2; Toro, 12,2; Salamanca, 13,1; Avila, 10,9; Segovia, 12,6; Madrid, 13,9; Ciudad Real, 14,7); los máximos en el Sur (Sevilla, 19,9; San Fernando, 18,0; Málaga, 18,7; Murcia, 18,6); en el Levante y costas del Norte se dan las intermedias. Semejante distribución ocurre en las presiones barométricas distintas en el centro (Soria, 670,6; Burgos, 688,0; Valladolid, 700,5; Toro, 695,5; Salamanca, 692,6; Avila, 664,4; Segovia, 675,9; Madrid, 705,6); de las que se ofrecen en la periferia (Sevilla, 761,5; Bilbao, 761,0; Cartagena, 760,6; Valencia, 760,3; Coruña, 759,4; Barcelona, 757,0), y en la humedad, parecida distribución se realiza (Avila, 54; Segovia, 59; Alicante, 78)..... (1).

Como coeficientes psicológicos se estudian los fenómenos meteorológicos aquí; más adelante, la sistemática estudiará su importancia desde el punto de vista de elementos ó condiciones de desenvolvimiento de la población.

EL REINO AZUL

Llamáronle así al de Valencia por fundirse en una mancha azul, intensa, todo el paisaje en las horas del atardecer.

Su cielo diáfano, esplendoroso, de constantes irisaciones, que parece agotar durante el día todos los colores de la gama y de noche reproduce en el firmamento los techos fantásticos de los astrólogos medioevales, es en el Levante de España uno de los importantes factores que han

(1) Véase *Resumen de las observaciones meteorológicas efectuadas en la Península y algunas de sus islas adyacentes por el Observatorio de Madrid*, 1899.

determinado el sentido artístico de los valencianos haciendo de él un pueblo de representaciones predominantemente estéticas. Al alcohol diluído en la atmósfera se juntan las grandes manchas de color. La embriaguez allí la producen los colores y los rayos del sol. ¿Cómo puede formarse un espíritu sereno é indiferente al sentimentalismo ante aquella perpetua sinfonía de colores? El color se filtra por todos los poros, se vive en medio de un paisaje de cromo; el pueblo está abismado en un iris perpetuo, brotando de su seno sin cesar pléyades de artistas que se revelan casi sin preparación técnica. De familias de pescadores, de las barracas, de las huertas, de obscuros menestrales de la ciudad, son hijos los más famosos pintores que mantienen en la actualidad la renombrada tradición de la escuela valenciana de pintura; han contribuído en su formación artística los glaucos luminosos del Mediterráneo con su techumbre de purísimo azur; la esmeralda de las vegas nevadas por el azahar y manchadas á trechos por el oro de los arrozales en donde se agitan plumajes multicolores como faunas desprendidas de los lienzos holandeses de Brueghel, la visión de la ciudad alegrada por torres y campanarios que semejan los minaretes de las ciudades moras, más, mucho más que la artificiosa labor de la escuela; antes que la disciplina llegara á educar el sentimiento, ya éste se manifiesta espontáneo, y como es el color el elemento combinativo de que disponen, los pintores son entre todos los artistas los que más descuellan. No hacen más que devolver al medio lo que éste les da en abundancia. La historia del muchacho que con trozos de carbón trazaba batallas fantásticas sobre las losas del Mercado, demostrando así, como el Giotto, bajo la capa bárbara el alma de artista, puede aplicarse como biografía á la mayor parte de los pintores valencianos.

Y después, el proteismo del suelo, variando sus líneas, aleja toda monotonía del pensamiento.

El suelo de Valencia forma una larga faja multiforme desde Játiva hasta Castellón, en donde la cierran bruscamente las vertientes del Maestrazgo: primero se levanta la cordillera á lo largo de estos dos puntos, formada por montañas de sinuosidades ondulantes, femeninas, azules, sin cortes angulosos ni imprevistas broncas, ni ceñudas como las sierras castellanas; después, viene el llano de elíseos campos con su gran lago que semeja una lámina gris, y luego el mar de azul luminoso, el Tyrreno, que inspiró á tantos poetas y que allí blandamente muere en arenosas playas.

Ante un medio así, y con las condiciones de raza que hacen del valenciano un caso de permeabilidad extrema, propenso á absorber el ambiente que le rodea, ¿cómo ha de vivir libre, refractario á tomar de él lo que tan pródigamente le da?

En un momento podéis comprender los efectos que el medio, hasta una visión cualquiera, produce en el espíritu.

Contemplad por largo rato una de esas portadas góticas que se quiebran en místicas ojivas, orladas de punzantes cardos y erizadas de ángulos, encerrada en rígidos pináculos y rematada por la cruz del martirio de alagartados brazos, dividida por el parteluz en donde se apoya la virgen de mirada espasmódica ó el severo evangelista, cuyo ropaje presenta los duros trazos del arte hierático; contempladlo atentamente y sentiréis que lentamente os invade un sentimiento de tristeza; la mirada no recibirá ni una sola impresión de suavidad y dulzura, la herirán los pétreos ángulos, las cardinas le recordarán los lechos penitenciales, el conjunto, la rigidez de las tumbas, y al

resbalar á lo largo de las ojivas buscando como éstas la elevación, la cruz, símbolo del dolor, rematará la triste impresión que os conduce á pensar en el extraño amor á la muerte que subyugaba á los místicos.

Buscad entre los lienzos de los espiritualistas alguna de las escenas que responden al ideal cristiano, el martirio de San Mauricio, del Greco, por ejemplo: los guerreros tebanos no presentan en sus desnudos miembros ni un solo músculo duro; las carnes son finas, delicadas, transparentes, de tal suerte, que parecen aprisionar la luz; la nota fría del tono azul domina en el lienzo, del que no escapa ni un solo rasgo de color caliente; la sangre del mártir en las líneas torturadas del dibujo parece la imagen del espíritu cuando éste se siente dislacerado por hondos é infinitos anhelos. Algo hórrido parece que se desprende del lienzo y hace presa en el alma dejando en ella la cargazón de la idea del valle de lágrimas, de la sed de dolor de los mártires, de la vida de ultratumba..... Pero búsquese un cambio de decoración, otros sitios y otros cuadros: la *Casita del Príncipe*, el nido de amor que en los jardines de El Escorial levantó aquella reina de gusto refinado que se llamó María Luisa.

La impresión que gana el espíritu es otra muy distinta, y hace recordar los efectos que las cosas producen en el pensamiento, según decía Leonardo de Vinci á su discípulo el Boltraffio. Es la *Casita* un refugio que invita á la alegría, en el que los techos son pequeños como los de las mezquitas de pilares blancos que vi en Toledo, en las cuales el visitador se acuerda de que vive en la tierra y sale fuera de sí abandonando las abstracciones en que le sume el misticismo.

Invade de alegría el ánimo aquellas escaleras de jaspes irisados por colores variados: se mira al suelo, y los mo-

sáicos forman juegos de colores, las paredes ofrecen en sus tapices bordados matices semejantes á los reflejos de aurora que suavemente dañan los ojos en un despertar de plácidos ensueños, y arriba, en los techos, se entrecruzan las cintas de oro y campean las figurillas pompeyanas, desnudas, reflejando en sus carnes los resplandores del Vesubio y tañendo las dobles flautas de marfil, de suaves melodías, que parecen rogaros que no despertéis del sueño de ilusiones si queréis hacer llevadera la vida. Bustos arrogantes de mujer dejan asomar sus pechos entre ramos de laurel, recordando la clásica factura romana, y guardadas en las urnas, pequeñas esculturas de marfil presentan, cubiertas por clámides que se ciñen á los cuerpos, formas de diosa.

En aquella tranquilidad y tibio ambiente las cortinas de seda azul que cubren puertas de afiligranadas tallas producen al separarlas el *frou-frou* de los trajes de las cortes en que imperaba el gusto neo-clásico. A cada paso que se avanza se cree sorprender á la mujer de factura serpentina, de amplio escote y empolvada peluca, que anda con pasos menudos y en amable discreteo con el cortesano cubierto por la galoneada casaca y pisando con sus tacones rojos las flores del parque que simbolizan el amor de amar. Mozart, al escribir sus *pastorelas y minuettos,* na hacía más que confiar á la armonía de los sonidos las escenas de la vida cortesana de su tiempo, pues la factura de su música resucita la visión de los palacios de porcelana y las figuras fugitivas y delicadas que aparecen en los recintos de la *Casita del Príncipe.*

En vez de un individuo, considerad que es un pueblo el ometido en el suelo de Levante á la acción constante de ›s inmensos lienzos del cielo y del mar, de las decoracio-es de variadas siluetas, con su vegas, en donde se yer-

gue la flora que embalsama el ambiente como los pebeteros orientales. Un crepúsculo contemplado en el golfo, dice más que todas las exposiciones psicológicas hechas en los libros. Yo nunca olvidaré el atardecer contemplado en la costa, junto á la selva que separa el mar del lago la Albufera. Hay allí unas dunas, cruzadas por pájaros y libélulas, desde donde se puede comprender, casi tocar, el espíritu pagano, y convertir al hombre de sentidos embotados en un hiperestésico para la belleza. Mirando desde las dunas al mar, se ve á la derecha el promontorio de Denia, la antigua colonia griega, en el cual se levantaba el templo de Diana, y á la izquierda las líneas geométricas de los fuertes de Sagunto, la segunda colonia griega, en donde todavía se yerguen los rotos fustes del templo de Venus Afrodita. El aire diáfano da un tono luminoso al azul del mar, y el golfo parece encerrado entre dos altares paganos.

El crepúsculo de la tarde, con sus luces, evocaron en mí el escenario famoso de las leyendas de los mitos clásicos. No franjas de sucia bruma se extendían por la raya del mar, sino largos estratos rosáceos, que después, con la refracción de la luz naciente de la luna, proyectaban mil irisaciones sobre las aguas, que ofrecían en sus blandos oleajes el tornasol de los golfos encantados.

Denia y Sagunto parecían animarse en la penumbra como ciudades que resucitaban: la brisa producía tenues silbidos entre las cañas, como si sonara la flauta del dios Pan, y la fantasía se veía empujada á reconstruir el cuadro de los misterios clásicos: Poseidón y la Nereida Anfitrite, montados en su carro de nácar, tirados por centauros marinos y hendiendo las aguas de esmeralda y de coral, precedidos por la guardia de tritones tocando los caracoles de mar..... El paso de los rapsodos, que de

uno á otro altar caminaban, entonando los cantos del divino Homero..... El alma pagana parecía viva, robusta, en aquellos lugares, dilatándose por el espacio y llamando á la vida, aquella vida de fuerza y de placer que se filtraba á través de los hábitos sacerdotales del genial Arolas, quien en aquella misma playa encendía su pluma para rimar sus orientales y eternizar la pasión de los trovadores lemosines, los de las

..... dulces tensiones,
llenas de amorosas sales.

Ante un cielo y una tierra que agota todas las tonalidades del color desde la hora de los crepúsculos hasta la hora del cénit; ante este iris perpetuo, animado por las armonías que trae el viento de las vegas, impresionado por la suavidad y la dulzura, el valenciano se orienta en el camino del arte pictórico, sobre todo; en sus discursos, las representaciones cromáticas tienen tanto vigor como en los lienzos de su escuela; las plumas de poetas y prosistas destilan color y sensualidad, y su espíritu, al mudar constantemente de postura, no hace más que seguir el cambio constante del color y de las líneas de su paisaje. Sus fases son rápidas, pero intensas, y su excesiva impresionalidad le hace amar como lo reclaman los eretismos del sistema nervioso, los nuevos estados, sin arrestos misoneistas; busca la psicología de los extremos..... Cuando veáis al trágico Ribera, cuando leáis los ardientes sermones de San Vicente Ferrer, terminados con matanzas de judíos, y os hablen de un Pontífice enamorado de su hija Lucrecia, de la tempestad de pasiones que estallaron en Roma y en Ferrara, acordaos del cielo y de la tierra de Valencia para comprenderlos.

NIEBLAS GALLEGAS

En otras regiones españolas, la acción del medio telúrico y cósmico ha dejado su huella apreciable. Espiritualistas como Miguel Unamuno reconocen esta ligadura del espíritu y la tierra en España. Describiendo á Galicia, dice:

«A primer golpe de vista diríase una tierra juvenil, viéndola vestida de verdura y envuelta en frescor; pero no es así, sino tierra vieja, ó madura y adulta si se quiere. Apenas se descubren, si no á muy largos trechos, las entrañas berroqueñas de la tierra, ni la roca aflora el suelo. Aguas seculares han tenido tiempo de desgastar y pulir los desgarrones del terreno; las esquinosas sierras, tal como surgen de las roturas y levantamientos, se han ido hundiendo y desmoronando en montes terrosos y chatos, de contornos ondulantes y sinuosos, como de senos y caderas mujeriles, á la vez que se han ido rellenando los valles y vagüeras. El esqueleto de la tierra háse ocultado bajo la carne mollar, sin que asomen juanetes ni pómulos de escualidez. Y luego la frondosa cabellera de castaños, pinos, robles, olmos y cien otras castas de árboles, cubriendo aquellas redondeces y turgencias, dan al paisaje un marcado carácter femenino. Y como tal atrae á sus brazos y llama á reclinarse en reposo en su regazo, á soñar en las haldas de sus montes; es un paisaje habitable, que seduce como un nido, incubador de morriñas y «saudades»; es una naturaleza humanizada, hecha mansión del hombre, lugar de descanso en que os aduerme como caricia tibia un aliento de humedad y las quejumbres dulces de los pinos. Y en este paisaje, que convida al re-

pose y al ensueño, hay que luchar rudamente y en despejo de vela para poder vivir y arrancarle el sustento y mantenerle para que mantenga. Es un país femenino.

»Un paisaje femenino, sí, y un paisaje antiguo. Se me había hablado mil veces del gran parecido entre el paisaje gallego y el de mi país vasco. A primera vista sí, pues ambos son montañosos y costeros ambos, y bajo igual clima los dos. Pero en el país vasco está más al descubierto el pelado espinazo del Pirineo cantábrico, es todo más anguloso, más hosco, más juvenil y berroqueño; los valles más estrechos y las montañas más altas y empinadas. Junto á los encorvados viejecitos de sierra alzan su huesudo busto Mañaria, Amboto, Gorbea, Aizgorri, el Izarraitz y otros erguidos y robustos mocetones.

»Iba de El Ferrol á Betanzos, bordeando las rías, restregándome la vista con verdura anegada en suave neblina. El mar lame á lengüetazos de rías la verdura de los viejos montes postrados, les rebusca los repliegues y se esconde en sus frondosidades mientras ellos le ciñen y abrazan. En el fondo se muestra algo del severo esqueleto, pero no mucho. La ría de Betanzos habríame parecido á ratos la de Guernica, si bien mucho más en grande, si no fuese porque le faltaban las aserradas peñas de Acharre, sin más que vello de madroñales entre sus rocas, y el pelado Ereñozar y la pedernosa sierra de Busturia. En mi país vasco aún asoman en las alturas las entrañas rocosas de la sierra, aunque no tanto como en las ceñudas sierras castellanas.

»El paisaje es en Galicia femenino, y luego apenas se ve más que mujeres trabajando el campo; los hombres están fuera, navegando, pescando, en América, en el interior de España. Allí quedan, en la tierra vieja, mujeres y niños. En Puentedeume me aseguraron que había quince

ó dieciséis mozas por cada mozo soltero, y en general podría suponerse que hay una docena de mozas por cada mozo. Y las mujeres, cuando el trabajo no las ha marchitado, son como el paisaje, de carnación muy fraguada, bien tapados los huesos, redundantes como las que pintó Rubens, con tupida fronda de cabellera, con ojos á que asoma la melancolía secular de un pueblo antiguo. En El Ferrol aquellas largas y solitarias calles parecen hechas adrede para avizorar de lejos á aquellas mozas ruanas, que pasan barriendo las miradas con la traiña de su trapío y garbo, mientras hinchen la calle con su «aquel de »señorío». Es muy frecuente oir en Galicia y en boca de gallegos: «Aquí la mujer, si no es superior, es igual al »hombre cuando menos». Signo acaso también de excesiva madurez de casta.

»Y de todo ello la sensación de que la tierra ha ganado al hombre, le ha remachado á sí, le ha cunado y entibiado y le ha cosquilleado á multiplicarse, y como no cabía ya en ella, ha tenido que verterse fuera, más por fuerza que de grado, emigrando por rebose y no por desasosiego ni espíritu errabundo. Es tierra que mueve más á conservar lo heredado que no á conquistar nada nuevo, que cría más codicia que ambición. ¡Es tan mimosa, tan dulce, tan sedativa! Debe de costar mucho desperezarse y arrancarse de sus brazos.»

Cuando se lee un libro gallego que de la tierra gallega habla, á las pocas palabras surgen como obligada interferencia, como los puntos y comas gramaticales, las invocaciones y recuerdos tiernos, sin fieros arrestos, delicados y femeninos. Los poetas gallegos retratan en la dulce tristura de sus ritmos la nota de grisura que envuelve el paisaje delicado de su tierra. La poesía gallega llora como llora el cielo de Galicia. Los cantos rientes, sensua-

les, helénicos, sólo los he encontrado en un poeta gallego: Vaamonde (1); pero una golondrina no hace primavera; él mismo no se tiene por gallego como poeta. En todos los demás se ve el surco profundo de su tierra á través de las estrofas de sus poesías: hay sonidos, sentimentalismo, tristeza, una nota gris que todo lo baña, ni un solo trazo de color caliente.

LA LLANURA

En las dos Castillas, la ligazón no es menos sensible que en el resto de España, tal vez más, por ser el castellano el español que vive como empotrado en su tierra, á diferencia de los Mediterráneos y gentes del Norte, amantes de la emigración.

Formando dos grandes mesetas centrales se extiende el suelo castellano, uniforme, compacto, como inmensos bancales en donde apenas riza el suelo alguna que otra ondulación, separadas por una cadena de sierras de ásperos canchales. Cuando desde algún elevado pico del Guadarrama se abarcan las dos mesetas, el suelo castellano aparece como un inmenso mar en donde surge solitaria la silueta geométrica de alguna ciudad, rojizo á trechos y á trechos gris, salpicado por las manchas verdinegras de las dehesas, como uno de esos pulidos jaspes en cuya superficie los estratos simulan á veces las siluetas de ciudades en ruinas. Una neblina cierra el horizonte en invierno, y en verano, es una faja amarillenta la que cae como una bambalina encima del paisaje. Aquel amasijo arenoso hace recordar el cuadro de las estepas, de tierra dilatada é infecunda.

(1) Vaamonde, *Diálogos*, *Mujeres*, *Dulces y amargas*, etc.

Todo aparece dominado por la línea recta, el suelo que se contempla á vista de pájaro, el horizonte que os estrecha con su monotonía, las nubes que se extienden en largas filas como estratos flotantes sobre la atmósfera de la llanura. A la mancha azulina del día sucede en el cielo, al atardecer, un matiz anaranjado, y con él acaban los colores del paisaje.

La poesía castellana ha retratado fielmente su suelo patrio, en su grandeza declamatoria y en su escasez de colorido; rimas adustas muy propias para cantar la belleza castellana. La abrasadora luz y el pobre cultivo lo poetizaba Núñez de Arce; la grisura, la pobreza y austeridad rústica de los campos, Galán la ha hecho sentir como ningún otro en la soberbia factura clásica de sus versos. No soñaba el poeta, al relatar un idilio en los llanos castellanos, presentando los sentimientos como trasunto del paisaje desteñido y salmódico:

«Cantaba el equilibrio
de aquel alma serena
como los anchos cielos,
como los campos de mi amada tierra,
y cantaba también aquellos campos,
los de las pardas onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas.....
....
¡Monorítmica música del llano,
qué grato tu sonar, qué dulce era!» (1).

El encanto desaparece, la tristeza cae sobre el amante

(1) J. M. Gabriel y Galán: del libro de poesías *Castellanas*, 1902.

que mira otra vez el paisaje en busca de los primitivos encantos, y evoca otra vez la visión de los campos muertos como única cuerda de la lírica descriptiva:

«Ya no sé traducir la poesía,
ni del alma en la medula me entra
la intensa melodía del silencio,
que en la llanura quieta
parece que descansa,
parece que se acuesta.»

Otra vez, el espíritu del poeta presenta otro cuadro de amor y le encaja el mismo marco de la tierra castellana, sinceramente expuesta y hondamente sentida:

«¿Te place la patria mía?
No en sus hondas soledades
busques con vana porfía
la estrepitosa alegría
de las doradas ciudades.
El campo que está á tus pies
siempre es tan mudo, tan serio,
tan grave como hoy le ves.
No es mi patria un cementerio,
pero un templo sí lo es.
Busca en ella soledades,
serenas melancolías,
profundas tranquilidades,
perennes monotonías
y castizas realidades» (1).

La paz de los campos no aparece aquí como alegría de vivir y explosión de vida, sino como quietud y abandono.

Yo no creo que estén exentos de bellezas estos cuadros castellanos, por lo mismo que no veo un solo canon esté-

(1) Galán, libro citado.

tico; la belleza no sólo se refugia en las florestas; el desierto también las tiene en sus misterios, en sus luces, en sus trágicas escenas; pero si la belleza está en la vida, al ideal de vida ha de responder.

Afuera del aspecto estético, hay que considerar el aspecto social, el que retrataba Macías Picavea en sus páginas sobre Castilla (1) al hablar de la compacidad de la llanura, que entumecía el cerebro, de las almas y de las llanuras muertas. ¿Es tan honda y funesta la huella que la llanura deja en sus habitantes? Estos, como los demás españoles, no se pueden librar del influjo de su medio, el cual, alguna concomitancia sentimental despertará en ellos.

La mirada, que al explayarse en un horizonte resbala sobre líneas rectas, duras y uniformes, sin ondulaciones ni ángulos, dará cierta propensión al pensamiento para comunicarle temple duro y hacerle discurrir por cauces rectos, sin quebraderos de remansos, como la marcha del espíritu dogmático: siempre una y la misma.

Y si á esta acción se une la inercia mental por el aislamiento que la misma naturaleza impone, por falta de acción educativa que remueva el suelo espiritual y haga surgir las fuerzas latentes en él sepultadas, la influencia del medio quedará, en este caso, claramente manifestada. Cada obra intelectual es un documento psicológico en el cual se puede estudiar un carácter. En la mayor parte de los escritores castellanos, el carácter se revela como tipo de adustez é inflexibilidad, como el idioma en que se expresa. Aun en la poesía, que por su euritmia busca más el cambio y rechaza la dureza, aparece este carácter típico. De Núñez de Arce, del cual se dijo que era la voz de

(1) M. Picavea, *El problema nacional; Tierra de Campos.*

la raza (1), una escritora española señalaba el rasgo típico y recordaba la influencia del medio en el poeta castellano.

«Existía en la mentalidad de Núñez de Arce una admisión tenaz á lo admitido y establecido, un criterio muy normal, una repugnancia invencible á lo que altera los hábitos del pensamiento. En el espíritu de Núñez de Arce siempre la uniforme y concreta línea de la campiña castellana, definida; ausente el ensueño; definido y cristalizado por el transcurso de los siglos, el ideal» (2).

El medio castellano no ha podido desarrollar ciertas ramas del arte, como la pintura. El arte de las ciudades castellanas, como Toledo, por ejemplo, es algo postizo que no ha podido hechar raíces; es algo así como riqueza de importación. No se puede hablar de una escuela castellana de pintura, porque los que aparecen como fundadores no son castellanos, y los continuadores no son sino sombras que jamás han llegado á reflejar el alma de los maestros. El Greco fué un luminar que apenas encontró continuadores castellanos, ni fué en su tiempo comprendido; su personalidad sólo fué en parte recogida por el gran Velázquez. Un griego y un andaluz fueron, pues, los que hecharon gérmenes fecundos en el suelo castellano; pero sus gentes, árido el sentimiento para el color, como si hubieran sido amasados con la arenisca de la estepa, las dejaron secar, y el divino Domenico Theotocopulus y Velázquez pasaron por la tierra castellana dejando un rastro efímero, como esos cometas que rasgan el espacio con sus colas de luz en las noches estivales.

Esto no quiere decir que el sentimiento castellano sea

(1) «..... Pero esa voz seguirá resonando eternamente en España y en América, donde quiera que se hable *la lengua de Castilla*». Discurso de Cavestany, pronunciado en el Congreso, sesión del 10 de Junio de 1903.

(2) Emilia Pardo Bazán, *La Lectura*, Julio de 1903.

pobre en todas sus manifestaciones, sino que en él, el medio no puede despertar ciertas concomitancias sentimentales como la descrita. Otras, muy hondas, que pueden ser explicadas por la abrasadora luz de que hablaba el poeta en los campos de Castilla, por el alma hierática que trajeron todas las gentes africanas pobladoras del Centro, se han sentido: nadie amó más que los místicos que en fuerza de amar aparecen como enfermos del sentimiento; las ciudades castellanas fueron sus principales semilleros..... pero es que para ser místicos la condición primera es ser sensualistas sin menester de colores.

La monotonía de la llanura y sus temperaturas opuestas, desde el calor asfixiante al frío que embota, es un obstáculo para la producción del fenómeno artístico que, no solamente en España, sino en la poética Italia, el gran semillero del arte, se ha dejado sentir. «Es innegable que la raza, que las luchas políticas y científicas—dice Lombroso (1)—, la riqueza, los centros literarios, tienen una gran influencia en la aparición de los hombres de genio; pero también es indudable que una gran parte corresponde al aire, al clima templado de los collados especialmente..... Petrarca, en el *Epistolario,* en aquella especie de resumen en el que dejó su vida, hace notar con mucha insistencia que todas sus obras maestras fueron dictadas ó al menos imaginadas en los amenos y predilectos collados de Val Chiusa..... Para quien desee ejemplos más seguros y cercanos, caseros, citaremos á Florencia, la ciudad de templada temperatura y de los collados, que daba á Italia la más esplendorosa cohorte de sus grandes como no dieron todas juntas, las ciudades de las llanuras de Italia y tal vez de Europa; basta nombrar al Dante, Giotto,

(1) Lombroso, *Pensiero e Meteore,* cap. XXII.

Cellini, Davanzati, Macchiavelli, Leonardo, Brunellesco, Guicciardini, el Beato Angélico, Vespucci, Viviani, Lippi, Boccacio, Alberti, Dati, Donati, Varchi, B. Latini, Alamanni, Ghirlandajo, Filicaya, Ruccellai, Andrea del Sarto, Nicolini, Capponi. En su lugar, Pisa, en condiciones científicas por lo menos tan favorables como Florencia, como sede que es de una floreciente Universidad, no ofreció (excepción hecha de algún guerrero y político, y no en tan gran número y valía como Florencia) más hombres eminentes que Nicolás Pisano, Giunta y Galileo que, si bien nació en Pisa, era oriundo de Florencia. Pisa difiere de Florencia por su posición en la llanura.»

La unilateralidad del medio castellano es un obstáculo para la formación de caracteres que presenten cierta plasticidad necesaria para el cambio continuo que impone el progreso que nunca puede penetrar en los espíritus poco permeables. Es cierto que se puede aun con tal medio transformar al individuo, pero lo que es posible hacer con el individuo, no siempre se puede realizar en la masa, que no es lo mismo elevar un grano de arena que una montaña. Algún fundamento tenía Bluntscheli al pedir que se examinase el suelo de las que habían de ser capitalidades de Estado.

LA TIERRA DE THARSIS

Un fenómeno parecido al que se observa en la Italia del Sur se reproduce en la España del Sur. A la paridad de razas que ocupan estas dos zonas de las dos Penínsulas mediterráneas, se une cierto parecido del medio, afinidades que quedan completadas por la semejanza en los tipos de acción social. La población del Sur de España

comprendida por la gran región andaluza está sometida á la acción de un medio que, en fuerza de excitar, llega á ser deprimente. El clima templado espolonea; en el Levante español obra como un excitante; el calor excesivo de Andalucía obra como un deprimente. «El calor excesivo, en vez de *excitar, deprime*: son de ello prueba los pueblos que habitan las zonas tropicales, los cuales están tan deprimidos que forman verdaderas zonas de esclavitud, en las cuales la pigricia conduce á la contemplación y el misticismo» (1). Igual influjo han notado los sociólogos y economistas al analizar las relaciones entre el clima, la riqueza del suelo y el dinamismo social. La existencia económica en el Sur es más fácil porque con medios más simples se puede producir lo necesario para vivir y la tierra puede mantener más hombres; de donde resulta que en los países meridionales el favor del clima suele ocasionar en los individuos la aparición de ciertas cualidades poco buenas para el progreso.

Ratzel (2), en sus estudios realistas de antropogeografía, encuentra que en los pueblos meridionales, tan favorecidos por los dones de la Naturaleza, existe una tendencia á vivir al día, á la proletarización, mayores descuidos y perezas.

El fenómeno es antiguo en sus manifestaciones históricas. Los romanos se afeminaron en Oriente, los ingleses se hacen perezosos y voluptuosos en la India, dice Bluntschli (3).

Los mismos andaluces han reconocido como notas típicas de su región la pereza en los habitantes, el fuego en

(1) A. Nicéforo, *Italiani del Nord e Italiani del Sud.*
(2) Ratzel, *Anthropogeographie.*
(3) Bluntschli, *Teoria general del Estado.*

su cielo, si bien no han relacionado estos dos hechos que van, en este caso, íntimamente unidos. De andaluces y de extranjeros tomo la observación á fin de que la suspicacia no pueda dudar de la puritana intención con que hago este estudio.

El alma andaluza, dice José Nogales, «se amodorra en la inercia, en la quietud, en un desaliento heredado, en un desencanto sin explicación, en una total desconfianza á todo y á todos, que trae consigo el desdén hacia el colectivo esfuerzo porque se ha perdido la fe en el esfuerzo individual..... Inercia, pasividad, desconfianza, son los caracteres más salientes de la raza que imposibilitan y anulan el instinto de asociación y solidaridad».

«No todo el carácter árabe se ha perdido; nos queda todavía un rasgo principalísimo y característico que nosotros hemos exagerado hasta convertirlo en nuestro principal distintivo: la indolencia..... Tenemos sol á torrentes que nos tuesta, que nos alegra y caldea con sus besos adorables.....» Así dice otro andaluz, Rodrigo de Acuña.

El genial Angel Ganivet tenía como tema principal de sus disquisiciones y ensayos de psicología andaluza, la indolencia.

Estos juicios parecen una traducción libre de la relación hecha por A. Nicéforo sobre la vida social de los andaluces: «Essi consumano il tempo, le sigarette, la vita, immersi nel grande calore del cielo e dell'aria, con movenze, usi e costumi che hanno dell'arabo.....» (1).

Hay una concatenación de motivos que ocasionan la formación de ese caso de *abulia* colectiva; pero aquí, sólo por exigencia sistemática, cabe estudiar la acción del medio telúrico y cósmico. Al enfermar la voluntad, merced á

(1) Nicéforo, *Nuova Antología*, Junio de 1898.

la acción deprimente del clima, sin tener una educación el individuo que le permita reobrar contra ese mismo medio que le empuja á la inacción, toda la vida social se ve influída por esa merma que sufren las energías en el individuo; por esto se ve que el andaluz es el que con más ahinco busca el puesto retribuído por el Estado, á diferencia de otros, el catalán, por ejemplo; y en las manifestaciones multiformes de la vida económica, rara vez aparece como iniciador y mantenedor de una empresa. Andalucía es, por estas circunstancias, el asiento principal de esa aristocracia territorial que perdura siempre, en donde se perpetúan también la antigua propiedad agraria sin competencia industrial en la producción.

Pero si la voluntad aparece dormida por un opio fatal, la genialidad y la imaginación creadora no faltan en los andaluces. Andalucía ha sido una fuente de arte; su escuela de pintura, aunque á veces parece haberse obscurecido, ha resurgido luego manteniendo la fama que ganaron los iniciadores. Los irisados paisajes que describe Paul Burget, el psicólogo de la novela francesa, se reflejan en el alma de aquellas gentes de impetuosa pasión que atrajeron al sutil novelista francés. Cuando los árabes llegaron á España, todavía en incipiente desarrollo, en ningún lugar como en Andalucía desenvolvieron los temas de su arte primoroso: del simple arco de herradura llegaron, á través de las transformaciones estéticas como en ningún otro lugar de España, á producir el estilo granadino, que en vano se buscara en ningún otro suelo. Aquellos estallidos del color y milagros de la forma, son producto natural de una imaginación artística alimentada con más fuerza en el suelo andaluz. Los árabes se llevaron mucho; el espíritu filosófico que les convirtió en dignos comentaristas de la filosofía helénica, sus virtudes é

inventiva económica, que llevaron la técnica á un nivel poco rebordado aún, su tolerancia magnánima..... pero el genio artístico, no: los duros guerreros que los desalojaron de la Península, ablandaron su sentimiento bajo el cielo andaluz, y con sus cinceles y paletas unieron, con anillo de oro, la tradición artística de árabes y cristianos aún viva y continuada. Los pueblos, espiritualmente eran distintos; por la tierra andaluza desfilaron pueblos y más pueblos, vertidos por el Africa sobre la Península unos, otros arrojados desde el Septentrión de Europa; Andalucía ha sido la gran esclusa por donde el Continente Negro y el Continente Blanco dejaron pasar su sangre. Pero una nota común les ha unido como el sello del troquel, que hiere en las pastas de metal: el cielo y el suelo han dejado en todos los vestigios de razas que componen la población andaluza, una genialidad, una inspiración artística peculiar, que sólo allí se adquiere y hace brotar los trovadores anónimos de las entrañas del pueblo.

Sucede en grande lo que individualmente puede notarse. Al pasar Ibsen por Italia no guardó el genio tétrico un recuerdo solo, sino una impresión de vida, de dulce poesía que retoñó luego en su obra más poética, alegrando por un momento con un rayo de luz dorada el sombrío teatro del Norte.

DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA DEL ARTE ESPAÑOL

Puede hacerse una división bipartita de España, atendiendo al criterio que fija la especificación psicológica por las formas sentimentales. Esta división á que me refiero, está indicada por una división geográfica. A una parte quedan las brumas y sus montañas; á otra los lla-

nos y los montes iluminados. Ciertas fases del sentimiento parecen seguir el curso de la luz, produciéndose bajo los cielos esplendentes, á semejanza de la brillante concepción religiosa de Ormuz, hecha por el persa bajo el estrellado techo de Persia; las brumas y los riscos no es que destruyan el sentimiento, pero sí aparte de él ciertas tonalidades, como la que convierte en fuente de arte, por ejemplo. Antes de que los motivos genéticos fuesen expuestos científicamente en España, los literatos habían confesado esta división del territorio, aun los de aquellas regiones que se califican de poca facundia sentimental, en esta división. «Siempre que los extranjeros—dice Emilia Pardo Bazán—me hablan de pintura española, les hago notar que, si por azares imprevistos la mitad de España se escindiese de la otra mitad, reuniéndose á Portugal toda la zona Cantábrica y restándole sólo á la nacionalidad, incorporado á Castilla lo que baña el último término del mar Atlante hacia el Estrecho y lo que mira al Mediterráneo, España no habría perdido el solar de ninguna de sus glorias pictóricas». A esta puritana declaración de la ilustre escritora gallega, puede unirse la confesión valiente de un literato asturiano.

«Borro todo el Principado—dice Francisco Acebal—del Mapa de la España estética. El Velázquez, el Berruguete, el Arfe, el Tirso Asturiano, no ha nacido aún. Ni pintores, ni escultores, ni actores, ni poetas, ni músicos, surgieron de aquellos valles tan pictóricos, tan poéticos y tan musicales.»

De Galicia á Asturias se da el fenómeno, declarado por claros ingenios de estas dos regiones, á despecho de los egoísmos particularistas; de Asturias á Vasconia se repite el mismo hecho, se encadenan las mismas montañas, se prolongan las mismas brumas. Un vasco lo dice:

«Durante siglos—dice Miguel Unamuno—vivió mi raza en silencio histórico en las profundidades de la vida, hablando su lengua milenaria, su *eusquera;* vivió en sus montañas de robles, hayas, olmos, fresnos y nogales, tapizadas de helecho, argoma y brezo, oyendo bramar al Océano, que contra ellas rompe, y viendo sonreir al sol tras de la lluvia terca y lenta entre girones de nubes. *Las montañas verdes y el encrespado Cantábrico son los que nos han hecho.*»

La raza que ocupe las montañas brumosas podía traer de otros lugares un espíritu de llamas; pero no perdurará tanto entre las nieblas como bajo los cielos rientes del Meridión. Más inteligentes y capacitados, más ricos, son los italianos del Norte de Italia que los del Centro, y, sin embargo, el Centro satura de poesía y sentimiento á sus habitantes. Lombroso, Pullé, Bellio, Ticozzi, al estudiar y relacionar el medio con la producción del fenómeno artístico, ofrecen elementos estadísticos, cuya distribución fija así Nicéforo (1).

	Pintores por cada millón de habitantes.
Italia Septentrional.............	121,7
» Central....................	135,0

De Lombroso, Fetis y Clement se obtiene, respecto de los músicos, la proporción siguiente:

	Músicos por cada millón de habitantes.
Italia Septentrional.............	51,1
» Central....................	75,3

(1) Nicéforo, obra citada.

En las Memorias y Epistolarios de grandes artistas, se ve hecha la confirmación de lo que anuncian las estadísticas.

«Giorgio, se io nulla ho di buono dal mio ingegno, gli è venuto dalla sottile aria del vostro paese d'Arezzo», decía Miguel Angel á Vasari; los ritmos más dulces de Byron fueron inspirados en Chiarenza; las notas ligeras y melódicas de *La Sonámbula* fueron compuestas bajo la impresión del blando murmurio de las riberas del lago de Como.

Un ejemplo típico de estos hechos puede encontrarse en la España comprendida dentro de la zona artística. Aparte de la región andaluza y de la de Levante, está el caso de Cataluña y su pueblo. La tierra catalana, que en pétreo oleaje desciende hasta el mar, mezclando durezas y claridades, ha dejado cualidades parecidas á estos paisajes en el alma catalana, como dice Maragall.

La psico-fisiología del Arte señala como fuente de la mentalidad artística la propiedad de reproducción intensiva de las imágenes en la memoria y hace depender esta facultad en gran parte del ejercicio (1). ¿Es posible que se forme la mentalidad artística encarnando al individuo en una esfera de monotonía? La misma línea repetida siempre, la misma mancha siempre reproducida, la misma nota perennemente cantada, sólo puede formar algo que recuerde la monoritmia del arte infantil. El arte necesita, para ser desenvuelto, de un temperamento sensualista á más del medio proteiforme. Estas condiciones son en definitiva las que en España contribuyen poderosamente á establecer una división neta en su población; así puede explicarse el por qué las dos grandes escuelas de pintura

(1) G. Hirth, *Physiologie de l'Art.*

española nacieran una en Valencia y otra en Sevilla, pueblos de raza sensual encerrados en un medio que no conoce la monotonía.

Así, pues, como el medio telúrico y cósmico puede oponer un obstáculo al desenvolvimiento de una raza—en sentido económico en Castilla, por ejemplo—ó favorecerlo, también en el orden de producción sentimental limita ó favorece el desarrollo. La psicología, examinando las causas, da la conciencia de este hecho que de una manera intuitiva señalaba Emilia Pardo Bazán al decir de las costas gallegas:

«Nunca, risueña Venus, aquí surgiste;
jamás se concibieron griegas ficciones
en donde la resaca, gimiendo triste,
arrulla el sueño obscuro de los peñones!»

Una página de Hirth, los estudios del alienista Lombroso y una poesía, se funden y encadenan para explicar cómo en España puede el suelo determinar una división bipartita, del orden artístico, en la psicología del pueblo español.

INFLUJOS SOCIALES.—LA INFLUENCIA ANCESTRAL

En la formación de la psicología individual colaboran con los factores endógenos, ó sean los consustanciales, internos ó personales del sujeto, los externos telúricos y cósmicos y aquellos otros que provienen del ambiente moral. No solamente la atmósfera física influye en los sentimientos y en la inteligencia; la atmósfera moral que en la familia y en la sociedad se filtra hasta el fondo de nuestras entrañas espirituales, contribuye poderosamente á trazar el

estilo de nuestras almas. El concepto del honor castellano que se enraiza en la conciencia del que nace y crece en una familia castellana y en tierra de Castilla; el honor que provocaba los trágicos arrestos del teatro de Calderón, apenas tiene valor en esos pueblos gallegos en donde la rigidez y adusto ceño del carácter castellano están reemplazados por la blandura y la complacencia. De la misma suerte, pues, que á través de la epidermis se filtra un rayo de sol y se absorben las gotas de agua, las ideas lógicas ó ilógicas pasan á través del tejido espiritual y germinan en el suelo de la conciencia. La conciencia aparece, así, como un gran espejo ustorio en el cual se concentran los haces de luz difusa. Aquellos filósofos de una metafísica absoluta que creían en la existencia de las ideas innatas, las salidas por generación espontánea, los que dentro del terreno de lo jurídico y de lo moral creían encontrar principios eternos de justicia inmutable como la marcha de los astros y conceptuaciones del bien y del mal con existencia objetiva en todas las conciencias, pasan ya á la categoría de los que confunden el sueño y el pensamiento, de los aprioristas, que en una sola fórmula, simple como su intelecto, pretenden encerrar todos los misterios del Cosmos. Simmel, Nietzche, Guyau, Höffding..... han pasado ya por el mundo y no cabe dudar que nada hay más mudable que nuestro mundo moral, que se moldea conforme al prejuicio de la generación progenitora.

En el constante mudar de la moral, en el tiempo y en el espacio, difícilmente se encuentra una unidad que sirva de punto de apoyo, porque no solamente la moral cambia de pueblo á pueblo, sino que dentro de un mismo grupo social se encuentra diversificada según las clases: la moral del comerciante difiere en gran manera de la del sol-

dado; la del soldado es distinta de la del médico..... Allí en donde caiga un individuo, en el medio moral que simboliza, hay una fuente de psicología. Por esto, después de examinar el influjo que el medio telúrico y cósmico tiene en la formación de la psicología individual, es necesario preguntar: ¿cómo piensa la sociedad en que vive? (1).

Es la historia la herencia social, la fuerza que conviene examinar.

La existencia primitiva de una gran variedad psicológica en los pueblos de España es un hecho bien probado; su aislamiento secular y su unión política en el siglo XV son capítulos históricos harto glosados para ser puestos en duda; estas diferencias sociales, al transmitirse de generación en generación, han dado por resultado la existencia de distintos caracteres nacionales que obran como factores sociales en la determinación de la psicología de los pueblos de España.

El individuo que se desenvuelve dentro de un grupo de éstos, de carácter propio, participa del carácter común en virtud de esa que pudiera llamarse ley de mimetismo psicológico. El tierno Sully Prudhomme ha precisado en los suaves ritmos de un verso simbólico este influjo social que cae como herencia secular sobre las nuevas generaciones:

---

(1) Los criminalistas de la escuela positiva dan á los factores *sociales* del delito una gran importancia. La escuela francesa les considera los más importantes.

Ferri, *Sociologia criminale*, cuarta edición, hace á este propósito la ponderación de los siguientes factores: densidad de la población, estado de la opinión pública, de las costumbres y de la religión, constitución familiar y régimen educativo, producción industrial, alcoholismo, base económica y política, ordenación de la Administración pública, de la justicia y de la policía judicial; estado legislativo en general, civil y penal.

Morselli hace, en el *Suicidio*, análoga clasificación; y así otros muchos.

«Tout être élu dernier de tant d'êtres antiques.
....
Et de races dont il descend,
D'une palme croissante est né dépositaire:
Et s'il faillit a cette tâche, il est «traître»
Car avec les vivants les morts font alliance
Par un legs immémorial.....»

No solamente la riqueza se hereda; con más seguridad se transmiten de generación en generación las herencias mentales, los vicios y las virtudes. La evolución puede seleccionar la herencia; pero la selección es pausada, y en las colectividades es labor centenaria la de la emancipación de cosas pasadas.

La política nacional levantó fronteras internacionales y abolió las que en el interior levantaban barreras provinciales en el orden económico; pero esta unidad económico-nacional no ha realizado la unidad en otros órdenes. Subsisten las fronteras filológicas, esas fronteras que ponen á Madrid más cerca de Lima ó Buenos Aires, que de Bilbao ó Barcelona; continúan enteras las costumbres que han hecho hablar á los literatos (más avizores en esto que los políticos) de las *almas de España*, expresión de la variedad de caracteres nacionales. Quien investigue en los estudios demóticos encontrará esta variedad del subsuelo espiritual de España que se transmite de generación en generación, como dice el poeta: «Par un legs immémorial». Estos influjos sociales constituídos por causas principalmente históricas son nuevos factores que contribuyen á diferenciar la psicología de la población española y cuyo estudio, por ser de apreciación sintética, corresponde ser hecho al final del examen de psicología colectiva.

2.—Los factores endógenos

EL TIPO MORAL DE LA RAZA

Dentro del hombre existe una tendencia especial á orientarse en determinado sentido, y esta tendencia endógena la determinan el temperamento y el tipo moral de la raza á que pertenece. El fatalismo hebreo tiene, como fondo real, la intuición del hecho que nos presenta en cierta manera relacionados la constitución personal y su destino. Este es el valor científico del «estaba escrito». Cualesquiera que sea el concepto que del hombre se formen los espiritualistas y los materialistas modernos, todos convienen ya en que cxiste un cierto orden de relación entre el cuerpo y el espíritu, y que no puede considerarse á éste como enteramente independiente de la constitución de aquél; los situados en la posición antropológica, como son los positivistas italianos, no vacilan en afirmar que el hombre es lo que respira y es lo que come; el mundo moral, constituído por la inteligencia y por los sentimientos, depende de la base somática ó constitución material del individuo.

Dejando afuera las tendencias unilaterales, lo cierto es que, si no toda la psicología, como quieren algunos, parte de ella está predeterminada en el individuo por su temperamento, por su estado normal ó anormal y por su filiación étnica.

Descartes, Pascal, Rousseau, Biran, admitían la necesidad de una moral aplicada á la vida sensitiva y afectiva. A pesar de no haber penetrado aún en su tiempo las ciencias naturales en el campo de las morales y políticas, ya

presentían este nexo sobre el que tantos libros se han escrito actualmente.

Rousseau proyectó un libro titulado: «La moral sensitiva ó el materialismo del sabio». Encauzar la naturaleza de suerte que el orden moral, tan frecuentemente perturbado por la economía animal, pudiera asegurarse; esta era su idea, que bien puede considerarse como concepción precursora de los positivistas modernos del Derecho penal.

Al estudiar la relación del temperamento y del carácter, el nexo aparece claro.

«Con cerebro igual y bien desarrollado—describe Letourneau (1)—, el temperamento activo, frío, encontrará su felicidad en las tranquilas investigaciones científicas; el nervioso, buscará mejor las altas especulaciones artísticas y filosóficas; el sanguíneo, gastará al exterior su actividad movible, y será inclinado á los placeres de todas clases; el bilioso irá al combate, será ambicioso y violento.....»

«El temperamento—dice A. Fouillée (2)—tiene durante toda la vida dos grandes influjos que no deberían descuidarse: uno sobre la felicidad; otro sobre la moralidad misma. Si queréis sacar el horóscopo de una existencia humana, no es en las constelaciones celestes donde hay que leerlo, sino en las acciones y reacciones del sistema astronómico interior; no estudiéis la conjunción de los astros, sino la de los órganos. El influjo del sentido del cuerpo se extiende hasta nuestra inteligencia y sobre nuestros juicios.....La dirección de nuestros pensamientos está determinada por el estado general de nuestra sensibilidad y de nuestra actividad..... Con frecuencia, en el

(1) Letourneau, *Physiologie des passions.*
(2) A. Fouillée, *Temperamento y carácter.*

fondo de nuestro organismo, es donde es preciso buscar la verdadera causa de nuestra tristeza ó de nuestra alegría; en el interior de nuestro cuerpo es donde hace buen tiempo ó mal tiempo; donde hay horas de serenidad y horas de tormenta.»

No en sentido absoluto debe comprenderse esta dependencia; pero su existencia es innegable. Cuando del caso normal se pasa á los casos patológicos, se ve también esta dependencia, casi siempre más acentuada. La locura moral, ó *moral insanity*, de que hablan los psicólogos ingleses, no es más que trastorno del mundo moral producido por anomalías de la esfera afectiva del individuo. Lo que al normal le parece moral y perfecto, al loco moral se le presenta como perfectamente bueno y lógico. Hay en ellos un nuevo daltonismo moral.

Una nueva filosofía, que bien puede constituir sistema, un subjetivismo naturalista, va formándose á distinción del antiguo subjetivismo metafísico. El mundo moral está influído por la edad, el sexo, el estado individual y la raza.

¿Pero existe un tipo moral en las razas? Porque existe y se da en España hay que hacer de esto mención. El tipo moral de las razas es una nueva nota que diferencia entre sí á los españoles. No aparece este tipo moral como una perenne y fatal consecuencia: la educación transforma mucho, puede añadir y quitar nuevos trazos á la fisonomía moral del individuo; pero, como dice Ribot, la educación transforma, pero no crea. En este sentido comprendo yo el tipo moral de la raza. Si el tipo moral fuese eterno, los griegos de hoy no se diferenciarían de los antiguos helenos.

En España el predominio de los elementos eurásicos aparece en el Norte, los eurafricanos en el resto de la Península, teniendo la extirpe mediterránea su representa

ción en la región de Levante, perfectamente delimitada. A esta distribución geográfica corresponde análoga distribución psicológica en la que se ve cómo el tipo étnico es acompañado por un especial tipo moral, con las influencias del medio que contribuyen á diferenciar más la nota psicológica, dando mayor quietud, como sucede en el Norte con sus nieblas, al espíritu calmoso de los celtas, y en el Sur doble excitabilidad, con el fuego del sol andaluz, al inquieto pensamiento de los eurafricanos.

Alma del Norte

Los estudios que se han hecho sobre la psicología de los pueblos eurásicos, presentan un alma serena, como formada entre las frías brumas del Septentrión. La coincidencia que se da entre el tipo moral de los eurásicos (braquicéfalos), de por sí más propensos á la frialdad que al emotivismo, y el medio que no le ofrece rápidos cambios ni la excitabilidad de los climas calurosos, puesto que ocupan las regiones septentrionales de Europa, favorece la fijación de esta característica psicológica en la gran masa que constituye esta especie humana.

En España los grupos braquicéfalos predominan en las regiones septentrionales de la Península, juntando así la tonalidad de su carácter, en el cual no predominan los elementos emocionales, con la tonalidad del ambiente, en el cual tampoco predominan las ardientes imágenes del calor y de la luz.

De entre los distintos elementos que entran en combinación para formar el carácter, los que en menor intensidad posee el ario son los pertenecientes al orden afectivo. La sensibilidad, la inteligencia, la voluntad, al combinarse en el mundo moral del individuo, no se dan en una

coordinación armónica y equilibrada; hay en estos tres puntos cardinales distinto resplandor; la mayor fuerza de alguno de estos elementos determina un *predominio* que es lo que da origen á la aparición de la nota psicológica que constituye el *carácter*. El elemento predominante califica el carácter, y los demás quedan en relación de subordinados. En los arios, falta la imaginación ardiente y predominan los elementos activos é intelectuales positivos. En sus procesos psíquicos son lentos, pero mantenidos largo tiempo; la atención de que son capaces les habilita para profundos trabajos de análisis, guiados por un sentido realista que al llevarles volando al nivel de los terruños conservan el sentido práctico de la vida, á semejanza del mito griego que recobraba la fuerza siempre que con sus pies tocaba la madre tierra. La psicología de los extremos, llena de emociones vanas, no aparece sino rara vez en ellos; su *yo* moral presenta cierto equilibrio y frialdad que determina la formación de los caracteres mediocres, y escasa genialidad. Es una corriente profunda y tranquila la de su alma, siempre constante, en la cual rara vez las tempestades de la pasión levantan un oleaje. El tipo del soñador deja en el alma del Norte el puesto al reflexivo; poco amante del misterio, busca la claridad en todo y constituye una disciplina mental en su personalidad moral que encaje en un molde matemático.

Cuando se examinan sus productos mentales, que son la proyección sensible de su psicología, aparecen estas características claramente dibujadas: escójase cualquier libro alemán; si es un estudio científico, aparecerá en seguida la ordenación sistemática; el establecimiento de categorías con los desarrollos de distintos miembros, divisiones y subdivisiones, clasificaciones y distinciones múltiples; una terminología que registra vocablos específicos

para cada cosa, una tendencia y superabundancia máxima en los detalles, como si el autor bajase como un buzo á las entrañas de las cosas y extrajese de ellas sus más recónditas cualidades. En sus compilaciones legales se advierte igual minuciosidad, llevada siempre hasta el extremo como si el espíritu crítico se sobrepusiera siempre al ideativo. Si en vez de hojas de libro se examinan lienzos y colores, aparece la misma nota: un realismo que no deja sitio á las concepciones idealistas del artista; el ensueño está destruído por el detalle, por el realismo analítico. Así como el soñador latino transforma, en la ejecución técnica, la figura del modelo, el artista germánico le retrata con todos sus detalles. La Anunciación de Fra Angélico, por ejemplo, todo es idealismo; las estofas de los trajes pintados son curvas suaves sin las angulosidades que en los cuadros de Van-Eyck sepultan como laborinto de líneas á la figura; en la misma época que Van-Eyck, pintó el italiano Mantegna, y los asuntos religiosos de su época; el mismo tema expresado por los dos ofrece un notable contraste, en el que aparece la nota germánica del realismo, de la paciente ejecución, en el primero; lo indefinido é idealista en el segundo. Se retrata mejor la nota de la perseverancia en un lienzo de Alberto Durero, que en las más agudas descripciones psicológicas que se hayan hecho sobre los pueblos del Norte. Esta perfección, que pudiéramos llamar germánica, se puede alcanzar con paciencia; pero á la genialidad no se llega por medio de la paciencia.

En el orden social aparece la prolongación del carácter frío y libre de alteraciones, en la tendencia gregaria, en la docilidad de las gentes del Norte, que permite la formación entre ellos de vastas asociaciones. La impulsividad y el exceso de imaginación, que en los Mediterráneos

obran como factores negativos para los grandes consorcios sociales, son reemplazados en los arios por la voluntad templada y por el sentido práctico de la vida. Mucho han hecho en ellos los sistemas pedagógicos modernos; pero éstos han encontrado en el tipo moral de la especie una gran base.

La enorme plasticidad de los alemanes les hace aptos para una evolución constante y para una concreción tan íntima en la masa social que componen, que permite la formación de grandes agregados, de potentes entidades políticas que pueden encarnar el poder absorbente del imperialismo. Pero esta misma falta de exaltación individual, que disminuyendo el poder como individuos les hace grandes como colectividades, esta plasticidad exquisita les da una resistencia mínima para conservar su personalidad, que se adapta como blanda cera al ser encajada en nuevo molde. Los emigrantes alemanes se funden en las costumbres é idioma del país colonizado (1), perdiéndose por entero su valía para la madre patria, hecho que aprecia un representante de la escuela histórico-realista de Alemania, como Roscher; los italianos, al contrario, aun en el mismo seno de los Estados Unidos, transplantan la *camorra* y la *maffia*.

El espíritu gregario de la masa rebañega, propio de los arios, según afirmaba Galton, la mansedumbre que mereció las ironías de Schopenhaüer, está confirmada por los hechos; pero esto mismo les ha permitido marchar lentamente, pero con paso seguro, en evolución continua. Su historia está despojada de las profundas revoluciones que en los pueblos latinos han producido una fiebre constante; su avance es sosegado y tranquilo, sin las atrevidas ca-

(1) Véase Geffcken, *Política de la población, emigración y colonias.*

rreras de los pueblos del Sur europeo. No invaden, se difunden lentamente; no sienten las pasiones profundas y el goce frenético que hacen de las leyendas latinas un tema sensualista constantemente repetido, sino un sentimiento templado que no turba sus fuerzas por el huracán de las pasiones y les acerca á una disciplina maquinal. En ellos la lucha tradicional fué por la riqueza y por la fuerza, como nota Ferrero *(L'Europa Giovane)*, no por el amor, que sólo de una manera obscura comprendían los bárbaros héroes de las leyendas germánicas. Su docilidad, que les hace maleables en extremo, les capacita para continuar largas labores, para dejar algo fundado sólidamente: no es inmenso su campo visivo en el orden intelectual; pero en su limitación conocen una finalidad sólo, pero una finalidad que realizan.

Pero no todas las virtudes son cualidades puras; toda virtud tiene un vicio, que consiste en la exageración de la cualidad virtual: de la generosidad deriva la prodigalidad, como de la economía deriva la avaricia. Las virtudes del ario tienen también sus vicios, como si hubiese en todo una necesaria compensación. Es cierto que la docilidad da la calma en su vida social; pero también perpetúa esa constitución jerárquica que notaba Fouillée (1) como tendencia innata en los alemanes, perpetuadora del espíritu de castas. Su sentido práctico de la vida les hace caminar sobre terreno firme, sin grandes arrestos; pero engendra necesariamente una monotonía en su vida, cierta vida de máquina. Lejos del sentimentalismo estarán libres del dolor del martirio; pero no conocerán las embriagueces del placer ni los grandes idealismos que en el latino han producido las grandes epopeyas de la historia.

(1) Fouillée, *Esquisse psychologique des peuples européens.*

La embriaguez sensual no disminuye sus energías; pero el alcohol es el sustitutivo en ellos de la pasión provocada por la mujer. Los tipos de acción son los que vencen en la vida; pero en la vida hay manifestaciones más elevadas que las de la fuerza, como en la Historia hay grandezas superiores á las de la tiranía. Las obras de la voluntad son inmensas; pero las obras del sentimiento las sobrepasan, porque la vida es acción, es la voluntad, el más fuerte apoyo en ella; pero no toda la vida es fuerza, así como no toda el alma es voluntad. Gran virtud es la del práctico que dirige su mirada á su alrededor y tantea el suelo que pisa; pero el ideal nunca está cerca, parece que siempre se encuentra en la raya del horizonte.....

Así aparece el foco espiritual de la especie que extiende sus radiaciones por todas las ramas de sus razas derivadas.

ASTURIAS, VASCONGADAS Y GALICIA

Los españoles del Norte, á semejanza de las poblaciones del Alta Italia, recuerdan por su psicología el parentesco que les une con la especie eurásica. Los grupos celtas que se extienden á lo largo de la cordillera Pirináica desde las fronteras regionales de la región Vasca hasta las rías gallegas, tienen su nucleo principal en Asturias, en donde se manifiesta fuertemente el carácter celta, algo transformado en Galicia por influencias de los eurafricanos.

Cito, para mayor testimonio de imparcialidad y certeza, la descripción psicológica de los asturianos, hecha por F. Acebal:

«Puedo decir que el astur no es místico, ni bravucón, ni caballeresco, ni pobre; de aquellas montañas ni sale un

Loyola, ni sale un Pizarro, ni sale un Quijote, ni sale un Menipo. No conozco allí más ascetas que los párrocos de aldea, con su rectoral cómoda, con *pomarada* y peraleda en el huerto, con rocín en el establo, con cerdo en la cochiquera y con averío en el corral. No sé tampoco de esos tipos de legendaria *guapeza*, camorristas, impulsivos más por fanfarronería que por nativa acometividad; nada más contrario al sesudo y lento astur. Ni sé que de allí haya salido héroe alguno de caballeriles aventuras, y en cuanto á mendiguez, ya es tópico resobado chancearse del laborioso asturiano, porque prefiere, antes de caer en pobretería, asirse á los oficios más plebeyos en la escala del trabajo. Es una prueba de su repugnancia á envilecerse con la limosna; la chacota sólo pudo nacer en tiempos que tuvieron por más *hidalgo* ser mendigo que aguador. ¡Y eso en un país tan miserable en agua y que tanto la ha menester!

»De los rasgos que recortan la silueta vigorosa del castellano, deduzco por oposición los rasgos del montaraz cántabro. Y lo que digo de las siluetas, aplíquese á las almas. Fué también Fouillée el que, con su habitual ligereza, dijo que en España la raza es *extremadamente uniforme: raza dolicocéfala, de talla pequeña*. Siempre los juicios con plantilla, afirmaciones geométricas, de cartabón y compás. Con ver la *distribución geográfica del índice cefálico de España*, tan sabiamente hecha por Olóriz, se convencerá cualquiera de la convivencia sobre tierra española de los tres tipos de Lapouge: *Homo Europeus, Homo Alpinus* y *Homo Mediterraneus*. El asturiano es el *Homo Europeus* enérgicamente diferenciado de todos sus compatriotas, como á su vez tienen acentuada diferenciación entre sí los tipos de otras regiones; porque en España—dice Emilia Pardo Bazán—«se acentúan

»más que en ninguna otra nación de Europa las diferen»cias regionales». Fenómeno natural en pueblos viejos, de cansada historia, ya desbastados y moldeados por el medio. Sucede con las regiones en la patria, lo que con las familias en los pueblos: las de vieja extirpe, las de rancio abolengo, son las que se diferencian más; á sus vástagos se les reconoce sin conocerlos: se los saca por *la pinta*. Por *la pinta* sacamos nosotros al vascongado, al levantino, al andaluz.

»Al ver á Blasco Ibáñez por la calle, ¡quién podía decir: éste es gallego! Y el transeunte que repare en Unamuno, jamás le confundirá con un serrano.

».....El *alma asturiana* no es torpe, sino libre y desembarazada de movimientos. Ninguna región española avanza con tanta independencia ó tanto desdén hacia el poder central, absorbente y pegajoso, como la asturiana, hermanando en esto—como en otras cosas—con el espíritu sajón, libre y desenvuelto. Hállase Asturias tan mal gobernada como todas las provincias, tan mal gobernada como las colonias. Estas se separaron porque pudieron; si aquéllas pudieran, se separarían también: el mismo gobierno sufrieron unas y otras; pero Asturias vive por sí misma, con vida exuberante, que rebosa á otras regiones, y los gobiernos, buenos ó malos, mejor dicho, malos ó peores, la afectan menos que al español castizo, siempre atento á la marcha de la rueda central.

»Ahora el alma asturiana se sumerge en una especie de misticismo industrial, hallando en él tan adecuado acomodo, que el campesino se transforma, con increible facilidad, en obrero; pasa con transiciones bruscas, sin lucha interna, del prado á la mina, del maizal al taller. La industria, como lamparón de aceite, cunde por aquellos valles, y allí adonde la mancha alcanza, la agricul-

tura muere como si una plaga negra la agostara. Hasta los ríos asturianos, hasta el manso Nalón, empuerca sus aguas con las escorias carboneras que escupen en él fábricas y minas. El labriego asturiano se percata ahora de que su alma no es campesina, de que aquel aire siempre empapado, aquel cielo melancólico y plomizo, hacen de Asturias un país industrial. Como agricultor, era bárbaro y primitivo; ni la tierra áspera y quebrada consentía cosa mayor que una labranza miserable ó un pastoreo rudimentario; pero metido en la entraña de la tierra ó puesto ante la maquinaria, surge de improviso el hombre moderno y sólo conserva de su primera condición lo que debiéramos conservar todos: *pequeño huerto* cultivado en los días y en las horas de descanso.

»Este paso, del ruralismo al industrialismo, lo reputo por decisivo en el desenvolvimiento del astur que posee condiciones singulares de adaptación á la vida regular, ordenada, de los tiempos modernos, con propensión harto dolorosa al tipo burgués. La idealidad no existe en Asturias; quiero decir: no la atesoran las almas de sus moradores, y así vaga flotante, despreciada, casi escarnecida, de las poéticas robledas ó por los misteriosos castañares. Naturaleza que rezuma idealidad, que canta, que trina, con toda la escala de la poesía panteista, y, sin embargo, el hombre, sordo al dulce clamor, no percibe ni una nota, ni una vibración armoniosa de aquel concierto de dulcedumbre, de quietud, de misterio y de color. La misma *extensión universitaria* que unos varones doctos y de sano espíritu ejercen con amoroso desinterés, aparece algo impregnada por la *burguesía ambiente*, al menos vista á distancia presenta matices de educación burguesa, falta de ese soplo ideal que no se satisface con levantar las inteligencias, sino con mover los corazones. Ganas dan

de decirle á toda Asturias lo que Clarín dijo á Gijón—¡y con cuanta verdad!—: «Menos Beocia y más Atenas». Sólo que en Gijón no lo entendieron. ¿Véis á nuestro orador de moda? Pues ahí tenéis el máximum de idealidad asturiana reflejada en un sonoro burgués. Es un Pidal y Mon vuelto del revés.

»Esta carencia de idealidad hace al alma asturiana seca y estoposa; no es cerril como en ciertas regiones; pero le faltan alas y tiene demasiada cargazón de metal.

»De Asturias ha salido un humorista tan sajón, que sus libros corren más por manos de *ladies* que por las de señoras españolas. Verdad que no es gran elogio, porque manos de señoras españolas soban pocos libros. Las novelas de Armando Palacio Valdés circulan por la Gran Bretaña como por patria propia; de tal manera el alma asturiana empareja en muchos aspectos con el espíritu sajón y se divorcia de sus gemelas, aun de la galaica y aun de la montañesa, pueblos hermanos que por su situación topográfica parecen destinados á vivir en una misma casa de vecindad.

»Sólo se aunan cuando rebasan los aledaños de su *tierruca*: al transponer los montes para esparramarse por la Península ó al cruzar los mares para tentar á la fortuna en América. Lejos de la patria, el alma de Cantabria se unifica en un amor y es fenómeno interesante, es aparente contradicción la facilidad con que emigra y el *tozudo* afán que pone en morir sobre su propio prado, en el caserío natal. Desde su solar, el mundo se agranda y siente ansias volanderas; desde fuera, el mundo se empequeñece hasta reducirlo á las miserables proporciones de su solar.

»Consecuencia de este espíritu errabundo, es el que entre la pobretería española se cuenten pocos asturianos:

la miseria de aquella región no se lanza á la calle; se lanza al mundo. Ya hablamos del mendigo asturiano; pocos son, y esos no piden un centimito por amor de Dios; buscan la onza de oro; con ella sueñan; tras ella corren el mundo y navegan la mar. Sobre España flota siempre la sombra de *Don Quijote*; pero sobre Asturias se cierne la de Sancho.»

El industrialismo es un índice en la actualidad que caracteriza el tipo de civilización de las gentes del Norte, de férrea disciplina, maquinales, perseverantes y pacientes. En Centro Europa tiene el índice industrial una gran diferencia á su favor, comparado con el Sur; una imagen de esta distribución se da también en España, en cuyo Norte la raza traduce en fuerza, en acción, su vida toda, dejando escaso lugar al sentimiento, y en el Sur, se invierte este tipo de vida; en el Norte se acumula la fuerza industrial en proporciones enormes, y en Andalucía y Centro son explosiones del sentimiento, traducidas en arte lo que aparece. Los fustes de las chimeneas forman la arquitectura en Asturias; los fustes delicados del arte árabe caracterizan el arte del Sur.

Como coeficiente del tipo moral de la raza del Norte de España, obra el clima, que con su frialdad comunica mayor tonicidad y equilibrio, sin despertar en el individuo la imaginación flamígera que caracteriza á los meridionales.

En las aulas de la Universidad de Madrid he podido comparar el carácter de los estudiantes de las regiones del Norte de España, con el carácter de los estudiantes castellanos y andaluces. No se distinguían los primeros por la ideación rápida; al contrario, les costaba más que á los otros comprender las cosas. Al ver un problema nuevo para ellos, parecía que se encontraban ante un miste-

rio teológico; pero paulatinamente iban ahincando en su estudio sin descanso hasta que quedaba en su mente el recuerdo de la cosa estudiada con trazos duros, pero profundos y seguros. A diferencia de éstos, los andaluces se presentaben sin timidez alguna, con una fatuidad que les llevaba á hablar de todo, trazando con singular ingenio una serie de arabescos en los que no se veía ni el principio ni el fin; pero también mostraban una permeabilidad extrema para las ideas que oían exponer. Su pensamiento seguía una marcha ondulatoria repugnando la disciplina de la línea recta que en sus compatriotas del Norte daba la gráfica expresión de un carácter.

El vasco reune en su alma tonalidades que le acercan á los pueblos del Norte, que confirman el influjo del medio en que vive de montañas abruptas y cortinas de niebla, y, al mismo tiempo, mezcla remembranzas de su origen africano, la influencia ancestral que le diferencia de sus vecinos los astures. Como éstos, son enérgicos, prácticos, obstinados; su tierra mantiene un desenvolvimiento industrial, pero más intenso que el de Asturias; su propensión á la organización y la escasa potencia imaginativa, imprimen en él el sello de las gentes del Norte. Pero en medio de estas notas comunes que le acercan tanto á sus vecinos, hay una valentía, un sentido de la propia personalidad, una mayor intensificación de su psicología que, sin llegar á la exaltación de los meridionales, les acerca en muchos puntos á ellos, bajo una aparente timidez. Parece que el alma flamígera de las gentes eurafricanas late en las entrañas espirituales de los vascos cubierta por un cuerpo, en el cual dejaron su huella los cielos grises de la tierra vasca. Tienen notas comunes con los astures por su posición geográfica; pero la sangre no es la misma, y necesariamente había de influir en su ca-

rácter. Así como el clima ha contribuído en el astur á reafirmar más el tipo moral de su raza, en el vasco ha determinado un equilibrio de su primitivo carácter.

Unanumo hace resaltar las cualidades de voluntad, de inteligencia y sentimiento de los vascos, en una descripción, en la que se ve la fusión de dos espíritus: el del suelo y el primitivo de la raza. Así lo relata:

«*Vizcaíno es el hierro que os encargo;*
corto en palabras, pero en obras largo,

concluye diciendo D. Diego de Haro en aquel magnífico final de la escena primera del primer acto de *La prudencia en la mujer,* en que Tirso de Molina dijo de nosotros en cuarenta versos lo que en cuarenta volúmenes no se ha dicho después. «Cortos en palabras, pero en obras lar»gos». Hasta nuestras palabras suelen ser acción—que lo diga, recientemente, el vasco Grandmontagne—, y confío en Dios en que cuando se nos rompan por completo los labios y hagamos oir nuestra voz en la literatura española, será nuestro pensamiento corto en palabras y en obras largo.

»La inteligencia es activa, práctica y enérgica, con la energía de la taciturnidad. No ha dado hasta hoy grandes *pensadores,* que yo sepa; pero sí grandes *obradores,* y obrar es un modo, el más completo acaso, de pensar. El sentimiento del vasco es un sentimiento difuso que no se deja encerrar en imágenes definidas, savia que resiste la prisión de la célula, sentimiento, por decirlo así, protoplasmático.

»Porque á tercos sí que no nos gana nadie. «Vizcaíno, »burro», suele decirse aludiendo á nuestra testarudez, que acaso llega á ser muchas veces en nosotros un vicio; pero que es, sin duda, de ordinario nuestra virtud capi-

tal. Si no entra de otro modo el clavo, lo meteremos á cabezadas. Pero nuestra terquedad es menos violenta que la del aragonés. Toda la afabilidad que se quiera; pero á hacer la suya, el vasco. «Los vascongados—suele decir»me un amigo—no atienden ustedes á más razones que á »las suyas propias; si se arruinan, será solos, sin empa»charse de consejos ajenos, pero sin culpar tampoco al »prójimo de ello». Por tercos, más que por otra cosa, hemos sostenido dos guerras civiles en el siglo pasado, porque nos parecía que marcha demasiado de prisa el progreso político, sin acomodarse al social; para ponerle á paso de buey, lento, sí, pero seguro.

»Si hay algún hombre *representativo* de mi raza, es Iñigo de Loyola, el hidalgo guipuzcoano que fundó la Compañía de Jesús, el caballero andante de la Iglesia, el hijo de la tenacidad paciente. La Compañía, me decía una vez un famoso ex jesuíta, no es castellana, como se ha dicho, ni española; es vascongada. Y vascongada hasta en sus defectos. Es vascongada en su terquedad pacienzuda, en su espíritu á la vez autoritario é independiente, en su horror á la ociosidad, en su pobreza de imaginación artística, en la fuerza para acomodarse á los más distintos ambientes, sin perder su individualidad propia.»

Hay en todas estas gentes un predominio de las facultades volitivas, una propensión á la acción. En los astures todo parece conspirar para la determinación de una psicología que recuerda por completo al ario; en los vascos, su sangre africana aviva la acción y patentiza que el tipo moral de la raza es en los factores endógenos de un influjo positivo.

Dentro de la nota genérica de la psicología del Norte quedan comprendidos los gallegos, en los cuales, no solamente la tierra, sino también algunas infusiones de san-

gre africana, han avivado su imaginación algo más fuerte que la de los cántabros. Pero en ellos predomina el alma del Norte, sin exaltaciones, mesurada, tranquila y llena de dulcedumbres y tristuras; psicología que el medio fija más con su acción continuada.

Los eurafricanos

La especie eurafricana predominante en las dos Castillas, Aragón, Cataluña, Valencia, Extremadura y Andalucía, regiones que comprenden la mayor parte del territorio de la Península, contribuye á diferenciar la psicología de los pueblos de España. Los eurafricanos, de tipo dolicocéfalo (véase pág. 40), tienen como especie humana su tipo moral distinto de los eurásicos (braquicéfalos). Alma serena es la que aparece en el Norte, formada entre las nieblas; alma de llamas es la del Meridión, forjada bajo el cielo africano y á las orillas del luminoso Mediterráneo.

El tipo moral de los dolicocéfalos se destacó, aparte de las manifestaciones históricas de la vida de los pueblos de esta especie humana, por su acción y modalidad de vida en medio de pueblos cuya masa general está constituída por elementos braquicéfalos. En Francia, cuya población es predominantemente braquicéfala, como Collignon demostró (1) en sus 8.707 observaciones, el elemento dolicocéfalo sobresalía en medio del resto de la masa social como las palmeras en las llanuras; sus grandes hombres han sido dolicocéfalos; Francisco I, Enrique IV, Luis XIV, Bayardo, Condé, Turenne, Vauban, Sully, Ri-

(1) Collignon, *L'indice cephalique des populations francaises*, 1890.

chelieu, La Rochefouchauld, Molière, Corneille, Racine, Boileau, La Fontaine, Malesherbes, Bossuet, Fénelon, Le Poussin, Diderot, Voltaire, Buffon, Rousseau, Condorcet, Lavoisier, Berthollet, Lagrange, Saint-Just..... esto es, los tipos representativos de la realeza impetuosa, del romanticismo caballeresco, de la diplomacia sutil, de la literatura filosófica, del historicismo poético, de la sátira, del rebelde enciclopedismo, de la filosofía natural, de la oratoria jacobina.

Estas observaciones han tenido su confirmación en otras partes, en Alemania, por ejemplo, en donde Otto Ammon ha encontrado mayor representación de dolicocéfalos entre los jóvenes que se dedican al estudio de las ciencias naturales; es decir, más propensión á la teoría, á la investigación, á la vida ideológica (1). Cerca de nosotros tenemos confirmada esta existencia del tipo normal: una de las características del dolicocéfalo es la impulsividad, la admiración por las fiestas en donde reinen las explosiones populares, los alardes del color, las sensaciones profundas del peligro que exalten y sacudan hondamente los nervios; por esto, la afición á las corridas de toros se ha propagado por las provincias de España, en donde el tipo dolicocéfalo abunda, y se ha internado en Francia hasta donde llega el tipo dolicéfalo, acabando la afición en donde comienza el predominio de los braquicéfalos franceses, esto es, cerca de Burdeos, siendo las regiones braquicéfalas de España las que menos afición muestran á este festejo, menos que los franceses de la Provenza.

Las observaciones recogidas tienen un valor empírico, que es el primer paso para orientarse en el estudio del

(1) Otto Ammon ha hecho las observaciones en el gran ducado de Balen (véase *L'Antropologie*, 1892, pág. 780).

hecho y determinar su tratamiento científico, como ya se ha hecho.

El carácter no es una unidad absoluta; es la combinación de distintos factores psicológicos, en la cual el predominio de uno de ellos es el que diferencia y fija el llamado carácter. La morfología del carácter está, pues, determinada por un predominio, por cierta subordinación de varios elementos á uno solo, que es el que constituye el centro de gravedad de nuestro mundo moral. Este centro de gravedad puede ser el criterio diferencial en los estudios de psicología colectiva. Conforme á este procedimiento, se encuentra que el centro de gravedad del mundo moral del ario, de su *yo* psicológico, está en los elementos activos é intelectuales especulativos, no en los afectivos; de la misma suerte se encuentra en el dolicocéfalo que constituye las distintas extirpes eurafricanas, que el centro de gravedad suyo está en las facultades del orden afectivo y en las intelectuales especulativas (1).

La diferencia con los arios no solamente está en el predominio de distintas facultades psicológicas, sino también en la función de las mismas. El braquicéfalo ario es tardo, pero seguro y perseverante; el dolicocéfalo es rapidísimo, pero no constante; hay en sus acciones algo que recuerda el juego de fuerzas en el epiléptico: en un momento se produce la exaltación, el desenfreno, para caer luego en el letargo de la inanición. El emotivismo se sobrepone en él á todo; es la nota genérica; las formas emocionales se exageran hasta hacer de casi todos ellos los tipos representativos del sensualismo. Las ideas más

(1) Para mejor comprensión del resultado de la combinación de los elementos del carácter y la determinación de lo que yo llamo centro de gravedad, puede verse la siguiente clasificación de los caracteres, cuyos miembros principales—precedidos por numeración romana—son los cen-

puritanas, las que son hijas de la abstracción religiosa, las adornan con los ropajes paganos, siempre buscando el sentido sensual de las cosas: la protesta luterana, severa y rígida, no podía nacer más que en Alemania y propagarse por los países del Norte, mientras que el pesimismo y la moral judáica encarnada en el cristianismo no podía librarse del sensualismo con que la revistieran los meridionales, simbolizado en las alegres Cortes pontificias del Renacimiento. Su riqueza imaginativa, de la que está tan pobre el ario, le convida á soñar, á vivir siempre en regiones etéreas, olvidando el sentido práctico y realista de la vida. Gusta abismarse en los colores, en los soni-

---

tros de gravedad. Véase P. Malapert, *Le Caractère*, en la «Bibliothéque international de Psychologie experimentale normale et pathologique».

- I. Los apáticos.....
  - Apáticos puros.
  - Apáticos inteligentes, los calculadores.
  - Apáticos activos.
- II. Los afectivos....
  - Sensitivos.....
    - Sensitivos pasivos.
    - Sensitivos vivos.
  - Emotivos.....
    - Emotivos melancólicos.
    - Emotivos impulsivos.
  - Apasionados..
    - Apasionados instables..
      - Apasionados egoístas.
    - Apasionados unificados.
      - Apasionados altruístas.
- III. Los intelectuales.
  - Intelectuales afectivos.......
    - Dilettanti.
    - Apasionados
  - Especulativos.
- IV. Los activos......
  - Activos mediocres.
  - Agitados.
  - Grandes activos.
- V. Los moderados...
  - Amorfos.
  - Equilibrados superiores.
- VI. Los voluntarios..
  - Dueños de sí mismos..
    - Los tipos de lucha.
    - Los equilibrados.
  - Hombres de acción.

dos, en un medio que le proporcione múltiples sensaciones que con su mutación constante complazcan la instabilidad de su espíritu. El amor al misterio le conduce á la especulación; su genialidad le lleva á buscar intuiciones y formar las concepciones más bizarras.

La acción de sus facultades comparadas con las del ario, parecen hijas de una sobrexcitación; hay algo de la psicología de los extremos. Sus concepciones son rápidas; poseen una ideación que les hace comprender fácilmente las cuestiones; pero su apreciación siempre la hacen en grado superlativo, hasta llegar á lo hiperbólico. Sus actos no tienen la disciplina maquinal de los arios; están animados de un calor impulsivo que les hace desear la realización de sus aspiraciones en un momento corto, y les desalienta, por lo mismo que el deseo es intenso, su aplazamiento: en este sentido puede justificarse la frase de Nietzsche sobre los meridionales, á quienes consideraba enfermos de la voluntad. No son voluntades débiles las de estos pueblos, sino intermitentes, indisciplinadas; en un instante realizan lo que las gentes del Norte no hacen sino contando con el tiempo; pero la acción, siendo intensa, no es mantenida.

El sentimiento de la individualidad es tan profundo en ellos, que difícilmente pueden asociarse duraderamente; la asociación es una sumisión, una nueva personalidad que contiene á los individuos y les somete á reglas fijas mermando su personalidad particular.

La historia de los pueblos que están profundamente influídos por la especie eurafricana, los *mediterranizados ó latinizados*, ofrecen ejemplos abundantes del alma que se irradia por los individuos de esta especie.

Enemigos de las fuertes disciplinas sociales, refractarios á la cohesión íntima á que propenden en virtud de su

natural plasticidad los arios, han aparecido estos pueblos latinizados sobre una base de constitución polimorfista. Las tres penínsulas clásicas del Mediterráneo, Grecia, Italia y España, han ofrecido desde la génesis de su formación el ejemplo claro de ésta tendencia.

Grecia, con su constitución libre, que le hizo el primero entre todos los pueblos en realizar la exaltación de la personalidad, diferenciándole de los grandes imperios coetáneos á ella, en donde el individuo estaba absorbido por los poderes unitarios de la realeza y de hierocracia; la misma raza camito-semita, que produjo al pueblo griego, estaba constituída, en parte, por los rebeldes semitas de Israel que no toleraron el yugo de los Faraones; hasta Grecia, todo fué producción anónima, leyes, arte, ciencia; pero al cristalizar el espíritu griego, la ley política ó de derecho privado lleva un nombre lo mismo que las leyes científicas y las creaciones artísticas. ¿Quién ignora los nombres de Solon, de Euclides ó de Scopas? Mientras que en los monumentos de los demás pueblos, en vano se buscará un nombre que eternice la labor del estudioso, una firma que identifique la inspiración de un artista. De las leyes y del arte oriental quedan testimonios como el de Hammurabi; las leyes se conocen; el muro en que se esculpió el acto de la promulgación, también; pero de todo aquello no queda más que el nombre y la memoria del déspota oriental: el artífice de la ley y de las figuras quedaron en el olvido.

La palabra *autónomon* que llevaban grabadas las monedas de las ciudades griegas, eran una reproducción del espíritu de libertad de cada griego, una imagen de sus sentimientos: *autónomon*, decían las monedas; *autónomon* las colonias que se extendían por la vasta cuenca del Mediterráneo; *autónomon* repitieron los pueblos gre-

co-latinos llevando el espíritu de libertad individual como preciosa herencia de la madre Grecia. Y dentro de los mismos pueblos greco-latinos, como Italia, España y Francia, la cohesión de la masa social ha sido siempre inconsistente, y dada, más que á constituir grandes Estados, á formar pequeños reinos: así lo atestiguan aquella constelación de Repúblicas medioevales que aquilataron la cultura de Europa en Italia; los reinos musulmanes y cristianos de España; el fraccionamiento de la antigua Francia en Estados feudales. ¿Qué importa que el tipo de constitución interior de estos Estados italianos, españoles y franceses, no fuera igual? Lo cierto, lo que denota la tendencia independiente de los pueblos latinizados, su falta de cohesión, es el fraccionamiento, el amor al *autónomon* proclamado por el pensamiento griego, y que llevaban en el alma, á pesar de sus diferencias, los duques y selectos caballeros del Renacimiento, los republicanos y los Papas, en Italia; los reyes cristianos, las taifas con sus Monarquías y Repúblicas moras, en España; los feudales de la Francia. Es cierto que en estos países latinizados arraigaron instituciones de derecho germánico como el feudalismo; pero no fueron tan hondamente vividas, y el latino fué el primero en socavar la bárbara institución, y latinos fueron, y Napoleón (tipo representativo del Mediterráneo) los dirigió, los que hirieron de muerte al feudalismo en la misma cuna, realizando en pocos años lo que los tardos alemanes no pudieron en mucho tiempo hacer por sí mismos. En el alma del eurafricano batallan mucho las fuerzas y se exterioriza este combate en la vida social. La mayor parte de las revoluciones, las revueltas y agitaciones, han nacido entre ellos, mientras los arios registran bien pocas, y en ellas ha tomado más parte que las convicciones, el sentimien-

to de exaltación. Nadie puede dudar de que la conciencia revolucionaria es más amplia y capacitada en Alemania que en España, y, sin embargo, Alemania apenas registra revoluciones, algún que otro clamoreo como el histórico de los aldeanos, ya pasado, y España ha sido en ellas tan pródiga, que hemos dado á la terminología de las revoluciones vocablos españoles que han adquirido carta de naturaleza en idiomas extranjeros, como *pronunciamiento*. Es la tendencia á la realización entre los eurafricanos y, sobre todo, dentro de la especie, los Mediterráneos, un proceso rítmico, fatal, determinista, impuesto por la vida inquieta de su misma alma. No es la arenga lo que inflama la sangre; es la sangre lo que inflama la arenga revolucionaria.

Cuando de la historia de estos pueblos se pasa á otro campo de experimentación, se ve contrastado el juicio de la psicología de eurafricanos. La misma concepción, el mismo tema, el mismo dogma, es traducido de distinta manera por arios que por eurafricanos ó latinizados. Así como en los cuadros de la escuela germánica se ve, por sus detalles y realismo pedestre, retratada el alma del Norte, en los cuadros de las escuelas latinas aparece el ensueño, el idealismo, la genialidad de la raza. El tema religioso de la escuela germánica antigua, que aparece en trípticos y dípticos, es la encarnación del espíritu de análisis y de ejecución paciente; compárense estas muestras con un coetáneo latino, de la escuela toscana, por ejemplo, y se verá que el idealismo es la nota culminante en estos últimos; un cuadro de Gerino de Pistoja, existente en el Museo de Arte Antiguo, de Madrid, me dió la confirmación clarísima de este contraste; en el mismo Museo pueden compararse las Evas panzudas, de Durero, con las de suaves contornos, de Tiziano; los retratos de

repugnante detalle, de Holbein, con los geniales trazos, rápidos, seguros, ideales, de Rafael y de Velázquez (1).

Insensiblemente, por medio de suaves gradaciones, se ve derivar el pensamiento de estos pueblos desde las arideces y abstracciones de la elocubración, á la región ideal de la poesía. Un libro latino es una obra con hálitos de poesía. Presente tengo dos obras de distintas materias debidas á dos italianos, Sergi y Nitti; las disciplinas son distintas; el primero trata de Psicología experimental, el segundo de Hacienda; pero las dos están unidas por el anillo de oro de la poesía: *La psiche nei fenomeni della vita*, de Sergi, lleva como prólogo una fábula que es una declaración de amor á la misteriosa psiquis que el sabio no encuentra en su laboratorio; la *Scienza delle finanze*, de Nitti, tiene un prefacio en el cual campea un verso del Dante y un dístico suavísimo del santo monje de Todi. Un hombre del Norte jamás comenzaría así.

Es cierto que la falta de atención prolongada, de disciplina rígida del *yo* psicológico característico de los eurafricanos, no les capacita para labores prolongadas, maquinales; pero también es verdad que un pensamiento que recorre todos los rumbos de la rosa de los vientos no cristaliza en una dirección unilateral, no llega á ese estancamiento mental producto de un exagerado espíritu de análisis; muchas veces el espíritu de análisis suplanta la función sintética, como se ve, sobre todo en los alemanes, cierta repugnancia á las grandes síntesis, á las generalizaciones y deducciones; por este defecto cayeron

(1) Dos émulos del neo-clasicismo, como Rubens y Tiziano, al pintar el acto del pecado original, tomando uno como modelo el cuadro del otro, lo traducen de distinta manera: Tiziano es el idealista latino en el lienzo; Rubens el realista del Norte. En el Museo de Arte Antiguo están estos dos cuadros formando *pendant*.

los críticos alemanes de la Economía social, que se opusieron á la escuela liberal inglesa; en lo que se ha llamado *quietismo historicista*, porque estancados en la crítica caían en una situación infecunda, tanto como el dogmatismo de los ingleses á quienes criticaban. El pensamiento que se llama ondulante es á veces más completo que aquel que adopta una dirección siempre rectilínea, llevado por una férrea disciplina que conduce á hacer sistema de aquello que por naturaleza no lo es. Bueno es conocer el detalle, lo particular; pero es mejor conocer lo principal, la ley. El exceso de imaginación del eurafricano le hace muchas veces soñar, vivir en las nubes, gastar fuerzas pródigamente levantando castillos en el aire; pero también dispone, merced á su imaginación, de un poder combinativo que le hace crear, penetrar con la intuición en el fondo misterioso de las cosas, hasta donde no se llega con el empirismo tan solo. Esas borrascas del sentimiento, que les hace impulsivos y propensos á entusiasmarse pronto por las cosas, buenas ó malas, gasta mucho en emociones vanas; pero también en un momento puede destruir lo que una acción secular acumuló; el ejemplo de la revolución francesa es buena prueba de ello, al derrocar el poder secular de toda la tradición jurídica, política, filosófica y religiosa, en Europa, y esparcir la semilla por todos los ámbitos del Continente.

El tipo moral de esta raza, ¿tiene un verdadero sentido de la vida? Yo le creo muy cerca de él. El poema de Fausto es el verdadero Evangelio de la vida; todo lo da el viejo sabio: saber, conciencia, salvación cristiana, por el amor y la juventud, temas que forman el *leit motive* de la existencia. No en la verdad matemática está la felicidad, sino en los latidos del sentimiento. El sabio griego que gritó *¡Eureka!* al descubrir una ley física, no fué más fe-

liz que Paris al sentirse amado por Helena. No es la vida del pensamiento, sino la del sentimiento, la que proporciona la alegría de vivir. El tipo moral de la raza que formó el pensamiento helénico, que en parte dió la sangre á los pueblos latinos y por completo su pensamiento, está orientada en este ideal de vida: su natureleza afectiva, emotivista, hacia él le empuja. Las leyendas que simbolizan su vida primera y retratan la imagen armónica de su alma, son un himno al sentimiento: aquellos épicos combates del mundo griego en los cuales pueblos enteros y héroes famosos compartían la lucha en la que intervenían los mismos dioses, estrellándose contra los muros de Troya, todos se libraban por la posesión de una mujer, por un sentimiento, por el amor. Mientras que las luchas épicas de los pueblos del Norte en las cuales intervienen dioses, reyes y monstruos encantados, no tienen más finalidad que la conquista del oro del Rhin; en el tétrico Olimpo de los escandinavos no hay un estallido de la pasión. Como Heine decía al describir el alma gris de sus compatriotas, las alegres concepciones de la fantasía helénica, las náyades y nereidas que juegan en las ondas azules del Mediterráneo, al transportarlas al Rhin..... resultaron lavanderas. Que este sentido de la vida lo poseemos, declíranlo los mismos alemanes, ahitos de los místicos poemas líricos de Wagner, de la preocupación ética que sume en el intelectualismo abstracto, de la mayor parte de sus pensadores. Por esto Nietzsche exclamaba, formando un verbo admirable: «Hay que *mediterranizar* la música»; por esto los berlineses en la última Exposición de pinturas se sentían fascinados por los pintores franceses y españoles que exponían en sus cuadros el alma de fuego del Meridión de España. Pero en el orden social no es el sentimental el que vence, sino el más fuerte.

LA RAZA EN ANDALUCÍA Y EN CASTILLA

Aun diferenciándose entre sí, dentro de este tipo moral del eurafricano quedan comprendidos los castellanos, andaluces y levantinos, que pueden considerarse como el término opuesto á los pueblos del Norte de España.

Guerreros andaluces y extremeños fueron los conquistadores de América, los que acometieron empresas en las cuales la impetuosidad y fiereza de la raza quedó bien demostrada. Los atrevidos arrestos de estos pueblos tomábalos un escritor catalán (1) como índices que distinguían el castellano del catalán. No era sino propio del espíritu castellano el invadir imperios con un puñado de hombres, recorrer los ríos inmensos de América en canoas y quemar las naves, cosa que jamás se le hubiese ocurrido á un catalán, por ejemplo. El carácter de aquellos conquistadores no es el de los castellanos y andaluces de hoy, degenerados por varios siglos de desventuras; pero sus líneas fundamentales son las mismas. Hay en ellos idealismo, pero falta el sentido práctico; son agresivos, pero no perseverantes. La gracia andaluza no es el epigrama sutil, sino la hinchazón de la hipérbole, el relieve del gesto, de la palabra, de la mirada. Tienen, tanto los andaluces como los castellanos, una verbosidad fascinadora; pero toda la energía que late en el fondo de sus almas se volatiliza en los labios. No tiene el andaluz la dureza del castellano; pero hay en él más vivacidad. Consultando la historia política contemporánea de España se ve que Andalucía es una de las regiones que mayor con-

(1) Almirall, *Lo Catalanisme.*

tribución de políticos ha dado; como colectividad social, Andalucía es una masa adormecida, una masa de sonámbulos, como decía González Serrano; como individualidades, es una de las regiones más ricas. Hay exaltación individual, pero no cohesión social. Los mismos andaluces lo declaran: «Hay en esa alma andaluza—dice José Nogales—, á la que no adulo porque no quiero pintar una pandereta, sino hacer una *instantánea*, un verdadero tesoro de fuerzas perdidas, de actividades durmientes, de inteligencia descansada, de voluntad atrofiada y pervertida. Y he aquí un fenómeno curioso. En las zonas andaluzas donde se extiende la influencia inglesa—exclusivamente inglesa—, la vida interior reacciona de un modo maravilloso. Parece otra gente.

»Por Málaga, por el Campo de Gibraltar y por Huelva, van entrando los ingleses en mansa y tranquila invasión de intereses que de día en día ensanchan y afirman. Y el fenómeno por mí observado consiste en lo bien y rápidamente que se entienden y hermanan el andaluz y el inglés. A los dos días de llegar, el inglés es *Don Guillermo*, ó *Don Roberto*, ó *Don Jorge*. Unos y otros se acomodan bien á sus maneras, y hay, andando el tiempo, deseos de entronque, rara vez desperdiciados. De ahí va saliendo el nucleo de una raza nueva y vigorosa.

»El francés, el alemán y el belga, pasan sin entrar: toda la vida son forasteros. Hay algo de electricidades opuestas entre esa gente y la andaluza. Ni ellos se avienen, ni Andalucía se les entrega. Eso, jamás. ¿Qué recónditas afinidades determinan ese fenómeno? No lo sé.

»El andaluz tiene, en oposición á los pueblos sajones y anglo-sajones, un concepto individual de la vida. Esta acaba con su propio ser. «En moviéndome yo se acabó el »mundo». ¿Para qué trabajar y afanarse y buscar perfec-

ciones que yo no he de gozar? ¿Para qué sembrar pinos y encinas que Dios sabe quiénes recogerán el fruto? Este sentimiento de la vida trae consigo un profundo horror á la muerte. Es la región de menos suicidios y de más abintestatos. Véase la estadística.

....

»Los extranjeros, ingleses, alemanes, franceses y belgas, establecen industrias, acaparan los abastos de aguas, electricidad y saneamiento; montan fábricas de abonos, se apoderan de los medios de transporte, perfeccionan la fabricación de productos naturales, como el aceite, y hacen rendir su parte de riqueza á los residuos; monopolizan la exportación de frutos meridionales, como la uva y la naranja..... En la importación ejercen el mismo señorío comercial, y una grande y perenne riqueza sale de aquel suelo á nutrir la bolsa de accionistas desconocidos que se comen, se beben y se fuman á Andalucía en sus rincones del Norte, por esa ley fatal que pesa sobre los débiles, los perezosos y los desconfiados.

»Muy malo está el campo de los negocios, de las pobres industrias, de la paciente labor manual; pero el comercio andaluz, en su relación directa con el público, está en manos de gente castellana; la venta de especies de primera necesidad en manos de montañeses, gallegos y asturianos. Y todos viven, muchos se enriquecen, y con el dinero andaluz se compran sotos, quintas, pomaradas..... en las regiones del Norte y Noroeste. Es muy justo.»

Tipos de sentimiento y no de acción, los andaluces han contribuído á exagerar su psicología, su ardiente medio y el desaliento secular que se cierne como una nube plúmbea sobre España; después de una victoria, su ímpetu sería terrible; pero tras largo tiempo de miseria y desengaños, sin el auxilio de la educación transformadora, el an-

daluz ha derivado de la pureza del tipo moral de su raza y es vencido en su propia casa por los extranjeros y por los compatriotas, en la concurrencia económica.

El castellano es el que menos se ha apartado de la primitiva fuente. Las dos Castillas menos influídas por exotismos que el resto de España, guardan aún al hidalgo de los cuadros del Greco, de los versos de Quevedo y de las descripciones de Fouillée (véase *Psichologie des peuples européens)*, con su orgullo, su adustez, su fe religiosa y su espíritu idealista y amante de la tradición.

LA GRECIA ESPAÑOLA

En su colonización por el Mediterráneo, dejó Grecia sangre y alma suya en la costa del Levante español. La extirpe Mediterránea, que es la rama más delicada del viejo tronco eurafricano, cuyos brazos se extendieron por toda España, enclavada en las feraces vegas valencianas, mantiene aún hoy el tipo moral y aun el tipo físico de los antiguos helenos. Los psicólogos han visto desde antiguo en la mentalidad valenciana la imagen fiel del carácter mediterráneo, y los antropólogos, al investigar la filiación de las razas de España, han encontrado que el pueblo valenciano presenta mayor homogeneidad étnica que ningún otro de España, y caracteres de raza que le diferencian notablemente del resto de la población española. Cuando el compás del antropómetra iba anunciando proporciones, revelando la existencia de masas eurásicas en el Norte de España, de eurafricanos en el Centro y Sur, encontró al llegar á los valencianos el extremo opuesto de los astures: allá arriba quedaban los hijos del celta; en el golfo de Levante, los que encarnaban el alma flamígera

encendida bajo el cielo luminoso del Mediterráneo oriental.

No es esto una interpretación equivocada de las estadísticas antropométricas, de la experimentación y de la historia: la observación vulgar, á poco que pare los ojos en este pueblo, lo puede apreciar, y la observación científica confirmarlo. «Viajando por los alrededores de Valencia—decíame el Dr. Flores, catedrático de Barcelona—, he encontrado muchas veces en las mujeres el rostro griego que vi varias veces en mis excursiones por Grecia». El profesor de Antropología, Dr. Antón y Ferrándiz, consideraba como muy propio el calificativo de *Grecia española* dada á la región Valenciana, porque, producto el pueblo valenciano de la fusión de las dos razas que dieron origen al pueblo griego, necesariamente había de ofrecer el valenciano una remembranza de aquél. «Varias veces—me decía—he encontrado en los pueblos de Valencia este tipo griego; la ponderada belleza de la mujer valenciana es una herencia de la sangre mediterránea. Visitando los pueblos de la vega, he visto en rostros femeninos la reproducción de los contornos de la estatuaria griega.....» El rostro oval del tipo valenciano es la primera declaración de su procedencia mediterránea; su alma y su vida constituyen una continuación de esta primera revelación.

El temperamento artístico, el genio eminentemente estético de los valencianos, que desde Juan de Joanes, Ribalta y Ribera hasta Sorolla no ha decaído ni un momento; es producto de la herencia psicológica, de la orientación primera del alma que aún no ha torcido el primitivo rumbo de su marcha. Ante todo y sobre todo, priva en el valenciano una vida sentimental que hace de él un prototipo del emotivismo; su vida no es un proceso lógico,

sino un proceso sentimental que discurre según sopla el viento de las emociones.

Ama intensamente la música y la pintura, que constituye para el pueblo motivo de devoción religiosa. Late en el fondo un alma pagana que invade sus fiestas religiosas; el catolicismo romano, fuente de arte y propagador de símbolos, no ha podido encontrar mejores creyentes ni el protestantismo mayores enemigos. Cuando se celebra alguna fiesta religiosa en los pueblos ó en la ciudad, las paredes de los templos se abrigan con grandes tapices de ardientes colores y las flores se amontonan en los altares como ofrendas paganas; la liturgia es una cosa fría que se cumple con indiferencia mientras el oído queda atento á las notas del coro, á la parte artística de los sermones; la procesión sale plagada de símbolos, emblemas y misterios, pisando un tapiz de plantas olorosas que se arrojan como batalla de flores, la *enramá* que precede á las procesiones, y al frente de ellas, como yo lo he visto en los pueblos de la vega, coronados de hiedra, calzado el coturno, pintada la cara á guisa de mascarilla griega y apenas cubierto el cuerpo por la ligera clámide, van estos singulares creyentes danzando al son de las flautas, que recuerdan el sonido del sirto, y reproduciendo en sus saltos y figuras la peregrinación de los atenienses camino de Eleusis, exaltados por los disparos de las *tracas*, envueltos por la nube que brota de los incensarios, formando la cabeza de aquella fiesta, en la que se mezclan la pólvora del árabe, el culto católico y las vestiduras paganas (1). La historia del Renacimiento en Valencia

(1) Estas danzas, que son vestigios paganos ingertos en el culto católico, son análogas á las que se hacen en algunas partes de Italia, como Siracusa, Cagliari, etc., y pueden verse en Valencia en el mismo seno de la Ribera, como son los pueblos de Almusafes, Silla, etc.

demuestra claramente este fondo pagano, enemigo de los templos fríos y de las concepciones religiosas puras y abstractas. A las primeras impresiones que recibieron de Italia cuando se exhumaban las gloriosas reliquias del arte greco-romano, el alma de los levantinos se conmovió hondamente como si desenterrasen de su subsuelo espiritual los símbolos de su vida; comenzó á borrar de sus templos las penantes huellas ojivales; las severas ojivas fueron reemplazadas por la curva femenina de los arcos romanos; los capiteles de las columnas góticas con sus modestas cardinas, cubiertas por la patina del tiempo, por las hojas de oro del acanto que descuellan gallardas en las columnas corintias; donde el áside ojival esparcía tinieblas, arrojaron regueros de luz las cúpulas bizantinas, de alegres ventanales y flamantes frescos; las bóvedas de arista fueron ocultadas por las bóvedas de cañón, en las cuales Palomino y sus discípulos agotaron los colores más vivos de sus paletas en falanjes de figuras escorzadas.

Era el encuentro, la reconciliación de un espíritu con sus obras, de un arte, con el sentimiento que le produjo. Hoy los templos de Levante son esqueletos góticos con trajes paganos.

Las batallas de flores no son, como en Niza, una fiesta aristocrática hecha por potentados que buscan la cura del *spleen* y de cocotas parisienses; son fiestas populares en las cuales el pueblo toma parte y se bate en esta fiesta llena de candor y poesía.

El trabajo en el campo y en el almacén se hace ajustándose al ritmo de los cantos. Varias veces al recorrer las orillas de la Albufera he escuchado voces que modulaban el tema de los grandes dramas líricos; no es cosa extraña oir las notas del canto místico de la aparición

de Lohengrin, conducido por la barquilla y el cisne; la diferencia está en que el Lohengrin que aparece entre los arrozales es un labrador de cara tostada y pobre traje que rumia en el campo la lección de la Academia de música y piensa en el *ensayo* de la noche. Despierta la profunda emoción de los grandes contrastes el verles reunidos en el ensayo, como ellos dicen, después de un día de trabajo duro, como yo mismo les he visto en el pequeño pueblo de Almusafes, en la planta baja de la antigua torre almohade hipnotizados por la batuta, lanzando al aire el vórtice de armonías de la ópera wagneriana, traduciendo los más delicados pasajes de la pasión idealista, gustando la obra del genio que parecía reservada á la casta de los *dilettanti,* y propia tan sólo del palacio bávaro, en cuyos jardines enloqueció el rey Leopoldo en fuerza de hacerle soñar en mundos fantásticos, la magia de los poemas líricos..... y aquellos hombres, que todavía llevaban pegado el barro de las acequias en sus remangadas piernas y manchadas las ropas con el peso de las verdes gavillas, eran los que daban cabida á través de su ruda corteza al culto sublime de la música.

Son contados los pueblos que no tienen bandas de música, con su correspondiente orquesta y cantores; los más tienen dos músicas, porque los dos partidos políticos, el reaccionario y el liberal, consideran como programa de gobierno tener una música cada uno. Cuando se aproxima la fecha de los certámenes musicales, se redobla la fiebre por la música; el labrador suele dejar la tarea del campo encomendada á otros braceros, que paga la Asociación musical, y de crepúsculo á crepúsculo pasa las horas, sumido en los ensayos como ejercicios espirituales de un alma que hace una religión del arte, y el día señalado acude á la ciudad vistiendo un vistoso uniforme á reñir la

batalla, y sus paisanos piden gritando al final del ejercicio que el Jurado les dé el premio que consideran como supremo honor. Aquel día Valencia parece una gran capilla musical, un gigantesco liceo, en donde batallones de músicos, desde el amanecer hasta la noche, no cesan de tocar.

Su amor á la pintura se traduce en la espontaneidad y fanatismo que describí en otra parte (véase pág. 191), coincidiendo el medio que es una fuente de color y el temperamento artístico del valenciano.

Y este fondo helénico de su espíritu no tiene únicamente su expresión en el genio estético; su vida social y, sobre todo, su vida política, es una imagen de la vida de los pueblos de savia clásica. Más que por el razonamiento, se deja llevar por la simpatía; su conciencia política no tiene tanto de fondo adoctrinado como de sentimentalismo.

Guiado por la simpatía, profesa con devoción fanática, hasta el sacrificio, un credo político que toma en su exaltación como dogma y como tal le defiende. Con esta predisposición mental y constituyendo el pueblo valenciano una democracia económica—por su amplia repartición de las rentas medias y escasez de las rentas grandes, á semejanza de lo que ocurre en la riqueza privada de Sajonia—, necesariamente ha de resultar en la vida política una de esas democracias tempestuosas que recuerdan las antiguas Repúblicas griegas é italianas de la época medioeval. El valenciano no puede pasar sin discusión política diaria, como no podía el ateniense dejar de concurrir al Agora. No es fantasmagoría compararles con demócratas florentinos y atenienses; de aquéllos tienen la propensión á la demagogia, á deshacerse en luchas intestinas y conspiraciones que recuerdan las soberbias páginas de la historia de Florencia que escribió Maquiavelo; como éstos

el ímpetu agresivo que no perdona al contrario, que rompe todo freno en el lenguaje y arroja grandes bandos unos contra otros, á veces por motivos nimios, como aquellos que movieron la rivalidad de Temistocles y Alcibiades y que eternizó la pluma de Plutarco. República mora Valencia cuando se descuartizó en taifas la España árabe (1), República luego con aquella Monarquía aragonesa que los historiadores llaman república coronada, continúa hoy la tradición secular de su democracia que matiza un anarquismo de sangre.

No, no es, como dicen juzgando desde lejos al pueblo valenciano, una corrupción democrática su vida política: sus motines y luchas de bandería son una reproducción de su vida interna, de una herencia social. Presente tengo el vocabulario de polémica de dos *leaders* de los republicanos de Valencia que me recuerdan las invectivas de Demóstenes contra Esquines. No recuerdo ninguna página igual en la historia del periodismo español como la escrita por los periódicos de lucha de aquella región *El Pueblo* y *El Radical*. Vida privada y actos públicos han sido englobados en la polémica; los tiros se han dirigido al enemigo y á su hogar; los nombres de los combatientes no importa; lo representativo está en la colectividad que les corea.

«Compararé entre sí tu vida y la mía, suave y no acerba, Esquines, de donde puedan deducir qué distinta vida la tuya conjunto de todos los males: enseñaste las letras, yo las aprendí; tú iniciaste, yo fuí iniciado; tú eras saltarín, yo corebo; fuiste escribiente, yo juez; tú fuiste actor de tercer orden, yo espectador; representabas, yo silbaba;

(1) Véase Dozy, *Historia de los musulmanes españoles*, traducción de Federico de Castro.

tú hiciste todo por los enemigos, yo todo por la patria» (1).

Entre estas palabras de Demóstenes, dirigidas como dardos de fuego á Esquines en el discurso de la Corona, y las que en el Levante se disparan unos contra otros, la diferencia está sólo en la grandeza estética; el fondo es común. Por esto, cuando lejos de Valencia he escuchado el comentario de los comedidos castellanos, á estas invectivas que no creían como propias del sentimiento de aquel pueblo, espontáneamente acudían á mis labios las célebres palabras de la furia demostina: *Exetason toinin par allela ta soi kamoi bebiomena praos kai me pikros Aisgine eit eroteson......*

Este sentimiento, que llega á encerrar el odio más profundo, también se conmueve con las más hondas ternuras; Valencia es la región que mayor tributo da de delincuentes pasionales. Hay tipos de emotivismo que tienen como característica el egoísmo; sus sentimientos, siendo intensos, los reducen á un círculo estrecho, todos para sí, como el árabe que construye su casa afeándola por fuera y en el interior derrama todas las filigranas del arte oriental. El valenciano no es así; existe en él un emotivismo expansivo que le hace querer las cosas más lejanas, amar á los héroes extraños, de los cuales á veces no conoce más que el nombre. El drama de Dreyfus tuvo en Valencia una repercusión grande; había tantos *dreyfusards* como en cualquier ciudad francesa. Blasco Ibáñez recuerda este hecho: «Cuando Zola era perseguido por el populacho nacionalista, inicié un mensaje de con-

(1) Ἐξέτασον τοίνυν παρ' ἄλληλα τα σοὶ κἀμοὶ βεβιωμένα, πρᾴως, καὶ μὴ πικρῶς, Αἰσχίνη.....
Dr. Johannes Theodorus Vœmelius, *Demosthenis opera*, MDCCCLVII.

suelo y adhesión, creyendo que sólo lo suscribirían unos cuantos escritores y artistas. ¡Tuve que colocar cuatro mesas con pliegos, y se recogieron treinta y dos mil firmas!..... Venían las modistillas al salir del taller; los muchachos al abandonar la escuela; los obreros, colgándose del hombro el saquillo de la comida, cogían la pluma con dificultad entre sus dedos callosos; todo un pueblo de humildes, inflamados por el respeto al genio y la admiración al heroísmo. Algunos habían leído novelas de Zola en el folletín de *El Pueblo;* otros, ni esto, pues les bastaba saber que era un señor que escribía libros; *un artista* que estaba al lado de los desgraciados y los perseguidos. Y un grupo de encuadernadores encuadernó gratuítamente el mensaje en tapas de marfil; otro, las cinceló; un orfebre las puso inscripciones de plata; los pintores adornaron las páginas con acuarelas; las obreritas de tez pálida y ojos orientales metieron flores entre las hojas, después de besarlas, y el grande hombre perseguido recibió una mañana, entre los aullidos de muerte de la muchedumbre y los insultos de los periódicos, aquel libro oliendo á jardín, rebosante de entusiasmo y fe; el alma de todo un pueblo que llegaba á sostenerle en la hora triste, el saludo de una ciudad que el novelista tuvo que buscar en el Mapa, y de la que no tenía otras noticias que el nombre de las naranjas que se pregonan en el *boulevard*.

»Hoy tal vez el álbum, con su perfume de rosas muertas, yace olvidado en un rincón de Medan, como un pequeño féretro de marfil que guarda al alma infantil y pura de todo un pueblo. Yo vi lo que escribía un albañil á continuación de su firma, con una sencillez que arrancaba lágrimas: «D. Emilio, cuando no pueda vivir ahí, »véngase á Valencia: aquí tiene casa y un amigo. Vivo.....» Y escribía las señas de su domicilio con la tranquilidad

del que, ganando tres pesetas, aún está dispuesto á partirlas con los que ama.»

Este esbozo de la psicología actual del pueblo valenciano no es la reseña de un estado ó matiz mental pasajero. Hay pueblos que por influencias efímeras presentan un cáriz que no es la imagen del alma que duerme en el fondo, algo así parecido á esas viejas ciudades en donde se encienden luces eléctricas como en las grandes ciudades modernas, presentando por fuera luces espléndidas y por los espíritus las tinieblas de la tradición: estas ciudades no podrán llamarse nunca ciudades modernas por sus luces, como Robinsón no podría llamarse salvaje por su traje. Por esto, cuando se estudia un pueblo con la psicología actual, palpable, hay que pintar la pasada que se revela en sus manifestaciones históricas. El hombre no se juzga por la última estratificación mental, sino por la primera y por la última. El pueblo valenciano, considerado en su estado actual, presenta una psicología que es la prolongación del estado ancestral suyo, repitiéndose, á través de los obligados ritmos de grandeza y decadencia que se dan en toda colectividad, las características psicológicas que en la actualidad le diferencian del resto del pueblo español.

Su genio estético con matices sensuales y satíricos, y su emotivismo expansivo que hoy se aprecia en él, son una repetición del mismo carácter que en el siglo XVI dió la florescencia literaria más grande de España. Entonces, las comunicaciones terrestres eran más difíciles que las marítimas; Valencia, mirando al mar latino, por él recibía la rica savia mental de las Repúblicas italianas, ofreciendo una permeabilidad extrema que permitía á las nuevas ideas filtrarse y llegar á su espíritu.

Mientras los catalanes seguían duramente aferrados, y

por esto en plena decadencia—á partir del último tercio del siglo XV—, Valencia, que había sido la Metrópoli intelectual del reino de Aragón, no desdeñaba acoger lo exótico con tal de que fuese bueno. De sus poetas, que habían recorrido como capitanes por Italia repartiendo cintarazos y haciendo rimas, recibió impresiones cosmopolitas que ensancharon los horizontes de su alma; del sevillano Lope de Rueda acogió el entusiasmo por el teatro como la semilla que se arroja en el mullido lecho de limo, y cuando Lope de Vega fué á buscar un refugio, prefirió á Valencia, atraído por el brillo de su escuela literaria, á semejanza de Torres Naharro. El pueblo valenciano hacía germinar al calor de su sentimiento la propia semilla y la que manos ajenas arrojaban (1); por esto ofrece el teatro valenciano el caso singular de registrar obras políglotas, pues los personajes hablan en latín, italiano, francés, lemosín y castellano. Los grandes maestros de la escuela, Timoneda, Gil Polo, Virués, Micer Andrés, Rey de Artieda, Tárrega, Gaspar de Aguilar, Guillén de Cas-

(1) «La ciudad de Valencia—dice Alberto de la Barrera y Leirado en su obra *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, pág. 7—, cuna y maestra de tantos varones insignes en todos los ramos del saber; la primera de nuestro suelo donde se aclimató la imprenta, y, en fin, uno de los principales centros literarios de España desde fines del segundo tercio del siglo XV, acogió en su seno los restos de la antigua escuela poética de los trovadores catalanes y aragoneses; les imprimió la gracia festiva, la animación y ligereza propias del carácter de los hijos del Turia, y los vistió alternativamente, y con igual facilidad y gusto, las galas de dos idiomas: el nativo suyo y el castellano. Las musas dramáticas hallaron en Valencia su verdadera patria, llevadas á sus floridas playas por el Molière español: el insigne sevillano Lope de Rueda. En Valencia se conservaron y dieron á luz, por medio de la estampa, las obras de aquel grande ingenio, y reformó la distinguida escuela donde más tarde perfeccionó su gusto el gran Lope de Vega Carpio, y donde á la par brillaron tres principales ingenios: D. Guillén de Castro, D. Francisco de Tárrega y D. Gaspar de Aguilar.»

tro, etc., cultivan el lemosín, pero prefieren el castellano, que les da mayor radio de acción á su pensamiento, y recogen el sentido poético de la literatura italiana, de las tradiciones trovadorescas, de la intelectualidad sevillana, y convierten en culto religioso el cultivo de las letras; constituyeron, á manera de cenáculo misterioso, la *Academia de los Nocturnos*, que rodearon de idealidad, en donde los admitidos se bautizaban con nombres simbólicos y mantenían encendido el fuego del culto como en las sagradas aras de los antiguos templos.

El pueblo mantenía esta afición reverenciando á trovadores y juglares que acudían de todas partes á la poética ciudad, en donde el teatro podía abastecer con sus ganancias un centro de beneficencia; tanta era la afición que el público sentía por las representaciones (1), y que arrancó un privilegio á Felipe II. Como rezan los antiguos *Manuals del Conçell,* las fiestas religiosas y civiles tenían sus obligados pasajes de cantos corales y representaciones en las cuales el pueblo se abismaba envuelto por las explosiones de color y de la poesía, gustando las finezas de la poesía que se ha perpetuado en él hasta producir hoy ese trovador de los campos que improvisa, á semejanza de las antiguas *cobles* y *cantineles*, canciones de música mora en las alboradas. No era un grupo de literatos; era todo un pueblo el que respiraba constantemente una atmósfera de arte.

Consecuencia de esta intensa vida fué reflejar en el resto de España con Lope de Vega y en Francia con Pierre Corneille el nuevo teatro. La influencia de la escuela literaria valenciana en Francia claramente la reconocen

(1) Véase *El teatro en Valencia desde su origen hasta nuestros días*, por L. Lamarca, 1840; y J. Serrano Cañete, *El canónigo Francisco Martín Tárrega*, 1889.

hasta los ajenos á nosotros comparando las obras del valenciano Guillén de Castro *Las mocedades del Cid* con el *Cid* de Corneille (1); las fuerzas de difusión de la escuela estaba en razón directa de su espíritu amplio y cosmopolita. El mismo Lope de Vega confiesa la influencia de la escuela valenciana en que formó parte bastante tiempo; no fué él el reformador del teatro, sino el propagandista de una reforma. «Yo proseguí las comedias en el estado que las hallé.....», dice en *El peregrino en su patria*, recordando los días en que, casi un niño aún, llegó á Valencia.

Ha habido siempre esta tendencia de asimilación que allí constituye un hecho histórico; los egoísmos locales, llámense nacionalistas ó regionalistas, son contrarios al pueblo valenciano que ha presentado cierta tendencia, que

(1) «La exposición—dice el Conde de Schack, en su *Historia de la literatura y del arte dramático en España*—de la serie consecutiva de las escenas de esta comedia, podrá, en verdad, darnos una idea de su estructura externa, pero nunca del *riquísimo colorido* que adorna á este bello cuadro; nunca del aroma, verdaderamente romántico, que aspira; nunca, en fin, de la delicadeza psicológica con que se pinta la lucha de opuestos sentimientos en el corazón de Ximena..... No carece de las galas de una poética y rica fantasía, ni de bellas imágenes sobriamente distribuídas en las ocasiones en que sólo habla la pasión». Refiriéndose al *Cid* de Corneille, dice: «Lo que tiene de positivamente bueno lo debe al poeta español. Pero ¡cuán inflexible y grosera nos parece su obra! ¿Qué se hizo de aquel aroma poético ya tierno, ya apasionado con violencia, que respiramos con fruición y con ansia en la comedia española? En su lugar encontramos vana hojarasca oratoria; en vez del lenguaje del sentimiento, hinchada fraseología; en vez de lucha entre el honor y el amor, y los deberes filiales, tan superiormente motivada en la comedia de Guillén de Castro, una coquetería opuesta á aquellos sentimientos; en vez de la figura heroica de Rodrigo, que se refleja y desenvuelve en los hechos representados como si viviera, un charlatán ostentoso .... Si recordamos también que esta tragedia es siempre una de las mejores del teatro francés, nos admiraremos de que tanta pobreza haya subyugado más tarde á los españoles, para despreciar las riquísimas flores de sus dramas nacionales». Tomo III, pág. 289.

se puede llamar filoneista, en su historia y en su presente. Su democracia ardiente, que le empujó á la revolución de carácter social que significan las Germanías, tiene hoy el acicate de un idealismo impetuoso, como estado de conciencia y como acción. Las estadísticas muestran que es Valencia la gran ciudad que más papel impreso consume. La difusión literaria es enorme.

Lo más granado de las nuevas ideas, las obras de Tolstoï, Kropotkine, Rochefort, Sudermann, D'Annunzio, Darwin; esto es, ciencia positiva, literatura nietzshiana, teatro moderno, política del porvenir, caen como lluvia de oro en la conciencia colectiva de los obreros de la ciudad, que completan esta obra de vulgarización literaria con su apostolado por los campos adonde llevan el fermento revolucionario..... Yo he presenciado la vida de los trabajadores de la huerta en la época de siega. He escuchado los cantos largos y dolientes de los trilladores, que rememoran las notas tristes de la guzla mora, mientras los segadores, hundidos hasta las rodillas en el fango del marjal, blandían hoces enormes como guadañas; las levantaban y hundían en aquellas rubias espigas que parecían flecos de oro de grandes púrpuras, avanzando entre las gavillas que quedaban flotando como muertos sobre la superficie musgosa de las aguas. Después, junto á la barraca, á la sombra de los sauces de Babilonia, conversaba con ellos procurando recoger los pensamientos que caracterizaban su psicología, y deduje que en ninguna parte se repetirá con más vehemencia que bajo aquel cielo de rabioso azul el grito de los revolucionarios rusos que luchan por libertar la tierra: *¡Sembra e Volia!,* tierra y libertad.

En la mentalidad de este pueblo se ha dado esa asociación de opuestos psicológicos que dominó en Grecia: sentimiento y espíritu filosófico, pero no de esa filosofía de su-

tiles abstracciones, sino de experimentación, de mayor sentido real. Luis Vives, el gran filósofo sin igual en España, el primer pensador de Europa en su tiempo y gran revolucionario de la Filosofía, no es un caso esporádico surgido al azar en el seno de un pueblo, sino la manifestación de una cualidad consustancial de la mentalidad de la raza, como lo fué el P. Tosca, el Locke español, tan grande como poco estudiado (1). Los Mediterráneos no solamente dan colores, sino esos ejemplos de mentalidad filosófica que en la Historia se conocen con el nombre de Ramón Lull. Hoy, desprovistos de maestros, en el pueblo valenciano no se produce en grande más que la obra de arte que tiene sobre todo cierta espontaneidad creadora que no requiere, como la filosófica, la larga preparación pedagógica. El escultor de almas aún no ha llegado al pueblo valenciano; el bloque de mármol, espera al artífice.

Las buenas cualidades típicas del pueblo valenciano tienen sus opuestos que le retienen en la orientación moderna que ha emprendido. La raza es fuerte; siendo bajo su tenor de vida *(Standard of Life)*, produce mucho, y ha llegado á adquirir gran capacidad técnica, en el agrarismo sobre todo; entre la gente del pueblo no descuella ese tipo de indolencia musulmana, representativo de la *abulia* colectiva que caracteriza á otras regiones, Andalucía, por ejemplo. Pero esta actividad, este potencial alto de energía individual, tiene su opuesto en la funesta tendencia á constituir cohesiones de bando, no cohesión social. Y no es que el pueblo sea refractario á la asociación; los estudios demóticos de Joaquín Costa demuestran

(1) Quien comenzó á propagar su fama fué D. Joaquín Arnau, catedrático de Metafísica de la Universidad de Valencia, cuya muerte ha aplazado por mucho tiempo el conocimiento del filósofo Tosca.

la existencia de comunidades antiguas en esta tierra y en las formas de asociación moderna, como la cooperación tiene tanta representación, que es raro el pueblo que no tiene una asociación de esta clase, por lo menos. Pero en la vida política, la actividad se descompone y convierte en exaltación epiléptica, en algo inorgánico que no deja nada duradero. La rebeldía política de hoy será eterna mientras no se extraiga al anarquista que vive en los glóbulos de su sangre.

El valenciano pertenece á la categoría de esos pueblos sensualistas que aparecen en las descripciones de psicología económica de los pueblos hechas por el gran Schmoller; al italiano es al que más se parece. Así como el tronco anglo-sajón tiene como característica de su psicología económica una fiebre por el dinero, que comienza con el despuntar de la razón y termina en el sepulcro, el tronco latino, cuanto más á las raíces—que son mediterráneas—se acerca, más amengua este delirio por el oro. El valenciano trabaja, durante cierta época de su vida, con el pensamiento puesto en el descanso de mañana; con la asiduidad de un teutón va acumulando, hasta que cuenta con el patrimonio suficiente para poder vivir con entera independencia, y entregarse con pasión á la política, á la vida del Agora, y discurrir por los caminos de la vega, llena de luz y de colores (1). Y contribuye á mantener esta psicología el predominio de las rentas medias en el pueblo, efecto de la gran división de la propiedad agraria, que es

---

(1) Hay un antiguo cantar que retrata con toda la fuerza de su gráfica expresión la psicología económica del valenciano:

Arrós y tartana
casaca á la moda.....
¡Y rode la bola
á la valensiana!

la fuente principal de riqueza: un motivo económico cohonestando una psicología, como diría un materialista histórico. Esta gran repartición aumenta el número de las unidades económico-domésticas, pero no la unidad empresa. De esta suerte, la constitución de grandes capitales, de grandes concentraciones económicas, es difícil allí.

La fundación de un cuerpo político, como lo pueden constituir los vascos, por ejemplo, allí sería imposible. Abandonada como nacionalidad Valencia á sus propias fuerzas, no sería más que una de esas Repúblicas de la Edad Media, famosas por su arte, por su comercio y por los tiranos de su perenne oligarquía, que cuando estaba vestida de fraile le cupo el baldón de hacer la última víctima de la Inquisición, y hoy, cubierta por el gorro frigio, intenta, en nombre de otros dogmas, inmolar á la idea nueva á los que representan la tradición religiosa.

El espiritualismo en las razas.—El pueblo catalán

Como factor endógeno que contribuye á formar la psicología de los pueblos, aparece el factor espiritual, esto es, las ideas y los sentimientos que pueden ser determinadas en los individuos por causas históricas. Y el espíritu, en cierto modo, no absolutamente, tiene cierta independencia sobre la raza. De una misma raza salieron varios pueblos—dice Lazarus (1)—, y en un mismo pueblo pueden reconocerse varias razas. De suerte, que hay cierto predominio del espíritu, de la acción educativa en su más amplio sentido sobre las condiciones naturales de raza y suelo. En una raza étnica, homogénea, se pueden

(1) Lazarus, *Leben der Seele*.

formar varios espíritus, y distintas razas pueden ser comprendidas en un mismo espíritu. Esta concepción, cuidadosamente formada por Lazarus y Steinthal en su teoría sobre la psicología de los pueblos, evidencia el predominio del psicologismo en todos los ramos, y en esta ocasión, por la que aducimos la teoría antedicha, aclara perfectamente el caso del pueblo catalán.

El pueblo catalán es un pueblo eurafricano que tiene algunas salpicaduras de sangre eurásica y un solo islote enteramente braquicéfalo (Balaguer), que viene á ser como la gota de agua dulce que se arroja al mar. Los índices y la crania acusan esta procedencia, por más que algunos antropólogos improvisados y separatistas y regionalistas del antiguo condado se empeñen en ser arios y llamen *moros* al resto de los españoles. El moro también vive en Cataluña, pero fué un moro que arribó tempranamente: su sangre es tan semita como la piedra angular de la antigua Barcino. Su espíritu ya no es así. Largos años de dominación condal, que condensan un complejo de influencias históricas, han determinado la formación de una psicología, que les diferencia de sus hermanos que viven en la estepa castellana y en las vertientes del Atlas africano.

La característica de su psicología es el equilibrio de la mentalidad, y su mentalidad es la composición de facultades mediocres que rara vez llegan á los extremos. Hay en toda ella cierta grisura, cierta opacidad, como esos cristales deslustrados á través de los cuales se filtra la luz difundiéndose tranquila, sin que ningún rayo de crudo resplandor deslumbre la mirada. La genialidad entre ellos es una flor rara; su energía mental se reparte profusamente por todo su mundo moral, como esas flores del heliotropo que cubren como pequeñas salpicaduras el

montón verde de la pequeña trepadora, aromatizando suavemente el ambiente, sin producir esas soberbias eflorescencias de la magnolia, que consume su savia en unas cuantas flores de embriagador aroma y efímera existencia. El alma catalana no tiene la rápida ideación, ni la imaginación férvida que producen el arranque genial; estas cualidades predominan en otras regiones españolas; en Cataluña la atención es paciente, no existe la impulsividad; pero la voluntad es disciplinada y perseverante. La excitabilidad del *yo,* que produce verdaderos huracanes psicológicos, como sucede entre los valencianos, falta en los catalanes, y les mantiene en un medio nivel sin llegar á la psicología de los extremos, y, por lo mismo, á las enfermedades de la voluntad, por exceso ó por defecto. El vuelo prosopopéyico deja en su literatura el püesto á una claridad y limpieza que recuerda el espíritu literario francés. Pero esta mentalidad mediana opera en su actividad intelectual el mismo fenómeno que la miopía no ve las cosas lejanas, y por esto no concibe grandes idealidades, sino las cosas que están cerca, y ajustándose á ellas, produce el sentido práctico de la vida; las tendencias intelectualistas y abstractas, el factor emotivista, es escaso en Cataluña. En la lengua catalana no se registra el verbo *amar;* para expresar ese sentimiento se dice *yo te estimo (jo t'estimo),* pero no *yo te amo.*

Éste complejo psicológico que ofrece cierta unidad é igualdad, tiene, sin embargo, un punto cardinal que permite considerar al catalán como incluído entre los caracteres que pertenecen al linaje de los *voluntarios;* pero aun dentro de este carácter, rara vez llega á los extremos. Se le puede pedir perseverancia, pero no heroísmo; cierta idealidad, pero no idealismo: en el fondo de su voluntad hay una hormiga, no un águila. Entre los científicos es-

pañoles que van á las fuentes, á la ciencia pura, los catalanes apenas tienen representación; pero como profesionales, son los que dan mayor contingente: no busca su mentalidad la Filosofía de la ciencia, sino la Economía de la ciencia; así se comprende el caso de haber contado la Universidad de Barcelona entre los catedráticos catalanes uno que lo era de Metafísica y al mismo tiempo comerciaba en bacalao, otro de Derecho penal y empresario de teatros, otro que al darle á elegir entre el Derecho penal y el Derecho mercantil abandonaba á aquél que significaba estudio puritano é intenso en la época de su total renovación y elegía este último que significaba dinero.....

La voluntad no está al servicio de un idealismo, sino del famoso economismo, ante el cual oponía D'Annunzio su programa del estetismo como más noble ambiente para la vida del espíritu.

El catalán, pues, es un tipo de acción, al que reune un sentimiento de individualismo y amor á la libertad que han aumentado su valor social como individuo. La tierra catalana es un documento psicológico para el sociólogo que estudie á este pueblo: á diferencia de la mayor parte de la Península, Cataluña ha cuidado la riqueza forestal, y de ella ha hecho una industria; en las cuencas de sus ríos ha desarrollado una industria que utiliza las fuerzas naturales llevando la riqueza á los sitios más recónditos; su agricultura, técnicamente, no es la primera de España, pero está explotada, y tiene junto á esta fuente de riqueza la de riqueza industrial. La luminaria y el estruendo de la fábrica se escucha en el campo y la ciudad. Es el gran hormiguero cuidadoso y trabajador que pacientemente acumula la riqueza. El ahorro y el tiempo son en el catalán el arma, más que el talento comercial, para

enriquecerse. Y los efectos sociales de este bienestar han sido de enorme transcendencia.

El trabajo acumuló la riqueza, y la riqueza ha sido el canalizo por donde las cosas nuevas han penetrado en Cataluña; parece que la riqueza hace á los pueblos más permeables para el progreso. Por esto han conseguido elevar su nivel de vida merced á la vena aurífera de su voluntad. El catalán, comparado con el andaluz, tiene mucha menos inspiración; en cada andaluz hay un trovador, aunque sus trovas sean de fúnebre inspiración; su fibra artística es más sensible; pero el catalán va á la academia de canto, estudia, pule la piedra tosca de su sentimiento y del coro popular suele pasar muchas veces al teatro; dócil al trabajo, se presta sin impaciencias ni decaimientos á la enseñanza; espera confiado, y en la asociación, que es norma de su vida, encuentra medios sobrados para llegar á ser un cultivador del arte. La incorporación de las ideas nuevas que su riqueza le facilita es lenta en su conciencia, pero paulatinamente la realiza.

Su alma no tiene intensas fulguraciones; mas no por eso deja de amarlas. No es elocuente, sino claro, conciso y buscador del hecho; pero le fascina la elocuencia y la genialidad ajena. Los *leaders* de la vida política catalana más resaltante no han sido catalanes. Los radicales siguen ahora acaudillados por un agitador madrileño como Lerroux, y un gran orador andaluz como Salmerón; los catalanistas tuvieron su época de auge cuando fueron dirigidos por el Dr. Robert, oriundo de Méjico; los carlistas por el gallego Mella..... Cataluña es el bloque de gran peso que toma la dirección que otros le dan. Su individualismo no rehuye la cohesión, pero resiste á la tutela de la Administración central: no quiere amos, pero sigue á caudillos.

El medio en que vive el pueblo catalán influye en darle á su alma la tonalidad de la psicología que recuerda á los pueblos del Norte. Por todas estas características, el pueblo catalán ofrece una personalidad bien definida que acaba de determinarse con su habla y que le diferencia del resto de los pueblos que constituyen en España la unidad política. Los caracteres distintivos de su personalidad dan á conocer que existen en él los gérmenes de una nacionalidad á pesar de ser su raza igual á la que ocupa la mayor parte del territorio español; pero en ella se ha desenvuelto un espíritu que confirma la teoría de Lazarus y Steinthal.

CAPITULO III

La raza espiritual

La unidad y la variedad psicológica.—Notas diferenciales y comunes en España.—El lenguaje.—Las revelaciones psicológicas del vocabulario.—La nota común del arte español.

La unidad y la variedad psicológica.—Notas diferenciales y comunes en España

La *raza* es una conceptuación que tiende á expresar una unidad, una amplia característica, una personalidad, un distintivo. Pero este vocablo se ha reservado para las unidades diferenciales, características, distintivas, en el orden corporal ó somático. Se han tomado, pues, los nervios, los músculos, los huesos y su figura para determinar el concepto, y cuando se han agrupado cierto número de hombres con características propias y comunes entre sí y diferenciales para con los demás (1), se ha dicho: he aquí una raza. Pero muchas veces á estas semejanzas materia-

(1) Características comunes entre sí diferenciales de los demás son, por ejemplo, la dolicocefalia de los semitas común entre ellos y que les diferencia de los braquicéfalos celtas; á ambos grupos les es común la racionalidad; por esto no puede servir esta cualidad de característica; pero sí puede ser característica la forma del cráneo, porque no es la misma entre los dos grupos citados.

les y externas, no corresponde una semejanza ó analogía psicológica.

En este caso, hay una raza, pero no un mismo espíritu. Otras veces en un conglomerado de distintas razas surge un pensamiento común que á todas las comprende dándose una unidad moral sobre una variedad de razas. En el primer caso, en vano buscaremos la unidad, la personalidad social: ésta no existe cuando un pensamiento común no une; en el segundo caso, la personalidad, el cuerpo, existe, porque las fuerzas morales mantienen la cohesión del conglomerado.

Se ve, pues, claramente que hay un hecho resaltante, un criterio de investigación amplísimo, una fuerza *predominante,* que causa y viene á ser el centro rector de los fenómenos históricos. En este sentido, la psicología es para las ciencias sociales ó históricas lo que la fisiología y la física son para las ciencias naturales.

Este hecho induce á creer que entre la multiplicidad de factores, exógenos y endógenos, que contribuyen á constituir la psicología de un pueblo, son los de orden espiritual los más importantes. Volvemos á la concepción expuesta en capítulos anteriores (pág. 176). Si el suelo de Grecia hubiera sido la causa de la civilización helénica, el bárbaro turco hubiera hincado sus rodillas ante el Partenon y continuado la tradición griega; pero más que el suelo proteiforme de la Península clásica, le decia el Korán que llevaba enraizado en su conciencia.

Para analizar un pueblo hay que saber, ante todo, cómo piensa y luego en dónde vive. No se puede hacer la historia de un grupo social por medio de las famosas generalizaciones que llevaron á algunos á explicar la historia del escandinavo por el salmón, la de los eslavos por la hierva, la de los galos por el cerdo..... No se puede explicar

por las montañas y los llanos la libertad como quiere Montesquieu; esclavos hay en las pampas y ciudadanos en la región alpina; ni creer como Emerson, que donde cae la nieve tiene su asiento la libertad y en donde madura la banana la tiranía, porque siervos son los que perecen en la nieve de las estepas rusas y bananas crecen en la tierra de Washington.

Junto á los Andes preñados de oro, vive miserable el peruano, y entre las rocas sin venas de Noruega se enriquece y eleva la mentalidad del escandinavo.

El espíritu no triunfará en absoluto de la raza y de la tierra en el sentido que describen Lazarus y Steinthal (1), porque tiene sólo poder transformador, no creador; pero imprime como troquel poderoso su sello sobre el conjunto social. La morfología de la sociedad, su vida y orientación, no es más que la superestructura de los sentimientos y de las ideas, supremas modeladoras de todo lo externo; las leyes de los acontecimientos históricos son una prolongación de las leyes de los sentimientos y de las ideas en gran parte. Los materialistas históricos, que creen que la manera de vivir determina la manera de pensar y es la vida económica el factor único de la vida social rigiendo el interés individual toda la existencia, olvidan que la manera de pensar determina la manera de vivir, y que no es el interés el factor único ó móvil de nuestras acciones,

(1) Esta es una de las afirmaciones cardinales que ha aparecido muchas veces en la *Zentschrift für Völkerspsichologie*, fundada en 1860 por Lazarus y por Steinthal, que se proponía hacer cooperar á literatos, filólogos, historiadores, juristas y antropólogos para constituir la ciencia de la psicología de los pueblos. La revista fué reemplazada por la *Zentschrift des vereins für Volkskunde*. Véanse los artículos fundamentales de Lazarus en los tomos I y II de la primera revista y su obra *Das Leben der Seele*, y de Steinthal, *Philologie Geschichte und psychologie*; *Allgemeine Ethik; Einlaitung in die Psychologie und Sprachwissenschaft*.

sino á veces otras concitaciones y del linaje de los sentimientos generosos lo que impulsa á obrar: el amor á la gloria poética simbolizada en una pequeña corona en los juegos olímpicos lanzaba á la lucha á los griegos; el amor al prójimo amarraba á los bancos de una galera á San Vicente de Paul, dice Henry George (1).

Trasladando estas concepciones al orden crítico y comparativo en el examen de la población española, encontramos que no es la diferencia de raza la causa de la superioridad de unas regiones sobre otras, sino el resultado de un conjunto de causas que tienen sus raíces en el orden moral.

Si sobre un conglomerado de razas surgiese un sentimiento y una idea comunes, podríamos decir que allí había un pueblo, una nacionalidad, una unidad psicológica, una *raza espiritual*. La unidad étnico-colectiva tiene el nombre de raza; la unidad psicológico-colectiva, sobre base étnica heterogénea, puede también significar una personalidad bien definida y dársele el nombre de *raza espiritual*, pero en el sentido de componer una unidad psicológica. Los judíos constituyen una raza; el nombre de raza judía anda en boca de todos, y sin embargo no constituyen una masa étnica homogénea, como lo ha demostrado Lombroso (2), sino cierta heterogeneidad; sin embargo, sus sentimientos é ideas se dan en unidad tan grande, que se les considera como una raza. ¿Existe esta unidad psicológica en el pueblo español?

---

(1) H. George, *Progress and Poverty*.

Puede verse sobre el influjo del factor espiritual y su complexidad los trabajos de Wagner expuestos en su obra *Grundlegung der Politischen Oekonomie*; los de Schmoller, *Grundriss der Allgemeinen Volkswirtschaftslehre*, tomo I, y *Politique Social et Economie politique*, y la tendencia representada por Stammler.

(2) Lombroso, *L'antisemitismo*.

Claramente queda visto que no. Al hablar de unidad psicológica, refiriéndose á un pueblo, hay que tener presente que la unidad quiere decir cierta afinidad en ideas y sentimientos lo suficientemente intensa para que produzca homogeneidad. Y no basta que exista alguna nota común entre una gran colectividad para creer que existe una unidad; la unidad ha de ser producto de muchas afinidades étnicas y psicológicas, sobre todo de estas últimas, á semejanza de la unidad que presenta un grupo regional, por ejemplo: Valencia, en España; Piamonte, en Italia. Porque si tomamos por unidad psicológica la existencia de una sola distintiva ó característica en una gran masa de población, en este caso ya no cabe establecer diferencias entre todos los humanos: bastará reconocer que los caracteriza la *racionalidad* en ellos para afirmar que existe la unidad psicológica y envolver el mundo en una representación uniformista. Los asiáticos, por ejemplo, han tenido la nota común del hieratismo; pero ¿basta esta sola nota para afirmar que entre ellos existe la unidad psicológica? En los estudios naturales hay que buscar lo típico; en los de Ciencias históricas lo característico; en el primer caso, el método, como dice Paul Hermman, es homotético; en el segundo, *ideográfico* (1); cuando se trate, pues, de determinar la constitución y carácter de

(1) Esta nomenclatura ha quedado confirmada á raíz de la discusión sostenida en la *Revista de Tubinga* á propósito del valor de los conceptos. Los conceptos en las Ciencias naturales se forman con una seriación de notas comunes y fijando *lo típico* (el naturalista, para fijar el concepto del hombre, busca lo que es común á todos, la racionalidad, y luego las partes de su cuerpo); en las Ciencias históricas, buscando lo característico, no lo típico: para distinguir á rusos de japoneses, por ejemplo, hay que buscar, no lo que les es común, sino lo diferencial (constitución somática, costumbres, religión, etc. En esta discusión, en la cual también se deslindaron los campos, intervinieron autoridades como Neuman, Wundt, Schmoller, Wagner, Rikert, Stammler, Paul Hermman, etc.

un pueblo, precisa escoger las características de los grupos que le constituyen, cuáles son comunes y cuáles diferenciales, y cuando las diferenciales ofrecen claro contraste comparadas las de un grupo con otros, no cabe entonces afirmar la existencia de la uniformidad psicológica. En España han contribuído el suelo, la raza, la influencia ancestral y la educación en la formación de distintos caracteres regionales tan claros, que no puede afirmarse la existencia de la uniformidad psicológica del pueblo español. Los escritores antiguos, como Masdeu, al tratar la psicología del pueblo español, hacían afirmaciones de escolástico abstrayendo al hombre del medio, y sin tener en cuenta la interdependencia que le liga con todo lo pasado y lo presente (1); y los modernos, sin fijarse en la preceptiva científica del método *ideográfico*, han desdeñado las notas diferenciales y se han fijado en las comunes exagerando su valor, como lo ha hecho R. Altamira (2), ó bien exagerando las diferenciales y no teniendo en cuenta las comunes, como P. Gener (3).

EL LENGUAJE

El idioma es una de las notas diferenciales de los pueblos de España. Las fronteras lingüísticas están bien delimitadas, y dividen el territorio nacional en regiones.

Aparte de las influencias históricas que significa la variedad lingüística, tiene importancia su estudio en la psicología de los pueblos por los tonos ó matices con que la

(1) Así podía afirmar errores como el sostener que la voluntad no depende en nada del clima y trazar cuadros fantásticos sobre el carácter español. Véase su *Historia crítica.*

(2) Altamira, *Psicología del pueblo español.*

(3) Artículos en la revista *Nuestro Tiempo*, 1902-903.

caracteriza. La sintáxis de una lengua es un orden prestablecido de representaciones que influyen en las representaciones del sentimiento. Los estudios de Spencer y Guyau, sobre el estilo, claramente muestran esta influencia. Producto muchas veces del lenguaje, de influencias exóticas, llega á ser asimilado de tal suerte y transformado, en mucho ó en poco, por el pueblo que la recibe, que viene á ser algo consustancial con el alma del pueblo que la habla; por esto vemos que entre el carácter de un pueblo y la fonética de su lengua, hay cierta ecuación. La dulzura de los italianos se compadece muy bien con la fonética femenina de su lengua; la dureza de los alemanes con la palabra fuerte y angulosa de su idioma. Se establece, pues, cierta concordancia entre el alma y el lenguaje; «..... todos los poetas antiguos—escribe Cervantes—escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos; y siendo esto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno, que escribe en la suya» (1).

Está profundamente enraizada en los hondones del alma de un pueblo su idioma, porque á pesar de ser la semilla exótica, como, por ejemplo, en España, que es de importación romana, se desenvuelve en propio suelo y forma con él un solo cuerpo. El *sermo vulgaris* ó bajo latín, extendido por las regiones de la España romana, tomó distintas tonalidades, según los pueblos en donde influía, los cuales transformaron el latín en romances que retrataban el genio de la raza que los producía. Así, el ro-

(1) *Don Quijote*, parte segunda, cap. XVI.

mance galáico-portugués retrata la dulcedumbre de los pueblos que le hablan; la adustez castellana, en el romance castellano se muestra; la concisión clásica del catalán, es una muestra del tipo de acción que significan sociológicamente los catalanes. Como dice Novicow (1), la fonética de un lenguaje da la medida de la intensidad vital del pueblo que le habla. Estas consideraciones dan una idea del valor positivo del lenguaje en la psicología de los pueblos, y de su cultura é intensidad mental se encuentra la demostración en el vocabulario.

En España esparcieron la siembra de sus idiomas todas las razas procedentes de los troncos eurafricano y eurásico. Sobre la capa de lenguaje que dejó un pueblo, vino la superposición de otro idioma (2). La variedad filológica ha sido muy grande en España, y el proceso de su lucha de gran interés para la psicología del pueblo español.

Dice el viejo autor Luitprando, que escribió hacia el año 950, que en el año 728 había en España diez lenguas, como bajo Augusto y Tiberio: «1.°, la antigua lengua Española; 2.°, la lengua Cantábrica; 3.°, la lengua Griega; 4.°, la lengua Latina; 5.°, la lengua Arabe; 6.°, la lengua Caldea; 7.°, la lengua Hebrea; 8.°, la lengua Celtibérica; 9.°, la lengua Valenciana; 10, la lengua Catalana» (3).

(1) Novicow, *Les luttes entre sociétés humaines*, lib. II, cap. V.

(2) Pruébalo esto en la Península el hecho de coincidir en el significado los nombres de lenguas distintas dadas á algunas cosas. El río que pasa por Valencia tiene por nombre primitivo *Turia*, que en eúscaro significa *blanco*, lo que prueba la existencia de esta lengua en aquella región en tiempos primitivos, y como nombre moderno *Guadalaviar*, que en árabe significa *río blanco*. El objeto y el significado quedan, y los distintos idiomas sacaban de su léxico las palabras de bautismo.

(3) «Eo tempore fuerunt in Hispaniâ decem linguæ, ut sub Augusto et Tiberio: I, Vetus Hispana; II, Cantabrica; III, Græca; IV, Latina; V, Arabica; VI, Kaldæa; VII, Hebrea; VIII, Celtiberica; IX, Valentina; X, Cathalaunica». Luitprando, *Ticin. Episc. Chronicon*, pág. 372, ed. de 1640, fol.

Después de una lucha secular á través de nuestra accidentada Historia, han quedado vivas en España varias lenguas y algunas formas dialectales, no reducidas á pequeños focos, sino habladas las lenguas por millonadas de españoles y con la consagración de una gran literatura en algunas de ellas. La distribución filológica no sigue exactamente á la étnica; pero el hecho de la vanidad actual claramente se ve (véase el Mapa de la distribución filológica). El pensamiento de los españoles no está, pues, expresado en un habla común, sino en varias que denotan otros distintos caracteres: el eúscaro con sus tonos quebrados, el gallego en las suaves cadencias, el castellano en la adustez, el catalán en la concisión y fuerza fonética, el valenciano en la dulzura y prolongación de las desinencias, de la que es una imagen el mallorquín también.

Y esta variedad tiene su valor psicológico, que ofrece un contraste estridente y desmiente la pretendida unidad psicológica del pueblo español. Que la contextura mental se refleja en el idioma, es cosa probada; compárense en España algunas lenguas con otras, y se verá en su contraste la diferencia profundamente resaltada. El catalán, por ejemplo, no utiliza, como lo hace el andaluz al hablar, las cajas de resonancia de la garganta; la emisión de vocales y consonantes es límpida y bien fraseada, las vocales sonoras y en mayor número por sus acentos tónicos que las del castellano; su tono en las oraciones no decae, sino cierra con brusca energía; el andaluz elimina muchos sonidos y deja sin pronunciar las desinencias, dando cierta obscuridad gutural que le hace poco apto para aprender la fonética de lenguas extrañas. Del sentimentalismo de estos dos pueblos hay una muestra clara en su vocabulario; el catalán no tiene en su lengua el verbo *amar;* el andaluz, junto á este verbo castellano,

tiene una gran riqueza de términos amatorios que brotan como neologismos obligados en el *argot* de la fecunda y triste inspiración de sus poetas populares.

La variedad filológica en España no solamente es un documento psicológico, sino una demostración de la concurrencia de los grupos étnicos peninsulares y de la potencialidad de su vida. La hegemonía de Castilla ha sido externa; su política no ha pasado de la epidermis de las demás regiones. La presión de Estado que hizo asimilarse en América á los pueblos que hoy constituyen los Estados hispano-americanos, infundiéndoles su alma, dándoles su idioma, pudo más allá, á pesar de que los anchos mares que los separan amortiguan la acción, que en la entraña de la Península; el idioma castellano ha sido impuesto, pero no ha absorbido las lenguas regionales que continúan vivas y manteniendo sus tradiciones literarias. Si Castilla hubiese tenido mayor intensidad vital que el resto de las regiones españolas, hubiese extendido y consolidado por la Península el imperió del castellano; pero aun con el arma del centralismo que ha esgrimido poniendo en ella toda la fuerza del absolutismo francés que trajera el primer Borbón, no ha conseguido asimilar á su lengua y á su genio las lenguas regionales. Impuesta por Felipe IV á sangre y fuego en Valencia y Cataluña, no ha podido aún suplantar la lengua de estas regiones que sus poetas llaman la *morta-viva* (muerta-viva).

«Desperta, 's mou, s'endresa triomfal la Morta viva;
los brassos, fet á trossos lo ferro que 'ls captiva,
al cel alsa lleugers;
y l'envejós, á qui era sa mort grat espectacle,
les palmes del martiri veu en sa má, ¡oh miracle!
mudades en llorers» (1).

(1) Teodor Llorente, *Nou llibret de versos*, pág. 27.

Así clama el poeta valentino respondiendo á los poetas catalanes.

En la lucha de las lenguas se reproduce el hecho de la destrucción por el más fuerte. «Un gran número de centros de atracción—dice Novicow (1)—se formaron en la nebulosa primitiva de nuestro sistema solar. Las más fuertes han destruído á las más débiles, y los grandes planetas son los que han vencido en esta lucha. A semejanza de esto se ha transformado una masa de centros lingüísticos sobre nuestro globo (se cuentan más de cinco mil lenguas habladas sobre la tierra); pero las más poderosas (es decir, las más perfectas) eliminan constantemente á las más débiles, y á la larga, el número de lenguas puede ser que se reduzca á una docena». Esta lucha y suplantación de unas lenguas por otras se realiza por medio de presiones políticas, influjos económicos, emigraciones y superioridad intelectual; fuera de la primera causa, las demás no han operado influencia alguna á favor del castellano. Si la ponderada superioridad mental de Castilla, como quieren establecer los castellanistas, hubiera sido cierta, hubiese ocurrido en España un fenómeno análogo al producido en Grecia y en Italia; el desenvolvimiento de las artes y de las ciencias en Atenas hicieron extender el dialecto ático sobre todos los demás de Grecia; la actividad intelectual de Florencia llevó el toscano por toda la Italia. Como esto ha faltado en Castilla, la castellanización de España no ha sido posible; los mismos castellanos necesitan aprender lenguas extranjeras si quieren abrir mayores horizontes intelectuales que los ofrecidos por su lengua.

Las lenguas regionales no viven puras más que en los

(1) Novicow, *Les luttes.....*, cap. V.

literatos, como no se mantiene tampoco el casticismo castellano más que en la Academia; los neologismos y barbarismos son muchos en las lenguas regionales, y pueden recordar la exclamación del clásico escritor castellano que ante los galicismos que invadían su idioma clamaba: «¡Esta no es la lengua que yo hablé!» Pero el fenómeno de incorporación de voces extrañas que pasan á enriquecer el léxico propio, es un fenómeno universal, tanto más sentido cuanto más ideas nuevas aparecen ó más cultura se ve obligado un pueblo á tomar del extranjero.

Esto, que se aduce como elemento de análisis psicológico, y que demuestra, aparte de los matices psicológicos, el proceso de la concurrencia étnica en los grupos de población peninsular, hay que comprenderlo bajo este aspecto exclusivamente. La variedad filológica en España da á conocer la falta de unidad psicológica y la falta de asimilación de varias regiones á la central que conserva la hegemonia política.

Excepto la milenaria lengua *eúscara,* de contextura aglutinante, las demás de España tienen amplios moldes para dar formas infinitas al pensamiento. Los españoles que quieran dar mayor radio de acción á las obras de su pensamiento, han de escoger también la lengua que más se ha extendido de todas las españolas, que es la castellana.

LAS REVELACIONES PSICOLÓGICAS DEL VOCABULARIO

«La bellezza che io odo cantare negli intérvalli dei miei ritmi, é immortalmente mescolata alla sostanza dell'anima vostra. Noi non siamo se non gli interpreti attoniti delle eterne aspirazioni che sollevano la stirpe verso il suo destino.»

(GABRIELE D'ANNUNZIO, *Discurso pronunciado al pueblo de Chieti.)*

Equivócanse los que creen que equivaldría el abandono de la propia lengua á sepultar su personalidad. El genio que subsiste en las regiones no castellanizadas transformará en parte el castellano, le dará nuevas tonalidades y le adaptará á sus sentimientos.

¿Qué importa que en cada catalán, valenciano, gallego ó vasco no haya un Góngora pulimentador de frases? El culteranismo es un lenguaje artificial que sólo vive en el papel y rara vez asoma á los labios. La escuela de literatura valenciana, si fué tan grande en el siglo XVI, fué debido en gran parte á los gérmenes cosmopolitas que se arrojaron én ellas.

El vocabulario es la expresión más resaltante del carácter; es la proyección sensible de los sentimientos y de las ideas. Basta provocar una asociación de representaciones en un individuo, para encontrar su carácter analizando las palabras que estampe en el papel. Es este procedimiento uno de los caminos que sigue la Psicología experimental para determinar los caracteres.

Binet ha empleado el procedimiento en esta forma, para deducir las notas de los caracteres y de la idea-

ción (1): entregaba dos hojas de un árbol á dos niñas para que éstas escribieran la descripción que se les ocurriese ante aquel objeto. Una de ellas seguía en su ideación un camino científico; describía las nerviaciones de la hoja, su forma, su bráctea, su color y clasificación botánica probable ingenuamente hecha; la otra niña asociaba sólo las representaciones estéticas, el color de la hoja, la sequedad que le recordaba el viento de otoño, el desgarramiento de la rama madre..... Así, los dos caracteres quedaban bien revelados. De la misma suerte, para encontrar el carácter, la psicología de un pueblo, basta analizar el vocabulario que sus escritores han estampado en las hojas de sus libros, que así equivalen á una revelación psicológica.

Prescindiendo de la crítica formalista, de la utilitaria y de la sociológica, que ahora no nos interesan, emplearemos, para fijar las notas comunes y las diferenciales más resaltantes de la psicología del pueblo español, en la crítica científica y psicológico-experimental que va desde la obra á comprender el carácter del autor y de su pueblo. Taine seguía en su procedimiento psicológico (como puede verse en sus obras *Histoire de la Litterature Anglaise* y *Philosophie de l'Art*) otro camino: ir analizando el medio para comprender al individuo; no desechamos este procedimiento, que en parte queda hecho ya (página 179), pero adoptamos el anterior por ser de impresión más inmediata.

Lo que en el terreno puramente literario hizo Emilio Hennequin estudiando á Flaubert, Hugo, Goncourt, Zola, etcétera, y en el gabinete de psicología Binet, puede emplearse aquí también.

---

(1) Binet, *Revue Philosophique*, 1901-1902.

«En la lírica catalana—dice Martínez Ruiz (1)—, la lírica de los Aladern y Maragall, reflejados están aquellos nombres duros y sencillos, aquella orografía apacible y majestuosa; como en el arte levantino, en el arte espontáneo del pueblo en sus fiestas y en su música, en sus amores y en sus penas, reflejada está también aquella raza tremendamente sobria y laboriosa, la armonía toda de aquellos paisajes admirables». El genio sintético de Donoso Cortés y el analítico de Balmes, son, como dice Menéndez Pelayo en sus *Heterodoxos*, la representación de sus respectivos pueblos. En los libros catalanes hay un aticismo literario desnudo de imágenes, sobrio y de límpida expresión, con el equilibrio que retrata su alma serena.

Lòs gallegos lloran en sus poesías como llora el cielo de Galicia, y muestran en sus rimas una profunda añoranza por su tierra y por las cosas pasadas. El experimento de Binet lo encontramos repetido en tres poetas gallegos que dedican sus versos á una flor (2); los tres entonan un canto fúnebre:

«¡Galana flor al despuntar la aurora!
¡Polvo y no más al declinar el día!»

Y continúa otro triste trovador:

«¡Adiós, marchita flor, flor deshojada,
sin páginas sensibles en tu vida!»

Y el vértigo de desconsuelo le cierra una siniestra filosofía del tercer poeta:

(1) M. Ruiz, *La evolución de la crítica.*

(2) Saralegui, *Galicia y sus poetas*, colección de poesías, pág. 232. Edición 1886.

«Seca, muriendo, sin color ni esencia,
al fiero empuje de aquilón extraño.
Remedas, pobre flor, nuestra existencia
marchita al huracán del desengaño.»

Todo es triste, dulcemente triste, como las grisuras de Galicia. Á ninguno de los transportes que toman el tema de una flor se les ocurre otra cosa que no sea lamentación, adioses y desengaños. Seguro estoy que puesto el mismo tema en la lira de un poeta levantino, hubiese surgido ante las hojas muertas la visión de las flores que se mustian en la orgía.

Pero en la psicología del gallego hay una nota de tristura que predomina en él lo mismo cuando escribe en castellano que en gallego, sin distinción de sexo ni renombre literario; todos, poetas de fama y poetas ignorados, hombres y mujeres, reflejan el mismo estado de alma.

«E tí, campana d'Anllons,
que roncamente tocando
derramas n-os corazons
un bálsamo triste é blando
de pasadas ilusions.»

Dice Pondal. Sigo hojeando el libro *Galicia y sus poetas:*

«¡Quién fuera muerto con los muertos que oyen
la voz lejana de ese mar azul.»

Es otro poeta A. Vicenti, que rima en castellano y quiere morir:

«Ni de la regia Alhambra, los mágicos jardines;
de la oriental Sevilla, los bosques de jazmines.....
....
¡Hadas, queridas hadas; nada me place á mí!»

Vicetto retrata así el alma gallega, desasosegada en los serrallos moros, en donde todo es exaltación:

«Quiero en tus soledades dar al mundo—mi postrer adiós.....», gime Sofía Casanova; «El sepulcro divino en lontananza.....», repite Pondal; «Eu non sei que teño..... morro—de soédades é penas», escribe Carvajal; «Yo prefiero á ese brillo de un instante—la triste soledad donde batallo», termina diciendo Rosalía de Castro. Y con este llanto continuo van desfilando los poetas bañando las rimas con la sal de sus lágrimas. «Cuando la luna solitaria y bella—la palidez de mi semblante empañe»; «La causa de tu amargo desconsuelo—la fuente de tu triste desventura.....»; «Cruzando la azul nube—se ve una flor de lágrimas formada.....»; «Existe en la vida un canto—lúgubre como el dolor.....»

Los versos van así pasando ante mis ojos como los tristes murmurios de la antifona que hieren en el alma: Angel Corzo, Aurelio Aguirre, Emilia Calé, Rafael Suárez, conocidos unos, ignorados otros, pero recogiendo la inspiración de su pueblo, que tiene como concomitancia sentimental la tristeza asociada á la idea de la muerte, como en los cantos de Leopardi, como en los lamentos de aquellos azraitas, de que habla Heine, que se mueren cuando aman.

Hay lugares que parecen predestinados. El Mediterráneo es el mar predestinado á encadenar al sensualismo á los que le miran; es el mar de la diosa griega del placer.

«Y de ta escuma, per lo sol dorada,
jove sempre, joyosa, enamorada,
la inmortal Venus sortirá sens vel.»

En este terceto sintetizó Teodoro Llorente el fatalismo de una tierra y la filosofía de un carácter. Recordándole

se comprenderá mejor, porque es la nota sensual y alegre lo que matiza la literatura valenciana y diferencia la psicología del pueblo del resto de España.

En todos los períodos culminantes de la literatura valenciana ha aparecido esta nota como larva eterna que vive en el fondo de su sentimiento. La dulzura de las trovas de Ausias-March revelan un temperamento sensual que rebrota con fuerza en los literatos del siglo XVI. Apenas hay quien escape de esta pauta en los que compusieron la Escuela de los Nocturnos, en donde el canónigo Tárrega rociaba los versos castellanos ó valencianos con el vino aromoso del sensualismo. Pasa aquella época en que los juglares se encargaban de hacer gustar al público los colores y alegrías de las comedias valencianas, y reverdece en otro renacimiento con Arolas el tirso simbólico. El puritano Loyola era digno hijo, tipo representativo del país vasco, como Arolas el sensual y alegre escolapio lo era del país valenciano.

. . . .
«Olvidar penas del día
con los cuentos de las hadas;
y luego, en lecho de flores
si las hadas me dejaron,
ir soñando los amores
que tuvieron y cantaron
los antiguos trovadores» (1).

El poeta busca, como *leit motive,* la nota erótica á veces, y se recrea en descripciones de sensualismo africano:

«Tú te ríes y te alegras
cuando en mí los bríos faltan,

(1) Arolas, *Poesías caballerescas y orientales*, Valencia, 1840.

mientras tus pupilas negras
ebrias de placer te saltan.

. . . .

Y un día de tus abrazos
rinde más que cien batallas...

. . . .

Y abultados levemente
tiene los labios de rosa,
como de los mutuos besos
conviene á las dulces glorias.»

Y cuando cesa de gustar el sensualismo de la hembra busca como tono de sus rimas un sensualismo mayor aún: el sensualismo de la espléndida Naturaleza que le rodea, lujuriosa como su musa, á la que toma como fuente de placer inagotable, paladeando sus aromas, recreándose en sus colores:

«¡Respirar en el calor,
entre jazmines en flor,
aura leda!
¡Mecerse medio dormida
sobre hamaca entretejida
de oro y seda!» (1).

El poeta escribía esto convirtiendo en clámide romana su traje negro de escolapio y mirando desde su casita, que convirtió en serrallo, de la playa de Nazaret, el violento azul del Mediterráneo.

Entre los literatos modernos, el sensualismo de la hembra alterna con el de la Naturaleza; son raras las notas tristes en ellos. Parece que entre sus versos se escucha la inspiración de las anacreónticas, ó bien aquellas invocaciones á todas las potencias de la tierra que parecen pe-

(1) Arolas, obra citada.

dir la comunión constante con la Naturaleza en los versos del *Breviario de amor*, de Manfré de Armengaud. En castellano ó en valenciano, cualquiera que sea la lengua elegida, el valenciano expresa la misma alma, la que busca la sensación agradable y aparta los cuadros de dolor. No hay en ella ninguna complacencia morbosa ni cuadros siniestros. Y es sensualista, porque no solamente es la representación femenina la que en su inspiración se destaca vigorosa, esto sería limitar el sentido de lo sensualista en lo afrodítico exclusivamente, sino que goza, se recrea y complace gustando, como sibarita oriental, las sensaciones agradables de los sentidos, saboreando aromas, agotando la sensación de los sonidos, impresionando su mirada en las fiestas del color y de la forma. Por esto es una misma la tonalidad sentimental que provoca la contemplación de un cuadro de la antigua escuela valenciana, de Ribalta ú Orrente, que la producida por la lectura de una poesía de Arolas ó de una página de las novelas de Blasco Ibáñez; entre una hoja de estas novelas y un lienzo de Sorolla ó de Pinazo, no hay apenas diferencia, y entre estos pintores y los antiguos de la escuela valenciana no existe solución de continuidad: el circuito constituído por cuadros, poesías y prosaismos, lo cierra por todas partes el alma sensualista de aquella tierra. Sin que aparezca la mujer en algunas estrofas de los versos de Llorente, resalta un sensualismo que se filtra por todas partes, dando á conocer un temperamento que aprisiona las más sutiles sensaciones, como se ve en los versos en que describe los perfumes y murmullos que envuelven á la típica barraca valenciana, y los convierte en claras apercepciones:

«A un costat obri 'l pou la humida gola;
y perque tinga perfumat dosser,

la garlanda de flors, que al vent tremola,
estén sobre 'l brocal un gesmiler;
y per la franca porta may tancada
les flors despreses y el flayrós perfúm
adins penetren, en la dolsa onada
del ayre y de la llum.

....

Tot rin entorn: va l'aygua cristalina
corrent entre pomells de lliris blaus;
sorolla dolsament la mar vehina;
mouen els arbres ventijols suäus;
y si el fillet dormit á la mamella
mira la esposa y calla, ou á lo lluny
llarga cansó del home, que la rella
enfonsa ab valent puny» (1).

En esta poesía descriptiva aparece el hiperestésico que recoge en su sentimiento, como en un gigantesco espejo ustorio, todas las sensaciones difusas que inundan la vega valenciana.

A semejanza de Galicia tiene Valencia un libro que condensa la inspiración de sus poetas, formado por Llombart, el benedictino de la literatura lemosina: *Els fills de la Morta-viva,* muestra de la última eflorescencia del genio poético levantino. En medio de la protorítmica música de tantas liras, se destaca, como *leit motive* de poema wagneriano, la sensualidad y la alegría. No hay notas que se oigan con más fuerza al herir las cuerdas de este salterio. En el fondo late un germen de vida: la alegría de vivir.

En Andalucía, la musa popular lo llena todo; sus cantares dan con más seguridad la apercepción del carácter

(1) Teodoro Llorente, *Nou llibret de versos*, pág. 136.

andaluz, que las pulimentadas composiciones del arte intelectualizado que pierde, por serlo, la frescura y lozanía de la inspiración, y toca en lo artificioso. El dolor, las visiones tétricas, los furiosos arranques del epiléptico y sus grandes postraciones, son las notas distintivas que forman el vocabulario de la inspiración andaluza. Son harto conocidas para que se haga aquí en ellas mucho hincapié; pero ¿por qué son algo más que la tristeza de la mayor parte de los cantos populares y llegan hasta la desesperación? Siempre que se asiste á una fiesta andaluza, se asocia á la hora de los cantos el recuerdo de aquellos banquetes egipcios, en los cuales, para demostrar lo efímero de los placeres humanos, se paseaba una momia humana; los andaluces se recrean en la visión de cadáveres, hospitales, derramamientos de sangre, elegías de amor, endechas fúnebres.....; apenas hay un canto en el que no aparezcan estas siniestras ideas:

«El día que yo me muera
¡ay! llévame al panteón
con un letrero que diga:
«Nuestro querer se acabó.»

—

«Déjame pasar el puente,
que tengo á mi compañera
que está de cuerpo presente.»

No hay en todo el rico cancionero andaluz una estrofa á la que no acompañe un quejido entremezclado á las notas, dolientes á veces como las de la guzla mora, á veces exaltadas por gritos de voluptuosidad. *De la sangre, de la voluptuosidad y de la muerte*, llamá Maurice Barrés á las impresiones recogidas en España puesto el pensamiento en estos cuadros. Sí, muerte, voluptuosidad y sangre,

los contrarios, fundiéndose en un solo acto, matizan las fiestas andaluzas: el oído atênto escucha en ellas cantos como éste: «Tantas plumas *tié* mi gallo,—tantas *puñalás* te den», y se ve á la bailadora, ofreciendo estridente contraste, dar pasos menudos, encogido el cuerpo y ceñida la ropa, describiendo espirales ascendentes con el pie dirigido al suelo, arqueando su tronco, desmayada hacia atrás la cabeza, imprimiendo una rotación á su cuerpo como si quisiera enrollar á él un invisible hilo de oro, clavando por fin los pies en el suelo muy juntitos, el busto casi inmóvil, las ropas ceñidas calcando las prominencias y el centro del cuerpo moviéndose lánguidamente en ritmo circular, teniendo por centro el punto que le sirvió á Leonardo de Vinci para fijar las proporciones del cuerpo humano.

La musa popular andaluza semeja la fusión de las formas paganas y del pesimismo hebráico.

Contrastados estos bocetos con el examen psicológico de los escritores castellanos, llenos de adustez y grandezas declamatorias (véase Martínez Ruiz, *El alma castellana*), y con la bravía inspiración aragonesa que recuerda perennemente el grito de guerra, se verá clara la diferencia psicológica del pueblo revelada por el vocabulario de los poetas intérpretes, como dice D'Annunzio del alma de la extirpe.

He recogido las notas diferenciales susceptibles de la comprobación sencilla, empírica. Las gradaciones han sido variadas todas ellas; por el amor de la tierra comienza esta descripción al examinar los literatos gallegos; lógico es que se termine por el pueblo vasco, cuya psicología toda la sintetizó Iparraguirre en versos que retratan la tendencia á la universalización de la acción, al cosmopolitismo de esta raza:

«Egi alde guztietan
toki ouak badira
bañan biyotzak diyo
zoaz Euskalerrirá.»

LA NOTA COMÚN EN EL ARTE ESPAÑOL

Un punto de unidad hay en la psicología del pueblo español revelado en el arte escultórico y pictórico, producido por la unidad verdaderamente efectiva en España: la unidad religiosa con su cortejo de fanatismos y truculentas sanciones. La escultura y la pintura española tienen desde su origen un carácter marcadamente realista, al cual se le ha añadido un tono de tristeza que tal vez ha sido lo que motiva la frase de tristeza española.

Las esculturas del Cerro de los Santos, las griegas del Levante y las románicas, tienen como distintivo un cierto realismo. Muchos temas vienen de Italia; pero al asimilarlos al sentimiento nacional, les imprime su carácter. Herrera, juntando los temas greco-romanos para levantar El Escorial, despojándoles de las alegres floraciones con que el Renacimiento las revistiera, encarna el carácter, realista y triste, que comprende la mayor parte del sentimiento artístico español. El realismo del siglo XVII viene también de Italia, pero encaja mucho en España.

Desde la rigidez y atributos hieráticos que presentan las piedras sepulcrales españolas antiguas, con sus mitras grabadas y figuras mitradas de las esculturas greco-fenicias, hasta los lienzos de la última Exposición de pinturas, las dos notas de realismo ó de tristeza se repiten en la vida artística española.

Compárense algunos artistas extranjeros con los nuestros, aun aquellos que vivieron envueltos por el hábito

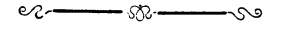
monacal ó bajo la Roma de los Papas; en ellos no hay nada tétrico y resplandece la alegría de vivir. En los cuadros de Cimabüe, Giotto y Fra Angélico, descuellan vírgenes de elevado y dulce misticismo; Ghirlandajo y Andrea del Sarto no les comunican expresión melancólica; la sonrisa es encantadora en las vírgenes de Vinci, Rafael y Luino, y llegan á adquirir coquetona expresión en los lienzos del Correggio; y junto á estos temas religiosos, el tema profano se libra de toda expresión pesimista y parece reflejar la risa de Grecia en aquellas explosiones de alegría y de fuerza con que se muestran los opulentos caballeros del Renacimiento. Las vírgenes pintadas por los artistas españoles no sonríen; tienen la rigidez bizantina ó la expresión severa de la iconografía oriental, trasunto de un pueblo triste y atormentado: aquel Morales, que llamaron el *Divino*, habría que llamarle el *Terrible*, si se deduce el nombre de sus vírgenes, serias como figuras tombales, escuálidas y sin esa complacencia que trae consigo la maternidad; Ribera las da aspecto monacal, y Murillo de místicos espasmos; las de Cano, Menéndez y Palomino, tionen expresión penante ó fría. Y es que la divinidad sombría y trágica estaban más cerca de los españoles, porque su conciencia religiosa fué forjada á sangre y fuego.

Las salas de nuestro Museo de Arte Moderno componen un paisaje de pesadillas; son, como dicen los franceses, la *galerie des horreurs*. Apenas hay cuadros en los que se retrate la alegría de vivir. Del mundo clásico no se escucha la risa de Pan; es la tragedia lo que de él se aprovecha recordando en lienzos admirables el suicidio de Lucrecia; del mar no se evocan sus genios poéticos, sino batallas y naufragios. En una ala de la galería se destacan lienzos de alegres colores y tristes temas: Viria-

to en el lecho mortuorio, la reina loca junto al féretro de su marido, un rostro infantil inflamado por el llanto junto al lecho de un degollado, el terrible rey aragonés plantado en medio de un montón de nobles cabezas cercenadas, los mártires de la libertad española junto al mar que mezcla la sal de sus aguas con la sangre de los fusilados.....; un vaho de sangre parece desprenderse de los cuadros y sofocar la respiración..... En otra ala de la galería, el pintor ofrece cadáveres descompuestos: Inés de Castro, la reina portuguesa exhumada y sentada en el trono; el duque de Gandía, que ve descompuesta en gusanos la belleza de su amada; el cuerpo de San Sebastián extraído de una cloaca, el pobre príncipe de Viana bañado en luz elegiaca, la toma de la indómita Sagunto griega por los fenicios, una cuerda de presos, un ajusticiado..... El nombre de los pintores, ¡qué importa! Es la misma alma artística lo que traza tanto horror, empleando algunos los recursos de la luz y de la forma para sacudir más cruelmente los nervios con espasmos epilépticos.

Hecha la filosofía de la desgracia en la novela picaresca, muerto el ideal de grandeza y abnegación á manos de Cervantes en *Don Quijote*, como dice Ramiro de Maeztu, no queda más que una profunda amargura en el sentimiento español y el recuerdo de las grandezas pasadas. Ya lo dijo el cantor inmortal de Florencia:

.....Nessun maggior dolore,
che ricordarsi del tempo felice
nella miseria.....



CAPITULO IV

La vida social

1. Los ideales en la vida.—*Las ciudades muertas.*—2. Avila de los Caballeros.—*El cuerpo de la ciudad.—Civilización teocrática y guerrera.—La atracción del misterio.—La religión del pueblo. Misticismo y sensualidad.—La vida social.—El culto á la vida.* 3. La ciudad imperial.—*Las formas sin contenido.—La fiesta de la muerte.—Noche toledana.—Proteo en el Arte.—El pueblo y los poetas.*

I.—Los ideales en la vida

LAS CIUDADES MUERTAS

Así rezaba el libro: los habitantes crecen en una «compacidad que entumece el cerebro y los sentidos, y acabaría por embrutecerlos si no fuera porque los horizontes amplísimos y el cielo inmenso y puro ábrenles las puertas de las idealidades abstractas». De la muerte de estas gentes, las llanuras grises, los mares de arcilla que se extienden por las mesetas castellanas, su constitución homogénea, compacta, ¿eran bastantes para explicar la formación de un carácter intelectualista y dogmático, cristalizado en las formas simples de tal medio? No es suficiente la unilateralidad en los sentidos porque la psi-

cología del individuo no se forma toda con el tributo que representan el suelo y el cielo, sino que tiene otros influjos idealistas que predominantemente determinan su forma y desarrollo. Las llanuras muertas de que hablaba Macías Picavea (1) no son más que uno de tantos factores que contribuyen á adormecer en sueño de muerte á las gentes de las mesetas.

El tipo social lo crea el ideal que es el centro rector de la vida. Lo teleológico impera sobre todo. Cuando el ideal responde al ambiente social contemporáneo, de quien lo mantiene, se realiza una concordancia que hace posible la vida; cuando el ideal está descentrado de tal ambiente, progresiva ó regresivamente, quien le mantiene, ó vive en lucha constante ó es eliminado si sus fuerzas no son grandes y superiores al medio. El choque y la destrucción es fatal cuando un cuerpo se interpone ó en sentido contrario se mueve del que siguen un gran conjunto de cuerpos que recorren la misma órbita y siguen igual trayectoria. Por esto, cuando hay pueblos que en el siglo XX viven conforme á la preceptiva del siglo XVI, emplazados dentro de la comunidad de los pueblos de civilización moderna, su existencia entre ellos equivale á una sentencia de muerte si persiste en los antiguos modos de ser, á menos que un milagro les libre de la fatal interdependencia que á todos nos estrecha.

¿Por qué sobre las llanuras muertas las almas muertas se encuentran?, me preguntaba yo cuando hacia las dos Castillas me encaminaba. ¿Será cierto que el espíritu de sus gentes está agarrotado por los viejos ideales? ¿Es la llanura lo que mata al alma, ó es el alma lo que mata á la llanura? ¿Cuál será su posición en el orden de los ideales?

---

(1) *El problema nacional, Tierra de Campos*, por M. Picavea.

A los ideales religiosos y guerreros que agitaban y predominaban en las sociedades, suceden los ideales de la paz y de la industria, decía Spencer. Este nuevo orden de vida, que significa una elevación moral en el desenvolvimiento humano, no es alcanzado por todos. Pueblos enteros hay que después de haber sido los fieles representantes del ideal religioso y de la guerra durante una larga época, han quedado en el ideal antiguo petrificados, insensibles á la voz de la musa moderna, que sólo á la paz y al progreso inspira. Una especie de misoneismo colectivo engendra tal estado, que en España produce la estratificación mental de bastantes grupos de población. Así se ve en las ciudades del centro latir el alma tradicional, dura, ante las concitaciones que intentan plasmarla en nuevos moldes y vivir el sueño inefable de las añoranzas del pasado que se revela en los monumentos. El ideal religioso y guerrero fué nutrido en los siglos XIV y XV, presidido por el alejamiento de la vida, por el afán místico que reducía todos los trabajos de la tierra como medio para alcanzar el cielo: se pensaba mucho en la muerte, en la vida de ultratumba adquiría la vida social un carácter austero y ascético. Pero después, lentamente, la savia de la vida empujada por el Renacimiento hizo pensar en la tierra otra vez en dulcificar el valle de lágrimas, aplicando las más potentes energías del hombre á la creación, y esta onda de linfa fecundadora recorría las tierras y las hacía producir, conmovía el pensamiento y brotaba el Arte y la Filosofía, agitaba los brazos y aparecía la Industria estrechando á los hombres por los lazos del Comercio, y así, el ideal antiguo se obscurecía como astro que se hunde en el infinito, mientras la nueva concepción de la vida constituía el ideal supremo de la nueva era.

Que el nuevo ideal es regla de vida mejor, lo prueba la

existencia sana y vigorosa de los pueblos que lo han abrazado, sobre todo los germanos y aquellas regiones latinas permeables al influjo nuevo, como son en general las francesas y las del Norte de Italia y España; que el antiguo sucumbe, basta con mirar á las ciudades muertas, en las que la raza huérfana de los ideales de vida nueva lentamente agoniza junto á las águilas imperiales y á los leones rampantes de sus escudos de piedra.

2. — Avila de los Caballeros

EL CUERPO DE LA CIUDAD

Avila, cantos y santos.

Esto oi cuando me acercaba á esta ciudad, que es algo más que una capitalidad: es la ciudad simbólica de los viejos castellanos.

La contemplé antes de entrar en ella envuelta por lienzos de patinosas murallas, que recuerdan al desdoblarse en cuadrángulo el antiguo campamento romano ideado por Vitruvio, apenas rebordado por la población á pesar de los siglos transcurridos; toda ella parece gravitar alrededor del eje que le presenta la torre de su catedral, rematada por agudos arbotantes ojivales de un color gris que despierta la sensación del frío. Este es el símbolo de la órbita que recorre el alma de la ciudad. Más allá de las murallas, que presentan á trechos almenados moriscos, se dilatan llanuras de tono uniforme encorvadas á veces por lomas empedradas de cantos broncos y parduzcos. Luego, se ven en todas partes, en las casas nuevas, junto á las murallas, perdidas en los senderos, rodeando

ermitas derruídas, cruces de granito moteadas de musgos descoloridos como emblemas de martirio, con tanta profusión, como el *iconon* que mantiene la fiebre religiosa en Moscou.

En el interior de la ciudad la calma conventual no cesa de adormecer los sentidos; las calles engargantadas amortiguan los pasos del caminante en la alfombra de herbáceas que brotan entre las piedras; los jaramagos sustituyen á veces á los penachos y florones de los escudos señoriales que se muestran por todas partes. Las antiguas casas solariegas, con su torre y aspilleras, se levantan como telones pintados con el color del tiempo, y á veces, en las construcciones más modernas y en los revocos de las murallas, asoma, como flor de piedra, el viejo rosetón gótico arrancado del antiguo palacio, resto del naufragio de una casa aristocrática, ó la jamba de piedra en la que se lee: «PEDRO DE AVILA Y LEONOR.....», quebrada la inscripción que rememora la alianza de dos feudos. Las pisadas no han borrado aún los epitafios góticos que presentan las losas de la calle. Parece que se viaja por el interior de una inmensa necrópolis, en donde sólo muere el alma y andan los cuerpos. La mayor parte de los edificios son casas pequeñas que recuerdan al siervo feudal, ó casas solariegas ó de religión, soberbias y ricas en arte; el edificio civil, las lonjas de blancas piedras que aparecen en el Levante español, no tienen más similar que un infecto Gobierno civil empotrado en las murallas. Todo parece creación de la cruz ó de la espada.

En la tierra no se altera el tono monótono de la grisura; son sus floraciones las cardinas que forman el motivo de ornamentación del místico ojival, y á veces entre ellas brota una flor azul que recuerda el celaje que á veces aparece en un cielo nuboso que se entreabre. Los tomilla-

res entre rocas ceñudas completan aquel paisaje místico que componen el campo y la ciudad, saturando de rudo perfume el ambiente.

Del pálido azul del día se pasa á los crepúsculos que traen á la memoria los cielos tristes de los lienzos de Urgell; un polvillo de oro viejo parece cernerse en un cuadrante del horizonte al trasmontar el sol, y después de las últimas campanadas que se pierden en el seno dilatado de la llanura, un silencio tombal se esparce en ella, en donde jamás escuché esas canciones de los campos que parecen ponernos en contacto con la fecunda y misteriosa musa del pueblo.

Entre los habitantes, el tipo pequeño de faz achatada é inexpresiva abunda mucho: es el vaceo que predomina en medio de la mezcla étnica, en la cual tiene bastante representación el tipo vasco, recordado por la configuración elipsoidal de algunos rostros. Por su manera callada de proceder, su aire tristón, de recogimiento, su acción perezosa, parecen tener una lejana semejanza con la rigidez hierática de las figuras tombales de la catedral. La esencia de la vida, la condición de triunfo, el alma de la acción, que es la voluntad, si no está enferma, se presiente latente. De los pueblos vecinos se ven entrar en la ciudad á gentes que calzan la primitiva abarca, envueltos como paquetes en ásperas zamarras y en la piel de los zahones, y sus curtidos rostros, secos como la costra de la llanura, se confunden con el cuero del vestido. Los hábitos de los religiosos de las iglesias y de los conventos, que á cada paso se descubren como si se caminase por el interior de una nueva Tebaida, dan la sensasación extraña de la ciudad medioeval.

CIVILIZACIÓN TEOCRÁTICA Y GUERRERA

Largos días empleados en contemplar la inmensa cúpula de pálido zafirino que cobija el campo y la ciudad, de escudriñar los monumentos experimentando un vértigo de emociones ante el proteismo artístico que encierran, de hablar con los hombres de dentro y de fuera de las murallas, de escuchar sermones y sondear pensatos, me revelaron la psicología de aquella ciudad simbólica de las altas mesetas castellanas. Una civilización teocrática y guerrera dormía en el mundo subconsciente de aquellos espíritus. Lo dicen así las piedras; las piedras, que allí tienen más vida que las almas. Los órdenes arquitectónicos amontonados en los templos, los símbolos religiosos derramados con profusión, demuestran que en la conciencia colectiva de aquel pueblo se han entrecruzado mil ideales religiosos, de modalidad distinta, pero que demuestran que el pueblo ha empleado casi toda la plasticidad de su sentimiento en formar el *iconon* religioso.

Es por demás admirable ver cómo se ha ido agotando el ideal, desde su expresión tosca y grosera, hasta la refinadamente idealista.

Comienza en un ídolo primitivo parecido á la figura de los llamados Toros de Gisando. Semejan rinocerontes toscamente labrados en granito, ante los que se elevó el murmullo de la primera plegaria, y se encuentran bastante esparcidos dentro y fuera de la ciudad. La fe grosera y fetichista fué evolucionando, y aquella sociedad dejó el ídolo bestial para inclinarse ante las divinidades paganas, nuevos amos de su conciencia que le trajeron

las águilas de las legiones romanas. Luego, Cristo y Mahoma, los dos reformadores de la religión judía, comenzaron á reinar en las conciencias, dejando el Nazareno su primera figura, arrogante, majestuosa, con el aspecto de un monarca oriental, fuerte y lleno de vida, en los atrios de los templos románicos; y el segundo, las finas rectas del arrabá morisco que semeja el marco del sensual arco árabe, en las mezquitas. Unas veces aparecen en templos distintos; otras, como en la Virgen de las Cabezas, unidos los estilos cristiano y árabe, como si Jesús y Mahoma se abrazasen reconciliados por el Arte. Más tarde, al llegar el siglo XIII, se acrecienta la fiebre religiosa, y el abulense primitivo quiere orar de otra manera y pensar más en la otra vida y en el dolor; continúa todavía abrazado al Cristo, pero no lo representa ya vivo y soberbio como un monarca oriental, sino muerto y martirizado bajo el místico arco ojival. Y eleva más los templos, formando la imponente nave ojival, y coloca en las ruedas y ventanales vidrios pintados, por los cuales al filtrarse los rayos del sol parece que se entreabre el paraíso de beatitud cristiana. Cansado luego de tanto misticismo, busca otro ideal, pero dentro de la esfera religiosa, y trae las primitivas formas paganas que adoró otros tiempos, quiere cristianizarlas, y mezcla sin rubor, alentado por el Renacimiento, como puede verse en el trascoro de la catedral, junto á la Virgen María y el niño Jesús, á la Venus herida y á Cupido disparando sus flechas; y en la rotonda del ábside, detrás del altar mayor, junto á la estatua del Tostado, el teólogo laborioso, inflamado en mística devoción, á la Venus de Médecis, abrigada por la ornacina que guarda la concha en que apareció como una perla sobre los mares, enseñando, con una pudibundez que incita más, sus carnes marmóreas, que

el tiempo ha hecho transparentes y de pálida amarillez, cuerpo que parece animado por una luz interior cuando el claror de los ventanales le baña en luz tranquila despertando la representación de un mundo ideal en donde los cuerpos no se ocultan y son puros, y se vive en una paz perpetua entre espíritus que se alimentan del perfume que se quema ante el altar. De entonces acá, del primitivo ídolo que semeja un rinoceronte, hasta las refinadas formas que tomaron posesión de los altares en el siglo XVI, el alma de la ciudad de las murallas, de la histórica Avila, había recorrido todos los polos del ideal religioso, presentando el tipo de una civilización teocrática. No es extraño que hoy sus gentes sean autómatas religiosos, cumplidores de liturgia, de lo externo, porque gravitando tanto tiempo en la misma órbita, por ley de inercia siguen recorriéndola estando agotado el ideal: el imperio de la forma y la ausencia del contenido es natural, como natural es que se rompa la cuerda más pulsada de una lira.

El copartícipe de esta civilización, el elemento guerrero, se manifiesta en la abundancia de dos clases de casas: las señoriales y las plebeyas antiguas. Las de la clase media y artesana, las de la *gente nuova,* cantada por el Dante en la República florentina, que acusan la existencia de la clase social representante de las artes de la paz, como se ve en otras ciudades de la Edad Media, Milán, Génova, Barcelona, Valencia, apenas aparecen, y las que hay son recientes.

Esto dicen las piedras de la ciudad.

LA ATRACCIÓN DEL MISTERIO

En un medio como éste que sólo habla del misterio religioso, sin otra fuente de ideales que vierta savia de nuevas ideas en las conciencias, con una tierra sin encantos que hace resbalar la mirada en la llanura hasta la raya del horizonte para quedar fascinado por un cielo que con su palidez recuerda á veces el tono glauco de los mares, sólo tristeza y pasiones místicas puede producir el sentimiento.

El espíritu robusto adquiere esta dirección. El que llega allí siguiendo una peregrinación artística, se siente, al poco tiempo de encontrarse en aquel medio, conmovido por ánsias innefables, por un alejamiento de la vida que explica la formación del alma mística. Así se formó la vidente Teresa de Jesús.

Es una capilla sumida en la penumbra la que enseña el fraile dominico en el convento de Santo Tomás, como lugar de rezo de la santa poetisa. Un Cristo ojival, escuálido y sanguinoso, de cuerpo amoratado y cabeza oculta por confusa cabellera, reproducía su imagen en un retablo cuajado de pequeños espejos, hecho como para reflejar en todas partes la imagen del dolor. Ante él oraba diariamente la santa con esa oración que paraliza el pensamiento y llama á la muerte. Quien vea este lugar considerará como su natural producto la lúgubre inspiración que reniega de la vida, el morir por no morir pronto, la existencia contemplativa que seca la fuente de la vida y envuelve el mundo en una concepción pesimista. Allí dice el monje que la santa vió salir de entre la red de nervios góticos del techo un personaje divino..... En la Plaza Ma-

yor de la ciudad se levanta la estatua de la santa sobre elevada columna, que parece preservarla de todo contacto con la tierra, mirando arriba, á lo infinito, á la otra vida, á la muerte.

LA RELIGIÓN DEL PUEBLO

La idealidad no es alcanzada por todos; es patrimonio de la mentalidad robusta. La masa del pueblo tiene la conciencia virgen de toda idealidad.

El alma del pueblo vaga como ánima en pena en los templos, herida por las remembranzas del pasado. La religión no ha sido depurada del sentimiento supersticioso para alcanzar la idealidad, que es la característica de la última fase de la evolución de la idea religiosa; conserva la primitiva fase animista. En la nave del templo de San Vicente vi, sobre blancos manteles que cubrían el pavimento, las luminarias del banquete de las almas; las costumbres primitivas de ofrecer un banquete á las almas, creyéndolas en contacto con los vivos, allí se presentaban arraigadas, con la sola variación de ofrecer monedas en vez de viandas, como acontece en el campo. En algunas capillas hay vírgenes bizantinas empaquetadas en ropones que ocultaban la vigorosa majestad y aspecto de maternidad fecunda que prescribieron los cánones religiosos; ellas tenían la virtud de expulsar los espíritus infernales del cuerpo endemoniado; á ellas acudían para revolcarse en su presencia los histéricos y epilépticos que se creían víctimas de una transubstanciación infernal; y, para atestiguarlo, allí, en los muros de la Virgen de las Cabezas, rompiendo las finas rectas del arrabá morisco, estaban clavadas las ofrendas de los fieles agradecidos.

El salmo doliente parece repercutir en todas partes; el pensamiento se aniquila allí. En vano se busca el edificio industrial, el convento del trabajo moderno, el estruendo de taller que llama á la vida..... son lienzos de muralla, centros burocráticos los que matizan y alientan la escasa vida de esta ciudad.

MISTICISMO Y SENSUALIDAD

El sensualismo no es la prostitución; no puede confundirse con las aberraciones del instinto sexual; por esto puede haber muchos temperamentos sensuales, á pesar de ser escasa la prostitución. En Avila, la prostitución está acorralada en los bajos fondos de la ciudad; en las fiestas populares, apenas se ven esos rostros de bailarina que hablan de la vida alegre. El adusto castellano y las mujeres que ostentan en público una preceptiva de convento, dejaron desierto el teatro de la ciudad, emplazado en un viejo caserón, porque la alegría picaresca del género chico la creían pecaminosa; los cómicos tuvieron que volverse á Madrid, y desde entonces, sólo á largos plazos, casi de verano á verano, se abre el caserón para obras inofensivas. Y esto, que parece por lo externo revelar la existencia de una sociedad de skoptzi que se mutilan para no engendrar, tiene en el fondo un temperamento sensualista, pero de un sensualismo que no engendra, que no ama la vida.

Se disimula todo lo posible el festejo á la hembra, y escandaliza una pasión manifestada. Se ha de guardar la apariencia de casticismo; pero dentro no hay candor alguno, sino una malicia que todo lo envenena. Pasa en esta moralidad como en la conciencia religiosa de los más de

ellos, vírgenes en sentimiento y ricos en liturgia. Son formas sin contenido. Los únicos que rebasan este límite son los alumnos de la Academia Militar, que difícilmente se resignan á no repartir mechones de su pelo entre las muchachas. La estúpida concepción del honor castellano, que no perdona las faltas de la pasión amorosa y disculpa la compraventa matrimonial, llena, como imperativo categórico, aquellas conciencias. Pero la representación sensual late en los cerebros, brota en las conversaciones de los jóvenes que aún no han aprendido á ponerse las caretas, ofreciendo el ejemplo de esa lujuria senil que se refugia en el recuerdo de otros días y en la palabra de la plática picaresca. La imaginación suple la realidad en ellos, haciendo pasar ante su mundo interior los cuadros de sensualidad como las imágenes de un cinematógrafo.

Este sensualismo imaginativo que llega á la nota erótica en las gentes, se ve refinado, como desprendido del *Cantar de los cantares*, en algunos místicos españoles. En el místico, el arrobamiento que produce el amor divino no es la abstracción pura, sin imágenes ni símbolos, que practican los sectarios de alguna teogonía oriental, los alejandrinos, los teósofos, por ejemplo, sino un estado emocional que exalta á la imaginación y da á sus pinturas tanta realidad como si se vieran y tocasen. La pasión mística tiene tanta realidad sensual para el que la siente como el suelo que pisamos para los que no hemos visto entreabrirse el cielo, y aún mayor, porque la hiperestesia de los místicos les permite agotar la sensación; la imagen llega al fondo del nervio, «en mis entrañas pintada», dice Teresa de Jesús al descubrir una de sus visiones.

Es un proceso emocional el de esta mística y no de abstracciones intelectuales. Sus escritos dan una sensación

carnal refinadísima; camina tras la imagen divina como Don Quijote tras el fantasma de Dulcinea. Entre su misticismo rimado parece escucharse un canto sáfico: Dios en forma de cazador le dispara y ella queda «rendida en los brazos del amor»; en él pone toda su pasión. «Ya toda me entregué y di» y cuando el arrobamiento pasa, describe la sensación corporal que sintió diciendo:

«En las internas entrañas
sentí un golpe repentino:
el blasón era divino,
porque obró grandes hazañas.
Con el golpe fuí herida,
y aunque la herida es mortal,
y es un dolor sin igual,
es muerte que causa vida.
Si mata, ¿cómo da vida?
Y si vida, ¿cómo muere?
¿Cómo sana cuando hiere,
y se ve con él unida?
Tiene tan divinas mañas,
que en un tan acerbo trance
sale triunfando del lance,
obrando grandes hazañas.»

La más pequeña alusión al amor hiere su sensibilidad exquisita arrastrándola hasta el vértigo. En Salamanca, «al oir á una novicia cantar una coplita alusiva al amor divino, salió fuera de sí, en tales términos, que no pudo contener aquel ímpetu y arrebato de fuego que le hacía salir de sí. Estando en estos ímpetus hizo la santa unas coplas nacidas de la fuerza del fuego que en sí tenía.....» (1).

(1) *Escritos de Santa Teresa,* La Fuente, tomo I, pág. 502, ed. Rivadeneyra.

Así va dibujándose la psicología del temperamento místico. Cuando en el convento de la Encarnación el torno movido por las monjas me iba presentando las reliquias de la santa poetisa, le detuve un rato para hojear un libro lleno de glosas y acotaciones hechas por ella; en donde rezaba esquemas teológicos y oraciones frías, la hoja estaba intacta, cuando el vocabulario era tierno, emotivista, la santa hacía correr la pluma como fascinada, y un «amor ardiente» de toscos caracteres presentaba doble subrrayado hecho por una mano febriciente. El torno rechinaba y seguía presentando testimonios de la vida de la santa.

De este misticismo que rebosa pasión á las abstracciones que absorben en la idea del Nirvàna, á los silencios pitagóricos, hay un abismo: el que separa al mundo de las pasiones del mundo del cálculo. Porque invoquen muchas veces los místicos la pena, no están exentos de placer; placer tiene la pena como belleza tiene el dolor. En último examen, en vez de encontrar una vena ideal, hay un refinado egoísmo, el de la «sabrosa pena» y el del «sabroso desasosiego» (1) que confesaba sentir Teresa de Jesús.

Un vocabulario que parece desprendido de labios endulzados por la miel del Lacio, salpica las narraciones de los grandes místicos. Los mismos místicos alemanes sienten las lameduras de la llama sensual en su alma formada entre las nieblas. Suzo declara en los capítulos del *Buchlein der ewigen Weisheit* (cap. XXIII) que su carne se subleva en las explosiones de amor de los éxtasis, y Tauler experimenta la misma fiebre en las calladas celdas de los Monasterios del Norte vestidos por el traje ta-

(1) Libro de la *Vida*, cap. XVI, pág. 56.

lar de las nieves. Ruysbroeck escribe sus meditaciones que bautiza con aguas griegas llamándolas *Bodas espirituales*, y sus capítulos parecen un epistolario de amante ú hojas arrancadas de aquellos breviarios de amor en los que los trovadores provenzales escribían sus deleitaciones amorosas con letras de oro alegradas por flamantes miniaturas. «De esta dulzura nace—dice Ruysbroeck en las *Bodas espirituales*, cap. XIX, lib. II—la voluptuosidad del corazón y de todas las fuerzas corporales, de tal manera, que el hombre se imagina estar interiormente enlazado en los repliegues divinos del amor. Esta voluptuosidad y este consuelo son más grandes y más voluptuosos *para el cuerpo* y para el alma que todas las voluptuosidades de la tierra.....» La mística Guyon se anega en un mar voluptuoso. «Estoy como esos embriagados ó como esos enamorados que no piensan más que en su pasión..... He perdido la inclinación y el apetito á todo lo demás.....», así reza su *Vida*—caps. XII y XIII—, en cuyos capítulos la palabra amor constituye el centro de gravedad de todas las oraciones.

Pero en los místicos españoles la sangre de la ardiente Africa da mayor empuje á la pasión; los extranjeros gozan y dormitan, los nuestros gozan y se exaltan dejando el recuerdo de sus visiones en cláusulas de espasmódica expresión. San Francisco de Sales engarza en los capítulos de su *Tratado del amor de Dios*—lib. III, caps. VIII, IX y X, y lib. VII, cap. I—las imágenes refinadas de los cuentos orientales. «..... Sus labios de suavidad y sus deliciosos pechos..... Sus pezones mejores que el vino..... Embalsamado de mil sagradas suavidades.....», y la mística Teresa hace pensar en la sentencia de los graves y y doctos padres del famoso Tridentino, *mulier tota in utero est,* cuando describe la aparición de aquel ángel

hermoso empuñando en sus manos un largo dardo de oro cuya acerada punta enrojecía el fuego, y de cuando en cuando le hundía á través del corazón y alcanzaba las entrañas: «al retirarlo parecía llevárselas con el dardo..... El dolor de esta herida era tan vivo, que me arrancaba débiles suspiros..... pero este indecible martirio me hacía gozar al mismo tiempo las más suaves delicias».

Así pasan ante los ojos estos trovadores con hábitos que en nada recuerdan al otro misticismo, al del *yougi* de la India, que arrojado sobre la hierba sagrada, busca en la sugestión hipnótica la sensación de la noche brahamánica.

Mi entrada en la catedral me recordó que hace poco el maestro italiano Sergi, rectificando á Lange, afirmaba que la fuente de las emociones estaba en nuestros sentidos, en la periferia del cuerpo, porque mis sentidos heridos por las maravillas del color, del tono y de la forma que reinaban en la catedral, iban entrando en una dulce embriaguez.

Allí se desarrollaba una extraña tempestad artística: desde el primitivo ábside románico hasta los ejemplares neo-clásicos. Me coloqué junto al coro para contemplar el gran retablo del altar mayor, y desde allí veía las vírgenes flamencas de alegres colores y rubia cabellera, los santos pintados en tablas con todos sus detalles conforme á la técnica de las escuelas germánicas, mostrándose ceñudos como guerreros de unas milicias que no dan cuartel, protegidos por doseletes góticos que semejan aristas de oro cristalizado, y desde las vidrieras la luz del sol se hacía irisada al pasar á través de cristales polícromos que dibujaban figuras en las cuales se mezclaban sin rubor los personajes celestiales con figuras femeninas de factura terrenal y soberbia. Y la luz se filtraba tranquila pintando las frías columnatas góticas con grandes man-

chas de color; del órgano salían notas que recordaban la atrevida armonía de los fabordones de Cabezón, dulces como voces lejanas que anuncian paz y felicidad á veces, y á veces terribles, imponentes, como si el artista se sintiese despedido de la tierra y lanzado al infinito; los juegos de armonía extendíanse por las grandes naves, parecían navegar en franquía dilatando su sonido y conmoviendo el templo.

El perfume de los incensarios llegaba en tenues espirales hasta el coro; hacia él me volví sintiendo algo que me recordaba la embriaguez de los vinos aromosos: saltando por las tablas de la lustrosa madera, no sé quién, tal vez un obscuro imaginero, había dejado la huella del arte pagano. El pequeño estandarte morado que aparecía á la entrada de aquel lugar de rezo tenía un lema bordado en letras amarillas, que decía: «*Hic est chorus*», y en vano buscaba yo el coro religioso, contemplativo; era una orgía de figurillas clásicas las que resaltaban detrás de los sitiales ocupados por el cabildo, como si hubiesen adquirido vida las incitantes visiones que tientan la virtud de los penitentes. Como figuras de un ensueño voluptuoso, se destacaban las miniaturas de figuras de mujer desnudas en bajorrelieves que rozaban las mejillas de los canónigos, ofreciendo sus pechos jugosos como los racimos que exprimía en sus cámaras el rey israelita; torsos de guerreros doblados con violencia, á semejanza de las figuras miguelangescas; centauros fantásticos que parecían desprendidos de un friso griego por una vertiginosa carrera; medallones que presentaban bustos femeninos ataviados con las galas de las matronas del Renacimiento, y traviesos amorcillos entretenidos en levantar indiscretos las puntas del vestido talar..... Y más lejos, sirviendo de orla al gótico retablo del altar mayor,

las hojas de acanto y las ramas de rosal tallado se desenvolvían en espirales, ofreciendo á trechos, como floraciones de una planta fantástica, torsos de sirena que levantaban sus brazos en dulce desperezo para encorvar sus temblorosos senos. Y el órgano seguía vertiendo raudales de armonía, y los incensarios humeaban perfumes; aquel conjunto sólo acariciaba los sentidos provocando complacencias sensuales.

Al salir de la catedral el cuerpo se sentía decaído, los nervios aflojados en fuerza de ser pulsados, y al llegar al hotel vi á la dueña, de figura delgada y seca, que le decía á una compañera suya:

—Habrá que advertírselo; los novios no deben estar tan juntos ni hablar tanto.

En el patio de luces, junto á un jardín de macetas, un jóven forastero de rostro mate y ojos vivos, conversaba con una linda muchacha. No se oía nada, y se comprendía la pasión franca de aquellos muchachos. Antes de llegar á mi aposento contemplé por un momento la despedida de dos vecinos:

—¿Iremos esta noche á las murallas?

—Sí; pero lleva á tu hija, que no sospechen.

—¿Y tu marido?

—Irá, como siempre, al Casino.....

La puerta se cerró, y el Tenorio de barba de color falsificado, golpeando con su sable el pavimento, siguió pasillo adelante mostrando, al volver un ángulo, el perfil grotesco de un viejo sátiro.

Más tarde vi á los novios en el comedor mantener una conversación tan animada como al principio, y al viejo militar conversando gravemente de mesa á mesa con la misma mujer que citaba aquella noche á la sombra de las murallas. Del misticismo á la nota picaresca: era lo que faltaba.

LA VIDA SOCIAL

La facultad de la procreación parece que está paralizada en aquellas gentes. Su pensamiento en el horizonte político no ve más de lo que le presenta la tutela señorial de los caciques; el apóstol de nuevas ideas no ha llegado aún allí. Su economía social está representada por los campos que le rodean, adonde no ha llegado más que el cultivo extensivo ni otra semilla que el trigo. Y así, pueblo y ciudad se ofrecen, sin que jamás salgan de ellos esos gritos de rebelión del proletariado que en sentido biológico significan la vida y desarrollo pujante de la masa social. Esa masa protoplasmática que inicia en la sociedad las corrientes de energía de abajo arriba, de donde surgen los fuertes llevando el movimiento de renovación social, es allí carne exangüe. Aquel espectáculo recuerda las multitudes orientales. La vida intelectual está al mismo nivel que la industrial; no hay periódico ni libro que levante y agite el pensamiento. Este es su dinamismo social.

Las energías espirituales que son la base de la constitución económica, como demuestran los psicólogos de la Economía social, viven aquí vida embrionaria, algo parecido al residuo de energías que quedan en el organismo atrofiado. La vida en el siglo XX de este pueblo que vive conforme á la preceptiva del siglo XVI, da por consecuencia la producción de un caso de anacronismo nacional.

Claramente aparecen estos hechos en una observación fácil. Bañando las estribaciones de la serranía de Gredos corre el río Adaja; serpentea en las llanuras buscando el derivadero natural de los declives, marcando, como huella de su paso, un festón de verdor en sus orillas; junto

ellas, á cuatro metros escasos, la llanura muere de sed. El campesino, cuando le falta el agua para el riego, la implora en actitud penitencial de los cielos, esperando que con sus ofrendas y mortificaciones el dios terrífico, que se le revela á su propia mentalidad, envíe el riego bienhechor, moviendo su cedazo de agua sobre los campos..... Y el agua corre por el llano lamiendo la abrasada arenisca y la pasta arcillosa que lo forma, perdiendo su frescura, su fuerza, como vena de linfa fecundadora que se desgarra y arroja fuera del seno germinador. ¡Y sólo un trozo de aquellas murallas, que sólo sirven con su recuerdo de sangrientas glorias para revivir un espíritu de conquista, podría hacer derivar las aguas del Adaja por las suaves rampas de las lomas, y bajar después, como una cortina de agua, por el llano, convirtiendo en un gran salón verde lo que ahora es la llannra muerta, el mar de arcilla que embota los sentidos, entumece la voluntad y contribuye á la decadencia de la raza!

Y tanto fían en lo divino olvidando lo humano, que en este punto las gentes del campo y las de la ciudad se diferencian muy poco.

El último día que me quedaba de estar en Avila, quise contemplar los soberbios horizontes grises desde el pie de las murallas, para recibir la última impresión de un paisaje medioeval. La inspiración austera brotaba allí por todas partes, tan fácil como la exaltación helénica bajo el flamígero cielo de la costa levantina. Llegué junto á los acantilados peñones que sirven de base á la torre de San Segundo, desde cuyas almenas fué arrojado el pobre obispo, canonizado merced á tal martirio, sólo porque le daba la razón á Cristo y no á Mahoma. A mis espaldas, los lienzos de las murallas, extendiéndose en líneas geométricas, encerraban en un círculo de hierro á la ciudad.

El ambiente, lavado por la lluvia del día anterior, aclaraba la visión de las cosas, haciéndolo todo más diáfano. Claras y graves se dejaron oir doce campanadas que me produjeron extraña impresión, porque ya hacía tiempo que no había oído sonidos semejantes. En la gran ciudad parece que no suenan ó que nadie los escucha, y allí veía que las gentes se descubrían y sus labios se movían al murmurio de la oración. Apagado el último eco que llegaba desde aquella montaña de labrado granito que á guisa de torre se alza junto á la catedral, los labriegos que descansaban junto á mí volvieron á elevar la voz y hablar más de prisa. Parecía que la oración les había producido un momento de parálisis y al terminarla volvían á la vida.

Hacían pronósticos sobre el porvenir, y el porvenir era para ellos el próximo invierno y sus lluvias. El pasado había sido seco; los pequeños tallos se doblaron desmayados sobre la costra de la llanura y murieron de sed. Si no llovía el próximo invierno, ya haría tres años que no recogían cosecha, porque un año plantaban y al siguiente dejaban descansar la tierra, hasta el otro año..... El ganado no daba bastante..... Como la yunta quedó incompleta por la muerte de una de las bestias, habría que arar con una sola ó engancharse alguno de ellos para completar el tiro..... «¡Qué mundo este!»

Y aquellos hombres, empaquetados en la piel de las zamarras y zahones, traían á la memoria la matriz estéril que enfría los gérmenes de vida que cubría de soledad á los campos y de silencio á las casas. Un rumor opaco, salpicado por unas notas suaves y atipladas, se dejaron oir dentro de las murallas. «La fiesta de la Santa», dijeron los labriegos, y enfilaron la puerta de la ciudad.

Junto á la sombra que proyectaban las murallas se

amontonaban los carneros huyendo del sol, y en los estercoleros cercanos lanzaban sordos gruñidos algunas piaras. Los gañanes dormían junto á las reses apelotonadas. Todo parecía inmóvil. Sólo rompía el quietismo la carreta de bueyes que perezosamente avanzaba en la carretera, y á lo largo de ella, como piedras miliarias, abrían sus brazos moteados de musgo las cruces de piedra.

EL CULTO Á LA VIDA

La vida en las grandes ciudades modernas me parece monótona comparada con los días que se pasan en estas ciudades viejas. Aquí todo despierta recuerdos copiosamente, como si un viento de tempestad levantase de nuestro mundo subconsciente lo que en él deposita el tiempo y el estudio. El sentimiento da una nota distinta ante cada uno de los lugares de la ciudad, que con su amontonamiento é incoherencia de estilos, obra como un excitante. Y hay quien cree que aquí todo calla, cuando todo habla con un lenguaje misterioso que embriaga el sentimiento exquisito. El arte refinado y poderosamente intuitivo de algunos modernistas que al retratar los paisajes les comunican una vida personal, como si fuesen cuerpos animados, expresando en la composición general llantos ó alegrías, si llegase á interpretar esta vieja ciudad, encontraría en cada trozo de su cuerpo un tono de nuestro sentimiento; sus piedras se animarían como la roca del desierto golpeada por Moisés.

Una impresión de tristeza llevaba yo cuando subí á la torre de la iglesia de San Vicente para ver desde la altura el cuerpo de la ciudad después de contemplar su alma, y me encontré con una eflorescencia de vida ines-

perada: en la faja de canecillos, que á manera de nidos de refugio se extendían bajo los aleros, el artista esculpió en los siglos XI y XII, época en la cual el naturalismo en el arte religioso no había aún muerto, las figuras, ya fantásticas, ya reales, del Amor, de la Fuerza y de la Fecundidad: los centauros, caprichosamente labrados, alternaban con atletas que resaltaban desnudos á lo largo de esta especie de friso; mujeres de robusta factura sonreían, con una sonrisa que los siglos aún no han destruído, enseñando su carnal y soberbia belleza sin que el más ligero peplo cubriese sus hinchadas ubres, de las que parecían nutrirse aquellas razas de atletas y centauros, ni las suaves curvas de senos fecundos que parecían besados por las ardientes caricias del sol, y su actitud era tranquila, ingenua, con las cabelleras caídas sobre los hombros, como seres que ofrecen al mundo su fecundidad sin lujuria, con tanta devoción como ahora se dedica la estéril ofrenda de la virginidad en los conventos que desde allí columbraba. Abajo, en las archivoltas de un pórtico románico, se veía un verdadero milagro: había unas que parecían guirnaldas de flores petrificadas ó piedras que florecían, desdoblándose en suaves hojas, á las que sólo faltaba el perfume para que la ilusión fuese completa, y en el portaluz, entre profusión de rosas asirias que rememoraban la inspiración oriental, descollaban formando animado capitel las cabezas de los bueyes alados, los dioses del sol, de la fecundidad y del placer, ante los que oraron los pueblos de Oriente. ¡Cuán lejos de esta concepción moral estaba el pueblo moribundo que á compás de las antífonas gemía en las naves de aquella iglesia! Al conjuro de sus cinceles hacía levantar de piedras toscas estas obras de arte; creaba, pensaba en la vida, reconquistaba el suelo español; después, abrazado á la

idea de la muerte, acababa lentamente dejando desmoronar sus monumentos, fijo el pensamiento en la tradición del siglo XVI, petrificados en la inanición como masa de frailes budhistas..... Y la risa de Grecia parecía reflejarse en todas partes; en los capiteles de fuertes columnas se doblaban las hojas del loto y del acanto; la rosácea asiria enseñaba su amplia corola como gran incesario de piedra; cabezas femeninas con cuerpos de perdiz se enroscaban entre sarmientos de viña y torsos de sirena levantaban su doble cola de escamas formando guirnaldas. Cada capitel parecía hundirse al peso de su riqueza; los motivos se repetían poco; después de los primeros símbolos aparecían otros: redes de lacería recamaban nuevos capiteles y otras veces rodeaban el exterior de las ábsides como si la piedra se hilase formando encajes; y las figurillas románicas, hinchadas y cándidamente talladas como lo hacía el artista para no excitar la furia puritana de los emperadores bizantinos, hablaban más del mundo pagano que si hubieran sido satinadas conforme á los cánones del arte clásico; los guerreros cabalgaban en águilas; figuras de luengas barbas recordaban á los patriarcas.

No había allí más notas de dolor que las salmodias del órgano; lo demás todo hablaba á la vida; el Cristo estaba vivo y despótico como monarca oriental, la Virgen no miraba con éxtasis sino con alegría maternal al Jesusillo que tendia su mano hacia la rosa; era fuerte, fecunda; un ángel en el pórtico oriental anunciaba la encarnación; su cuerpo era de robusto mancebo, los paños se pegaban á sus carnes como en las estatuas griegas, y sus alas, que se levantaban como en un desperezo de paloma, formaban un marco á su cabeza de bucles rizados, dulce, conmovida por un éxtasis que acompañaba de sonrisas y hacía temblar sus labios.

Yo no veo en este arte y en este culto el materialismo grosero que enfurecía á los iconoclastas cristianos; hay en él la menor cantidad posible de materialismo y una gran fuerza idealista que se filtra por todas partes y convierte las piedras en seres que anima con las palpitaciones de vida. Sólo los idealistas podían creer en que todo está animado por un espíritu: los genios de la mitología que personifican el mar las rocas, las selvas, el fuego y las montañas, idealizan la materia al encerrar en todo esto un espíritu motor de su vida. El materialismo está en los que enfrían los templos, matando toda expresión de vida en las piedras convirtiéndolas en figuras geométricas.

* * *

Ávila de los Caballeros quedaba en la alta meseta; el tren iba descendiendo por el Guadarrama á la submeseta, á Castilla la Nueva. Una nube de aromas resinosos nos envolvía; saturaba dilatando suavemente los pulmones y llenando el cuerpo de inesperada alegría. La cabeza parecia recobrar nueva fuerza.

En el pequeño pueblo las Navas pasé varios días entre aquel oleaje de montañas cubiertas por el verdinegro ramaje de los pinos. Allí apenas resurgían los recuerdos de la ciudad muerta, de la ciudad simbólica de los viejos castellanos, con su torbellino de agudas sensaciones; me sentía más fuerte y pensaba menos. Me restituía á la madre Naturaleza llena dè sencillas grandezas que me llenaban de paz y curaban el vértigo aquel que producian los espejismos de la ciudad.

Allí comprendí que todos los artificios y ensueños del hombre caen ante la presencia de la Naturaleza, y recordé la confesión de Goethe al abismarse en la selva:

«Ich bin so glücklich, mein Bester, so ganz in dem Gefühle von ruhigem Dasein versunken, dass meine kunst darunter leidet» (1).

3.—La ciudad imperial

«..... los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo..... Los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas.....» Acababa de pasar el Tajo camino de Toledo, y el nombre del famoso río traíame por asociación á la memoria las descripciones y juicios con que le han presentado novelistas, historiadores y poetas, destacándose en este conjunto de recuerdos vagos las sonoras cláusulas de Cervantes cuando de los toledanos escribe. Imagínase la ciudad antigua como creación de la soberbia imperial, bañada por el río de los poetas, arrullador de los grandes idilios, animada por aquellos opulentos mercaderes que en tropel encontraba en el camino Don Quijote cuando salió armado caballero; sacudida por el traquear de los telares que tejen flexible sedería; fiera y altiva, con sus hijos de ojos ardientes que hacen palpitar los lienzos del Greco; coronados los frontispicios de sus puertas por las águilas bicéfalas de los escudos imperiales; ensoberbecida por los antiguos príncipes de la Iglesia forrados de acero y matarifes del moro; ardiendo los templos con las luminarias del altar y con la fe del sentimiento; alegradas sus calles por las trovas de los juglares y sus campos por el rumor de las espigas de oro, elevada por los místicos, revuelta por el tipo picares-

(1) Yo soy tan feliz, querido amigo, sumido por completo en el sentimiento de tranquila existencia, que mi arte peligra por esto.

co..... La ilusión se desteje al entrar en Toledo: los escudos están comidos y envueltos por la pátina; las gentes parecen sonámbulos; los templos callan y están fríos; los sacerdotes no luchan, y rezan como autómatas; los telares callaron para siempre; los campos, sedientos, están salpicados por alfombras de encendidas amapolas que chupan la savia de la tierra, y el río parece por su murmurio que llora sobre una gran ruina.

Entraba en un gran cuadro muerto, que me hacía repetir el majestuoso canto de Leopardi, el poeta del dolor, ante la decaída Italia:

«..... vedo le mura e gli archi
e le colonne e i simulacri e l'erme
torri degli avi nostri,
ma la gloria non vedo;
non vedo il lauro e il ferro ond'eran carchi
y nostri padri antichi. Or fatta inerme,
nuda la fronte e nudo il petto mostri.
Oimè, quante ferite,
che lividor, che sangue!.....»
....

LAS FORMAS SIN CONTENIDO

Una ciudad se puede examinar como documento psicológico. La ciudad es la forma sensible del espíritu de sus gentes muertas y vivas. Esto es Toledo, molde de la civilización que se acumuló en las mesetas de la Península.

El proteismo de su constitución urbana es una ejecutoria del aluvión de elementos que allí se acumularon desde la influencia celta hasta la semita. Las formas sub-

sisten todavía, pero el contenido ha desaparecido. En sus moldes multiformes sólo discurre perezosamente un espíritu aletargado. Sus soberbios templos no denotan religiosidad, sino un vestigio del pasado y una burocracia religiosa; su Alcázar, convertido en Academia militar, no es signo de ciudad guerrera, sino de centro, en donde tranquila y prosáicamente se forman empleados del ejército. Las almas volaron y quedaron los cuerpos muertos.

Toledo es la Roma de España, por lo externo, por lo litúrgico, no por la fe. Es la ciudad santa de las tradiciones, pero sin realidad alguna viviente. A semejanza de esos vestigios orgánicos que el naturalista encuentra en muchos organismos, sin función alguna, como rueda muerta de una fuerza que desapareció, se encuentran también en Toledo los vestigios de los lugares de la fe, de la fuerza, del arte, de la civilización pasada.

Los signos de la civilización predominantemente teocrática y guerrera que caracterizan las ciudades castellanas, están claramente trazados aquí. Contemplando á Toledo desde el antiguo lugar de los cigarrales, aquellos huertos en plena montaña en donde los moros y los cardenales recreaban su existencia, se ve el conjunto de la ciudad sobre el monte que apretadamente ciñe el río; el tono de la ciudad es de monótona grisura, sin que ninguna mancha de colores vivos resalte en aquella masa conventual y sobre el conjunto de techumbres, en las que sobresale una cúpula greco-romana y opalinas torres almohades y mudejares de cuadrada factura, se yerguen, dominando el conjunto á la derecha el Alcázar, imponente como gran bloque de piedra amarilla, símbolo del antiguo poder guerrero, dibujando en el espacio las rectas agudas de los capiteles de sus cuatro torreones, y en medio de la ciudad, como levantándose y apoyándose en sus mismas

entrañas, aparece la torre de la catedral, como esbelta pirámide con su penacho de floridos pináculos ojivales, rematada por una extraña diadema negra que se hunde en el espacio orlada por la triple corona de la tiara pontificia. Cuando cierra la noche, la silueta de Toledo sobre el monte semeja una mancha china que se eleva formando agudos trazos de cúpulas y torres, sin ninguna chimenea. Quien contemple la ciudad así antes de observarla por dentro, experimentará la sensación que producen esas ciudades santas de fe vigorosa, como Moscou, Jerusalén, Meca, templos y relicarios de grandes religiones históricas; la campana de la catedral extiende sus vibraciones sobre toda ella, como las ondas que extiende la piedra al caer en la superficie de un estanque tranquilo, y hace sospechar que no es una ciudad de iglesias y conventos aquélla, sino una gran iglesia, en donde el murmullo de la oración lo aquieta y domina todo. Pero ya dentro de la ciudad todo palidece: la religión no es la fiebre mística que se sospecha al ver de lejos la riqueza templaria; los conventos de altas paredes y amplia base tienen pocos religiosos; en las gentes impera una especie de automatismo religioso sin espiritualidad alguna, es decir, liturgia, dogmas, burocracia eclesiástica, todo lo que fué producido por la fe, y que ahora, por sí solo, no puede hacerla volver.

La ciudad está empequeñecida como el espíritu de sus gentes. El Greco hizo un plano del Toledo de su tiempo que, superpuesto al plano actual, difiere bien poco; en quinientos años ha decrecido en vez de aumentar. La gráfica de su crecimiento señala una línea descendente, como la mayor parte de las ciudades castellanas, desde el siglo XVI hasta la actualidad, y si algo se mantienen, lo debe, como las precitadas, más que á sus energías á los

favores del poder central, que crea en todas ellas importantes centros burocráticos.

Y así como ha quedado el pensamiento cristalizado en las formas del siglo XV, también la ciudad ha permanecido en la distribución urbana. Las calles son silenciosas, estrechas y empinadas, rematadas las rejas de las casas por pesados tachones y cruces de Santiago, orladas las fachadas de los portales por el cordón de San Francisco y el pesado rosario de bolas castellanas, clavadas las puertas por recios clavos de tosco labrado. Las casas son panzudas, y tienen la mayor parte de ellas los patios propios de la casa mora. De trecho en trecho, el orden regular se interrumpe por un solar que ya no se aprovecha, ó por una casa de religión. La calle típica del siglo XIII y XIV se encuentra aún allí sin variación, con sus ventanas y saledizos que parecen unir las techumbres. «Aquí escribió Cervantes su *Ilustre Fregona*», os dicen cuando entráis en la posada de la Sangre, ante el patio de galerías de madera pintada de verde, con sus columnas de leño rematadas por zapatas castellanas. Y la posada famosa está lo mismo que entonces. Los revocos y afeites de las casas respetan los lemas religiosos. «VISITA QVESVMVS DOMINE» rezan muchos portales, en los cuales los toledanos ponen esta inscripción para ahuyentar los maleficios, lo mismo que hacían los asirios hace miles de años colocando las cabezas de bueyes alados como amuletos sagrados.

Durante el día, los tonos son amarillentos y fríos, y las siluetas se recortan en un cielo de pálido azul. Este gran lienzo, animado, asocia con fuerza irresistible las figuras del Greco. Ante este cuadro se comprende por qué el gran pintor cretense pintaba Vírgenes robustas y Cristos vigorosos, cuando vivió la existencia de la poética y sensual

Italia, y después, abismado en el ambiente de Toledo, sus figuras comenzaron á adquirir esbeltez, y terminaban por semejar espirales de incienso. De allí brotaron y allí flotaban aún aquellas almas que transparentan su tristeza inefable en el *Enterramiento,* alumbradas por llamas de cárdeno resplandor ante el cadáver del Conde de Orgaz y entre los murmurios de la antífona sagrada.

Todo es callado como en la famosa ciudad medioeval de los llanos flamencos que llama el poeta Rodembach *Brujas la muerta*. Su espíritu es el mismo, el espíritu latente de las ciudades muertas, y su cuerpo presenta grandes semejanzas: Brujas tiene sus canales por donde se pasearon los cisnes blancos de opulentos burgueses; Toledo los tranquilos remansos del Tajo, en donde es fama que el pasional rey godo con la hermosa Cava convertía en Jordán para bautismos de amor; Brujas presentaba en su torre mayor el símbolo de la riqueza, el dragón de oro que recuerda á Fafnir, el símbolo de los Nibelungos inmortalizado por Wagner; Toledo, en el alcuzón de la torre, la triple corona de la tiara pontificia, y en los pórticos las águilas bicéfalas del escudo de Carlos V; Brujas tiene junto al Lago de Amor un convento en donde reina la esplendidez, en donde las *bèguines* han formado más bien un refugio de encantos. Toledo tiene también su casa de religión aristocrática que llama de *Doncellas nobles*, con ricos dotes. Sólo se diferencian en que Brujas tiene en su hijo Rodembach un luchador que le concita á la vida hablándole de la muerte, y Toledo tiene muchos hijos que le mantienen en la muerte hablándole de sus pasados días.

La nota de vida la dan los *touristas*. Detrás de ellos corren bandadas de chiquillos pidiendo dinero. Los ojos azules y las cabelleras rubias se encuentran al visitar los

monumentos toledanos. Y esto explica por qué se ven en los soberbios palacios que levantan en Hyde-Park los negociantes del Africa austral que llegan sudando oro á Londres, los llamados *cafres* por el aristócrata arruinado, los acromados azulejos de antiguas mezquitas, lienzos del Greco, esculturas exhumadas en antiguos templos, y detalles afiligranados del arte musulmán.

LA FIESTA DE LA MUERTE

La población de Toledo ha sido influída por la raza germánica que siguió en la distribución central la cuenca del río; pero la extirpe que ofrece un tipo hermoso, de fascinación africana, es el de la toledana de sangre semita, mujer de cabellos y ojos negros, de nariz finamente aguileña. Hurtan el cuerpo á la mirada como si la cara se rigiera aún por los egoísmos y celos moriscos. En los hombres se reproduce la imagen de los hidalgos del Greco, secos y de mirada penetrante, con una expresión de tristura y de indiferencia que revela el quietismo budhista de sus almas.

Su existencia tiene la tranquilidad del automatismo, y la distribución de sus actos durante el día está señalada por la campana de la catedral que ordena levantarse, rezar, comer y recogerse. Durante el año sólo tiene el toledano tres días de bullicio en época de Carnaval; es lo único que rompe la monotonía de su vida, y, terminado este jolgorio, llena los templos para pedir perdón, por haberse divertido, en las funciones religiosas de desagravios. Aislados de todo contacto con otras regiones más adelantadas, las cosas nuevas llegan allí como el eco de lejanas voces; la ciudad cosmopolita de la Edad Media

apenas tiene hoy otro matiz cosmopolita que el que le dan la presencia de los touristas. La división profesional de la población da un exceso de las clases consumidoras sobre las demás: es la más rica en oraciones y espadas, y la más pobre en centros industriales. Para quien llegue allí desde alguna de las rientes ciudades costeñas, le parecerán los días tristes como si la ceniza simbólica lloviese sobre su frente.

Las rampas de las calles parecen despedir á la gente como si fuese peso molesto haciéndole imposible la estancia en ellas, devolviéndoles á sus casas, en las cuales los patios y jardines hacen el óficio de harén y prisión perpetua, apartando á las gentes de la vida social recluyéndolas con ese egoísmo musulmán que afea por fuera las paredes del hogar y por dentro las recubre de filigranas; y, cuando en ellas se permanece algún rato, hay que prevenirse contra la llamada *cornada de borrico,* porque la estrechez de las calles es tal, que á no pegarse á los muros, los borriquillos que suben los cántaros de agua en angarillas de torcidas varas suelen dar de refilón con ellas al que en la calle permanece. Los calores en verano cierran herméticamente las puertas, y las lluvias de invierno no tienen otro ruido que apague su goteo en las calles..... Y así vive la raza año tras año, dominada por la negra tiara de la torre de la catedral, legando de generación en generación su tristeza y su silencio, que sólo interrumpe la hiriente nota de los clarines del Alcázar.

Así se comprende por qué las imágenes multiformes de los monumentos toledanos no produzcan vida multiforme en las conciencias; éstas se encuentran ya cristalizadas, uniformes, monótonas, sin que pueda el *charivari* artístico que caracteriza á Toledo romper la monotonía de su existencia. Causa vértigo la contemplación de tantos ór-

denes, estilos y escuelas amontonados; pero en las conciencias, en donde la vida se ha empequeñecido y esterilizado, no despierta la más leve emoción. El pueblo, si no tuviese esta insensibilidad de raza decadente, viviría exaltado por la emoción estética como aquel pueblo florentino que se agrupaba en torno de las obras de arte para celebrar el *referendum* artístico ante los modelos de Santafiora. La admiración por sus monumentos tiene como origen la utilidad que les reporta, y aun así no es bastante: antigua mezquita hay que está convertida en taller de carpintería, y en cochera innoble el llamado taller del Moro, en el cual los arcos granadinos y las lacerías que bordan las paredes, como si fuesen piedras tejidas, están comidos por el roce de los coches.

Para las manifestaciones de la vida parece insensible; en cambio, rodea de gran pompa todo lo que es manifestación de muerte. Hay en Toledo fiestas de la muerte, la nueva Diana de su conciencia. Toledo teje una alfombra de colores al paso de la muerte, á diferencia de la legendaria Pafos, que la tejía para el amor y la vida. Las cofradías para entierros están allí más extendidas que las cooperativas en todas sus formas; apenas hay toledano que deje de pertenecer á ellas; así es que, cuando muere algún cofrade, comienzan á doblar todas las campanas y medio Toledo se viste de luto. La ceremonia es lenta, como si se gustase un manjar sibarítico. Los cofrades arreglan un cortejo, encabezado con las siniestras hopas y corozas, van pasando como hórridas visiones por las gargantas de las calles, hacia la casa del muerto. De todas partes de la ciudad acuden á la fiesta macabra en pleno día; los lábaros de las cofradías llevan imágenes y símbolos inquisitoriales; aquellas hermandades negras tienen sus distintivos en los colores de los estandartes y

de los cirios: los hay rojos, amarillos, verdes..... Y las campanas golpean lentas y fúnebres, y los hermanos llegan poco á poco, á pasos lentos, como los golpes de las campanas. El muerto se pasea pomposamente, como en los banquetes egipcios, y unos Grecos animados, como desprendidos del *Enterramiento del Conde de Orgaz*, aparecen en el marco de balcones y ventanas á presenciar el paso de las dos filas de almas en pena que mascullan el cantoral de las antífonas. Y á los pocos días de celebrarse esta fiesta de la muerte, vuelven á doblar las campanas, y los toledanos se ciñen las hopas, y vuelven en fila á serpear por las angostas calles.

El día de difuntos, los cofrades cuelgan emblemas inquisitoriales de sus pechos y visten á uno de ellos con un traje del siglo XVI, calando un sombrero de teja que recuerda los curas de Fígaro, y, envuelto por una gran capa roja, oficia de gran maestre durante el día en que la Iglesia invita á orar y meditar en los muertos. Parece que se reciba con júbilo ese día y reserven los colores más vivos para festejar todo lo que tiene simbolismo de muerte. Las cofradías tienen sus capas distintivas: para acompañar al reo de muerte deplega una de ellas un paño rojo; cuando se ha consumado la ejecución, otra cofradía despliega un paño verde y lo tiende sobre el cadáver..... La muerte aparece rodeada por todos los colores del iris, como deidad de amor y poesía.

Al atardecer, los amigos de la calle y unos jóvenes sin juventud se congregan en el pequeño Zocodover, donde crecen unas acacias tísicas; parece que va á llegar la expansión deseada. Unos balcones encentrados que dominan la plaza se abren y aparece en el fondo un Cristo ojival, en medio de un dosel rojo, como flotando en un mar de sangre; los cirios forman una constelación á los

pies de aquel cuerpo escuálido y sanguinoso. Esta cofradía es la enterradora de los ajusticiados; pero aunque no haya cuerpo que enterrar, los cirios se encienden, los balcones se abren y la tiara negra de la catedral, que domina á la ciudad de día, es reemplazada por aquella mancha de sangre con el Cristo en medio. Por la mañana, la primera voz es la de la Catedral; de noche, el último cuadro es el del Cristo de la Sangre.

NOCHE TOLEDANA

Para agotar la sensación de la ciudad vieja, hay que ver de noche á Toledo. Las famosas noches toledanas, con sus degollaciones de judíos y estocadas hasta los gavilanes, están hoy convertidas en cuadros de poesía becqueriana. Las sombras obscurecen los revocos modernos, y entre ellas sólo se destaca en masa la configuración antigua de la urbe con todo el misterio de la ciudad medioeval. La última noche que vi así Toledc venía conmigo, entre otros, un español italianizado.

Por las antiguas calles, los muros de los conventos se suceden sin interrupción, estirándose en largos trechos, lisos y altos, con pequeñas celosías de triples rejas, como garantía del voto de castidad; á veces, los muros laterales se estrechan y les une un cobertizo, en donde una imagen olvidada tiene como lámpara los ojos fosforescentes de las aves nocturnas. Se pasa el cobertizo de tinieblas, y en la penumbra de la calle, otra vez libre, se esfuma una cruz enorme, de brazos abiertos y extendidos como en la desesperación suprema. Las paredes conventuales se quiebran, formando una plaza, que llena el silencio y la sombra.

—Santo Domingo el Real.....—me dijeron señalando un pórtico de pobre columnata—; la ventana de Becquer.....

La ventana señalada era pequeña y sin ninguno de los artísticos detalles con que la describía Becquer en su cuento titulado *Tres fechas;* pero suponiendo un rostro toledano en el fondo, bien se podrían fantasear todas las perfecciones con que la recubre la imaginación del tierno vate. El silencio era de plomo; pasé otro cobertizo; un chirrido y un blando aleteo de ave carniçera se dejó oir; otra cruz; una pared resquebrajada, por donde trepaban los jaramagos; otra cruz; la calle vuelve á quebrarse; en un ángulo, una hornacina encierra una Virgen descolorida, rodeada de exvotos y flores de trapo desteñidas; la calle se ensancha un poco y en los pórticos se ven pesados escudos con las armas arzobispales; las losas se extienden en zig-zágs; la pendiente se convierte en suave rampa y de un muro sale un resplandor difuso.

—La *Virgen de los Alfileritos*—me dicen, y veo en el fondo de un altarcito, que parece la boca de un nicho, una tabla groseramente pintada y borrosa, como los antiguos cuadros bizantinos; un rostro de Virgen penante y una lamparilla de aceite, que recuerda la luz del columbario y alumbra una alfombra de alfileres. Las toledanas, cuando quieren tener amores, le ofrecen alfileres á aquella imagen penante como ellas, y es fama que, si el alfiler cae de punta, el hombre deseado es un militar..... Este es el sentido utilitario de su sentimiento religioso, exento por completo de idealidad.

Aquella luz elegíaca me recordaba á la mujer de cabellos negros y ojos negros que rebrillean en el fondo como las aguas de los hondos pozos, de nariz finamente aguileña; el rostro que atisba detrás de las celosías, viviendo el poema eterno de la esperanza en la ciudad vieja, como

las flores del invernáculo que pegan sus pétalos á los vidrios calentados por el sol, el que inspiró á Becquer la más delicada de sus fantasías sobre Toledo; la vida de la juventud pasada, sofocando el fuego que consume las entrañas, preguntando á las hojas de las flores agoreras la suerte de sus amores; la joven devota que, después de la oración, deja caer furtivamente el alfiler á los pies de la dolorida imagen, como ella, angustiada y sola.

Y la marcha se continúa á través de otras calles que repiten la decoración recorrida. Al dar las doce, de un convento de frailes sale el tono coral con que se celebra la hora canónica, y las notas, largas y profundas como voces tombales, se extienden por el espacio silencioso. Una pesadumbre de infinito tristor va apoderándose del sentimiento á medida que las horas pasan y la peregrinación nocturna continúa.

El español descastado que nos acompañaba nos hacía volver á otra vida recordando las veladas en los *cabarets*, en las cervecerías vienesas, en las alegres ciudades italianas, la vida moderna fecunda é inquieta de la cual estábamos distanciados en aquel instante por un trecho de cinco siglos.

Enfilamos una calle del siglo XIII en la cual las paredes se van estrechando á medida que se elevan; los saledizos, casi rozándose, dejan pasar la luz de la luna en forma de una cortina luminosa; pasábamos de uno en uno; al salir se destacó el cubo que forma la torre mudéjar de Santo Tomé, en cuya base un farolillo alumbraba un gran Crucifijo; parecía que temblaba al balancear el viento el farolillo, haciendo mover las sombras; las ráfagas aumentaban y disminuían la llamita de aceite, y al alumbrar de nuevo surgía de la sombra otra vez la figura del cuerpo crucificado con las salpicaduras de la sangre y azotán-

22

dole el rostro la cabellera femenina que colgaba de su cabeza; á veces el farolillo chocaba en sus balances contra el pecho de la fúnebre escultura. Aquella visión sacudía cruelmente los nervios.....

Con mis acompañantes bajé la cuesta de Santo Tomé y llegamos á San Juan de los Reyes. Los floridos arbotantes del templo eregido por los Reyes Católicos se destacaban heridos por la luz de la luna con una elegancia suprema; de las paredes colgaba una cortina de hierros que depositaron allí los cautivos cristianos rescatados; los duros anillos llenaban el muro y recordaban la trágica existencia de muchos hombres, cada eslabón era el drama de un alma. Desde allí el rumor del Tajo semejaba el estertor de muerte de mil gargantas hacinadas. Seguíamos la peregrinación por la ciudad muerta pensando que no hay mejor medio para amar la vida moderna que experimentar la sensación de la vida horrenda de la ciudad medioeval.

Pasamos por delante de la antigua sinagoga bautizada con el nombre católico de Santa María la Blanca que por fuera parecía una casa vulgar; otra sinagoga al paso, la de Samuel Leví, que presentaba el mismo aspecto, con sus altas paredes de ladrillos, ásperas y sucias por fuera, delicadamente labradas por dentro. Todo eran lugares de oración como si caminásemos por el interior del templo de todas las religiones: á una parte veíamos los soberbios templos de la iglesia latina con sus muros de pétrea consistencia semejantes á grandes bastiones y elevadas torres parecidas en la noche á nubes cinceladas, luego las mezquitas y sinagogas; en un sitio orando en latín; en otro modulando las plegarias en hebreo ó en árabe. Las bocas de las campanas que asomaban por las ventanas de las torres mudejares, traían á la memoria las luchas de religión, los templos invadidos por gentes extrañas á la pro-

pia confesión, todo un pasado de luchas y martirios. La imagen de la ruina aparecía en las iglesias cerradas al culto, en los solares sembrados de paredes derruídas. El antiguo solar de la casa de Padilla, el bravo comunero que se rebeló contra el imperialismo de Carlos V, se conservaba aún sin edificación alguna, como si la capa de sal con que fué cubierto pesase aún sobre la cuna solariega del gran castellano. La ciudad presentaba un aspecto leopardiano, muda, misteriosa como una sombra tallada, agobiada por el peso de sus templos.

Este cuadro muerto hace comprender sin razonamiento, por simple intuición, el origen de muchas creaciones medioevales: el demonismo, con sus escenas macabras y aquelarres; la monopatía religiosa que conducía al fanatismo; las matanzas de judíos toledanos después de un sermón de fuego de Vicente Ferrer; la ornamentación ojival, plagada de punzantes floraciones y de monstruos fantásticos que delatan el espíritu atormentado por la idea del infierno; todas las monstruosas aberraciones del sentimiento producidas por una vida social cruenta y una religiosidad enferma.

Por las calles, de claveteadas puertas, no escuchamos otra música que la del canto de los frailes; de las macizas rejas pendían como brazos moribundos guirnaldas de trepadoras sin que ningún idilio las animase. Durante aquellas horas, todo silencio para Toledo, otras ciudades alentaban aún encedidas por la actividad de la vida moderna: se recordaban las discusiones y propagandas de Barcelona, Valencia, Zaragoza, Bilbao; las veladas en las Academias, las luchas de nacionalistas, radicales, tradicionalistas, anarquistas; todo el hervor de una conciencia social que se agita y piensa mucho y apenas concede un punto de reposo. En la ciudad muerta, en la ciudad sim-

bólica de Castilla la Nueva, todo reposaba, todo era uno y lo mismo, inmutable como el dogma que había cristalizado en su pensamiento. Es cierto que allí nos decían que había un grupo de radicales, pero eran unos radicales que todos los años iban á abrevarse al pozo de la catedral, en cuyas aguas milagrosas tenían más fe que en todos los recursos de la farmacopea. Lo nuevo era allí sólo apariencia, como la belleza de los afeites.

Complacencia estética se experimenta hondamente en esta ciudad; el artista querrá siempre conservarla así, adormecida, con el sello indeleble del pasado, prohibiendo, en nombre de la poesía, como quería Becquer, que la civilización diera un solo paso; pero cuando el sociólogo hace una ponderación integral de la vida social, el placer de la belleza es suplantado por el dolor que inspira la contemplación de los sentimientos secos, de las conciencias cegadas, de la idealidad muerta.

Y continuábamos la peregrinación.

Más conventos; nuevas cruces; el palacio de D. Pedro, el bárbaro rey castellano; un convento mudéjar de clausura perpetua..... El tema repetido iba cubriendo con sus misterios de indefinibles afanes y de angustias el corazón.

Rozábamos, al enfilar una nueva calle, unos muros altos y lisos como bastiones, en los que se dibujaba en triángulos la sombra de los edificios fronterizos; eran las paredes de un templo rematadas por una fila de horribles canecillos. Sus formas monstruosas se recortaban en negra silueta en el fondo de luces frías del firmamento; algunas de aquellas bichas góticas que ideó el artista de la Edad Media, atormentado por la idea de ultratumba, llevaban sus manos á la cabeza en actitud de desesperación suprema, abiertas las enormes fauces y distendido el cuerpo

fuera de la pared como si fuesen á lanzarse al espacio. ¡Cuán monótonos y penantes habrán de ser los días de invierno cuando la plúmbea nube se extienda sobre la ciudad y en aquella solitaria calle no se oiga más ruido que vomitonas de agua arrojada por las fauces de aquellos canecillos!

—Basta de noche en la ciudad muerta—se gritó.

—El Colegio de *Doncellas nobles*—nos dijeron. Y sentados en la solitaria plaza de aquel *Lago de Amor* que recuerda á Brujas, la ciudad muerta de los llanos flamencos, escuché un grito de vida que rompió el pesado silencio de aquella noche entonando una fácil canción italiana de modulación sensual: «*La luce del creposcolo — l'immenso mar colora.....*» La última estrofa de la citada barcarola llovía como rocío matinal sobre el sentimiento agarrotado en aquella peregrinación nocturna, llena de pesadillas, á través de la ciudad muerta.

Amanecía, y el primer rayo de sol fué para la negra tiara de la torre de la catedral que extendía las puntas de la triple corona sobre la ciudad muerta en todos los rumbos de la rosa de los vientos.

La noche había terminado para nosotros é iba á comenzar en la conciencia de las gentes de la ciudad.

PROTEO EN EL ARTE

La sensación de la belleza embriaga tanto como el alcohol y los colores; hay una embriaguez psíquica, que no solamente la produce la palabra, sino también todas las creaciones sugestivas de la belleza. Esta embriaguez artística se experimenta en la multiforme obra artística de Toledo. Toledo es la ciudad más monumental de España; el genio

de Proteo parece que haya levantado la ciudad. El alma de sus gentes actuales es monótona, pero el medio es rico y variado. Todos los pueblos que pasaron por aquel peñón del Tajo dejaron la huella de su arte: ¿por qué de Toledo no han brotado tantos artistas como convida á producir el medio de la ciudad? Esta es una cuestión que se puede resolver teniendo en cuenta la esterilidad de la estepa castellana y el aislamiento mental de la población toledana. Es cierto que allí hay mucho monumento, pero es arte de importación; le traían ya en el sentimiento los invasores; arte indígena no existe; parece que al llegar á aquella península que forma el abrazo que el Tajo da á Toledo, el sentimiento artístico cristaliza y no produce más: Toledo no ha constituído ninguna escuela artística, como la constituyeron Sevilla, Valencia y Cataluña. Hoy tiene á lo sumo algunos copistas de los lienzos del Greco que enriquecen la ciudad. Los privilegios de ciudad imperial y de metrópoli religiosa nacional pudieron enriquecerla, llenándola de monumentos, pero no fueron bastantes para infundirla por obra de la fuerza el alma prolífica de otras ciudades. Toledo tiene mucho arte, pero no da artistas.

El vórtice de sensaciones que produce la existencia y superposición de tantos estilos, excita enormemente los sentidos, cuando éstos no son de sonámbulo. Parece que se viaja por el interior de un inmenso Museo. Así como hay ciudades santas en donde constantemente se escucha el murmurio de la oración, como si fuesen grandes oratorios, también hay ciudades monumentales, como Toledo, que semejan archivos de arte. Y resaltan más los monumentos, porque alrededor de ellos se extiende una población pobre y de casas míseras, que recuerdan aquellos palacios de los monarcas de la Mesopotamia, que levan-

taban sus soberbias viviendas en medio de páramos y de muchedumbres esclavas.

No tiene Toledo ejemplares de arte románico como sucede en Avila y en otras ciudades de Castilla la Vieja; pero á partir del ojival, los órdenes forman un *charivari* que produce los más estridentes contrastes, y sirven para recordar la psicología y el valor sentimental de los pueblos que vivieron en la ciudad y cómo una larga vida común determinó la unión de las sangres de la raza. Antes de entrar en la ciudad se ve destacar imponente, como fortaleza dominadora, el Alcázar, de líneas geométricas, severas, sin ondulaciones, que recuerda el Renacimiento austero de los españoles, tan austero y despojado de las alegres floraciones del estilo greco-romano como si hubiese sido alentado por los antiguos monjes del Císter; se sube á la ciudad por un graderío de plaza de guerra, y se vislumbran las primeras construcciones arábigo-españolas con sus ventanas de ojiva ondulada encerrada en el puro marco del *arrabá;* una vez dentro, el aquelarre de estilos es vertiginoso: torres y ábsides mudejares; pináculos góticos con sus pétreas floraciones; capiteles griegos de suaves floras y fustes toscanos; jambas platerescas en donde aparecen las hórridas bichas de la ornamentación medioeval rodeadas de guirnaldas greco-romanas; fuertes columnatas en amplios patios del Renacimiento; esbeltos fustes ojivales pegados á gruesos tambores desparramándose por las bóvedas; columnas visigodas manteniendo arcos de herradura que parecen palmeras de gallarda copa; fustes octaédricos de sinagogas, empenachados de gruesas piñas; cenefas árabes; cornisas estalactíticas como las famosas cúpulas de la Alhambra; arcos lobulados y granadinos con las fantásticas faunas de los árabes; edificios de ladrillos que recuerdan las construcciones orientales;

templos de grandes bloques que patentizan otra técnica constructiva.....

La imaginación, excitada por tantas formas, asocia con intensidad los recuerdos que cada estilo trae consigo: os paráis delante de un edificio de gruesos ladrillos como adobes; miráis la sensual ventana mora encuadrada por las finas rectas del *arrabá* y abierta en curva delicada y llena de dulzura femenina, como cuerpo que ondula en espasmo voluptuoso, formando los lobulados suaves cavidades..... y en seguida pensáis en el harén, en los tapices de flamantes colores, en los pebeteros atiborrados de perfumes. Pero suena un órgano las notas de una monótona salmodia; tocan unas campanas, y la ilusión queda desvanecida: las mujeres que guardan aquellas paredes moras son esposas de Cristo, el rey moro que sospecháis es un rey en efigie y muerto, los incensarios queman incienso y no opio de Tebaida.

Otras veces la impresión es inversa. Hay iglesias, como la de San Andrés, en las que la mirada, religiosamente elevada, tropieza con una cúpula granadina que transforma la capilla en gruta blanca, cubiertas las antiguas chapas de oro de la cúpula por un revoco de cal.

Entre los templos abandonados y los templos habitados, son las mezquitas y sinagogas y la catedral los que más impresionan.

Las mezquitas y sinagogas parecen estar hechas para un culto de la vida; sus paredes son abrigadas y delicadamente labradas como si la piedra se ablandara y estirase en largos hilos y una hada llena de misterio bordase con aguja de oro las cortinas y cenefas que el árabe llamaba ajaracas; sus techos son bajos, sus pilares blancos. A veces una inscripción arábiga ó hebrea aumenta la poesía y el misterio haciendo pensar en las palabras enigmáticas

que tal vez encierren un credo religioso que, sin saberlo, ya se comprende merced al sentimiento que el lugar despierta. Aquellos vestigios son la demostración de la cultura arábigo-española de testimonio aún no superado, de un pueblo civilizado y de sentimientos delicados. Un pueblo brutal no habría podido trazar las delicadezas arquitectónicas que allí se ven; levantará grandes bloques, hará muros ciclópeos, pero no podrá construir el sutil angrelado de los arcos granadinos. El arte es una proyección del sentimiento; ved qué sentimiento despierta en vosotros una obra, y conoceréis las cualidades del autor. Y un pueblo así fué expulsado en nombre del sentimiento religioso: la sanción para España no ha podido ser más dura, porque con el alma mora se fué también una cultura y una técnica de producción que dejó un vacío no llenado todavía.

En la sinagoga hay delicadeza; en la catedral todo es grandeza. Es la pureza del canon ojival realizada por completo. Pero la pureza del esqueleto contrasta con las muestras interiores, en donde se acumulan alrededor de la nota ojival dominante los vestigios de los estilos grecoromanos, árabes y churriguerescos. No hay en Toledo ningún edificio civil que pueda compararse en grandeza á la catedral; este monumento es el documento histórico de mayor fuerza para probar la constitución teocrática de los pueblos que habitaron la ciudad; guerrera y hierocrática fué la sociedad aquella, pero la nota más imperiosa fué la hierocrática: allí está la magnificencia de la catedral para comprobarlo. Hay mucha distancia de este pueblo al de Valencia, por ejemplo, tipo representativo de la democracia, que puede oponer á sus mejores templos el gran palacio de los antiguos mercaderes, la Lonja, construída en pleno siglo XV, y que atestigua la existencia de la

aristocracia comercial, la *gente nuova*, como decía el Dante. En la ciudad muerta todo se había sacrificado en holocausto de la cruz y de la espada. Los campos produjeron sus frutos para la catedral, grandes dehesas rentaron sólo para ella, los nobles guerreros testaban siempre acordándose de ella, y así, de generación en generación, se acumulaban bienes y más bienes, y los artistas iban dejando en su recinto la huella de mil idealidades distintas. Una larga fe y un largo imperio hierocrático produjo el proteísmo artístico que en la catedral se ofrece. Su arte no solamente es una fuente de inspiración ni muestra de valor estético: es en lo que revela socialmente donde está su principal valor.

A lo largo de las esbeltas columnas góticas, que semejan un haz de nervios, resbala la mirada y queda aprisionada en lo alto por las vidrieras, que parecen lienzos luminosos; á cada nave corresponde una serie de ojivas cubiertas por los pintados vidrios, que ofrecen así el aspecto de ringleras de cuadros que parecen ocultar un luminar en el fondo y arrojan sobre las blancas columnas ojivales un iris de esfumados colores. El arco granadino, que recuerda la puerta de los serrallos, cubre tumbas centenarias; hornacinas góticas, que parecen destinadas á guardar las penantes imágenes de los pasajes místicos, abrigan desnudas esculturas neo-clásicas. La lucha del ideal cristiano con el pagano se ve claramente en estas invasiones de estilo á estilo. En el coro, los maestros españoles que bebieron en las fuentes italianas durante el Renacimiento, colocaron los tallados de madera de imponderable belleza, recordando en los alardes anatómicos de los grabados, con sus irritados plexos y tirantes tendones, el genio violento, trágico, de Miguel Angel. Y bajo de estos grabados, en las balaustradas y asientos, el grabado gó-

tico vuelve á aparecer plagado de monstruosidades retorcidas con ese movimiento propio del arte medioeval: una mujer tendida acaricia un perro, juntando la boca con el hocico y convulsos ambos por el espasmo animal; los banquetes de animales inmundos se suceden como tema que trae á la memoria la obsesión del pecado en la mentalidad de los cristianos de la Edad Media. Las paredes del altar mayor aparecen cinteadas de oro; el retablo parece quebrarse bajo la cargazón de áureos doseletes; esculturas polícromas representan ángeles desplegando sus alas de pintadas plumas, como los pájaros de las faunas tropicales, y detrás de él, las nubes de alabastro del estilo churrigueresco rodean las formas geométricas de la arquitectura clásica, rompiendo la dureza de los ángulos, dulcificando con sus rizos marmóreos las cortantes aristas de bases y capiteles. Después, las capillas de las familias nobles, que con sus nombres evocan historias regias, se levantan severas, presentando en los muros empotradas las tumbas de estatuas yacientes con sus leoncillos y pajecillos á los pies del señor muerto, envuelto el conjunto por las orlas ojivales, que parecen hojas petrificadas ó piedras que florecen. Así se va desplegando el contenido de la catedral, cuyo tesoro artístico rematan los cuadros del Greco, el gigante de Creta, cuyos lienzos penetran hasta el fondo de los nervios.

El cuerpo de la catedral enseña lo que fué el poder de la iglesia en esta sociedad; el Greco presenta palpable en sus cuadros lo que fué la idealidad religiosa en su tiempo. Su cuadro el *Enterramiento,* que alumbra débilmente la copulilla de Santo Tomé, es una ventana abierta al siglo XVI: las nobles enlutadas y de adusta faz, como figuras del arte hierático, y junto á ellas las figuras de San Agustín y San Esteban, símbolos del poder teocrático

triunfante, agobiados por los mantos de oro y pedrería, que lanzan como notas de alegría rayos de luz irisada sobre la ringlera de nobles que presentan negrura en el traje, negrura en el sentimiento, entre llamas de cárdeno resplandor como las luces de un columbario. Quien quiera agotar esta sensación, que recoja, como yo lo hice en la hora cenital, un rayo en un espejo y lo proyecte sobre el lienzo; verá cómo á medida que el resplandor recorre las figuras del lienzo, se animan todas como si las conmoviera un rayo de vida; todo adquiere corporeidad; los colores toman una expresión de vida indefinible; el noble, que mira en arrobamiento al cielo, comienza á orar y habla por sus ojos claros; la mitra de San Agustín rebrillea; tiembla la mano de un fraile de escorzada cara, y sus labios balbucean..... Es el cuadro sin igual, maestro entre los maestros, monumento de arte y documento sociológico que nos pone en presencia de siglos que fueron.

El conjunto de piedras vivas y lienzos animados que forman el más hermoso charivari artístico que existe, parecía entre aquella masa de sonámbulos de sentimiento estéril, como el puñado de jugosas flores que el viento de la fortuna trajo de otras partes y arrojó sobre las tierras esteparias.

EL PUEBLO Y LOS POETAS

Una emigración rápida, como la de las antiguas invasiones, dejó medio despoblado el campo y la ciudad, y en ellos quedaron las gentes maldecidas por los poetas. En el siglo XVI la provincia de Toledo contaba quinientos cincuenta y un pueblos «de mucha substancia y provecho», como dicen las crónicas (*Viaje de España*, por Ponz, tomo I, carta primera), que quedaron reducidos en el si-

glo XVIII á trescientos cuarenta y nueve. De entonces acá no ha habido ningún progreso.

Zorrilla, el gran lírico de la poesía castellana, ponía el epitafio sobre la población actual, diciendo:

«Hoy sólo tiene el jigantesco nombre
parodia con que cubre su vergüenza,
parodia vil en que adivina el hombre
lo que Toledo la opulenta fué.
Tiene un templo sumido en una hondura;
dos puentes, y entre minas y blasones
un Alcázar sentado en una altura,
y un pueblo imbécil que vegeta al pie.»

La espantosa decadencia, mantenida por siglos, no sólo fué rimada despreciativamente por Zorrilla. A Góngora y Quevedo se les atribuye este soneto sobre Toledo:

«Poca justicia, muchos alguaciles;
cirineos de p..... y ladrones;
seis caballeros y seiscientos dones;
argenterías de linajes viles;
doncellas despuntando de sutiles;
dueñas, para ser dueñas de intenciones;
necios á pares, y discretos nones;
galanes con adornos mujeriles;
maridos á corneta ejercitados;
madres que acedan hijas como vino;
valientes en común, y en común miedo;
jurados contra el pueblo conjurados;
amigos, como el tiempo, de camino;
las calles muladar..... Esto es Toledo.»

Estos poetas la han maldecido ante el contraste del recuerdo con la realidad presente; cuando algún extranjero como Maurice Barrés ha descrito un cuadro sen-

sual de Toledo, no ha hecho más que proyectar en el papel el sensualismo personal suyo.

Lentamente salimos de Toledo.

Miramos por última vez la iglesia de la Concepción, por cuyos muros verdeaban las trepadoras de la ruina; en su cúpula mudéjar, una golondrina formaba su nido en medio de los octaedros multicolores, imagen del cielo flamante del Profeta. Atrás quedó el río de los poetas, y la ciudad muerta, con sus solitarios y anacoretas de la vida moderna, pareció hundirse en medio de sus montes.

Los oteros y pardas lomas cubiertas por las plantas esteparias, reemplazaron á los montes pelados; el ambiente le llenaba una neblina de polvo, y el tono rojizo de un atardecer se extendía como una inmensa bambalina por la raya de Poniente.

La imagen de la ciudad muerta quedaba todavía erguida en el fondo de la retina, dominada por los agudos capiteles del Alcázar y por la negra tiara de la catedral. Y este recuerdo hacía repetir la doliente estrofa de Leopardi:

«..... vedo le mura e gli archi
e le colonne e i simulacri e l'erme
torri degli avi nostri,
ma la gloria non vedo.....»

Interprétese desde el punto de vista que se quiera la base de desenvolvimiento social de estos pueblos: la conclusión será pesimista. El materialista histórico verá en la misérrima base económica de que disponen el cimiento de una superestructura intelectual y moral desdichada; el espiritualista que deduce de la manera de pensar de un pueblo su manera de vivir, verá sobre las llanuras, pobres y muertas, las almas moribundas también.

CAPÍTULO V

La psicología de los pueblos de España ante las fórmulas del progreso

El concepto de civilización y de progreso implica un juicio; el juicio un término de comparación; el término de comparación un criterio de certeza para encontrarle, para fijar el módulo. Este módulo ó metro de la civilización no debe ser producto de un criterio puramente subjetivo, sino dado por la realidad, fundado en bases objetivas. Atendiendo á este criterio objetivo se encontrará que el progreso no es más que una evolución, una diferenciación y complicación constitutiva y funcional: el proceso evolutivo, que lleva desde el amorfo grumo, que constituye el citoplasma, hasta el complicado organismo del hombre, es una imagen del progreso en sus manifestaciones multiformes. La concepción de Spencer sobre la evolución es el símbolo y la manifestación objetiva del progreso.

El sistema solar y su paso desde el estado difuso é incoherente á un estado coherente y consolidado; la transformación de nuestro planeta desde el estado de fusión de la nebulosa al estado de cristalización actual; la agregación é integración que forman los organismos todos que registran la Fauna y la Flora; el crecimiento y complica-

ción de las sociedades humanas que desde el primitivo nucleo gentilicio han recorrido una serie de fases de agregación hasta formar los imperios actuales, constituyen la manifestación primaria y objetiva del progreso, de la sucesión variada de las formas.

Dentro del mundo humano, en la vida y transformaciones de la especie, se realizan cambios semejantes; los hombres se diferencian y dividen en razas, y los productos de su pensamiento y de su actividad sufren las mismas mutaciones; el lenguaje va desde el primitivo monosílabo á la forma aglutinante y de ésta á la flexión, realizándose en esta última modalidad integraciones que ocasionan una mayor coherencia en la arquitectura de las lenguas; las finas concepciones científicas son el proceso de groseros empirismos y de asociaciones simplicistas que paulatinamente se depuran y llegan á formar sistemas constituídos por una serie de principios y de proposiciones que viven en mutua dependencia.

Los productos del pensamiento, reales ó ideales, ofrecen el mismo ejemplo: la sencilla decoración mural, que da origen al lenguaje escrito, se diferencia á su vez en las dos grandes ramas Pintura y Escultura, y dentro de ellas, á semejanza de las ramificaciones de la araucaria, las escuelas y la técnica artística realizan una incesante transformación; la poesía y la música, con su gran riqueza rítmica actual, tienen su punto de partida en un momento en que formaban la misma cosa (1).

El progreso ha menester para su vida una esfera de acción libre. La experiencia histórica demuestra que en la vida de las sociedades humanas, los pueblos oprimidos, de constitución política despótica, aquellos que elevan sobre

(1) V. F. Howard Collins, *Resumen de la Filosofía de Herbert Spencer*.

la masa gregaria una figura y autoridad única, difícilmente pueden progresar; el mundo oriental antiguo, de despótica realeza y absorbido por el hieratismo, es una muestra bien clara de los frutos que da la falta de personalidad en los individuos, al paso que la vida del mundo greco-romano, con su espíritu individualista que llevó á la exaltación de la personalidad, ofrece una demostración palmaria del tributo que da la libertad á la civilización. La misma palabra *civilización*, derivada de *facere civis*, resume y expresa cómo la civilización nace: desde el momento en que se levantan los muros de las primeras ciudades y oponen con ellos un dique á la vida bárbara del nomadismo y del campo, y en el seno de la ciudad se obtiene la *pace regia* y se desenvuelven las artes de la paz, la civilización da un paso gigantesco, auxiliada por la independencia que ofrece un campo de libre desenvolvimiento, á la actividad de los hombres.

La historia del desenvolvimiento económico demuestra el valor inmenso de la libertad como condición de progreso; la producción era una fuente medio cegada cuando los estados de derecho esclavizaban al hombre, la tierra y el comercio; á medida que la dependencia personal del trabajador fué desapareciendo al abolirse la esclavitud, al emanciparse los siervos, al desaparecer el asalariado aislado y ser reemplazado por el obrero actual, defendido por el contrato colectivo de trabajo, el poder productivo del trabajo creció, haciéndose más variado y multiforme, alumbrando nuevas fuentes de riqueza sobre las ruinas de los estrechos cauces, por los que hacía correr el régimen corporativo medioeval al trabajador; la tierra, oprimida por los gravámenes feudales ó estancada por la vinculación y por las amortizaciones antiguas, no producía, ni podía producir, la fuente de riqueza agrícola que en plena

movilización viene dando, ni las economías nacionales ganaron tanto ni sintieron correr con tanta intensidad los bienes económicos, que constituyen la sangre de su organismo, como en los días en que las Aduanas provinciales fueron abolidas y se dejó franco el paso á la circulación en el recinto nacional.

Lo que se opone á la fuerza expansiva del hombre, determina un estancamiento ó una limitación del progreso. Las intransigencias políticas y religiosas, el sentido dogmático ó el espíritu sectario, han obrado como coacciones regresivas en el hombre. Una condenación de la idolatría limitó el progreso artístico entre los árabes, cuyo exquisito sentido estético no pudo desenvolverse en la escultura y la pintura por tal prohibición. «¡Oh creyentes!—dice un versículo del *Sounnah*—. El vino, los juegos de azar y los ídolos, son abominaciones inventadas por Satán; abstenerse de ello si queréis ser felices»; «¡Desgraciado de quien pinte un ser vivo!—dice el *Hadith*—. El día del juicio final, los personajes que haya representado surgirán de la tumba y vendrán á reunirse con él para pedirle un alma. Entonces, este hombre, impotente para dar vida á su obra, se quemará en las eternas llamas..... Guardáos de representar al Señor ó al hombre, y no pintéis más que árboles, flores y objetos inanimados». El apóstol islamita que escribió así, segó la flor del arte entre los árabes, en cuya historia artística apenas aparece una representación animada pintada ó esculpida, y cuando aparece es raramente y transformando la realidad, como imágenes de un sueño. Estas prohibiciones, apenas hay libros religiosos que no las contengan oponiendo con ellas grandes valladares á las manifestaciones del pensamiento: un versículo en los árabes detiene el curso del arte entre ellos; otro, entre los cristianos, el cultivo de la astronomía.

El progreso, pues, está constituído por una sucesión multiforme que tiene como una de las condiciones principales la acción libre, la independencia de la fuerza expansiva. La psicología de un pueblo, cuando está formada por una representación monoideista, ó bien carece de campo de acción libre, se pone en contradicción con el sentido y el espíritu del progreso, ofreciendo así el mismo caso que presenta el individuo cuya mentalidad carece de vida independiente y multiforme. Tales estados colectivos de conciencia hay que buscarlos en el Derecho, en las costumbres, en la historia del pueblo que se trate de examinar. Cierto inmovilismo del pensamiento y la falta de cohesión social en los pueblos latinos, son las causas que determinan el estado decadente de las naciones latino-europeas. La línea que encierra los pueblos romanizados, y que sufren aún sobre sí el peso de la herencia secular de la antigua Roma, contiene también el grupo de pueblos europeos viejos é inferiores en estado de civilización á los pueblos germanos y anglo-sajones.

El progreso es una diferenciación; éste es el criterio objetivo, pero también es una integración. Para realizarle, es necesario una fuerza, y ésta no se consigue cuando el grupo social carece de cohesión y las distintas partes que la componen reclaman una independencia que envuelve la disolución colectiva. La cultura constituída por el progreso técnico, la elevación moral, la difusión de los conocimientos y la afirmación del derecho individual, no puede determinar por sí sola una vida independiente y progresiva en un pueblo, cuando éste carece de la cohesión y solidaridad determinantes de la fuerza expansiva de los grupos sociales.

No se puede fundar la fórmula del progreso sobre la base exclusiva del desenvolvimiento de la exaltación de

la personalidad individual; el progreso no significa un desenvolvimiento unilateral, sino una diferenciación completa, como se ve en la biología. Pero esta diferenciación, que tiene su representación en la cultura, no tiene transcendencia social amplia ni puede reunir condiciones de viabilidad si carece de la fuerza que significa la voluntad colectiva.

La Historia ofrece ejemplos repetidos de pueblos que, siendo cultísimos, civilizados, han sido sojuzgados por pueblos bárbaros sólo por el hecho de traer éstos una voluntad y un sentimiento común potente.

Los pueblos enfermos de la voluntad, incapaces de arrestos colectivos—que no importan para este objeto las exaltaciones simplemente individuales—, semejan al sabio abúlico de que habla Ribot, que, concibiendo un sistema científico, no tenía fuerzas para escribirlo. La vida no sólo es idea, sino acción, y acción con oposición en términos de lucha.

El triple lema de los revolucionarios franceses, *igualdad, libertad* y *fraternidad*, estaba justificado, porque era la encarnación de una doctrina encargada de disolver las instituciones del absolutismo, que significaba una limitación de la evolución; pero no puede seguir siendo una fórmula absoluta de progreso, porque la concepción de una sociedad atomística é igual que encierra no es la que reclama para su actuación el progreso. El proceso de integración que á la evolución acompaña, determina una solidaridad en las partes componentes del organismo social, que se da en relación de mutua dependencia. Esta solidaridad y esta dependencia no es ni el despotismo ni la esclavitud histórica, es simplemente la adaptación de cada órgano, de cada individuo á la función peculiar suya; es decir, que así como en un estado social autorita-

rio la distribución del trabajo se realiza por previa designación de los jefes ó por reglas de derecho de clase (en el trabajo por castas ó en el trabajo bajo los feudos medioevales y en los grupos de tribu actuales), en un estado social libre, actual, progresivo, como sucede en la civilización occidental, la distribución del trabajo se realiza libremente, conforme á la capacidad técnica y á la predisposición individual; la jerarquía está determinada por el proceso mecánico industrial y por la predisposición del trabajador. En este sentido, pues, la igualdad ideal pugna con las exigencias de la constitución real, y es el individualismo absoluto y revolucionario una contrarresto de la organización social, indispensable para la producción de fuerzas que levanten y hagan triunfar á un grupo social.

Desde el punto de vista de las doctrinas, las concepciones son distintas respecto de la eficacia de la organización social. El Estado, que es la manifestación suprema de las organizaciones políticas, ha sido considerado en el orden político-económico por mercantilistas y cameralistas, y en el filosófico, desde Hobbes á Federico el Grande, como el gran productor de todo lo social; principio que invierte la filosofía racionalista del siglo XVIII, considerando al individuo y su obrar armónico y no á la institución como fuente de progreso; el socialismo llega á hacer la apología de las organizaciones sistemáticas en el mundo moral de los individuos, idea que se desenvuelve plenamente en la filosofía de Hegel; el anarquismo se coloca en el extremo diametralmente opuesto y considera el Estado como rémora de todo progreso. Pero ante los juicios de escuela está el ejemplo dado por la realidad histórica, que evidencia el gran impulso dado al progreso siempre que en los grupos sociales ha aparecido una fuer-

za sólida y reguladora. Ella demuestra que mientras la constitución social tenía por base el grupo materno, y en las asociaciones gentilicias imperaba el derecho materno también *(Mutterrecht)*, el desarrollo económico, moral, político y religioso se reducía á incipientes manifestaciones; la cabaña era el símbolo del poder de la madre, de la fuerza de semejantes sociedades; pero al transformarse la constitución familiar y constituirse sobre la base del derecho paterno *(Vaterrecht)*, esto es, al aparecer una sólida autoridad y organización más íntima, adquiere más unidad la vida toda, se desenvuelve el trabajo, y la casa de piedra reemplaza á la antigua cabaña. El hombre aislado no puede satisfacer sus necesidades de mejor suerte que agrupado en sociedad, es decir, dentro de organizaciones sociales; y conforme crece el grado de éstas, mejor la vida en ellas se puede satisfacer, y la organización social tanto mejor será cuanto mayor sea el potencial de energías de que dispone, la fuerza expansiva que encierre.

¿Cuáles son los pueblos que más se adaptan á estas condiciones? Pueblos que tienen el sentimiento de organización fuerte y vasta y los pueblos que son jóvenes. Aquellos que ofrecen escasa cohesión social, fácilmente son vencidos en su seno apenas se inicia una corriente sana y de progreso; el sentimiento individualista exagerado y la indisciplina, son negaciones de esta condición de progreso. Por esto los sueños y aspiraciones imperialistas, que pretenden repartirse el dominio del mundo, no aparecen en la actualidad más que en los pueblos de cohesión social sólida, de conciencia colectiva formada con ideal político ó nacional claramente definidos y hondamente sentidos. Es una demostración de esto el lema imperialista de los norteamericanos, que claman *Pan-Amé-*

rica, el *Greater Britain* de los ingleses, el *Gross Deutschland* de los alemanes, el *Sswiataja Russj* de los rusos, la unificación americana, la más grande Inglaterra, la gran Alemania, la sagrada Rusia, porque claman; es la exteriorización del receptáculo de energías que bullen en su seno, á cuyo aumento contribuye en gran manera el sentimiento patrio. La fuerza expansiva de los pueblos está constituída por la intensidad de estos sentimientos, no por la magnitud de la masa social que componen; pequeños pueblos han arrollado á grandes masas por la fuerza que en ellos ha desenvuelto un sentimiento común. La experiencia histórica que en este punto fluye ricamente, nos presenta como ejemplos recientes el triunfo del pequeño Japón sobre los dos mayores imperios del mundo: China primero y Rusia después.

Los pueblos jóvenes pueden disponer de estas fuerzas mejor que los pueblos que figuran largo tiempo en la Historia y han dado en ella un copioso tributo. Los pueblos históricos, al pasar por la fase de florecimiento, han dado de sí más de lo que normalmente se debe dar, excitados por el nervosismo que se desarrolla en las fases culminantes de una civilización; las generaciones sucesivas traen consigo la deuda orgánica que la herencia de sangre paterna les transmite. «La civilización es para las naciones—dice A. Nicéforo—lo que es el *surmenaje mentale* para los individuos: la civilización les hace enfermar y degenerar. El gran trabajo intelectual y las continuas y constantes sacudidas que experimenta el sistema nervioso de un individuo abismado en un trabajo mental potente, y de las muchedumbres que viven en el seno de una gran civilización que continuamente les excita, trae consigo, y transmite de generación en generación, el cansancio, el deseo de reposo, el agotamiento de los nervios, y, por fin,

la impotencia para el trabajo. De la misma suerte que á los hombres de genio suceden en su descendencia hijos enfermos, y la línea de sucesión se cierra á menudo con la esterilidad, así también á las generaciones que han creado una gran civilización suceden generaciones enfermas: tanto los hombres de genio como las generaciones que han hecho las civilizaciones, han creado entrambos á costa del propio sistema nervioso y se han agotado. Como la concha, forman la perla, pero han enfermado; y son entonces los pueblos nuevos y aun semi-bárbaros, pero de medula espinal sana y de sano cerebro, los que absorben la civilización creada por las viejas generaciones y por las naciones viejas, y crean la nueva civilización».

Esta acción es semejante á los llamados por los economistas cultivos *vampíricos* de las tierras: intensifican la producción, forzándola y dejándola agotada por mucho tiempo, hasta que nuevos abonos ó un largo barbecho rehace la fuerza productiva.

Los pueblos viejos ó civilizados son cobardes; aman la vida por el temperamento sensual que en ellos se desarrolla: en pleno florecimiento, los caracteres templados y la fortaleza moral desaparece; los grandes poetas dejan el paso á los poetas decadentes, elegantes, refinados: Horacio no podía aparecer sino en la decadencia romana. A diferencia de estos pueblos, los que son jóvenes tienen un empuje vital enorme, desprecian la vida y son para ellos los actos de heroísmo actos corrientes; tienen lo mismo insensibilidad para el placer que para el dolor. Esto explica el paso de la civilización romana desde el antiguo lugar del Imperio al Septentrión de Europa, el bárbaro país en tiempo de los romanos. Los pueblos bárbaros que sojuzgan á las viejas naciones, son los encar-

gados de continuar la historia de la civilización, merced á su aptitud orgánica, sana y fuerte, que ofrece el receptáculo de energías de que carecen los pueblos viejos.

La fórmula del progreso está dada por la división y diferenciación en las formas y en el contenido, por una parte, y, por otra, por la fuerza que anima el proceso de evolución. Todo lo que se opone á un desenvolvimiento multiforme, moral ó material, y lo que aminora el dinamismo social, obra como factor regresivo en el progreso. Ahora bien; estos obstáculos al progreso pueden resultar de varias causas: de los estados de derecho, de la psicología del pueblo, del medio en que se viva.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

1.ª La población española no constituye una unidad psicológica tal como la presentan los grupos de población que constituyen una personalidad diferenciada por historia y carácter;

2.ª Las condiciones telúricas y cósmicas, la participación del genio de las razas que la componen y la herencia histórica, son los factores que determinan la diversificación psicológica de la población de España;

3.ª La distribución del carácter ofrece como grupos de población diferenciada á las regiones de la faja norte peninsular, las centrales ó castellanas, las meridionales andaluzas y las mediterráneas constituídas por Valencia y Cataluña;

4.ª Por sus condiciones psicológicas, los pueblos de la faja del norte peninsular tienen mayor concordancia con la fórmula del progreso y modalidad de la civilización actual;

5.ª Las condiciones psicológicas de los grupos que forman el nucleo central, meridional y levantino, por su escasa tendencia á la cohesión y relativa plasticidad colectiva, no presentan las cualidades necesarias para vencer en la lucha política ó concurrencia nacional con el resto de los grupos de población peninsular en el actual momento histórico;

6.ª La población peninsular, considerada en conjunto, ofrece una delimitación geográfica por su adaptación á la vida de progreso del actual ambiente histórico, delimitación que aisla el centro de la periferia peninsular en donde es más intensa la vida.

FIN DEL TOMO PRIMERO

EN PRENSA

C. BERNALDO DE QUIRÓS

CRIMINALOGÍA DE LOS DELITOS DE SANGRE EN ESPAÑA

CAPÍTULO I.—*Hechos*.
CAPITULO II.—*Causas:* I. Repartición de los delitos de sangre en España.—II. Causas.—III. Conclusión.
CAPÍTULO III.—*Remedios:* I. Su determinación por las causas.—II. Remedios legales.—III. Conclusión.

BIBLIOTECA SCAEVOLA

I.—SERIE DE MONOGRAFIAS

MAZZA: Condiciones ilícitas en los testamentos, *3,50 ptas.*

OTTO GIERKE *(Profesor de la Universidad de Berlín):* **La función social del derecho privado.—La naturaleza de las asociaciones humanas,** *2 pesetas.*

II.—SERIE MANUAL

(Encuadernación flexible)

Accidentes del trabajo *Próxima á agotarse* *3,50 pesetas.*

Código electoral, *2,50 pesetas.*

Legislación de caza, *2,50 pesetas.*

Código minero, *5 pesetas.*

Propiedad industrial, *5 pesetas.*

Diccionario civil y foral

TOMO I (letras **A** á la **I**), *7,50 pesetas.*

TOMO II (letras **J** á la **Q**), *7,50 pesetas.*

III.—SERIE PROFESIONAL

Tratado de Arquitectura legal, *20 pesetas.*

Suplemento al Tratado de Arquitectura legal, *7,50 pesetas.*

Legislación de Medicina, *15 pesetas.*

Legislación de Farmacia, *6 pesetas.*

Legislación de Medicina y Farmacia *(Suplemento), 10 pesetas.*

Derecho Veterinario y Policía sanitaria, *8 pesetas.*

Instrucción de Sanidad, *1 peseta.*

